



**LA LEGIÓN DE LOS
CONDENADOS**

SVEN HAFEL

Lectulandia

Retumbar de botas claveteadas en el cemento del patio, con producción de chispas fugaces. Cuarto de vuelta al salir del cuartel e inicio de la marcha por el camino empapado, bordeado de álamos. En un batallón disciplinario, las conversaciones y las canciones están, naturalmente, prohibidas; individuos de cuarta categoría no pueden aspirar a los privilegios del soldado alemán.

Como tampoco teníamos derecho a llevar el águila o los otros símbolos de honor: sólo llevábamos, en la manga derecha, una cinta blanca —¡y que siempre debía permanecer blanca!— cruzada por la palabra SONDERABTEILUNG en letras negras. Como debíamos ser los mejores soldados del mundo, todas nuestras marchas eran marchas forzadas. En menos de un cuarto de hora estábamos cubiertos de sudor, nuestros pies empezaban a calentarse y abríamos la boca para poder respirar, pues la nariz por sí sola resultaba rápidamente incapaz de suministrarnos una cantidad de oxígeno suficiente. El correa y el fusil impedían que la sangre circulara normalmente en nuestros brazos, produciendo la hinchazón de los dedos. Pero para nosotros todo eso no era más que una insignificancia. Podíamos realizar una marcha forzada de veinticinco kilómetros sin experimentar la menor molestia.

Lectulandia

Sven Hassel

La legión de los condenados

Biblioteca Sven Hassel - 1

ePUB v1.1

Ozzeman 20.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *De fordömtes legion*

Sven Hassel, 1953

Traducción: Alfredo Crespo

Diseño/retoque portada: Ozzeman (Basada en la edición inglesa)

Editor original: Ozzeman (v1.0 a v1.1)

ePub base v2.0

LA LEGIÓN DE LOS CONDENADOS



Este libro está dedicado a los soldados desconocidos que cayeron por una causa que no era la suya, a mis mejores camaradas del 27 Regimiento (Disciplinario) Blindado, así como a las mujeres valerosas que me ayudaron durante aquellos años espantosos:

Oberst Manfred Hinka
Oberstleutnant Erich von Barring
Oberfeldwebel Willie Beier
Unteroffizier Hugo Stege
Stabsgefreiter Gustav Eicken
Obergefreiter Antón Steyer
Gefreiter Hans Breuer
Unteroffizier Bernhard Fleischmann
Gefreiter Asmus Braun

y

Eva Schadows, estudiante de Derecho.
Úrsula Schade, doctora en Medicina.
Bárbara von Harburg, enfermera.

LIBRO PRIMERO

«Bueno, los cinco minutos han transcurrido. ¡Aténgase a las consecuencias!»

Apretó un timbre. Dos enormes hombres de las SS uniformados de negro entraron. Una breve orden, y Eva fue arrastrada a una mesa cubierta de cuero.

INMUNDO DESERTOR

El zapador corpulento y forzado había sido juzgado la víspera y condenado a ocho años de trabajos forzados. Aquel día me tocaba a mí pasar por el tubo. Dos «perros de guardia» me condujeron ante el consejo de guerra, constituido en una enorme sala en la que dos gigantescos retratos, uno de Adolfo Hitler, el otro de Federico el Grande, se enfrentaban. Detrás del sillón del presidente cabalgaban, inmensas, las banderas del Ejército del Aire, del Ejército de Tierra, de la Armada y de las SS. En la pared se alineaban los estandartes de las distintas armas: la cruz negra sobre fondo blanco de la Infantería; rojo de la Artillería; amarillo de la Caballería; rosa de las Tropas Blindadas; negro bordeado de plata de los Ingenieros; cuerno de caza sobre fondo verde de los Cazadores (*chasseurs*); y así sucesivamente. El propio sillón del juez estaba tapizado con la bandera negra, blanca y roja de la Wehrmacht.

El tribunal se componía de un consejero legal (papel desempeñado por un comandante), de dos jueces (un *Hauptmann* y un *Feldwebel*), y de un acusador —*Sturmbannführer* de las SS.

Un inmundito desertor no tiene derecho a los consejos de un abogado defensor.

Lectura del acta de acusación. Interrogatorio del acusado. Orden de introducir los testigos... El primero que entró fue el hombre de la Gestapo, el que nos había detenido a Eva y a mí mientras nos bañábamos junto a la desembocadura del Weser, y el murmullo estival de las olas perezosas ahogó de repente el rumor odioso del tribunal. Las resplandecientes dunas de arena blanca... Eva erguida al sol, secándose los muslos redondos... Su gorro redondo... Su gorro de baño... El calor en mi espalda... El calor, el calor...

—Sí, salté encima de la mesa y después por la ventana...

Cinco policías me interrogaron entonces. Vinieron igualmente los cinco a presentar su testimonio.

—Sí, le di un nombre falso... Sí, la explicación que le di era falsa...

Lo más curioso fue volver a ver al *Kriminalsekretär* que ordenó la flagelación de Eva. Los otros habían mostrado sadismo. Él se había mostrado sencillamente

correcto. No puede hacerse nada con la gente correcta. Hay demasiada en la tierra... Empecé a soñar despierto, todo el mundo había desertado, todo el mundo. Sólo quedaban los oficiales. ¿Y qué podían hacer ellos? Todos habíamos desertado. Todos. Había hordas en masa por todas las carreteras. Soldados que regresaban a sus hogares. Sólo los oficiales permanecían aún en el frente, detrás del frente, con sus planos y sus mapas, sus botas bien brillantes. Todos los demás regresaban a sus casas, y no me habían olvidado. Dentro de un instante se abriría la puerta. Invadirían la sala del tribunal y no dirían nada, pero los cuatro fantoches se levantarían al unísono, con el rostro pálido.

Introduzcan al testigo siguiente. ¡Eva Schadows!

¡Eva! ¿Tú aquí?

¿Era verdaderamente Eva?

Pues, sí, era Eva, de la misma manera que yo era Sven. Aún podíamos reconocernos por los ojos. Todo lo demás, todo lo que habíamos conocido —los pequeños secretos vivos, los pequeños detalles íntimos que sólo nosotros sabíamos, y que habíamos saboreado con la mirada, con los labios y con las manos omniscientes—, todo lo demás había desaparecido. Pero nuestros ojos subsistían con todo su temor y su promesa de ser siempre los mismos.

¿Pueden desaparecer tantas cosas en tan pocos días?

—Eva Schadows, conoce usted a este hombre, ¿verdad?

«Mueca pegajosa» es una definición que detesto. Siempre la he encontrado estúpida, exagerada. Pero no existe otra para describir la expresión del acusador: era una mueca pegajosa.

—Sí.

La voz de Eva era casi imperceptible. Alguien arrugó un papel y el ruido nos sobresaltó a todos.

—¿Dónde le conoció?

—En Colonia. Durante una alarma.

Eran cosas que sucedían en aquellos tiempos.

—¿Le explicó que era un desertor?

—No.

Pero no pudo soportar el silencio arrogante y tartamudeó:

—No lo creo.

—¡Mida bien sus palabras, joven! Supongo que no ignorará que es muy grave emitir un falso testimonio ante un tribunal de justicia...

Eva contemplaba el suelo. Ni por un momento me había mirado. Su rostro era grisáceo, como el de un enfermo al salir de una operación. El miedo le hacía temblar las manos.

—Bueno, ¿por cuál se decide, le dijo, sí o no, que es un desertor?

—Sí. Supongo que me lo dijo.

—Debe contestar, sí o no. ¡Necesitamos respuestas concretas!

—Sí.

—¿Qué le dijo después? Al fin y al cabo, usted se lo llevó a Bremen y le dio dinero, ropa y muchas otras cosas. ¿No es cierto?

—Sí.

—Explíquelo todo al tribunal, sin que nos veamos obligados a arrancarle palabra tras palabra. ¿Qué le dijo él exactamente?

—Me dijo que había huido de su regimiento; me pidió que le ayudara, que le facilitara documentos. Y fue lo que hice...

—Cuando le conoció en Colonia, ¿iba de uniforme?

—Sí.

—¿Qué uniforme?

—El uniforme negro de los carros de combate, con un galón de *Gefreiter*.

—En otras palabras, ¿usted no podía dudar de que se trataba de un militar?

—No.

—¿Fue él quien le pidió que le llevara a Bremen?

—No. Se lo propuse yo. E insistí. Él quería presentarse a las autoridades, pero le convencí para que no lo hiciera.

Eva, Eva, ¿qué les estás diciendo? ¿Por qué les cuentas estas mentiras?

—En otras palabras, ¿le impidió usted que cumpliera con su deber presentándose a las autoridades?

—Sí, le impedí cumplir con su deber.

¡No podía escuchar aquello! Salté como loco, vociferando a pleno pulmón, gritando al presidente que ella mentía para tratar de salvarme, para facilitarme circunstancias atenuantes, pero que no podía haber sabido que era militar, puesto que me había quitado el uniforme en el tren, entre Paderbon y Colonia. Tienen que dejarla marchar; ella no sabía que yo era militar, hasta que me detuvieron, lo juro.

¿Puede ser humano el presidente de un consejo de guerra? Yo lo ignoraba, pero quería creerlo posible. Pero sus ojos eran tan fríos como cristales y su mirada hacía que mis gritos sangraran.

—¡Acusado, silencio hasta que se le interrogue! Una palabra más y ordeno que le expulsen de la sala.

Los pedazos de cristal giraron como un faro.

—Eva Schadows, ¿está dispuesta a jurar que su testimonio se ajusta a la verdad?

—Sí. De no haberme conocido se habría presentado a las autoridades.

—¿Le ayudó también cuando huyó de la policía secreta?

—Sí.

—Muchas gracias. Eso es todo... ¡Oh! A propósito, ¿ha sido usted condenada?

—Cumplí cinco años en el campo de concentración de Ravensbrück.

Cuando se la llevaron me lanzó por fin una larga mirada, y sus labios se fruncieron en forma de beso. Sus labios eran azulados, sus ojos a la vez felices e infinitamente tristes. Había hecho algo por mí. Esperaba, creía que eso me salvaría la vida. Para aportar esta frágil contribución a mi defensa, había sacrificado voluntariamente cinco años de su vida. ¡Cinco años en Ravensbrück!

Había caído muy bajo.

Trajerón igualmente a Trudi, pero ésta se desvaneció poco después de haber iniciado un absurdo relato destinado a sostener la declaración de Eva.

El desvanecimiento de un testigo en plena sala de audiencias constituye un extraño espectáculo. Sé llevaron a Trudi, a peso de brazos, fuera de la sala, y cuando la portezuela se cerró tras ella, fue como si todas las puertas se hubiesen cerrado simultáneamente a mi alrededor.

Después de aquello, la decisión no se hizo esperar mucho. Todo el mundo se levantó para escuchar la sentencia, oficiales y funcionarios ejecutando al unísono el saludo nazi.

—«En nombre del Führer... »

»Sven Hassel, *Gefreiter* en el 11.º Regimiento de Húsares, es condenado a quince años de trabajos forzados, por desertión. Se decreta además que Sven Hassel sea expulsado de su regimiento y privado de todos sus derechos civiles y militares durante un período indefinido.

»¡*Heil Hitler!*»

¿Y si tú también te desvanecieras? ¿Es que no aparecía todo negro ante tus ojos, como cuando ellos dejaban de aporrearte? ¿Cómo dice esa otra frase hecha? ¿Una vergüenza peor que la muerte? Eso es. Nunca habías pensado utilizarla. Pero las frases hechas existen para ser usadas. Y ahora puedes ir a explicar al mundo lo que ésta significa.

Rectificación: no puedes ir a ningún sitio.

Estaba tan aturdido, tan alejado de las cosas reales, que escuché, sin comprenderlos de momento, los comentarios del presidente.

Decía que perdonándome la vida habían permitido que la misericordia suavizara la justicia. Decía que yo era un *Auslandsdeutscher*; que había sido llamado desde Dinamarca y que mujeres irresponsables, mujeres que no merecían el honor de ser alemanas, me habían persuadido para que desertara, y que, por todos estos motivos, el tribunal, en su bondad infinita, no había considerado útil condenarme a muerte.

Grilletes en los tobillos, esposas en las muñecas, íbamos encadenados de dos en dos, y una larga cadena rodeaba además todo el destacamento. Nos condujeron a la estación de mercancías, con una fuerte escolta de policía militar, armada hasta los dientes.

Permanecimos apretados en nuestros vagones durante tres días y tres noches.

MORÍAN DE DÍA, MORÍAN DE NOCHE

—Antes de desearos la bienvenida a nuestra deliciosa pensión familiar, dejadme deciros lo que sois.

»No sois más que un puñado de ramera piojosa y de granujas infectos; un rebaño de cerdos y de cochinas; la escoria de la Humanidad. Es lo que siempre habéis sido y lo que seguiréis siendo hasta el fin de vuestros días. Y para que podáis regodearos bien en vuestra propia porquería, nos encargaremos de haceros reventar lentamente, muy lentamente, para que tengáis tiempo de apreciarlo todo en su justo valor. Os aseguro personalmente que nadie se sentirá defraudado. Todo el mundo se ocupará asiduamente de vuestra curación. Lamentaría muchísimo que alguno de vosotros careciera de algo.

»Dicho esto, puedo desearos la bienvenida al Campo Disciplinario SS y Wehrmacht de Lengries.

»Bien venidos, señoras y caballeros, al campo de exterminio de Lengries.

Golpeó con el extremo de la fusta su bota reluciente, y dejó que el monóculo cayera de sus ojos. ¿Por qué los individuos de ese tipo llevan siempre monóculo? Debe de haber alguna explicación psicológica.

Un *Hauptscharführer* de las SS leyó en voz alta el reglamento, que se resumía a esto: todo estaba prohibido y la menor trasgresión sería castigada con ayuno, con palizas, con la muerte.

La prisión: cinco pisos de jaulas superpuestas, sin tabiques intermedios, sólo rejas. Pasamos por el cacheo y por el baño, luego nos afeitaron la mitad de la cabeza y embadurnaron todas nuestras zonas pilosas con un producto químico maloliente, corrosivo, que picaba y ardía como el fuego. Luego, nos metieron en celdas donde permanecimos completamente desnudos durante cuatro horas, en tanto que unos SS

nos sometían a un nuevo «registro»: jeringa en las orejas, dedos en la boca, sin olvidar axilas y nariz. Por fin se nos administró una lavativa de caballo que nos catapultó hacia los retretes alineados a lo largo de la pared. Y aún fue peor para las dos jóvenes, que debieron soportar además las bromas obscenas de los guardianes y sufrir un «examen especial».

La ropa que nos entregaron —blusa y pantalón rayados— estaba hecha de un tejido horriblemente rugoso, como una especie de saco, que te daba la impresión de estar perpetuamente infestado de parásitos o de hormigas venenosas.

Un *Oberscharführer* nos hizo salir y alinear ante un *Untersturmführer*, quien, señalando inmediatamente al prisionero que ocupaba el extremo derecho, vociferó:

—¡Tú, ven aquí!

Un SS empujó al hombre por detrás, enviándolo como un muñeco desarticulado hasta el alcance del oficialillo vanidoso, ante quien volvió a adoptar automáticamente la posición de firmes.

—¡Nombre! ¡Edad! ¡Motivo de la condena! ¡Aprisa!

—Johann Schreiber. Veinticuatro años. Condenado a veinte años de trabajos forzados por alta traición.

—Cuéntame. ¿Nunca has sido soldado?

—Era *Feldwebel* en el 123.º Regimiento de Infantería.

—En otras palabras, es por insubordinación pura y sencilla que no te molestas en presentarte correctamente. A lo que añades la impertinencia de no dirigirte a mí como te ha sido enseñado. ¡Rectifica la posición, cerdo! Ahora intentaremos quitarte esas malas costumbres. Y si no basta, dilo francamente y encontraremos otra cosa.

Con la mirada fija en el vacío, el *Untersturmführer* aulló con voz estridente:

—¡Paliza!

Unos segundos más tarde, el hombre yacía de espaldas, con los pies descalzos aprisionados en un cepo.

—¿Cuántos, *Herr Untersturmführer*?

—¡Veinte!

El hombre perdió el sentido antes del fin del castigo. Pero tenían medios para remediar eso, medios indescritibles y muy pronto el hombre volvió a ocupar su sitio en la fila.

Aprovechando la experiencia del primero, el siguiente respondió correctamente:

—*Herr Untersturmführer*, el ex suboficial Víctor Giese, del 7.º Regimiento de Ingenieros, se presenta y declara que tiene veintidós años y está condenado por robo a diez años de trabajos forzados.

—¡Robo! ¡Qué ignominia! ¿Es que no sabes que un soldado no debe nunca robar?

—*Herr Untersturmführer*, declaro que sé que un soldado no debe robar nunca.

—Pero, sin embargo, has robado.

—Sí, *Herr Untersturmführer*.

—Lo que significa que tienes la cabeza dura.

—Sí, *Herr Untersturmführer*, declaro que tengo la cabeza dura.

—Bueno, pues vamos a ser muy generosos contigo y darte unas clases particulares. Precisamente tenemos aquí a un excelente profesor.

Con los ojos fijos en el vacío el *Untersturmführer* aulló con voz estridente:

—¡Gato de nueve colas!

Le colgaron por las muñecas, con los pies tocando apenas al suelo.

Ninguno de nosotros, ni siquiera las mujeres, salió indemne de esta «toma de contacto». Averiguamos rápidamente, por lo demás, que en Lengries no éramos hombres y mujeres, sino cerdos, montones de basura, prostitutas.

Casi todo lo que ocurría en Lengries es indescriptible, indignante, monótono. Pese a su fertilidad macabra, la imaginación que se dedica al sadismo es notablemente limitada, en tanto que la sensibilidad de la víctima se embota rápidamente. Ver a la gente sufrir y morir es igualmente monótono, a la larga, incluso cuando sufren y mueren de cien maneras que, en tiempo normal, se hubiesen considerado inconcebibles. Nuestros verdugos tenían carta blanca para explayar en nosotros sus ansias de poder y de crueldad, y aprovechaban ampliamente la ocasión. Vivían más intensamente que nunca habían vivido. Sus almas apestaban mucho más que los cuerpos enfermos, torturados, de sus prisioneros.

No quiero de ninguna manera criticar a nuestros guardianes. También ellos eran víctimas de una situación que no habían creado y, en cierto modo, salieron de ella más mal parados que sus vigiladas víctimas: con un alma putrefacta.

Tiempo atrás creí que me bastaría hablar de Lengries para comunicar a la gente mi propia repugnancia e insuflarle una voluntad inquebrantable de rehacer un mundo, una existencia de donde se haya excluido la tortura. Pero sólo es posible hacer comprender estas cosas a los que las han vivido, y precisamente a éstos es inútil recordárselas.

Todos los otros, los que nunca han perdido su libertad, me miran como si desearan tratarme de mentiroso, bien que en el fondo de sí mismos sepan —habiendo devorado con avidez los informes de la pantomima de Nuremberg— que no exagero, sino al contrario. Pero rehúsan mirar las cosas de frente y prefieren clavar tablero tras tablero sobre la podredumbre de los cimientos, quemar cada vez más incienso, vaporizar cada vez más perfume...

Tal vez haya, sin embargo, un alma valerosa que se atreva a escuchar y ver sin estremecerse. Necesito esa alma, esa persona, sin la que todo sería únicamente soledad. Necesito también contar mi historia y desembarazarme de ella. Tal vez sólo sea por eso que escribo. No para tratar, vociferándolo a los cuatro vientos, de evitar

su repetición. ¿Tal vez incluso, al querer hacerme oír, me engaño a mí mismo? ¿Quizá mi objetivo es simplemente atraer hacia mí la atención y la admiración horrorizada de las masas? ¿De ser a los ojos de todo el mundo el héroe de aventuras que no todo el mundo ha vivido...?

Ciertamente, no todo el mundo ha tenido ocasión de vivir esas aventuras, pero los que las han conocido son demasiado numerosos para que tenga la pretensión de considerarme un fenómeno. Por lo tanto, no sé exactamente por qué me tomo la molestia de describir Lengries. Que cada uno me atribuya, si lo desea, un motivo de su elección... Pero que nadie olvide, sin embargo, que son incrédulos, aquellos cuya inteligencia preferirá cerrarse ante la verdad, quienes deberán llevar la mayor parte de nuestra culpabilidad futura, si todos los Lengries del mundo no son localizados implacablemente y destruidos en embrión allí donde haya el peligro de que aparezcan. Es inútil citar nombres, lugares, naciones: ¿De qué sirven esos choques de ideologías en los que cada país, cada «bloqueo» está siempre tan ocupado en ofenderse ante la conducta de los otros que no piensa ni por un momento en examinar y aún menos en reformar la suya propia?

Los arenques empapados en vinagre que de vez en cuando nos servían eran impropios para la consumición, pero los comíamos de todos modos: cabeza, aletas, escamas y todo. Cuando estábamos en nuestras celdas, teníamos las manos encadenadas a la espalda. Comíamos, pues, boca abajo, con el rostro en la escudilla, como cerdos. Teníamos tres minutos para comer, para devorar un alimento que, a menudo, quemaba.

Y cuando en el programa había ejecuciones:

Esos días empezaban a golpes de silbato, en tanto que el timbre de alarma sonaba a diversos intervalos, indicando qué «pisos» debían bajar. Al primer silbato, había que adoptar la posición de firmes, frente a la puerta de la celda. Al segundo silbato, todo el mundo empezaba a marcar el paso: plum, plum, plum. Luego, un mecanismo manejado por un SS abría al mismo tiempo todas las puertas, pero se seguía marcando el paso en las celdas hasta que sonaba un tercer silbato.

Una vez en el patio, formábamos un semicírculo alrededor del cadalso, estrado de tres metros de alto que sostenía dieciocho horcas. Dieciocho horcas con dieciocho nudos corredizos que el viento balanceaba débilmente. Al pie del estrado aguardaban dieciocho ataúdes abiertos, de madera basta.

Los hombres llevaban su pantalón rayado, las mujeres su falda rayada, pero nada más. El ayudante leía la sentencia de muerte, luego los condenados subían al cadalso, deteniéndose cada uno, en buen orden, debajo de su cuerda. Con las mangas subidas, dos SS hacían de verdugos, y cuando todos los cadáveres se balanceaban en el extremo de las cuerdas, con la orina y los excrementos resbalando a lo largo de las

piernas, un médico de las SS acudía a echar una ojeada indiferente e indicaba a los verdugos, con un ademán, que todo iba bien. Entonces se descolgaban los cadáveres, que inmediatamente eran metidos en los burdos ataúdes.

Pero si alguien desea saber más sobre la muerte, puedo hablarle del *Sturmbannführer* Schendrich. Era joven, guapo, elegante, siempre cortés, amistoso y tranquilo, pero temido incluso por los propios SS bajo su mando.

—Veamos —dijo un sábado por la tarde, después de pasar lista—, veamos si habéis comprendido bien todas mis lecciones. Trataré de dar una orden sencilla a algunos de vosotros y todos juntos juzgaremos si ha sido ejecutada debidamente o no.

Hizo salir de la fila a cinco hombres y les ordenó que se volvieran hacia el muro que rodeaba la prisión, al que nos estaba estrictamente prohibido acercarnos a menos de cinco metros.

—¡De frente... marchen!

Mirando derecho ante ellos, los cinco hombres avanzaron hacia la pared y cayeron bajo las balas de los guardianes apostados en las torretas.

Schendrich se nos enfrentó de nuevo.

—¿Qué más se puede pedir? ¡He aquí cómo ha de ejecutarse una orden! Ahora, a mi voz de mando, os arrodillaréis y repetiréis lo que yo diré... ¡De rodillas!

No hubo ni un solo retrasado.

—Y ahora, repetid conmigo, pero con voz alta e inteligible. «Somos unos cerdos y unos traidores».

—*¡Somos unos cerdos y unos traidores!*

—Que debemos ser destruidos.

—*¡Que debemos ser destruidos!*

—Porque es lo único que merecemos.

—*¡Porque es lo único que merecemos!*

—Mañana domingo lo pasaremos sin comer.

—*¡Mañana domingo lo pasaremos sin comer!*

—Porque cuando no trabajamos.

—*¡Porque cuando no trabajamos!*

—No tenemos derecho a comer.

—*¡No tenemos derecho a comer!*

Cada sábado por la tarde, estos coros de dementes resonaban en el patio y, al domingo siguiente, nos quedábamos sin comer.

Una tal Käthe Ragner ocupaba la celda contigua a la mía. Tenía un aspecto horrible con su cabello blancuzco y su boca desdentada por falta de vitaminas. Sus brazos, sus piernas, no eran más que largos huesos recubiertos por una epidermis grisácea. Su cuerpo estaba lleno de grandes heridas supurantes.

—Me miras —me dijo una noche—. Quisiera saber la edad que me calculas.

Lanzó una risa seca, desprovista de toda alegría. Luego, viendo que no le contestaba, prosiguió:

—Por lo menos cincuenta, ¿verdad? El mes próximo cumpliré veinticinco. Y hace veinte meses aparentaba tener dieciocho.

Secretaria en Berlín de un alto oficial de Estado Mayor, Käthe había conocido en su mismo despacho a un joven capitán con quien se prometió. Se había fijado la fecha de su boda, pero no llegó a celebrarse. Cuatro días después de la detención de su novio habían ido a detenerla a ella. Los hombres de la Gestapo se cuidaron de ella durante tres meses, acusándola de haber sacado copias de ciertos documentos. Ella no había comprendido gran cosa de todo el asunto, pero tanto ella como una de sus compañeras habían sacado diez años de trabajos forzados. Su novio y otros dos oficiales fueron condenados a muerte, y un cuarto a trabajos forzados a perpetuidad. Antes de enviar a Käthe a Lengries, le habían impuesto el espectáculo de la ejecución de su prometido.

Una mañana, cuatro mujeres, entre las que estaba Käthe Ragner, recibieron la orden de bajar a rastras la larga y empinada escalera que comunicaba los cinco pisos. Era una clase de ejercicio que complacía a los guardianes. Con las manos y los pies encadenados, sólo se podía bajar, con la cabeza por delante, dejándose resbalar.

Ignoro sí la caída de Käthe fue o no voluntaria. Había llegado al límite de su resistencia y las dos soluciones son igualmente plausibles. Escuché su grito agudo y el ruido que hizo su cuerpo al dar contra el suelo. Luego, tras unos segundos de un silencio mortal, una voz excitada surgió de las profundidades:

—¡Esta granuja se ha partido el cuello!

Pocos días después de la muerte de Käthe fui transferido, junto con un grupo de prisioneros, al campo de concentración de Fagen, cerca de Bremen, donde nos esperaba —por lo menos esto se nos había dicho— un «trabajo especial de una enorme importancia».

No nos importaba en absoluto saber en qué podía consistir ese trabajo. Ninguno de nosotros pensó ni por un momento que podía ser menos penoso que al que estábamos acostumbrados. Solíamos trabajar como bestias de tiro, uncidos a arados, a rastrillos, a carros de rodillos, tirando de ellos hasta caer muertos. Solíamos trabajar en las canteras partiendo piedra hasta caer muertos. También habíamos trabajado en las hilaturas de yute respirando aquella porquería hasta caer muertos de una hemorragia pulmonar.

Todos los trabajos tenían algo en común: tarde o temprano acababa uno por reventar.

FAGEN

De hecho, Fagen trabajaba en dos sentidos. Básicamente era un centro de medicina experimental, pero también estaban las bombas.

Los primeros días fui destinado a los trabajos de movimientos de tierras. Debíamos trabajar como galeotes, cavando desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde, sin otro alimento que un escaso bodrio que contenía más agua que harina, y que se nos servía tres veces al día. Luego vino la ocasión inesperada, que me apresuré a coger. ¡La posibilidad de ser perdonado!

El comandante del campo nos informó que sólo los voluntarios tenían derecho a esta oportunidad. A razón de quince por año de pena que quedaba por cumplir. Lo que para mí, representaba un total de doscientas veinticinco.

Pero me doy cuenta de que no he explicado nada. Para tener la posibilidad de ser perdonado, había que desarmar quince bombas que no hubiesen estallado por año de pena que cumplir. Quince bombas multiplicado por quince años —faltaba mucho para que cumpliera mi primer año de condena—, son doscientas veinticinco.

Naturalmente, no se trataba de bombas ordinarias, sino de las que ni los especialistas de la defensa pasiva ni las unidades militares se atrevían a tocar. Ciertos prisioneros habían conseguido desarmar unas cincuenta antes de morir pulverizados, pero era preciso que, tarde o temprano, alguien llegara mucho más lejos —digamos

hasta doscientas veinticinco— y no vacilé en presentarme voluntario.

Tal vez fuese este razonamiento el que determinó mi decisión. O bien el hecho de que cada mañana, antes de salir, nos daban un cuarto de pan de centeno, un trocito de salchicha y tres cigarrillos como ración suplementaria...

Después de un período de instrucción, siempre extremadamente breve —como son en tiempo de guerra todos los períodos de instrucción—, los SS nos conducían cada día a los diversos puntos donde nos esperaban las bombas que no habían estallado. Nuestros guardianes se mantenían a una distancia respetuosa, en tanto que nosotros excavábamos la tierra alrededor de la bomba, es decir, a veces, hasta cinco o seis metros de profundidad. Cuando la bomba quedaba libre, había que sacarla de su agujero rodeándola con un primer cable e izándola después, centímetro a centímetro, hasta levantarla completamente. Así que uno de aquellos chismes colgaba con todo su peso de los mástiles de carga instalados en el agujero, todo el mundo se escabullía. Prudentemente, para no despertar al monstruo, pero rápidamente, para ir a ponerse a cubierto. Un solo hombre se quedaba: el prisionero encargado de desenroscar la espoleta. Si hacía un falso movimiento...

En el camión-taller llevábamos siempre dos o tres cajas destinadas a esos torpes, pero no todos los días se las podía utilizar. No a causa de que los falsos movimientos fuesen excepcionales, pero a menudo era bastante difícil encontrar algo que meter en la caja.

Muchos se sentaban en la bomba para desenroscar la espoleta. Así es más fácil mantener el detonador en una posición fija. Pero descubrí que aún era preferible tenderse bajo la bomba, en el fondo del agujero, después de haber levantado el chisme. Bastaba entonces con dejar que el tubo se deslizara muy suavemente por la mano cubierta con un guante de amianto.

Mi bomba número 68 era un torpedo aéreo y necesitamos quince horas para liberarla. Cuando se hace esta clase de trabajos, no se habla mucho. Se está continuamente en alerta. Se excava prudentemente, reflexionando antes de hundir la pala, antes de utilizar las manos o los pies. Es preciso respirar tranquilo, regularmente, no hacer ningún movimiento brusco y nunca más de uno a la vez. Al llegar a cierto punto, las manos son las mejores herramientas, si se quiere evitar cualquier deslizamiento de tierra. Que un torpedo se mueva medio centímetro, puede significar la explosión, la muerte. En su posición actual, está silencioso y tranquilo. Pero, ¿qué idea se le ocurrirá si se modifica esta posición? Posición que precisamente debe ser modificada... Porque hay que izar la bomba sobre el camión que se la llevará. Hay que desenroscar la espoleta de la bomba. Hasta ahí, más valdría no respirar siquiera, de modo que, apresurémonos... No, no, nada de prisas intempestivas. Lentitud, pero seguridad. *Piano, piano si va lontano*. Cada movimiento bien tranquilo y deliberado...

Un torpedo aéreo es un adversario impasible; no muestra nada, no traiciona sus secretos. No pueden gastarse bromas con un torpedo aéreo.

En esta ocasión nos prohibieron desarmar la bomba en su punto de caída. Antes había que transportarla fuera de la ciudad. Esto podía significar, bien que se tratara de un nuevo tipo de bomba que nadie conocía aún, bien que estaba en una posición que sólo con soplar sobre la espoleta podía producirse la explosión... Y la explosión de un monumento como aquél, destruiría sin duda toda una manzana.

Un camión «Krupp-Diesel» provisto de grúa se acercó en marcha atrás hasta el borde de la excavación. Cuatro horas de esfuerzo situaron la bomba colgando de la grúa, cuidadosamente atada para que no pudiera moverse ni un pelo.

Alivio general... ¡Pero habíamos olvidado algo!

—Eh, ahí, abajo, ¿quién sabe conducir?

Silencio. Cuando una serpiente venenosa se desliza a lo largo de una pierna, se dice que uno debe transformarse en estatua de piedra, en objeto muerto indigno de retener la atención de un reptil. Era un segundo, sólo quedaron en el terreno unos pilares de piedra, mentalmente refugiados en la sombra más espesa, en tanto que la mirada del SS saltaba, escrutadora, de rostro en rostro. Ninguno de nosotros le miraba, pero todos estábamos tan dolorosamente conscientes de su presencia, que los corazones se magullaban cruelmente contra las rejas de las cajas torácicas, y en imaginación saltábamos por encima de los cráteres, huyendo frenéticamente por entre los escombros.

—¡Eh, tú! ¿Sabes conducir?

No me atreví a decir que no.

—¡Bueno, en marcha!

Unas banderolas indicaban el itinerario que se debí seguir. La calzada, a Dios gracias, había sido desescombrada y reparada, a fin de que presentase una superficie sensiblemente uniforme. ¡Todo eso por sus malditas barracas! Ni un alma a la vista en el sector. Los otros vehículos me seguían a buena distancia. Nadie sentía deseos de escoltar el peligro. Pasé ante una casa incendiada que llameaba ante el silencio. El humo me escoció en los ojos pero no me atreví a acelerar la marcha. Después de cinco minutos de agonía, pude respirar de nuevo el aire fresco.

Ignoro cuáles fueron mis pensamientos durante aquella carrera de lentitud. Sólo sé que tenía ante mí, para reflexionar, todo el tiempo del mundo, y que estaba tranquilo, interiormente excitado tal vez, y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, vagamente feliz. Cuando cada segundo que pasa amenaza ser el último, se tiene tiempo para pensar, os lo juro. Y también por primera vez desde hacía siglos, tenía conciencia de ser nuevamente alguien. Me había perdido de vista, había cesado de tener alguna opinión sobre mí mismo, mi personalidad había sido comprimida, aplastada de todas las maneras posibles, y a pesar de esto había sobrevivido, había

surgido intacta de las humillaciones, de las degradaciones cotidianas. ¡Te saludo! Después de todo, existes. Y sigues siendo tú mismo. Mírate: estás haciendo algo que los demás no se atreven. Por lo tanto, aún puedes hacer algo. Algo indispensable. ¡Cuidado con esos rieles de tranvía!

Salí de la ciudad, atravesé los últimos solares llenos de cabañas de chapa ondulada, donde sólo vivían los pordioseros, los desheredados. Sólo... Por lo menos antes. Porque ahora estábamos en guerra y cada noche la ciudad se llenaba de nuevos cráteres.

En un lugar determinado, un hombre cavaba un campo. Se apoyó en el mango de la pala para mirarme pasar.

Le llamé:

—Eh. ¿No corres a esconderte?

El ruido del motor ahogó su respuesta, pero permaneció donde estaba. ¿Me habría gritado tal vez «Buen viaje»? ¡Extraña idea la de avanzar tan lentamente por los caminos desiertos!

En la ciudad, debían empezar a volver a sus apartamentos, a sus tiendas. Primero los más valerosos, luego los otros, contentos y aliviados. ¡Fijaos, todo sigue en pie!

¿Hubiese podido tal vez escaparme? No me habían faltado ocasiones al azar de las calles vacías. Hubiese podido saltar del camión y correr a esconderme en tanto que la bomba hubiese proseguido su camino, hasta el conductor, hasta el primer traqueteo brusco que precedería al gran estallido. Ignoro por qué no aproveché esa oportunidad. Creo que nunca había saboreado tan profundamente la dicha de vivir. Estábamos solos, mi querido torpedo aéreo y yo y en tanto que permaneciera conmigo nadie podría acercárseme sin su permiso...

No surgí de mi éxtasis hasta encontrarme en campo abierto, en medio de un páramo, en una carretera jalonada con banderolas cada vez más espaciadas. Allí, mi instinto de conservación volvió a imponerse. ¿Hasta dónde pensaba hacerme seguir? Sería estúpido morir ahora después de tantos kilómetros, al cabo de veinticinco horas de trabajo...

Finalmente, pude dejar la bomba entre los matorrales, a doce kilómetros de la ciudad. Al ser imposible su desarme, se la hizo estallar junto a la grúa que la sostenía.

Esta hazaña me valió tres cigarrillos más, con la observación habitual de que no los merecía, pero que nuestro Führer bienamado no carecía de sentimientos humanos.

Tres cigarrillos suplementarios: me consideré bien pagado. Sólo esperaba uno.

Me ocurrió lo peor que puede sucederle a cualquier prisionero: caí enfermo. Y, por otra parte, es también posible que esa enfermedad me salvara la vida. Conseguí resistir durante cinco días. Darse de baja suponía el envío inmediato al hospital del campo, donde uno se convertía en sujeto de experiencias, hasta que ya no servía para

nada; y uno no dejaba de servir hasta que estaba muerto, a fuerza de haber servido demasiado. Pero en una ocasión, mientras pasaban lista, caí sin conocimiento y cuando lo recobré estaba en el hospital.

No me dijeron lo que tenía. No lo decían a ningún enfermo. El día en que me consideraron suficientemente restablecido para aguantarme en pie, empezaron los experimentos. Me acribillaron a inyecciones. Me metieron en una habitación donde reinaba un calor de estufa y luego en una cámara frigorífica, extrayéndome sangre a intervalos regulares. Un día me daban todo lo que era capaz de comer y al día siguiente me dejaban reventar de hambre y de sed; o bien me hacían tragar tubos de goma para extraer, durante la digestión, todo lo que me habían permitido, todo lo que me habían obligado a devorar.

Un estado lamentable sucedía al otro. Finalmente, me hicieron una larga y dolorosa punción en la médula espinal y luego me encadenaron las muñecas a una carretilla llena de arena y me obligaron a que la empujara, ante mí, sin falta, en un recorrido circular. Cada cuarto de hora me extraían una muestra de sangre. Esto duró todo un día, en tanto que mi cabeza flotaba y mi lucidez desaparecía gradualmente. De resultas a ese tratamiento tuve, durante meses, unas jaquecas intolerables.

Pero tuve mucha más suerte que la mayoría. Un buen día consideraron que había resistido bastante, o tal vez fuese que ya no podían averiguar nada más por mi mediación. Me devolvieron al campo. Un SS me informó regocijado que ya no pertenecía a los equipos de desarme de bombas. Las que había desmontado no contaban ya para nada.

Volví a sudar en la cantera.

Luego volvieron a adscribirme al desarme de bombas y había alcanzado ya una buena cifra cuando de repente me transfirieron a Lengries, sin que todo lo que había hecho me sirviera para nada...

Siete meses en las minas de Lengries. Siete meses de demencia letárgica, monótona.

Un día, un SS vino a buscarme. Un médico me examinó. Estaba lleno de forúnculos purulentos. Me los limpiaron, desinfectaron, embadurnaron de pomada. El médico me preguntó si me encontraba bien.

—Sí, doctor, me encuentro bien. Tengo buena salud.

Quejarse de su salud era lo último que se debía hacer. Mientras se tuviera un aliento de vida se estaba bien de gozando de buena salud.

Me condujeron a presencia del SS-*Sturmabführer* Schendrich. Éste tenía cortinas en las ventanas. Cortinas limpias. Cortinas, ¿os dais cuenta? Cortinas de color verde claro con dibujitos amarillos. Verde claro con dibujitos amarillos. Verde claro con...

—¿Qué te hace babear de esta manera, vive Dios?

El corazón me dio un vuelco.

—Nada, *Herr Sturmbannführer*. Discúlpeme, *Herr Sturmbannführer*. Tengo el honor de declarar que nada me hace babear.

Una inspiración repentina me sugirió que añadiese en voz baja.

—Tengo el honor de declarar qué no hago más que babear...

Me miró, bastante desorientado. Luego ahuyentó no sé qué pensamientos importunos y me alargó con brusquedad una hoja de papel.

—Firmará aquí que siempre ha recibido el rancho ordinario del Ejército, que nunca ha padecido hambre o sed, y que no tiene ningún motivo para quejarse de las condiciones de existencia en el interior de este campo durante su estancia en él.

Firmé. ¿Qué importaba? ¿Iba a ser transferido a otro campo? ¿O bien me había llegado el turno de balancearme al extremo de una cuerda?

Empujó hacia mí un segundo documento, de aspecto más bien formidable.

—Y aquí firmará que siempre ha sido tratado severamente, pero bien, de acuerdo con las estipulaciones del derecho internacional.

Firmé. ¿Qué importaba?

—Si alguna vez pronuncia una sola sílaba sobre lo que ha visto u oído aquí, me apresuraré a recuperarlo y prepararé personalmente su ceremonia de bienvenida, ¿entendido?

—Entendido, *Herr Sturmbannführer*.

De modo que se trataba de un traslado.

Me condujeron a una celda donde me esperaba un uniforme verde, sin ninguna insignia, que me ordenaron vestir.

—¡Límpiate las uñas, cerdo!

Un SS me introdujo luego en el despacho del comandante, donde cobré un marco y veintiún pfennigs por mis siete últimos meses de trabajo, desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche. Un *Stabscharführer* aulló:

—Prisionero 552318A... En proceso de excarcelamiento... ¡Retírese!

También esto era una forma de tortura. Pero conocía la astucia y me sentía muy orgulloso por no dejarme engañar. Describí media vuelta y salí, en espera de sus estallidos de risa. Pero no, eran aún más sutiles de lo que yo había sospechado. Contenían sus deseos de reír.

—¡Siéntese en el pasillo hasta que vengan a buscarle!

No. No se reían. Y, a pesar mío, empezaba a esperar. Tuve que aguardar más de una hora en tanto que mis nervios se crispaban a flor de piel con cada minuto que pasaba. ¿Cómo era posible que unos hombres, unos seres aparentemente humanos, pudiesen llegar tan lejos en la perversión refinada, en el sadismo? Y me repetía: «Sin, embargo, sabes bien que pueden llegar aún mucho más lejos. Te creía curado para siempre de esas ilusiones pueriles...»

Incluso hoy revivo intensamente, cuando pienso en ella, esa estupefacción atónita que cayó sobre mí cuando seguí al *Feldwebel* hasta el pequeño «Opel» gris, después de haber sido informado que había recibido el indulto y que en lo sucesivo serviría en un batallón disciplinario.

El pesado portalón se cerró a nuestras espaldas. Los grandes edificios de hormigón con las minúsculas ventanas cubiertas de rejas se desvanecieron al mismo tiempo que se alejaba el horror, el espanto sin nombre...

No llegaba a comprenderlo. Estaba aturdido; aún más: ¡Consternado! Cuando el auto atravesaba el patio del cuartel de Hannover aún no me había recobrado totalmente de la impresión.

Ahora, después de todos esos años, sólo recuerdo el horror, el espanto sin nombre bajo el aspecto de las cosas concluidas, pasadas de una vez por todas.

Pero, ¿por qué, por qué esa consternación al verlas desvanecerse detrás de mí? Es una pregunta a la que nunca he encontrado respuesta.

Veinte veces por día, con gran aparato de imprecaciones y de blasfemias, se nos repetía que servíamos en un batallón disciplinario, lo que significaba que debíamos ser los mejores soldados del mundo.

Durante las seis primeras semanas, hicimos la instrucción desde las seis de la mañana hasta las siete y media de la tarde, instrucción, siempre instrucción.

CIENTO TREINTA Y CINCO CADÁVERES AMBULANTES

Instrucción hasta que la sangre nos brotaba de las uñas... ¡Y no es sentido figurado!

Paso de la oca con todo el equipo a cuestras: casco de acero, mochila, cartucheras llenas de arena y capote de invierno, en tanto que a nuestro alrededor la gente sudaba a chorros con su indumentaria de verano.

Marchas forzadas en terrenos pantanosos donde nos hundíamos hasta la pantorrilla... Manejo del arma, con los brazos levantados y el rostro impasible, mientras el agua nos llegaba al cuello.

Nuestros suboficiales formaban una jauría de demonios aulladores que vociferaban y nos insultaban hasta llevarnos a dos dedos de la locura. Podía confiarse en ellos para que no se les escapara ni una sola ocasión.

No se nos podía castigar, recluyéndonos en nuestros barracones, por la sencilla razón de que nunca disponíamos del menor instante de libertad. Siempre había servicio, servicio, servicio. Ciertamente es que disponíamos de una hora para cenar y en teoría podíamos disponer del tiempo entre las siete y media y las nueve de la noche. Pero si no pasábamos todos y cada uno de los minutos de esa hora y media limpiando nuestros uniformes manchados, o abrigando nuestras botas y el resto de nuestro equipo, nos enseñaban a hacerlo mediante las represalias más implacables.

A las nueve, todo el mundo debía estar acostado. Lo que no suponía, desde luego, un sueño reparador. Cada noche tenían lugar ejercicios de alerta y de cambio rápido de uniforme.

Cuando sonaba la alerta, bajábamos de nuestros camastros, nos poníamos la indumentaria de campaña y nos presentábamos en el patio. Entonces nos enviaban a ponernos los uniformes de desfile. Luego los de ejercicio. Después, de nuevo, los de

campana. Nunca salía la cosa totalmente bien. Noche tras noche, los suboficiales nos acosaban y perseguían por las escaleras del cuartel con si fuésemos un rebaño de bestias amedrentadas, hasta que la sombra de uno solo de ellos era casi suficiente para hacernos desfallecer de miedo.

Al cabo de las seis primeras semanas empezó la segunda fase de nuestra formación práctica, y si hasta entonces no sabíamos lo que era la fatiga, las maniobras de campana no tardaron en enseñarnoslo.

Atravesar a rastras kilómetros de terreno especial de entrenamiento, sembrado de escoria de hierro o de sílices cortantes que nos dejaban las palmas de las manos convertidas en una pulpa sanguinolenta, o bien con un espeso fango pútrido que amenazaba con asfixiarnos... Pero lo que temíamos sobre todo, eran las marchas forzadas.

Una noche, nuestros suboficiales irrumpieron en los recintos donde dormíamos como muertos, vociferando con más energía aún que de costumbre.

—¡Alerta! ¡Alerta!

Salto general de los camastros, forcejeos febriles con diversas piezas del equipo. Una correa encallada, un mosquetón, obstinado, medio segundo perdido, catástrofe... Menos de dos minutos más tarde los pitidos resonaban en los pasillos, los pies de los suboficiales golpeaban las puertas...

—¡Tercera Compañía, a foorMAR! ¡Qué diablos estáis haciendo ahí! ¿Aún no habéis bajado, maldita sea? ¡Y las mochilas, sin cerrar! ¿Dónde creéis que estáis, hatajo de gandules? ¿En un hospicio para ancianos?

Avalancha en las escaleras mal iluminadas de hombres embrutecidos que acababan de abrocharse una última correa. Formación incierta en el patio del cuartel. Luego:

—Tercera Compañía... A vuestros acantonamientos... ¡UNIFORME DE EJERCICIO!

Que unos hombres puedan vociferar así sin que estalle una arteria en el cráneo, me ha parecido siempre un desafío al sentido común. Pero, ¿no será precisamente el sentido común lo que les falta? ¿Habéis observado su manera de expresarse? Son incapaces de hablar como todo el mundo. Sus palabras están soldadas entre sí hasta producir una especie de balido, con excepción de la última, que trata de restallar como la punta de un látigo. Nunca les oiréis terminar una frase con una sílaba no acentuada. Fragmentan todo lo que dicen en salvas, de interjecciones militares, incomprensibles. ¡Esos berridos, esos eternos berridos! Hay que reconocer que esa gente debe tener el cráneo vacío...

Como una oleada que lo barre todo a su paso, los ciento treinta y cinco reclutas que formábamos el grupo nos precipitábamos hacia la escalera para regresar a nuestros alojamientos y ponernos el uniforme de ejercicio antes de que sonara un

nuevo «a fooorMAR»...

Habiendo realizado esta operación una docena de veces durante la noche, con el acostumbrado acompañamiento de maldiciones e injurias, la compañía se encontró finalmente en medio del patio, jadeante y sudorosa, pero en buen orden de marcha, dispuesta a emprender el ejercicio nocturno previsto en el programa.

Nuestro comandante de compañía, un capitán manco llamado Lopei, nos observaba con una ligera sonrisa en los labios. Exigía de sus hombres una disciplina férrea, inhumana.

Y, sin embargo, entre todos nuestros verdugos, era el único que, a nuestros ojos, tenía algo de humano. Todo lo que nos hacía hacer tenía al menos la decencia de hacerlo él mismo, y nunca nos pedía algo que estuviera por encima de sus propias fuerzas. Cuando regresábamos del ejercicio, tenía un aspecto tan derrotado como el nuestro. Era su manera de ser leal, y la lealtad era algo que habíamos perdido de vista hacía mucho tiempo. Estábamos acostumbrados a ver a cualquiera que gozase de autoridad escoger cabeza de turco tras cabeza de turco y hostigar al pobre diablo, hacerle la vida dura hasta vaciarlo, convertirlo definitivamente en «inepto», hacerle reventar de agotamiento o impulsarlo al suicidio. El capitán Lopei no tenía ni favoritos ni cabezas de turco. Pertenecía a ese tipo rarísimo de oficiales que pueden conducir a sus hombres hasta el mismo infierno por la sencilla razón de que ellos andan siempre en cabeza y que, a su manera, demuestran una lealtad inflexible. Si el valor y la integridad de aquel hombre hubiesen estado al servicio de cualquier otro sistema que no fuera el de Adolfo Hitler, si hubiese sido oficial en cualquier otro ejército, me hubiera inspirado simpatía. Tal como estaba las cosas, me inspiraba un respeto innegable...

Inspeccionó brevemente su compañía. Después retrocedió unos pasos y ordenó:

—¡Tercera Compañía, fiirMES! ¡Aaaarmas al HOMBRO!

Choques rítmicos de ciento treinta y cinco fusiles al aterrizar simultáneamente, en tres tiempos, sobre ciento treinta y cinco hombros. Luego varios segundos de silencio absoluto, mientras cada oficial, suboficial y simple soldado miraba fijo ante sí, rígido como un poste bajo un casco de acero. ¡Desdichado del triple infortunado que en aquel momento hubiese movido aunque sólo fuese la punta de la lengua!

De nuevo la voz del capitán, entre los altos álamos y los edificios grises del cuartel:

—¡DeeeeRECHA! ¡De frenteee... MARCHEN!

Retumbar de botas claveteadas en el cemento del patio, con producción de chispas fugaces. Cuarto de vuelta al salir del cuartel e inicio de la marcha por el camino empapado, bordeado de álamos. En un batallón disciplinario, las conversaciones y las canciones están, naturalmente, prohibidas; individuos de cuarta categoría no pueden aspirar a los privilegios del soldado alemán. Como tampoco

teníamos derecho a llevar el águila o los otros símbolos de honor: sólo llevábamos, en la manga derecha, una cinta blanca —¡y que siempre debía permanecer blanca!— cruzada por la palabra SONDERABTEILUNG en letras negras.

Como debíamos ser los mejores soldados del mundo, todas nuestras marchas eran marchas forzadas. En menos de un cuarto de hora estábamos cubiertos de sudor, nuestros pies empezaban a calentarse y abríamos la boca para poder respirar, pues la nariz por sí sola resultaba rápidamente incapaz de suministrarnos una cantidad de oxígeno suficiente. El correa y el fusil impedían que la sangre circulara normalmente en nuestros brazos, produciendo la hinchazón de los dedos. Pero para nosotros todo eso no era más que una insignificancia. Podíamos realizar una marcha forzada de veinticinco kilómetros sin experimentar la menor molestia.

Entonces empezaba el ejercicio: avance en guerrillas, por saltos sucesivos, un hombre cada vez. Con los pulmones trabajando como los soplillos de una fragua, nos lanzábamos por el campo abierto, al galope, arrastrándonos a través de campos helados, empapados, excavando nuestros refugios provisionales de animales acorralados, con nuestras cortas palas de trinchera.

Pero, desde luego, nunca íbamos lo bastante aprisa. A cada momento sonaban los silbatos, y nosotros tratábamos inútilmente de recuperar el aliento, jadeando e hipando durante unos segundos demasiado breves, en tanto que las maldiciones llovían sobre nosotros.

Después había que continuar. Adelante..., adelante..., adelante. Estábamos rebozados de tierra húmeda; nos temblaban las piernas y el sudor corría a chorros por todo nuestro cuerpo, enconando las heridas causadas por el roce de las correas que sujetaban nuestro pesado equipo. El sudor impregnaba nuestros uniformes y eran muchos los que tenían las guerreras llenas de manchas oscuras. El sudor nos cegaba, y nuestras frentes irritadas nos escocían cruelmente, a fuerza de secarlas con unas manos sucias o unas mangas ásperas. Así que nos inmovilizábamos, el baño de sudor se transformaba en baño de hielo. Yo tenía el interior de los muslos en carne viva. Y el miedo añadía su sudor personal al del agotamiento.

Al amanecer estábamos ya agotados, embrutecidos. Pero era la hora de practicar nuestro ejercicio de alarma aérea. Carrera a toda velocidad por el mal camino del que cada piedra, cada charco, cada bache, reclamaba una atención permanente, pues el menor paso en falso podía significar la caída o la dislocación, y el castigo. Sólo el hecho de adelantar un pie después del otro, para correr o para andar, acto que por lo general se realiza normalmente y sin prestarle atención, requería un esfuerzo físico y mental casi sobrehumano. Tan abrumador era el peso que sentíamos en las piernas. Pero no obstante, trotábamos con obstinación, cojeando y tropezando a paso gimnástico. Nuestros rostros de órbitas hundidas, generalmente pálidos, estaban rojos como langostinos, los ojos desencajados y fijos, las venas de la frente

desmesuradamente hinchadas. Teníamos la boca seca, rodeada por una baba viscosa, y de vez en cuando un hipo desesperado proyectaba salpicaduras de espuma blanquecinas.

Los silbatos nos horadaban el cerebro y saltábamos a la derecha y a la izquierda, zambulléndonos en las cunetas, sin mirar lo que había en el fondo, zarzas, barro, o algún «colega» más rápido que nosotros. Luego empezaba el montaje frenético de los morteros y de las ametralladoras en posición de tiro, montaje que debía realizarse en pocos segundos, aun a costa de un esguince o de una mano ensangrentada.

Y de nuevo la marcha, kilómetro tras kilómetro. Creo que sé todo lo que es posible saber sobre las distintas clases de caminos. Caminos blandos, caminos duros, caminos anchos, caminos estrechos, pedregosos, fangoso pantanosos, pavimentados, alquitranados, nevados, accidentados, llanos, resbaladizos, polvorientos. Mis pies me han enseñado todo lo que es posible saber sobre los caminos. Los caminos odiosos, enemigos y verdugos de mis pies.

Después de la lluvia, el sol. Es decir, sed, cabeza pesada, jaqueca, deslumbramiento. Los pies y los tobillos se hinchaban dentro de las polainas. Uno avanza en una especie de estado hipnótico.

A mediodía, por fin, una parada... Nuestros músculos estaban tan atormentados que quererlos detener constituía otra tortura más. Algunos no lo conseguían y seguían llevados por el impulso, después de haber resonado la orden, golpeaban al hombre que les precedía y se quedaban allí con la cabeza gacha, al borde del desmayo, hasta que el otro los rechazaba sin miramientos.

Nos habíamos detenido al lindero de un pueblo. Dos o tres niños vinieron a contemplarnos. La parada sería de media hora. Olvidando que estábamos a cincuenta kilómetros del cuartel, todos nos dejamos caer en el lugar que ocupábamos, sin ni siquiera aflojar una sola correa, dormidos antes de tocar el suelo.

Un segundo más tarde, nuevo pitido. Un segundo que había durado treinta minutos; todo nuestropreciado reposo. Puesta en marcha de nuevo, tal vez la peor tortura de todas. Los músculos rígidos, los pies hinchados no quieren saber nada. Cada paso cuesta una serie de dolores agudos que ascienden directamente hasta el cerebro. La planta de los pies siente a través del cuero cada clavo de la suela y se tiene la impresión de andar sobre cascotes de botella.

Pero ni pensar en disminuir la marcha: ningún camión siguiendo la columna para recoger a los agotados. Los pobres diablos que se derrumban son objeto de un tratamiento especial administrado por el teniente y los tres suboficiales más sádicos de la compañía. Son brutalizados y acosados sin piedad hasta que pierden el sentido, o se vuelven locos furiosos, o bien se transforman en autómatas sin voluntad propia, que ejecutan automáticamente las órdenes y que saltarían por la ventana de un quinto piso si alguien se lo ordenara... Durante todo el camino podíamos escuchar a los

suboficiales aullar amenazas de meter en el calabozo a los débiles, por insubordinación, si no ejecutaban las órdenes a plena satisfacción de aquellos malditos bestias.

A última hora de la tarde penetrábamos en el patio del cuartel, al borde del colapso.

—¡Paso de desfile... AR!

Un último esfuerzo, que considerábamos imposible, piernas rígidas proyectadas hasta una posición horizontal, pies golpeando el suelo rítmicamente. Ante nuestros ojos se arremolinan unas lucecillas. Uno se siente literalmente morir. Pero hay que hacerlo, es preciso. Los pies caen con ritmo implacable, aplastando el polvo, aplastando el dolor. ¡Un último esfuerzo, conseguido con alguna reserva final de energía!

El comandante del campo, el *Oberstleutnant* Von der Lenz, estaba en el lugar preciso en que debíamos efectuar el cuarto de vuelta que nos situaría frente a nuestros alojamientos. El capitán Lopei vociferó:

—¡Tercera compañía... vista a la IZQUIERDA!

Todas las cabezas miraron en un mismo movimiento, todas las miradas fijas en la silueta frágil del coronel. Pero los movimientos rígidos que constituyen el saludo no tenían en esa ocasión nada de rígidos. ¡Incluso se produjo una ligera vacilación! El capitán Lopei tuvo un sobresalto, se detuvo, se alejó para observar su compañía. Luego resonó la orden:

—¡Tercera compañía... ALTO!

Era el coronel. Por un momento reinó un silencio helado al que siguió el rugido furioso de Von der Lenz:

—Capitán Lopei, ¿a esto llama una compañía? Si quiere ir al frente con el próximo batallón de infantería no tiene más que decírmelo. Hay muchos oficiales que estarían más que contentos con esta guarnición...

La voz del coronel se hizo sobreaguda, histérica:

—¿Qué significa esa pandilla de perros miserables? ¿Ese hatajo de chusma indisciplinada? ¿A eso le llama soldados prusianos? ¡Perros sarnosos, sí! ¡Pero tengo un buen remedio contra la sarna!

Arrogante y lleno de sarcasmos, paseaba su mirada sobre nuestra compañía de sonámbulos aterrados. Si por lo menos callara pronto, para poder regresar a nuestros barracones, desprendernos del equipaje y dormir...

—Sí, tengo un buen remedio contra la sarna —repitió con tono amenazante—. Los perros sarnosos necesito un poco de ocupación, un poco de entrenamiento, ¿eh, capitán Lopei?

—Sí, mi coronel, un poco de entrenamiento.

Un odio sombrío nos invadía, mezclado con piedad por nosotros mismos. Esta

historia nos costaría al menos una hora de ejercicio más agotador que cualquier ejército haya inventado jamás, el paso de desfile alemán, el paso de la oca...

¿Habéis tenido alguna vez las glándulas de la región inguinal hinchadas y duras hasta el punto de que cada paso constituye un martirio, los músculos de los muslos, apelotonados en bolas compactas sobre las que hay que golpear con todas las fuerzas, de vez en cuando, para que sigan trabajando, los músculos de las pantorrillas contraídos por los calambres, cada bota pesando un quintal y cada pierna una tonelada y, en tales condiciones, habéis tratado alguna vez de levantar la pierna, con los dedos rígidos hacia delante, siguiendo la prolongación del muslo, tan rápidamente, tan graciosamente como una bailarina clásica?

¿Y habéis probado alguna vez, después de esto, cuando vuestros tobillos ya no tienen fuerza para sostenerlos, vuestros dedos no son más que una masa sanguinolenta y os arde la planta de los pies, con ampollas surgiendo, estallando y sangrando por todas partes, habéis tratado alguna vez de lanzarlo hacia delante, apoyados en un pie, en tanto que el otro cae sobre el suelo con un impacto resonante? Y todo esto debe hacerse rítmicamente, con una precisión que transforma a ciento treinta y cinco hombres en una sola máquina, cuyo martilleo rítmico, regular, hace decir a la gente que se detiene para escucharlo:

—¡Esto sí que es un desfile militar! ¡Esto sí que es magnífico! ¡Dios mío, qué Ejército tenemos!

El paso de la oca produce siempre una enorme impresión. En lasocas.

El paso de la oca a nosotros no nos impresionaba en absoluto. Por lo menos en ese sentido. Es el ejercicio más infernal, más repugnante de toda la historia del Ejército. Ha desgarrado más músculos y dañado más ganglios linfáticos que cualquier otra forma de ejercicio. ¡Preguntad su opinión a los médicos!

Pero habíamos subestimado a nuestro *Oberstleutnant*. No nos libraríamos con una hora de paso de desfile. El muy cerdo se había marchado, saludado por el capital Lopei, pero antes de alejarse había dicho:

—¡Sí que conozco un buen remedio! ¡Capitán Lopei!

—A la orden.

—Llévese todo eso al terreno de ejercicios y enséñeles a ser soldados en vez de una jauría de perros sarnosos... No regrese antes de mañana por la mañana, a las nueve... y si a esa hora esta compañía no es capaz de ejecutar un paso de desfile que hunda los adoquines del patio, vuelvo a enviarle inmediatamente. ¿Entendido?

—Entendido, *Herr Oberstleutnant*.

Toda la noche practicamos el ataque en terreno abierto y el paso de desfile.

Y el día siguiente, a las nueve, desfilamos como un trueno ante el *Oberstleutnant*, que no se dio en seguida por vencido. Nos hizo desfilar siete veces ante él, y estoy seguro de que si alguno de nosotros hubiese llevado únicamente una décima de

segundo de adelanto respecto a los otros, nos habría devuelto inmediatamente al terreno de ejercicios.

Eran las diez cuando finalmente recibimos la orden de romper filas, lo que nos permitió regresar a nuestros alojamientos y dormir.

Era inhumano, sin duda, pero nosotros ya no éramos seres humanos. Éramos perros sarnosos, perros hambrientos...

Porque para imaginarse nuestro entrenamiento bajo su verdadera luz y perspectiva, hay que añadir aún... el hambre.

En este aspecto, como en tantos otros, estábamos en realidad completamente desequilibrados. Al final de la guerra, en el año 1945, todo el pueblo alemán vivía con raciones de hambre, pero ya desde 1940 y 1941 estábamos mucho peor atendidos que el sector más desamparado de la población —a saber, los vulgares civiles— debía estarlo en 1945.

Como no teníamos tarjeta de abastecimiento, no podíamos comprar nada. El almuerzo era el mismo todos los días: un litro de caldo de remolacha, con un puñado de coles agrias para darle un poco de consistencia, y esa col agria únicamente una de cada dos veces; ¡no fuera cosa que la buena vida nos reblandeciera demasiado y nos apoltronase!

La carne era un lujo que no conocíamos. Cada noche recibíamos nuestras «raciones secas» para veinticuatro horas: un pedazo de pan de centeno que, con cierta práctica, se conseguía dividir en cinco rebanadas, tres para la noche, dos para la mañana siguiente; veinte gramos de margarina rancia y un pedazo de queso cuyo contenido de agua debía ser el mayor del mundo. El sábado recibíamos una ración suplementaria de cincuenta gramos de mermelada de nabos. El desayuno se componía de un bol de sucedáneo de café, color té, de olor y gusto repugnante, que sin embargo nos bebíamos con delicia.

Durante el ejercicio, alguna vez encontrábamos en un campo una patata o un nabo. Apenas con tiempo para frotarlo y eliminar parte de la tierra, que tenía adherida y el tubérculo desaparecía en una boca ávida tan rápidamente que un espectador hubiera creído que acababa de asistir a un juego de prestidigitación.

Tampoco necesitábamos mucho tiempo para descubrir que la corteza de abedul, y cierta clase de hierba que crecía al borde de las cunetas, poseían un gusto muy aceptable, y tal vez incluso propiedades nutritivas, y que, sobre todo, eran bien aceptadas por el estómago y calmaba un poco los retortijones del hambre. He aquí la receta, para quien pueda interesar; entre dos cascotes de acero machacar la corteza de abedul o la hierba de las cunetas; añadir una cantidad prudencial del sucedáneo de café, y comer la pasta resultante...

Si por milagro alguno de nosotros recibía un bono para pan, era la gran fiesta en el barracón del afortunado. Un pan entero. ¿Os dais cuenta?

La inspección del lunes era una de nuestras principales bestias negras... Al toque de diana, debíamos presentarnos con guerrera de desfile, con casco, con pantalón blanco como la nieve y los pliegues trazados con tiralíneas, con mochila, cartuchera, municiones, pala de trinchera, bayoneta, macuto y fusil, y con el capote, enrollado de manera reglamentaria, colgando encima del pecho.

Cada hombre debía llevar en el bolsillo un pañuelo limpio de color verde. Y ese pañuelo debía estar doblado de la manera reglamentaria.

ESCUPIR Y PULIR

La limpieza nunca ha perjudicado a nadie. Tampoco el orden. Y en un ejército ha de existir naturalmente orden y limpieza, organizados y codificados, tanto el uno como la otra, mediante programas detallados. El soldado consciente consagra un tiempo increíble al orden y a la limpieza, pero el soldado que sirve en un batallón disciplinario le consagra todo el tiempo, o, por mejor decir, todo el tiempo que no le ocupan las otras actividades.

Durante todo el domingo no hacíamos otra cosa que lavar, limpiar y fregar de manera reglamentaria, guardar y colgar de la manera reglamentaria, en resumen, colocar cada cosa en su lugar reglamentario, después de haberle devuelto su aspecto reglamentario. Nuestro equipo de cuero debía tener el brillo del barniz. Tanto al derecho como al revés, nuestros diversos uniformes no debían mostrar ni la menor manchita. Puedo afirmar con pleno conocimiento de causa, que cuando los hombres de un batallón disciplinario alemán se presentan a la lista del lunes por la mañana, están rigurosamente inmaculados de pies a cabeza.

Pero pienso también que el orden y la limpieza militares deben de tener alguna falla si, después de haber trabajado todo el domingo para conseguirlo, no se experimenta ni la menor satisfacción, ni la menor tranquilidad de espíritu que serían lógicas después de una limpieza tal.

Esta lista del lunes no era festival de purificación. Era una pesadilla, una sesión de terror concentrado. El soldado limpio y pulcro de pies a cabeza no se sentía inmaculado. Se sentía más que nunca como en la piel de un animal acosado.

Creo que estoy abusando de las palabras «animal acosado», «pánico cerval», «terror». Sé que tales repeticiones son malas y que un buen estilo literario reclama ante todo una gran variedad de expresiones. Pero, ¿cómo variar hasta lo infinito la

descripción de lo que, precisamente, es uniforme? ¿Lo conseguirían otros tal vez? Yo no estoy seguro de ser capaz. Estoy demasiado cansado, demasiado aturdido, demasiado desesperado, a veces también demasiado furioso para dedicar una parte de mi tiempo de mis fuerzas a inútiles buscas de matices y de distinciones sutiles. ¡Lo que tengo que decir es tan poco literario! Incluso ahora, después de tantos años, esos recuerdos me oprimen, a veces hasta un punto en el que me siento con derecho a pedirlos que colméis las deficiencias de mi vocabulario. Si conseguís comprender lo que he querido decir, poco me importa que mi pobreza de léxico os haga menear la cabeza de vez en cuando rezongando: «Hubiese podido explicar eso mucho mejor...»

Así, pues, nosotros los soldados implacables, inmaculados, nos sentíamos continuamente con un espíritu de animal acorralado. Cualquier cosa que ocurriera estábamos seguros de que las consecuencias las pagaríamos nosotros. Lo más paradójico era tal vez saber que si el sargento mayor no encontraba absolutamente nada que reprocharnos, se llevaría una rabieta monumental y haría pagar su decepción, su cólera, a uno u otro de nosotros. ¡Que Dios ayude al que se ve castigado sin motivo! Pagaré diez veces más caro que si hubiese cometido realmente una falta. Y en tal situación no resulta fácil encontrar la actitud adecuada.

—Primera fila, un paso al frente... ¡AR! Segunda fila, un paso atrás... ¡AR!

Durante unos minutos eternos, el sargento mayor observa las dos filas que acaban de separarse. Cualquiera que menee, aunque sólo sea un pelo, se la carga inmediatamente, por desobediencia. Pero hemos aprendido a transformarnos en pedazos de madera y a conservar ese estado durante media hora seguida. Es una especie de trance o de catalepsia que, para el soldado que consigue adquirirlo, vale mucho más que su peso en oro. ¡En posición de firmes, rígido como un pedazo de madera, porque literalmente se ha transformado en un pedazo de madera!

El sargento mayor ruge:

—¿Listos para la inspección?

Toda la compañía contesta a coro:

—Sí, *Herr Hauptfeldwebel*.

—¿Nadie ha olvidado limpiar alguna cosa?

Coro de la compañía:

—Sí, *Herr Hauptfeldwebel*.

Nos fusila a todos con una mirada feroz. Ahora nos quiere. Es el momento que prefiere...

—¿De veras? Si es cierto, será la primera vez en la historia de este batallón. Pero en seguida lo veremos...

Lentamente, se aproxima al primer pedazo de madera, lo rodea una vez, dos veces... Girar en torno a un adversario sin pronunciar ni una sílaba, es una forma muy eficaz de la «guerra de nervios». La nuca arde, las palmas de las manos se

humedecen, los pensamientos se arremolinan y el aliento se interrumpe.

—¡Sí, sí, es lo que veremos! —repite el sargento mayor a espaldas del tercer hombre de la primera fila.

Se produce un silencio en tanto inspecciona el cuarto y el quinto. Luego viene el aullido:

—¡Tercera compañía... fiirMES!

Seguido por la acostumbrada avalancha de basura verbal... Solíamos decir de nuestro bienamado *Hauptfeldwebel* que no podía vomitar mierda sin haber vomitado antes mierda. Tal vez no fuese muy ingenioso, pero en este aspecto no nos mostrábamos exigentes, y es una descripción bastante buena de aquel burgués sádico, podrido hasta la médula, a quien se había permitido saborear un poco la embriaguez del poder.

—¿Qué clase de compañía es ésta? ¿Es que os habéis pasado el domingo revoleándoos en la mierda? ¡El estiércol es el lugar que corresponde a unos cerdos como vosotros! ¡He examinado cinco hombres! ¡Se diría cinco invertidos nacidos de prostitutas sifilíticas!

¡No es ya una boca humana, es una boca de cloaca! Le gustaba mucho hablar de la «enfermedad francesa», pero él tenía la enfermedad prusiana en su grado más agudo, esa ansia lamentable de humillar al prójimo. Es una verdadera enfermedad, y una enfermedad que no se limita a los batallones disciplinarios. Ha contaminado a todo el Ejército alemán como una epidemia de forunculosis. Y en cada forúnculo, se puede estar seguro de encontrar a un suboficial, a uno de esos tipos que son algo sin ser prácticamente nada.

El castigo corriente, en estos casos, consiste en tres horas de ejercicio especial cuyo plato fuerte es un largo foso lleno hasta media altura de barro repugnante en plena fermentación, con la superficie tapizada de una espuma viscosa, amarillenta. Cada vez que la orden «cuerpo tierra» nos envía al fondo de este foso, después hay que frotarse y casi arrancarse los párpados para recobrar el uso de la vista. Luego llega la hora del almuerzo. Tal como estamos, nos tragamos la bazofia. Y después tenemos media hora para presentarnos limpios como monedas recién acuñadas, a la lista de la tarde.

El método es sencillo y os lo recomiendo: basta con meterse bajo la ducha, vestido y con todo el equipo. Después hay que limpiar el fusil y las otras piezas del equipo, secarlos cuidadosamente con ayuda de un trapo limpio y engrasarlos. Cuidad mucho, sobre todo, el interior del cañón de vuestra arma...

Esas operaciones de desmontaje, limpieza y engrase sólo se realizan una vez por semana durante la instrucción de un «soldado normal». Tal vez dos, en caso de algún ejercicio especialmente sucio. Nosotros las hacíamos al menos dos veces diarias.

A la lista de la tarde, evidentemente, nos presentábamos empapados como una

sopa. Pero en tales circunstancias se tenía la magnanimidad de no ser muy quisquillosos con el planchado. La limpieza bastaba...

Sólo había algo que temíamos tanto como esa horrible inspección de los lunes, y era la revista del equipo, todas las noches, a las diez. Lo que el suboficial de servicio podía idear para ocupar a los semicadáveres en que nos habíamos convertido después de una jornada de agotadores ejercicios, rozaba frecuentemente con lo sublime.

Antes de la llegada del suboficial, cada hombre debía tenderse en su camastro, y, naturalmente, en la posición reglamentaria, es decir, de espaldas, con los brazos a lo largo del cuerpo y los pies desnudos ofrecidos a la inspección. Correspondía al jefe de la sala velar para que ni una mota de polvo quedara en los rincones más escondidos, para que todos los pies estuviesen tan limpios como los de un recién nacido, para que todas las cosas estuviesen ordenadas y plegadas en acuerdo estricto con el reglamento.

Al iniciarse cada inspección, el jefe de sala debía pronunciar la fórmula siguiente:

—*Herr Unteroffizier*, el jefe de sala Brand se presenta y declara que todo está en orden en la sala veintiséis, efectivo doce hombres, de los que once están en sus camastros. La sala ha sido debidamente ventilada y limpiada, y no hay ninguna novedad que observar.

El suboficial de servicio no le prestaba evidentemente ninguna atención y empezaba a huronear por todas partes. Y desgraciado del jefe de sala si lograba descubrir la más pequeña partícula de polvo o bien una caja mal cerrada, o la sombra de una mancha en la planta de un solo pie.

El suboficial llamado Geerner —creo con sinceridad que hubiese estado más en su sitio dentro de una celda acolchada— aullaba literalmente como un perro. Al escucharlo, se tenía la impresión de que estaba perpetuamente a punto de estallar en sollozos, y de hecho no era extraño verle derramar lágrimas de rabia. Cuando él estaba de servicio, frotábamos, lavábamos y ordenábamos aún más frenéticamente que de costumbre.

Recuerdo una triste noche en la que Schnitzius era jefe de sala. Ese pobre diablo de Schnitzius era la cabeza de turco por excelencia; buen chico hasta la punta de las uñas, pero tan simple de espíritu que servía de desahogo a todos sus superiores, desde los *Stabsfeldwebels* hasta los de graduación más insignificante.

Schnitzius estaba tan nervioso como todos nosotros tendidos en nuestros camastros mientras nos preguntábamos si habríamos olvidado algo en esta ocasión. Podíamos escuchar a Geerner en una de las salas vecinas. Desde donde estábamos, teníamos la impresión exacta de que a patadas estaba convirtiendo en astillas los armarios y soportes de los camastros. Todo mezclado con blasfemias, aullidos, hipos, perros sarnosos, cerdos inmundos, etc. Había para palidecer, si no hubiésemos estado

ya blancos como la cera. Geerner estaba en gran forma. Estaría bien caliente cuando llegase a la 26. Más valía correr el riesgo de dejar nuestros camastros y repasar con microscopio todo el recinto. Lo que hicimos sin encontrar ni rastro de una mota de polvo...

Todo el mundo había ocupado de nuevo su sitio cuando la puerta golpeó violentamente contra la pared.

¡Oh, si por lo menos aquella noche hubiese sido jefe de sala otro que no fuese Schnitzius, otro con más presencia de espíritu...!

Pero Schnitzius estaba allí, mudo, pálido como un muerto, con el cerebro en cortocircuito. Sólo podía mirar a Geerner con ojos atemorizados. Geerner le alcanzó de un salto y rugió, con el rostro a cinco centímetros del de Schnitzius:

—¿Y ese informe? ¿Tengo que esperar toda la noche?

Más muerto que vivo, Schnitzius pronunció la fórmula con voz temblorosa.

—¿Todo está en orden? —aulló Geerner—. ¿Es que ahora se presentan informes falsos?

—No, *Herr Unteroffizier* —balbució Schnitzius, mientras giraba lentamente sobre sí mismo, para dar siempre la cara al suboficial.

Durante varios minutos reinó en la sala un silencio de tumba. Sólo se movían nuestros ojos. Nuestros ojos que seguían a Geerner en su caza del polvo de un extremo a otro del recinto. Una por una, levantó las patas de la mesa central y les pasó la mano por debajo. Examinó las suelas de nuestros zapatos. Impecables. Las ventanas y el hilo de la lámpara. Cero. Inspeccionó nuestros pies con la atención apasionada de alguien que corre el riesgo de caer fulminado si no encuentra alguna cosa que reprochar.

Finalmente, lanzó a su alrededor una mirada maligna, sombría. Parecía verdaderamente que tendría que resignarse por esta vez a dejarnos en paz. Tenía la expresión de un tipo cuya amante no ha acudido a la cita y que debe regresar a acostarse solo, con sus deseos frustrados y su decepción dolorosa.

Iba a cerrar la puerta a sus espaldas cuando bruscamente cambió de idea.

—Todo está en orden, ¿eh? Veámoslo...

Con impulso súbito de fiera furiosa, saltó hacia nuestra cafetera, una enorme olla de aluminio, con una capacidad de quince litros. Había descubierto ya, con gran pesar por su parte, que estaba irreprochablemente limpia y llena de agua limpia, según el reglamento. Pero todos comprendieron en seguida —y todos los corazones fallaron un latido— que Geerner había encontrado algo.

Examinó tangencialmente la superficie del agua inmóvil. Pese a que la cafetera había sido llenada poco tiempo antes de llegar Geerner, varias motas de polvo se habían depositado inevitablemente en ella.

El aullido de Geerner tuvo algo de fantástico:

—¿A eso llamáis agua limpia? ¿Quién es el cerdo que ha llenado esta cafetera con agua de las letrinas? ¡Acércate, especie de estercolero ambulante!

Se subió a una silla y Schnitzius tuvo que entregarle la cafetera.

—¡FIRMES! ¡Echa la cabeza hacia atrás y abre el hocico!

Lentamente, todo el contenido de la cafetera fue vertido en la boca abierta de Schnitzius, asfixiado más que a medias. Cuando hubo terminado, el suboficial, furioso, lanzó la cafetera contra la pared, salió corriendo de la sala y armó gran alboroto en los lavabos, entrando sucesivamente media docena de cubos de agua que lanzó con todas sus fuerzas por el suelo. Como sólo disponíamos de dos arpilleras para enjugar el desastre, necesitamos bastante tiempo.

Repitió esta broma cuatro veces antes de cansarse. Después se fue a acostar, calmado por fin, y nosotros recuperamos la paz.

Los antiguos romanos llamaron *furor germánico* al encarnizamiento en el combate que encontraron al hacer la guerra a las tribus del norte de los Alpes. Tal vez constituya un ligero consuelo para los romanos y demás enemigos confirmados de la raza germánica saber que los alemanes se tratan entre ellos con la misma demencia con que a sus vecinos.

Furor germanicus, la enfermedad prusiana.

Geerner no era más que un desdichado suboficial, una ruina de cerebro desequilibrado que debía contentarse con esas citas cotidianas con el polvo.

Paz al en que probablemente se haya convertido.

Entonces, el comandante entregó la compañía al capellán. "Nº 3 de la Compañía —para orar— ARRODILLESEN!" —rugió el capellán.

UNA ESPECIE DE SOLDADO

Nuestro período de instrucción terminó apoteósicamente con unos ejercicios de siete días y siete noches casi en blanco, que tuvieron lugar en un gigantesco campo de maniobras llamado Sennelager. Allí se habían construido poblaciones enteras con puentes, plazas, rieles de tranvía. Nada faltaba, excepto los habitantes, y allí teníamos todas las ocasiones posibles de mostrar nuestras habilidades a través de pantanos, ríos y malezas, y sobre pasarelas vacilantes que cruzaban descuidadamente verdaderos precipicios.

Tal vez todo esto suene un poco romántico, al estilo de los juegos de indios y vaqueros en una gran escala, pero esos juegos costaron la vida a uno de nuestros compañeros, que cayó desde lo alto de uno de esos puentes vacilantes y se rompió el cuello.

Otro juego igualmente apreciado consistía en excavar agujeros con la profundidad justa para contenernos, y luego acurrucamos en ellos, enfermos de miedo, en tanto que tanques pesados nos pasaban por encima.

Una sensación fuerte seguía a la otra y a continuación debíamos tendernos de bruces bajo esos mismos tanques, con la panza metálica del monstruo rozándonos las nalgas, mientras que las cadenas pasaban ruidosamente a derecha e izquierda.

Se nos quería endurecer y acostumbrar a la frecuentación cotidiana de los tanques.

Vivíamos en un terror casi perpetuo, lo que, después de todo, resulta normal, puesto que el soldado alemán siempre ha sido instruido mediante el temor y entrenado a reaccionar como una máquina bajo el aguijón del terror, no a combatir valerosamente porque un ideal noble lo ilumina y se sacrificará de buen grado si el interés de un pueblo lo exige. Tal vez esa inferioridad moral sea precisamente el rasgo característico de la mentalidad prusiana y la enfermedad crónica del pueblo alemán.

Dos días después, la compañía fue fraccionada en pequeños grupos de cinco a quince hombres que recibieron nuevo equipo. Yo recibí, junto con varios otros, el uniforme y la boina negra de las tropas blindadas. Al día siguiente un *feldwebel* nos

condujo al cuartel de Bielefeld, donde fuimos incorporados inmediatamente a una compañía que partía hacia el frente, y embarcados sin pérdida de tiempo en un tren militar.

—¡Como si esta compañía no estuviese ya saturada de criminales de tu ralea! Es repugnante ver esto... Pero que no te coja yo cometiendo la menor irregularidad, ¿me oyes? ¡O que me ahorquen si no te envío en el acto a los penales en los que hubieses debido tener la decencia de reventar! Tu único lugar es la cárcel.

Así me interpeló para desearme la bienvenida el comandante de la quinta compañía, el grueso capitán Meyers, verdugo de reclutas y terror de sus subordinados. Pero yo ya estaba acostumbrado a esa clase de discursos.

Fui destinado al Escuadrón número 2 bajo las órdenes del teniente Von Barring. Y allí empezaron a ocurrir cosas a las que no estaba acostumbrado.

NUESTRO PRIMER ENCUENTRO

Von Barring me alargó la mano, le dio a la mía un apretón enérgico, amistoso... Yo no me recuperaba de mi asombro. Es la clase de cosa que un oficial del Ejército prusiano no puede sencillamente hacer; pero él lo hizo, y después de hacerlo, me dijo:

—Bien venido, muchacho, bien venido a la quinta compañía. Te han metido en un regimiento asqueroso, pero aquí vamos todos juntos y nos defendemos lo mejor posible. Busca el camión número 24 y preséntate al *Unteroffizier* Beier; él es el jefe de la sección número 1.

Luego sonrió; la sonrisa abierta, sincera, amistosa de un joven oficial sin complejos, agradable, simpático.

¡Me quedé completamente atónito!

Encontré el camión 24 y alguien me indicó el *Unteroffizier* Beier, un hombrecillo de unos treinta y cinco años, vigoroso, que jugaba a los naipes con otros tres sujetos sentados alrededor de un tonel. Me detuve a la distancia reglamentaria de tres pasos, hice chocar violentamente mis tacones y empecé con voz resonante:

—*Herr Unteroffizier*, el soldado Sv...

No pude proseguir. Dos de los cuatro sujetos se habían levantado de un salto de los cubos invertidos sobre los que estaban sentados, y estaban ahora en posición de firmes, rígidos como postes, con los dedos pegados a la costura del pantalón, en tanto que el suboficial y el cuarto individuo se dejaban caer en el suelo, con los pies por el aire, enviando a revolotear sus cartas alrededor de ellos como hojas muertas arrastradas por una borrasca otoñal. Por un instante, los cuatro me contemplaron fijamente. Luego, un corpulento *Obergefreiter* pelirrojo exclamó:

—¡Válgame Dios, compañero! ¡Valiente susto nos has dado! ¡Cualquiera creería que nuestro Adolfo nacional se te ha metido en la piel! ¿Qué mosca ha podido picar a un tonto de pueblo como tú para que te permitas interrumpir las ocupaciones inocentes de unos burgueses apacibles como nosotros? ¡Vamos, habla!

—Se presenta el soldado Sven Hassel, *Herr Obergefreiter*. Orden del teniente Von Barring para que me presente al jefe de la sección número 1, el *Unteroffizier* Beier...

Beier y el cuarto hombre se levantaron y el cuarteto me contempló con ojos horrorizados. Un solo ademán suplementario, decían claramente sus expresiones aterrorizadas, y todo el mundo huiría pegando alaridos. Y luego, bruscamente, estalló una risa general, homérica.

—¿Le habéis oído? *Herr Obergefreiter*. ¡Ja, ja, ja! *Herr Unteroffizier* Beier. ¡Ja, ja, ja!

El *Obergefreiter* pelirrojo se inclinó profundamente ante Beier y prosiguió:

—¡Su honorable Excelencia! ¡Vuestra Gracia, adornada con todas las virtudes! Vuestra cautivadora Magnificencia, *Herr Unteroffizier* Beier, imploro de su bondad...

Yo los contemplaba estúpidamente, a uno después del otro, incapaz de captar la gracia de la situación. Cuando hubieron dominado su paroxismo de hilaridad, el *Unteroffizier* me preguntó de dónde venía y mi respuesta obtuvo inmediatamente todas sus simpatías.

—Ponte cómodo en el piano, amigo —continuó el pelirrojo—. ¡El batallón disciplinario de Hannover! ¡Ahora comprendemos el motivo del porqué y el cómo! De momento, hemos creído que nos tomabas el pelo al golpear los tacones de esta manera; pero supongo que es un auténtico milagro de Dios el que te queden aún tacones que hacer chocar. ¡Bueno, estás en tu casa!

Estas palabras señalaron mi entrada en la sección 1.^a, y menos de una hora más tarde, rodábamos hacia Friburgo donde debíamos ser constituidos en unidades combatientes que a continuación serían enviadas, para entrenamiento supletorio, a las cuatro esquinas de una Europa presa de locura. Durante el trayecto mis cuatro compañeros se presentaron, y con ellos hice mí guerra personal.

Willie Beier era diez años mayor que nosotros y por este motivo le llamábamos *El Viejo*. Estaba casado y era padre de familia: dos hijos. También era berlinés y ebanista. Sus opiniones políticas le habían valido dieciocho meses de campo de concentración, tras lo cual fue «perdonado» y enviado a un batallón disciplinario.

—Y ya no me moveré de aquí —terminó con una sonrisa— hasta que uno de esos días nos venga un mal encuentro con una píldora cualquiera.

El Viejo era un compañero formidable. Siempre tranquilo y apacible. Ni una sola vez, durante los cuatro años espantosos que hemos pasado juntos, le he visto perder los estribos. Era uno de esos tipos extraños que segregaban calma, esa calma que

tanto necesitábamos todos en los malos momentos. Pese a que entre él y nosotros sólo hubiese diez años de diferencia, nos mostraba una actitud casi paternal y en muchas ocasiones tuve que dar las gracias a mi buena suerte por haberme metido en el tanque del *Viejo*.

Joseph Porta, *Obergefreiter*, era uno de esos bromistas incorregibles a los que nada puede afectar. Se burlaba de la guerra como de sus primeros calzones, y creo sinceramente que ni Dios ni el diablo se atrevieron nunca a interponerse en su paso por miedo a salir ridiculizados. Todos los oficiales de la compañía le temían y evitaban como a la peste, porque era capaz de hacerles perder, a veces para siempre, todo su prestigio, con sólo mirarlos inocentemente a los ojos.

Siempre que conocía a alguien, no olvidaba informarle que él era *rojo*. Efectivamente, había purgado doce meses en Oranienburgo, por actividades comunistas, actividades que se habían limitado, en 1932, a ayudar a algunos compañeros, a colgar dos o tres banderas socialdemócratas en el campanario de la iglesia de San Miguel. Esta broma le había costado quince días de cárcel, por lo demás prontamente olvidados, hasta que en 1938 la Gestapo le detuvo sin previo aviso y se esforzó en persuadirlo de que conocía el misterioso escondrijo del enorme pero siempre invisible Wollweber, jefe de los comunistas. Maltratado durante un par de meses, fue luego llevado ante un tribunal que se basó, para juzgarle, en una gigantesca ampliación fotográfica, representando a Porta y a su bandera roja en camino hacia la iglesia de San Miguel. Sentencia: doce años de trabajos forzados por actividades comunistas y profanación de la casa de Dios. Poco tiempo antes del inicio de las hostilidades, como muchos otros prisioneros, fue perdonado de la manera habitual, es decir, enviado a un batallón disciplinario. Los soldados tienen de común con el dinero que poco importa su procedencia...

Nacido en Berlín, Porta poseía en su grado más alto el humor equívoco, la lengua bien suelta y la desfachatez fantástica del típico berlinés. Le bastaba abrir la boca para que todo el mundo empezara a reírse, sobre todo cuando iniciaba las inflexiones gangosas y la insolente arrogancia del lacayo de un hidalgo prusiano.

Tenía también un talento natural, auténtico, de músico y tocaba tan bien la guitarra como el órgano de iglesia, y nunca abandonaba su flauta, de la que extraía milagros con sus ojillos astutos fijos ante sí, su crin roja flotando al viento como una gavilla de heno en plena tormenta. Que interpretara una tonadilla popular o que improvisara sobre temas clásicos, las notas salían del instrumento bailando como seres vivos. A los ojos de Porta, una partitura musical era como un jeroglífico chino, pero bastaba que *el Viejo* silbara la melodía para que él la continuara inmediatamente, como si la hubiese conocido siempre e incluso la hubiese compuesto.

Finalmente, era un narrador nato. La historia más extravagante podía durar en sus labios varios días, aunque la hubiese inventado meticulosamente toda ella desde la A

hasta la Z.

Como todo berlinés que se respete, Porta olfateaba a muchos kilómetros toda posible fuente de cuchipanda, junto con el sistema de obtenerla y, si se podía escoger, cual era la mejor. Fue sin duda un Porta el que permitió sobrevivir a los judíos durante el éxodo a través del desierto.

Sostenía que gozaba de mucho éxito con las mujeres, pero viéndole de cerca uno no podía dejar de sentir duda. Era alto como una zancuda y proporcionalmente delgado. Su cuello de cigüeña surgía muy derecho del uniforme, y cuando hablaba su nuez te causaba vértigo con sus continuos vaivenes. Su rostro singular estaba salpicado de pecas. Sus ojillos porcinos, de color verde, mostraban unas largas pestañas blancas y parecían acribillar a sus interlocutores con dardos maliciosos. Su pelambrera, de color rojo ardiente, estaba continuamente erizada. Su nariz. Dios sabe por qué, constituía su principal motivo de orgullo. Cuando abría la boca, se distinguía un diente, aislado en medio de su mandíbula superior. Aseguraba tener otros dos, pero como se trataba de muelas, no se las podía ver. ¿Dónde había podido encontrar intendencia unas botas lo bastante grandes para él? ¡Misterio! Por lo menos debía calzar un 47.

Plutón, el tercer miembro del cuarteto, era una montaña de músculos. Tenía el grado de *Stabsgefreiter* y en realidad se llamaba Gustav Eicken. En su caso no era la política, sino unas honestas infracciones del derecho común, las que le habían enviado por tres veces a los campos de concentración. Descargador en Hamburgo, a instancias de sus compañeros, había birlado un buen número de cosillas en los almacenes y los barcos que estaban descargando. Esas actividades les valieron a todos seis meses de cárcel.

Llevaba apenas cuarenta y ocho horas libre cuando la policía fue a buscarle. Esta vez se trataba de su hermano, que había falsificado un pasaporte y que por tal motivo fue decapitado. Plutón cumplió nueve meses de cárcel sin ser nunca interrogado. Luego, un buen día, le pusieron de patitas en la calle, después de haberlo aporreado concienzudamente, pero siempre sin darle ni la menor explicación.

Tres meses más tarde, le detuvieron de nuevo. Esta vez, por el robo de todo un camión cargado de harina, Plutón no sabía nada del asunto, pero de todos modos recibió una nueva paliza, fue careado con un sujeto que juró haberle tenido por cómplice en el «golpe de la harina», y se vio condenado, al final de un juicio de doce minutos, a seis años de trabajos forzados. Pasó dos de ellos en un campo de internamiento, y luego fue transferido, como todo el mundo, a un batallón disciplinario, acabando por recalar, junto con nosotros, en el 27 Regimiento Disciplinario. Si alguien deseaba enfurecerlo, no había más que pronunciar una frase que contuviese las palabras «camión» y «harina».

El último de los cuatro, Antón Steier, *Obergefreiter*, era llamado por todos

Pulgarcito. Medía apenas un metro y medio y procedía de Colonia, donde había trabajado en el ramo de los perfumes. Un altercado ruidoso en una cervecería le condujo directamente al campo de concentración, junto con dos compañeros. El uno había caído ya en Polonia, y el otro, declarado desertor, detenido y ejecutado.

Nuestro tren tardó seis días en llegar a su destino, es Friburgo, la pintoresca ciudad del sur de Alemania.

Sabíamos que no permaneceríamos allí mucho tiempo. El sitio de un regimiento disciplinario no es la retaguardia sino la primera línea, donde se escriben las páginas más sangrientas de la historia de los pueblos. Corría el rumor de que íbamos a ser enviados a Libia, vía Italia, pero, en realidad, nadie sabía más que su vecino. El primer día discurrió con las formalidades de la clasificación, entrega de hojas de ruta y otras menudencias. Tuvimos incluso tiempo para pasar unos agradables momentos en la posada «*Zum Goldenen Hirsh*», cuyo jovial patrono era llamado evidentemente Schulze, y no menos evidentemente, resultó ser un viejo amigo de nuestro Joseph Porta.

El vino era bueno, las muchachas bonitas, y si nuestras voces no eran completamente armoniosas, tenían, al menos, el mérito de ser potentes.

Hacía tanto tiempo que no había participado en aquel género de francachelas, y tantas cosas nauseabundas me pesaban aún sobre los hombros, que me costó un trabajo atroz enterrar lo pasado, o, más exactamente, dejarlo en suspenso por aquella noche, puesto que se me ofrecía la ocasión. Si lo conseguí en aquella oportunidad, y más tarde en otras muchas, fue gracias a Porta, al *Viejo*, a Plutón y a *Pulgarcito*. Todos habían pasado por la horma y ahora eran unos duros, y cuando en el programa había buen vino, dóciles compañeras y canciones, se burlaban con todas sus fuerzas, tanto de lo pasado como de lo por venir.

Al principio, el ferroviario rehusó. ¡Un buen nacionalsocialista no podía aceptar decentemente ir de compras para unos antiguos presidiarios! Pero cuando Porta le deslizó en el oído unas palabras prometedoras relativas a una botella de ron, el ferroviario olvidó por un momento su calidad de ser superior, llegóse a casa de Schulze, nuestro grueso posadero, y regresó, muy pronto, con un voluminoso paquete del que nos apoderamos inmediatamente.

—Eres miembro del partido, ¿verdad? —interrogó Porta (Joseph) con una mezcla inefable de inocencia y de jovialidad.

El ferroviario mostró la enorme insignia del partido nazi que pretendía adornar el bolsillo de su uniforme.

—¡Desde luego! ¿Por qué me lo preguntas?

Los ojos verdes de Porta se entornaron.

—Voy a explicártelo, amigo mío. Si eres miembro del partido, obedecerás la orden del Führer relativa a que el bien de la colectividad está antes que el del individuo. Y, en consecuencia, nos dirás aproximadamente lo que sigue: «Valeroso guerrero del 27 Regimiento. A fin de ayudaros a combatir aún mejor por el Führer y por el pueblo, en mi gratitud os ofrezco esta botella de ron que el señor Joseph Porta, Obergefreiter por la gracia de Dios, había decidido, en su bondad infinita, entregar a mi miserable persona». ¿No es exactamente lo que te proponías decir? ¿No temblaban estas palabras en la punta de tu lengua? Mi querido amigo, te damos las gracias desde lo más hondo de nuestro corazón, y, dicho esto, puedes retirarte.

La mano de Joseph Porta describió un magnífico molinete. Luego levantó su gorra y aulló:

—Grüss Gott!

Y así que él desdichado ferroviario nazi se hubo alejado rechinando los dientes, abrimos él paquete.

Había en él cinco botellas de vino; había un gigantesco asado de cerdo; había dos pollos asados; había.

CURIOSIDADES DE LOS BALCANES

—Pero debemos recordar que nos vamos a la guerra —dijo con voz temblorosa—, y que la guerra puede ser a veces algo muy peligroso. Según lo que cuentan, incluso hay personas que mueren. Suponed que una bala perdida nos perfora

bruscamente a todos a la vez. O suponed...

La voz de Porta no era más que un cuchicheo horrorizado.

—... Suponed que nadie resulte tocado, pero que rompa estas tres botellas mientras aún contienen algo. ¡Esto sí que puede llamarse los horrores de la guerra!

Pese a estas terribles perspectivas guardamos no obstante una parte para más tarde.

Y muy pronto el tren se puso en marcha.

—¡Ya está, arrancamos, arrancamos!

Dios sabe por qué experimentábamos la necesidad de vociferar de aquella manera, porque la puesta en marcha del tren era un hecho evidente, lo mismo para nosotros, instalados en nuestro furgón, que para todos aquellos que permanecían en tierra. Las grandes puertas deslizantes estaban abiertas por ambos lados, y colgábamos en ellas a racimos aferrados los unos a los otros y vociferando a más y mejor. Cualquier pretexto nos servía para lanzar unos vítores resonantes: un gato, una vaca, ¡y con mayor motivo una mujer!

—¿Podéis explicarme qué es lo que aclamamos de esta manera? —interrogó de repente *El Viejo*—. ¿Tan contentos estamos de ir a la carnicería?

Porta se interrumpió en mitad de un hurra y reflexionó profundamente.

—¿Qué estamos aclamando? Pues bien, mi pequeña cabeza de libélula, no lo sé. Vociferamos, esto es un hecho pero, ¿por qué?

Nos consultó a todos con la mirada.

—Yo creo que lo sé —dijo *Pulgarcito*.

—Adelante, te escuchamos.

—¡Lanzamos vítores porque nadie ha oído hablar de una guerra en la que no se lanzaran vítores!

Pulgarcito nos miró solemnemente y luego añadió, con brusca inspiración:

—Y también porque estamos en camino para desempeñar una noble misión. Estamos en camino para ayudar a nuestro querido Führer, a nuestro gran Adolfo a conseguir una magnífica derrota, a fin de que esta porquería de guerra termine lo más pronto posible y el maravilloso hundimiento de este régimen podrido se convierta en una gloriosa realidad.

Porta le levantó del suelo, le besó en las dos mejillas, volvió a dejarlo, alargó su cuello de cigüeña y lanzó un rugido de júbilo que probablemente oiría el propio Führer, pero cuyo significado no pudo comprender.

Estoy mal situado para expresar una opinión ecuaníme, pero desde el punto de vista del vulgar soldado, el famoso genio germánico para la organización me parece muy exagerado, cuando menos por lo que respecta al transporte de tropas. La impresión que recibe el soldado, según los planes tan alabados del Estado Mayor General, es que cuando debe ser transportado de un sitio a otro, importa ante todo

transportarlo en zigzag. Llevar a un simple soldado del punto A al punto B en línea recta y sin largas paradas en medio de los campos o en las vías muertas de las pequeñas estaciones de clasificación, en una palabra, sin la menor pérdida de tiempo y de combustible, equivaldría a revolucionar el arte de la guerra, realizando todos estos bonitos planes previstos sin ninguna clase de desorden. Ahora bien, es un hecho conocido que todos los soldados del mundo podrán confirmarnos: no se hace una guerra sin desorden. El desorden de la guerra, y el despilfarro titánico de vidas humanas, de alimentos, de material y de inteligencia mal empleada que involucran expresiones tales como «avance realizado según el plan previsto», para no hablar de los «acortamientos del frente» y de la «defensa elástica», tienen algo de tan desmesuradamente trágico, que sería imposible imaginarlos. Sin embargo, me parece que existe una explicación para el desorden incontenible de la guerra. Tal vez proceda, entre otras causas, del hecho que, sin desorden, las responsabilidades serían muy fáciles de limitar. Si se admite que el desorden hace prácticamente imposible la localización de las responsabilidades, esta explicación se hace completamente plausible:

Si GUERRA = IRRESPONSABILIDAD
y DESORDEN = IRRESPONSABILIDAD
Entonces, GUERRA = DESORDEN

Y ésta es una ecuación a la que volveremos a aludir con frecuencia.

Franqueamos así la frontera serbia, donde nos informaron que, hasta nueva orden, éramos el 18.º Batallón de la 12.^a Panzer-División, y que nos enviaban a aprender, en algún lugar de los Balcanes, el manejo de un nuevo tanque, tras lo cual seríamos enviados al frente. Así que supo la noticia, Porta exclamó con sonrisa estática:

—Tal como van las cosas, esto no sucederá durante los próximos treinta y cuatro años. Nuestra dicha está asegurada. Todos seremos felices y nos haremos rápidamente multimillonarios. Ahora os explicaré por qué. En los Balcanes, los negocios son más florecientes que en cualquier otro lugar de Europa, debido a que, en el plano comercial, se practica el método directo: ¡Yo te robo, tú me robas, y nada de historias! ¿Y qué es un soldado, ante todo, sino un hombre de negocios? Seamos, pues, buenos soldados, recordemos lo que hemos aprendido y apliquémoslo con usura. Cuando me marche de estos adorables Balcanes, será en la piel de un joven rico, satisfecho y bien equipado.

De Zagreb a Bania-Luka y de Bania-Luka a Sarajevo, un brusco desvío hacia Brod, en el Norte, y de hacia el Este, por encima de la frontera húngara... Así viajaba el 18.º Batallón realizando hazañas memorables, aunque de una naturaleza ligeramente distinta de las que publicaban cada día en los comunicados, o

proyectaban en las pantallas cinematográficas, en los noticiarios, en beneficio de espectadores cautivados por música extremadamente marcial. No (dicho sea de pasada), el 18.º Batallón nunca fue filmado, ni siquiera mencionado, en alguna parte. No era más que uno de esos batallones grises, anónimos, diezmados y reconstituidos, diezmados y reconstituidos, diezmados y reconstituidos, sin tregua y reposo, por una causa que odiábamos, incluso aunque no tuviéramos el don de expresar nuestros sentimientos con la condición envidiable de Porta, a quien nunca le faltaban comentarios que añadir a las inverosimilitudes que lanzaba la radio.

Estuvimos a punto de dejar atrás a Porta por prime vez, en la pequeña población de Melykut, al noroeste Pézs. Subió en marcha en el último momento, con ayuda de los compañeros, y dos minutos más tarde, cuando pasábamos ante un chamizo de los arrabales de la ciudad vimos a tres cíngaras que agitaban frenéticamente los brazos, en señal de adiós. Porta les devolvió los saludos vociferando:

—¡Hasta la vista, pequeñas! Si tenéis un bebé y es chico, llamadle Joseph, como su padre. Pero, por el amor de la Santa Virgen, no le hagáis soldado; antes hacedle ladrón, es menos repugnante.

Luego Porta se instaló cómodamente en un rincón, sacó del bolsillo una baraja increíblemente grasienta, nos invitó a la inevitable partida de «Veintiuno». Jugábamos desde hacía cuatro horas cuando el tren se detuvo en la pequeña villa fronteriza de Mako, un poco al sureste de Szeged.

Nos informaron que íbamos a efectuar allí una detención de diez horas antes de penetrar en Rumanía. Saltamos a tierra para echar una ojeada por los alrededores. Como de costumbre, Porta se adelantó en plan de explorador y, como de costumbre, regresó al cabo de un tiempo, se nos acercó al *Viejo* y a mí con su aire más inocente y cuchicheó:

—¡Seguidme!

La población —algo entre un pueblo y una ciudad rural— yacía muerta en el calor húmedo de la tarde. Nuestra ropa se nos pegaba a la piel mientras bajábamos juntos, sudorosos y sin aliento, por la calle principal, donde unos campesinos desastrados dormían en el suelo, a la sombra de los árboles. Bruscamente, Porta franqueó una empalizada, atravesó un seto y nos encontramos en una calle estrecha franqueada por casitas de jardincillos grandes como un pañuelo.

—¡Olfateo ciertas cosas! —anunció Porta.

Y emprendió el trote... y tuvo que emprender el galope un poco más tarde, perseguido por una docena de hombres y mujeres furiosos, en tanto que *El Viejo* y yo pasábamos inadvertidos detrás de un seto, con una oca estrangulada en cada mano.

Regresamos al tren, hicimos desaparecer las ocas, y volvimos a salir de casa.

Por lo demás, Porta venía a nuestro encuentro, bajo buena escolta, consistente en un teniente húngaro, dos *Honved*, con la bayoneta calada, una pareja de nuestros

propios militares, y medio centenar largo de paisanos húngaros, rumanos, eslovacos y bohemios, que gesticulaban y vociferaban.

Porta parecía tomarse la aventura con la mayor calma.

—Como veis —nos declaró—, el regente húngaro Horthy, el mejor amigo de nuestro Führer en este país, me ha hecho escoltar por una guardia de honor.

Afortunadamente, fue el comandante Hinka quien recibió esta procesión, cuando alcanzó el vagón del Estado Mayor. No sólo Hinka era joven y simpático, sino que también era el protector particular de Porta. Escuchó con calma las acusaciones formuladas por el teniente húngaro; luego, cuando éste hubo terminado, empezó:

—¿Pero qué historia es ésta? ¡Robo y tentativa de homicidio! No contento con echamos encima a toda la población estrangulando ocas, que el diablo se me lleve si no ha agredido también a soldados húngaros, nuestros hermanos de armas. Y ahuyentando a patadas un perro de mucho valor. ¡Y roto la dentadura postiza al magistrado! ¡Y provocado dos abortos! ¿Qué tiene que decir en su defensa, especie de gorila anémico?

Todo ello vociferado a plena voz, de manera que la muchedumbre excitada pudiera darse cuenta de que su agresor estaba recibiendo un buen rapapolvo. En el mismo tono, Porta contestó:

—Herr comandante, estos cretinos congénitos son tan embusteros que mi alma piadosa se siente profundamente trastornada. Juro por la concha sagrada de santa Isabel, juro que me paseaba tranquilamente, gozando con toda inocencia del tiempo ideal y del admirable panorama. Estaba en mitad de una plegaria de acción de gracias al Señor por haberme permitido pertenecer a las filas privilegiadas de los soldados de nuestro grande y bienamado Führer, y por el mismo motivo haberme dado ocasión de visitar los grandes arrabales de nuestra buena ciudad de Berlín, cuando de repente, con una brusquedad excesivamente perjudicial para mis nervios delicados, fui arrancado de mis piadosas meditaciones por una banda de diablos furiosos que surgieron de las matas entre que se habían emboscado para esperarme. Ignoro lo que creen tenerme que reprochar; ¿y qué podía hacer entonces, sino lanzar un grito de terror y poner pies en polvorosa? Era evidente que querían mi piel. Observé que uno de ellos lleva reloj y que otros fuman en pipa. Por lo tanto, no querían pedirme lumbre ni preguntarme la hora que era. Y además, mientras cogía una curva a la máxima velocidad concebible en semejantes casos, me encontré de narices con uno de estos guerreros de opereta con el estúpido quepis de plumas y el pecho cruzado por un cordón. ¿Qué podía hacer yo cuando trató de detenerme, sino darle un leve empujón, con toda cortesía, cual corresponde? Creo que, de hecho, cayó bastante bruscamente, pero, si aún no se ha levantado, de buena gana le ayudaré para transportarlo a la taberna. Después de ese encuentro, todo un gallinero de esas aves empenachadas se ha precipitado sobre mí aullando como pieles rojas en el sendero de

la guerra; si hay que creer, por lo menos, ese libro adorable, Herr comandante, lo habrá leído ciertamente, *El cazador de ciervos*, sí, es eso, y si no se lo ha leído usted, Herr comandante, escribiré a mi abuela para que me lo envíe, pues sé que siempre lo tiene guardado en su biblioteca...

—¡Ya está bien, Porta! —vociferó el comandante—. ¿Puede darme alguna explicación de lo de esasocas?

Las lágrimas resbalaban ahora, con gran regocijo nuestro, por el rostro sucio de Porta.

—Herr comandante —dijo con voz gemebunda—, no entiendo de quéocas esta gente quiere hablar. Pero ya sabe usted cuántas veces me han confundido con otro. Soy el hombre más desdichado del mundo y estoy convencido de que, por lo menos, poseo dos sosias. Mi abuela siempre lo ha asegurado.

Los músculos de las mejillas del comandante Hinka temblaron peligrosamente, pero consiguió conservar la seriedad y, volviéndose hacia el teniente húngaro, le aseguró que Porta sería severamente castigado. Por robo en territorio aliado.

Aquella noche, el comandante Hinka también comía oca asada.

Arrastrándonos por encima y por debajo de una cantidad infinita de vagones de mercancías, llegamos hasta uno enorme sellado con la insignia de la Wehrmacht. Sello y candado no resistieron mucho tiempo, sin embargo, y El Viejo empujó hacia un lado la puerta deslizante.

—Fijaos en esto —gruñó—, y decidme lo que opináis.

El espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos estuvo a punto de hacernos caer cuan largos éramos. ¡Dios del cielo! ¿Existían aún cosas semejantes? Latas de ananá, de peras, filetes de buey, jamón, espárragos, langosta, langostinos, aceitunas, sardinas portuguesas, tarros de jengibre, de albaricoques y de melocotones. Verdadero té, verdadero café, chocolate, cigarrillos y vinos de marca. Vino blanco, vino tinto, coñac, champaña. Un colmado montado sobre ruedas, un poema épico, una fantasía oriental.

—¡Dios todopoderoso! —jadeó Pulgarcito—. ¿A quién está destinado este vagón?

—Querrás decir: ¿A quién estaba destinado este vagón? —rectificó Plutón—. Incluso un monstruo como tú debe poder comprender que ha sido Dios quien ha guiado nuestros pasos. Y si Dios se ha tomado esa molestia, no es para que te quedes ahí plantado haciendo preguntas idiotas.

Cuando al día siguiente penetramos en la gran estación de carga de Bucarest, donde debíamos ser transbordados, Porta desapareció con una caja de vino tinto y, poco tiempo después, surgió una locomotora que vino a buscar nuestro vagón para dejarlo en una discreta vía muerta, al amparo de las miradas demasiado inquisitivas.

Porta se hizo incluso extender por un Stabsfeldwebel un boletín de flete atestiguando que el vagón era propiedad legítima del 18.º Batallón.

LOS ESPLENDORES DE LOS BALCANES

Fuimos acantonados en un cuartel rumano próximo al río Dombrovitz, a alguna distancia de la ciudad. Un sábado por la noche, Porta se fue a Bucarest para jugar al póquer con unos rumanos conocidos suyos y, el domingo por la mañana, faltaba a la lista. Yo contesté «presente» en su lugar, pero era evidente que tal situación no podía eternizarse.

La idea de Plutón era que Porta, habiendo jugado y perdido todo lo que poseía, incluida su ropa, esperaba ahora, en compañía de alguna chiquita rumana, que

fuésemos a recuperarlo. Esta versión nos parecía difícil de tragar, pues Porta era un tramposo genial. La explicación más probable —y también mucho más inquietante— era que había debido desplumar a todos los demás y recibir un mal tanto cuando se disponía a marcharse.

Inmediatamente después de la «sopa» de mediodía, nos marchamos a recorrer la ciudad. Buscar a Porta en una ciudad de un millón de habitantes era una empresa tanto más desesperada cuanto que Bucarest ocupa una superficie considerable con sus inmensos parques, sus amplias avenidas y sus calles interminables en las que todas las casas poseen su propio jardín.

Pero hacíamos mal en preocuparnos. Mientras recorríais en todos sentidos uno de los más hermosos barrios residenciales de la ciudad, atrajo nuestra atención una extraña y ruidosa comitiva. Tan ruidosa y tan extraña que todo el mundo se acercaba a verla pasar.

Cuatro hombres —dos soldados rumanos, un *bersagliere* italiano y un paisano en traje de etiqueta— vacilaban alegremente bajo el peso de una silla de mano voluminosa como un compartimiento de ferrocarril y, mientras forcejeaban con aquel extraño equipo, vociferaban a pleno pulmón «*En un mercado persa*», estimulados y acompañados por una flauta invisible.

De las entrañas del monstruo de oro y de laca roja, surgió, de pronto, la voz del flautista:

—¡Alto, esclavos! ¡Preparad el aterrizaje! ¡Atención... ALTO!

El armatoste, al tocar el pavimento, produjo un estrépito considerable, que debió oírse a algunos kilómetros, y, voluptuosamente envuelto hasta las orejas, apareció nuestro Porta. También él iba en traje de etiqueta, con pechera rígida y faldón, sombrero de copa y monóculo. Nos saludó con uno de esos ademanes que los malos novelistas franceses de fines de siglo calificaban de indescriptible y, dirigiéndose con voz afectada, dijo:

—¡Queridos! ¡Hermanos míos! Dejad que me presente: conde de la Porta, por la gracia de Dios. Y si no me equivoco, me parece reconocerlos... ¿Qué tal va la fortuna de las armas alemanas? ¡Que me dejen ver la lista de las victorias de hoy!

—¿Qué es este chisme árabe en el que te haces transportar? —se informó *Pulgarcito*—. ¿Es que nuestros honrados vagones para ganado ya no son buenos para ti?

—Proyecto hacerme transportar hasta el frente del Este en esta carroza especial, reservada exclusivamente para los mejores soldados del Ejército alemán. James...

Ahora se dirigía a mí.

—James, usted ande detrás de mí y entréguese mi fusil cuando lo necesite. Deberá también asegurarse de que el mejor tirador de toda Alemania ha apuntado debidamente antes de dejarle apretar el gatillo. No podemos tolerar ninguna bala

perdida. Es cuestión de principios...

—¿Y tu uniforme?

—Señores, ésta es una guerra de caballeros. Por lo tanto, me he puesto mi uniforme de caballero... Además de esta silla de manos y de este terno irreprochable, he ganado dos mil trescientos leu y una hermosa caja de música, cuyas primicias os voy a ofrecer.

Se zambulló en las profundidades de la silla y regreso con una magnífica caja de música que, al son de un frágil minueto, hacía bailar a dos pastoras de porcelana. Indudablemente era un objeto de valor. Al día siguiente se lo regaló a un conductor de tranvías.

—Y, finalmente —prosiguió—, he ganado una amante... con muslos y todo lo demás.

—¿Una qué?

—¿Una qué? —repitió Porta como un eco—. ¿Es que ignoráis, queridos niños, lo que es una amante? Es un juguete de lujo para los condes y los barones. Es algo que tiene muslos, senos y nalgas. Es precisamente con todo eso con que se juega. Se compra en tiendas muy caras y mientras se examinan los modelos se bebe champaña. Para que pueda funcionar, hay que darle cuerda con un cheque, pero cuando funciona se agita de pies a cabeza y de cabeza a pies, hasta que se gasta la cuerda y hay que darle más con otro cheque. Si los cheques no se acaban nunca, nunca para de funcionar.

Porta tiró una botella de vino a sus cuatro acarreadores, vociferando:

—¡Aquí tenéis carburante, esclavos! ¡Bebed y sed felices!

Luego nos alargó dos o tres botellas de «schnaps» y terminó con un amplio ademán:

—¡Cantemos ahora los elogios de los queridos dioses antiguos!

Se llevó la flauta a los labios y empezó a tocar, en tanto que sus cuatro acarreadores, encantados, vociferaban a coro:

*Ha llegado el momento de vaciar la copa colmada,
El momento de martillear el suelo con los bailes de nuestros pies ligeros,
El tiempo de cubrir el lecho de los dioses.*

Grité a Porta:

—Eh, ¿dónde has encontrado a tu Horacio?

Contestó con desfachatez que él mismo había compuesto aquellos versos.

—¿De veras? —replicó *El Viejo*—. No te creí tan viejo. Los romanos, ¡no los rumanos!, cantaban esto ya hace dos mil años.

Los esclavos de Porta nos facilitaron una descripción vívida de los

acontecimientos de la noche anterior. Porta había jugado al póquer con un joven barón, y los dos hicieron trampas tan burdamente que un recién nacido lo habría notado. Desde luego, Porta lo había ganado todo, incluida la ropa del barón. Después, lo habían festejado todos juntos y ahora los cuatro calaveras transportaban a Porta a casa de la joven dama que el infortunado barón había jugado e igualmente perdido.

Asistimos al arranque vacilante de la procesión meneando la cabeza y oprimiendo codiciosamente nuestras botellas de «schnaps».

A última hora de la tarde, los cuatro esclavos depositaron a Porta, la silla, la flauta y todo lo demás ante el muro del cuartel. Nosotros estábamos alerta y, así que le vimos a buen recaudo en la enfermería, compramos la complicidad de un joven médico, que le guardó bajo su protección durante los dos días de sueño reparador que necesitó para que se disiparan los efectos de su calaverada. Durante toda la guerra, llevó siempre su smoking cuidadosamente doblado en el fondo de su mochila. De vez en cuando se lo ponía, siempre que consideraba conveniente festejar algo, y siempre veré en la pantalla de mi recuerdo su silueta desgarrada paseándose en frac con pechera blanca por las trincheras del frente del Este.

Tal vez la silla de mano siga en el mismo sitio, junto al muro de aquel cuartel de Bucarest, en conmemoración apacible de un acontecimiento oscuro, pero glorioso, de la guerra. Si tal es el caso, pienso que los rumanos deben de contemplarla con una mirada menos sombría que las ruinas dejadas por los ejércitos «aliados» de la gran Alemania.

Si hubiese habido más Portas y muchos menos capitanes del tipo Meyer, no cabe duda de que hubiésemos conquistado todos los pueblos y vencido a todos nuestros enemigos, convirtiéndolos en amigos, en hermanos. Les habríamos vencido, no en los campos del horror, sino en los vastos concursos de humor que cuando menos poseen la ventaja de satisfacer a todos los que participan... ¿Y además, no es mucho más fácil curarse una borrachera que una pierna arrancada por el estallido de un obús?

Habíamos cruzado muchas cartas afectuosas desde que nos habíamos separado en Friburgo, pero en todas las cartas de Úrsula percibía una nota desalentadora que me hacía casi perder el juicio al encerrarme en ese infierno de los sentimientos no correspondidos, en tanto que me abrumaba el deseo de demostrarle que se equivocaba, que ella también me amaba, pero que no quería confesárselo.

Su respuesta a mi telegrama me llegó a última hora de la tarde.

**CITA EN VIENA PUNTO ESPÉROME EN RESTAURANTE PRIMERA CLASE
PUNTO ÚRSULA.**

ÚRSULA

Úrsula no estaba en el momento de la cita. Su tren debía de llevar retraso. Llegaría de un momento a otro. Desde la mesa que había escogido, podía vigilar la puerta. Había una corriente continua de entradas y salidas, y a veces tanta gente penetraba a la vez en la sala, que yo no podía abarcarlos a todos con la mirada, y me levantaba a veces, presa de una especie de furor.

Transcurrió más de una hora.

Saqué sus cartas de un bolsillo interior y las releí por milésima vez, línea por línea, lanzando después de cada una de ellas una mirada hacia la puerta. Bruscamente, me invadió el pánico: ¿No habría permanecido demasiado rato sin levantar la cabeza? ¿Habría ella entrado tal vez mientras yo leía una carta? ¿Quizá no me había visto? ¿Quizás había vuelto a marcharse? ¿Habría tomado ya otro tren de regreso a Munich?

Al cabo de dos horas, salí del restaurante y pregunté si el tren de Munich llevaba retraso. Me informaron que había llegado una hora antes que el mío. El fulano era cortés, amistoso, pero nada interesado por mi problema personal. ¡Del que no le expliqué ni una palabra! Pero que debía leerse en mis facciones.

Abrumado, indeciso, empecé a pasearme al azar. ¿Qué había venido yo a hacer a Viena? Volví a mi mesa en el restaurante y permanecí allí, sentado, postrado, con la mirada perdida en el vacío, tratando de reflexionar, llorando interiormente, ideando teorías, inventando mil planes ingeniosos para localizarla, suponiendo mil acontecimientos capaces de justificar su ausencia, y odiando al mundo entero, mientras en la sala, a mi alrededor, voces zumbaban, la vajilla sonaba, las dos cajas registradoras roncaban y se abrían y cerraban. Todo el mundo estaba ocupado en

servir o en comer, en hablar o en reír, en resumen, en vivir. Yo era el único a quien nadie conocía, del que nadie se ocupaba y que, no pudiendo vivir, debía limitarse a permanecer sentado, cada vez más taciturno, en tanto que mi vida interior adquiría formas cada vez más fantásticas. No pienso que pueda existir un ser más anormal que el individuo que, sentado tranquilamente en un restaurante, espera inútilmente a amada. La hora de nuestra cita había pasado ya hacia más de tres; ella no vendría. Mi locura era de una especie particularmente dolorosa, y que tal vez hubiese permanecido incurable de no haber venido Úrsula.

Pero vino, dulce, graciosa y esbelta como una llama. Mis dedos aplastaron el cigarrillo que sostenían, y que me quemó la mano, pero mi cerebro era momentáneamente incapaz de registrar el dolor, estaba dedicado exclusivamente al servicio de mis ojos que miraban, miraban... Miraban el traje sastre gris, y los zapatos de tacón bajo, y el maletín con las iniciales U.S., y la mano que sostenía la maleta, una mano tan bien hecha para ajustarse a la forma de la nuca de un hombre.

—Me he equivocado de tren. No tengo perdón...

Pese a sus protestas, la besé la mano y le hice sentarse a mi lado, en la banqueta mural.

—Cariño...

—Amigo mío, ante todo hay que alimentar a tu cariño si no quieres que muera de inanición... No, no, ten cordura y pídenos algo que sea bueno, junto con una botella de vino. Sólo después te diré lo que vamos a hacer...

Ordené pollo con jamón, salsa paprika e indiqué un número en la lista de vinos. Seguía profundamente trastornado, pero tuve la presencia de espíritu suficiente para no decir nada más, durante aquel primer cuarto de hora, que la palabra «cariño». Era la confesión sincera de que la cabeza no me funcionaba bien, y era una confesión que no podía dejar de agradarme...

Disponíamos de una hora antes de salir hacia Hochfilzen.

—Cuando me telegrafaste que disponías de cinco días de permiso, inmediatamente pensé que debíamos ir a ese sitio. Tú también adoras la montaña, ¿verdad?

—Cariño...

—¡Estás imposible! Bebe un poco más de vino. A ver si vuelves a normalizarte. No quiero viajar con un simple de espíritu. ¡Y no porque yo misma esté completamente normal! ¿En qué aventura me he metido?

Vacíé mi vaso y luego llené el de ella y el mío. No toqué mi plato, en tanto que mi compañera devoraba su ración de pollo, de salsa paprika, de pan y de arroz, charlando y dando muestras de una vitalidad alentadora. Me sentí algo decepcionado de que no pareciera inquietarse por mi falta de apetito. Era un tema al que siempre daba importancia. Solía decirme que estaba delgado como un hueso y que debía comer

más. Pero hoy no parecía fijarse. Había en ella algo cambiado, y en ciertos momentos me daba la impresión de que estaba tan nerviosa como yo y de que nos buscábamos a ciegas, mutuamente extraños, y que por tal motivo ella desarrollaba aquella actividad... devoradora.

—Te has metido en una aventura de luna de miel —le dije, en respuesta a su pregunta—. Nuestra luna de miel.

Se puso a reír; y luego, de repente, después de un largo momento de inmovilidad pensativa, me cogió la mano y la oprimió contra su mejilla.

—No sé —dijo—, no sé... Pero debido a que sólo dispones de cinco días y a muchos otros motivos... tendrás lo que desees, todo lo que desees. ¿Eres feliz?

Su respuesta me desconcertó, y murmuré con cierta incoherencia:

—Lo que quiero no es lo que deseo, sino lo que desees tú... ¿Aún no es la hora de ese famoso tren?

En el andén, volvió a cogerme la mano, se detuvo, me miró.

—Ve a comprar una botella de coñac...

Cuando el capitán de estado mayor nos vio en su compartimiento, una mujer bonita y elegante, una botella de coñac y un miserable soldado de regimiento disciplinario, dio media vuelta y, poco después, comparecieron dos policías militares. Un silencio brutal cayó sobre nosotros mientras les enseñaba mis documentos y mi suplemento de segunda clase. Úrsula afrontaba sus miradas curiosas con un furor glacial, ostensible. ¡Pero contenido, a Dios gracias! El capitán se apeó en Linz, sin que los ojos de Úrsula le hubiesen abandonado ni un segundo. Yo prefería estar en mi sitio que en el de él. La pareja de paisanos bajó en Setztal, dejándonos todo el compartimiento. Con gran sorpresa mía, fue Úrsula quien tomó la iniciativa de besarme. Largamente. Un beso trémulo, desespera, que la dejó jadeante.

—Todo lo que desees —susurró volviéndose hacia la ventana—. Existen límites para los que pueden tener el derecho de hacerte...

Y me miró con ojos todavía enfebrecidos por la ira.

—Tendrás todo lo que desees. Y si quieres, en seguida...

Es formidable poder reír abiertamente. Reír sin el menor complejo.

—No te preocupes por ellos. Hagamos como si no existieran. Son mezquinos y despreciables. A veces se resbala por encima de ellos, desde luego, no siempre es posible evitarlos, pero después no hay más que limpiarse los pies y continuar...

Descorché la botella de coñac.

—Bebamos a la gloria de los pies bien limpios...

Fuera, las montañas desfilaban ante las ventanillas, con la lluvia, los postes telegráficos y el crepúsculo. Luego la oscuridad nos envolvió. Cuando nos despertamos, eran las tres de la madrugada, y hubiésemos debido apearnos en Hochfilzen hacia las doce y cuarto.

«Innsbruck, Innsbruck», chirriaba el altavoz que nos había despertado.

Bajamos del tren, muertos de sueño. Úrsula se acicaló un poco en el lavabo mientras yo telefoneaba a todos los hoteles de la ciudad.

La encontré bajo el reloj, según lo acordado.

—¿Tienes una habitación? —se informó.

—Sí. «Hotel Jägerhof».

—Ahora tengo frío. ¿No ha sido fácil?

Había llamado a veintitrés hoteles, pero aseguré había sido muy sencillo y no habían podido resistir mucho rato mi hermosa voz de barítono. La sala de los pasos perdidos estaba desierta y sumergida en la penumbra. Alguien golpeaba un cubo en algún sitio y, no lejos de nosotros, un barrendero esparcía metódicamente serrín sobre las baldosas de vivos colores.

—Luna de miel en Innsbruck —dijo ella—. ¿Te molesta?

—No. ¡También aquí hay montañas! Dame tu maletín...

La plaza, ante la estación, estaba igualmente desierta. Había llovido y el viento era glacial. ¿Dónde diablos podía parar el «Hotel Jägerhof»?

Cuchicheé:

—Espérame un momento.

Regresé al gran vestíbulo de la estación. Ni un alma a la vista, pero, junto a un quiosco de periódicos, había una cabina telefónica. Con un poco de suerte, tal vez podría obtener un taxi...

—¡Eh, usted...!

Solté el pomo de la puerta. La cabina telefónica se cerró a mis espaldas con una especie de suspiro.

—¡Sígame inmediatamente!

El despacho de la policía militar estaba cruelmente iluminado. Sentí que me brotaba el sudor junto a la raíz de mis cabellos. Aquellas luces eran demasiado blancas. Incluso hoy, una luz demasiado blanca tiene aún el poder de hacerme sudar.

El suboficial de servicio interrogó con la mirada a los dos sujetos que me habían traído. Después escrutó curiosamente mi rostro.

—¿Qué hay?

En posición de firmes, los otros dos explicaron:

—Lo hemos encontrado merodeando en el interior de la estación.

El suboficial se me encaró.

—¿Qué diablos hacía aquí a esta hora de la noche?

Yo también me había puesto firmes.

—Quería llamar un taxi. Mi mujer y yo hemos venido de Viena en el expreso nocturno para pasar aquí mi permiso. Estos son mis documentos...

Los examinó.

—¡Un presidiario con permiso! ¡A primera vista parece extraño!

Me esforcé en sostener su mirada. Una mosca zumbaba, zumbaba... Atravesaba zigzagueando la habitación.

—¿Dónde está su esposa?

—Me espera fuera, junto a la salida principal.

Hizo un ademán a uno de sus esbirros.

—Id a buscarla.

Escuché el resonar de las botas del policía en la sala de los pasos perdidos, seguí maquinalmente el vuelo caprichoso de aquella mosca... idiota... El suboficial rebulló en su silla. Un rostro somnoliento apareció por una puerta entreabierta.

—¿Qué hora es?

—Las tres y media.

El rostro desapareció.

—¿Tiene su billete?

Me sobresalté. ¿Podía decir que lo había tirado? Él quería saber si yo tenía un billete de regreso hasta Viena. También querría ver el billete de Úrsula. No teníamos manera de escabullimos.

—Este billete es sólo hasta Hochfilzen. ¿Tiene... alguna explicación?

—Nos hemos dormido. Y no nos hemos despertado hasta Innsbruck.

—¿Quiere decir que han hecho todo ese camino sin pagar?

—Sí. Apenas hemos tenido tiempo para apearnos aquí. Pero estamos dispuestos a pagar la diferencia...

No me contestó. Sonó el teléfono. El suboficial descolgó el receptor.

—Policía de la estación... ¿Quién? Un momento...

Deslizó un índice por una lista pegada a la pared, junto a él.

—No, no tengo ese nombre... Seguramente es un error... Sí, lo mismo que de costumbre; allí hay siempre un desorden atroz... Voy a repasarlo de nuevo, pero no conseguiremos nada...

Úrsula penetró en el despacho y me miró visiblemente aterrada. Esperamos. La mosca zumbaba. Batallón disciplinario. Batallón disciplinario. Presidiario. Presidiario. Presidiario. El suboficial rió por el teléfono y lo colgó con calma.

Examinó los documentos de Úrsula y nos vimos obligados a reconocer que no estábamos casados.

—Aún no —admitió Úrsula—. Hasta mañana...

Súbitamente, recuperó toda su sangre fría.

—Escuche... Todo esto no es más que el resultado de un error inoportuno... Si no hubiésemos dormido demasiado habríamos descendido en Hochfilzen y nada habría ocurrido. Usted mismo sabe cuan difícil es a los soldados de los..., de los batallones disciplinarios obtener un permiso. Mi marido lo tiene. No ha cometido ninguna

irregularidad... Compréndalo, hacía tanto tiempo que no nos veíamos...

Mostró la botella de coñac.

—Yo le hice comprar esta botella, pues quería que se sintiera perfectamente bien... Bebimos un poco y... y... también fui yo la que le animó para...

—¿Sí?

Era magnífica. Ruborizándose fuertemente, con la mirada brillante, llegaba directamente al corazón del hombre de la manera rectilínea, sin escrúpulos, de las mujeres.

—Bueno... Teníamos el compartimiento para nosotros solos y hacía mucho que no le veía. No ha hecho nada malo; se ha portado como un buen soldado. Eso es todo.

Esta última observación era una idea genial. El suboficial nos devolvió los documentos.

—Pueden marcharse...

Luego se encaró conmigo.

—¡Y sígase portando como un buen soldado!

La puerta se cerró tras un concierto de risas maliciosas.

—Larguémonos —cuchicheó ella tirando de mí casi a la carrera—. Larguémonos, tengo miedo...

Nos encontramos en la plaza desierta, saturada de lluvia, y vi que estaba pálida y que su frente lisa, en el nacimiento de su cabellera negra, se cubría de gotitas que no tenían nada que ver con la llovizna.

—Sujétame fuerte —imploró—. Creo que voy a desmayarme.

Me apresuré a soltar el maletín para sostener a Úrsula y ayudarla a sentarse en la escalera.

—Coloca la cabeza entre las rodillas. Así, ahora no te muevas, en seguida se te pasará...

—Ya me siento mejor —dijo al cabo de un rato—. ¿No estás demasiado furioso contra mí?

—¿Furioso?

—Este... desfallecimiento inoportuno. No te soy de mucha ayuda...

—Pero, ¿qué dices? Si no hubieses salvado la situación, Dios sabe hasta dónde habría llegado. Hubieran buscado confirmaciones a derecha y a izquierda, y te aseguro que una comunicación telefónica con Bucarest, no se obtiene en un cuarto de hora. En el mejor de los casos, hubiese pasado toda la noche en compañía de esos tres cerdos. Has estado espléndida y muy valerosa... Pero ahora debes sentirte agotada... ¿Quieres que trate de encontrar un taxi?

—No, no, te acompaño. No nos separaremos ni un segundo. Quedémonos sentados uno o dos minutos más, e iremos juntos a buscar ese taxi...

La tuve muy apretada contra mí durante un buen rato. Después se estremeció.

—Vamos, tengo frío.

—Sí, vamos.

Encontramos un coche de punto que nos condujo hotel. El «Jägerhof» era blanco, enorme, tranquilo detrás de sus ventanales, al extremo del camino de acceso cuya grava frenó la marcha del caballo. El viejo portero nocturno tachó el apellido de Úrsula, que yo había escrito en el registro, mientras me decía con tono amistoso que no era preciso que mencionase el nombre de soltera de mi esposa.

—Señor y señora —concluyó con una sonrisa—. Con eso hay suficiente.

Yo estaba más colorado que una amapola. El chico del ascensor nos sonrió también mientras yo miraba fijamente ante mí...

Mientras la camarera preparaba la cama, Úrsula salió al balcón. Yo carraspeé y me fui al cuarto de baño. Luego la camarera se retiró y nos encontramos frente a frente en medio de la habitación, mirándonos con fijeza.

—Bueno... ¡Henos aquí! ¿Un cigarrillo?

Su mano temblaba tanto que rompió la cerilla.

Nuestro embarazo era terrible. El aire seco de aquella habitación extraña, donde todo era tan limpio pero tan impersonal... La excitación. La emoción. La fatiga. ¿Un desfallecimiento emocional? Me sentía tan pesado y abatido como después de una semana de maniobras. Ella estaba muy erguida ante mí, con los hombros caídos, y sus ojos eran «avellana», y no conozco ojos que puedan expresar tanta tristeza y lasitud como los ojos color avellana. ¿A quién correspondía ahora dar el primer paso? ¿Teníamos el deseo y la capacidad para hacerlo y no lo estropearíamos todo, lo destruiríamos para siempre, con la amargura de un recuerdo penoso? ¿Qué debíamos, qué podíamos esperar el uno del otro?

—Voy a terminar mi cigarrillo en el balcón mientras tú te a..., te desvestes.

Era espantoso. Ni siquiera me había atrevido a decir: mientras tú te acuestas.

¿Hay algo más monstruosamente apacible que la noche? En la oscuridad, las montañas pesaban con toda su masa, aguardando el día que nos permitiría ver lo que eran en realidad. Altas montañas, negras montañas. Mañana sabremos lo que sois. Mañana habremos dormido; mañana no desayunaremos con vosotras, hablando de ascensiones. Esta noche está todo demasiado negro y no podéis ofrecernos nada...

—Ya puedes venir, cariño...

En el cuarto de baño, uno de los dos vasos estaba semilleno de coñac. El otro aparecía vacío, pero me di cuenta de que también había contenido coñac. Cogí el segundo vaso.

Si le digo que estamos demasiado cansados, ella pensará que sólo lo hago por respeto, y se mostrará de acuerdo, y permaneceremos ahí, uno junto al otro, temerosos ambos de dormirnos los primeros. Y tal vez ella se quede algo decepcionada, pese a su enorme fatiga. Y si le digo que...

No es fácil resolver esta clase de problemas. Los toros y los garañones humanos de las novelas americanas, los héroes emotivos a lo Hemingway, campeones sexuales de corazón de acero... En aquel instante decisivo, los envidiaba. Pero no. Sólo la muerte es decisiva. Mientras hay vida...

—A la salud de los zapatos bien limpios —dije vaciando mi vaso.

—Cariño —susurró ella con voz aniñada.

Apoyé su cabeza en mi hombro y subí el embozo hasta el cuello.

—Mañana realizaré proezas a lo Hemingway... La montaña me ha pedido que te diga que mañana ella también nos mostraría todo lo que sabe hacer, pero esta noche, vive Dios, quiero dormir...

Úrsula rió en sordina.

—Cariño...

Considero que supe salir muy airosamente. Un momento después, ella añadió:

—Gracias, cariño.

Luego apoyó la cabeza en su almohada, deslizó su brazo por debajo del mío y, treinta segundo después ya, no había nadie. Varias horas de un buen sueño alcoholizado, de un pesado sueño de brutos primitivos, y luego el despertar simultáneo, en la misma posición exacta... Y entonces la montaña pudo enseñarnos todo lo que sabía hacer. Y escalamos la montaña y descansamos en su cima...

En estos casos no conviene forzar nada. Basta sencillamente con dormir...

—*Te amo, te amo con toda mi alma.*

Gruesas y relucientes lágrimas temblaban en el borde de sus largas pestañas y seguían lentamente la curva de sus mejillas. Conservaba los ojos obstinadamente cerrados.

LOS ÚLTIMOS DÍAS

El sol matutino nos bañaba con su cálida luz por el ventanal del balcón, abierto de par en par. Estábamos sentados a la mesita del desayuno: un desayuno pantagruélico que el camarero acababa de traernos. Sonriente, Úrsula me alargó otra rebanada de pan con mantequilla.

—¡Vamos, vamos, tienes que comer!

—¡Pero no puedo comer tanto! Estoy demasiado acostumbrado a pasar sin nada...

—Tienes que olvidar todas esas malas costumbres. ¡Pero si no comes! Válgame Dios, Sven, si sólo te queda la piel y el hueso.

No pude dejar de examinarme. Y de comprobar que ella tenía razón. Mis brazos eran tan delgados que podía rodearlos con los dedos de una mano. Señor, ¿qué podía esperar ella de un enclenque como yo? Una mujer sana y robusta, con senos firmes, caderas rotundas y curvas armoniosas, junto a mí, anguloso y desgarrado... Hecha para ocupar el centro de una familia bronceada, de bebés mofletudos, de niños gruesos y rubios y de niñas parlanchinas moviéndose sin cesar en busca de pasteles. Y un sujeto alto y robusto que regresa por las tardes. Un tipo fuerte como un oso. No yo.

—Vamos, come en vez de apiadarte de ti mismo. Así estás muy bien. Y espero muchas cosas después del desayuno, pero, ante todo, tienes que comer. También estos dos huevos. Después cederé de buen grado a tus refinamientos orientales...

—¡Vamos, vamos, ésta es una cosa que no se puede hacer!

Daba vueltas y más vueltas al pan dentro de boca sin conseguir tragármelo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no se puede hacer?

—Atiborrarse calmosamente esperando la continuación.

—¿Quién habla de esperar la continuación? Ya vendrá por sí sola. De momento, come. Toma, bébete este vaso de leche; debes de tener sed. No te levantarás antes de tener la barriga llena, aunque deba cebarte como una oca. No olvides que soy doctora

y que en consecuencia estoy bien situada para catalogar tus síntomas. Padeces una carencia de vitaminas y bastantes otras carencias... pese a que sepas mucho sobre sutilezas orientales.

—Eso sí; sé mucho, mucho.

—¿Y puedo preguntarte dónde lo has aprendido?

—Cuando recibí tu telegrama me entrené con nueve mil odaliscas y un tamborilero turco importado especialmente de Constantinopla.

Bebí y comí todo lo que me dio. Luego pasamos a las sutilezas orientales, con plena satisfacción de ambos. Es ridículo afirmar que los hombres sólo buscan eso. Los hombres buscan lo mismo que las mujeres. Buscan lo que es la raíz y alimento de toda cultura: el conocimiento.

Seguidamente subimos hasta un pequeño monasterio colgado en la pequeña ladera de una montaña, el cual visitamos guiados por un monje de cabellos blancos. Y la montaña no nos escamoteó ninguno de sus tesoros. Encontramos rebaños de cabras y de vacas de vivos colores, vigiladas por un pastor pintoresco, con una barba hasta el vientre y calzado con gruesos zapatos alpinos. Más lejos nos instalamos en una pendiente para contemplar un poblado de callejuelas sinuosas y de casas pintadas con colores vivos como juguetes. Las esquilas colgadas del cuello de las vacas subrayaban alegremente el canto de algunas muchachas, y de lo alto bajaba la alegre respuesta: «¡Holidorio! ¡Holidorio!» Incluso había un águila en el cielo. Un águila verdadera. Un ser vivo y no el águila heráldica que tenía a Europa entre sus garras sangrienta.

Un paisaje tan ostensiblemente idílico puede hacerse muy pronto insoportable. Todo resulta demasiado hermoso, demasiado claro; demasiados tranquilos los picos nevados. Demasiado en desacuerdo con un alga agitada. Entonces era preciso reanudar el camino, o dormir en el calor perfumado en el que zumbaban mil insectos.

Idilio en la montaña. Comidas gargantuescas regadas con vinos del Rin servido en jarras ambarinas. Mi mano en el muslo de Úrsula, que se escabulle, y bruscamente, esa sensación de abismo a punto de tragarme: sólo dos días, sólo dos...

—Piensa que aún nos quedan dos días. Todavía dos días, ¿te das cuenta?

Lo que no le impidió llorar y sentirse tan desdichada como yo. El posadero nos gritó: «*Grüss Gott*» y nos siguió con la mirada, gravemente, mientras cogíamos el abrupto sendero. Al cabo de unos minutos, Úrsula se volvió. Él seguía observándonos, y siempre con gravedad levantó el brazo para un último saludo.

—¡Qué hombre más simpático! —exclamó ella.

—Sí.

Úrsula apoyó mi mano en su hombro.

—¡No parece comprender qué infierno sería mi vida si me enamorara de ti!

—¿Enamorada de mí? Pero yo creía que lo estabas...

—¡Pese a que me estoy matando repitiéndote lo contrario! Es desalentador... De todos modos, no he podido dejar de responder a tu atractivo. Eres..., eres alguien a quien las mujeres no están acostumbradas a encontrar. Por lo menos yo. Tal vez porque no soy especialmente...

—¡Oh, sí lo eres! ¡Incluso mucho!

Tenía su seno en mi mano. Ella me cogió el brazo y volvió a colocárselo sobre sus hombros.

—No hablemos de esto, ¿quieres? Ya está bastante enredado. Pero yo... no sé cómo decir...

—Yo sí sé. Quieres decir que no estás enamorada de mí. No busquemos palabras rimbombantes, Úrsula. Yo mismo he cometido esta falta, pero me mantuviste tanto tiempo a distancia y de repente... Por eso resulta tan difícil expresarse objetivamente.

—Y estás tan delgado y nervioso... ¿Sabes que gritas mientras duermes?

—¿De veras? Pero aparte de esto, todo va bien.

—Tal vez. Pero pienso en mi vida, que será infernal...

Bruscamente, perdió la cabeza, se echó encima de mí, sollozando:

—¡No quiero que me dejes! No quiero que te arrebaten de mi lado, ¿me oyes?

—No, no. Sí, sí...

Era todo lo que se me ocurría decir. Le palmoteaba los hombros y repetía: «No, no. Sí, sí» al azar. Apenas comprendía ya nada.

Aquella noche, Úrsula se puso un sencillito vestido negro, muy ajustado, y por único adorno un collar de perlas negras y verdes. Yo sabía que mi uniforme de asalto me confería una especie de elegancia de cabra, acentuada aún más por la ausencia de toda condecoración. Observé con cierto orgullo que la gente nos miraba pasar mientras nos dirigíamos a nuestra mesa.

Durante la cena, un teniente pasó junto a nosotros y dejó caer en la mesa, delante de mí, un pedazo doblado de papel. Intrigado, lo abrí y leí:

«Si está aquí sin permiso, apresúrese a huir. La policía militar está en el sector. Si necesita ayuda, me encontrará en el vestíbulo».

Con asentimiento de Úrsula, decidí ir a darle las gracias y decirle al mismo tiempo que mis documentos estaban en regla.

En seguida lo descubrí fumando en una esquina del vestíbulo. Me presenté brevemente, le di las gracias y pregunté:

—¿Sería indiscreto preguntarle el motivo de su amabilidad?

—En absoluto. Mi hermano está igualmente en los tanques. Hugo Stege.

—¡Hugo! ¡Es uno de mis mejores camaradas en la compañía!

—¿De veras? Un encuentro así hay que celebrarlo. ¿Me permiten que esta noche los invite a los dos? Conozco un lugar divertido adonde podemos ir después de la cena.

Nos dirigimos juntos al encuentro de Úrsula. Él esta en Ingenieros y se llamaba Paul Stege. Cuando nos separamos, después de una noche bastante agitada, nos dio un número de teléfono al que podíamos llamarle si necesitábamos algo.

De regreso en nuestra habitación, ante todo nos tomamos tiempo para fumar un último cigarrillo. Se acercaba el alba. Fui a abrir las persianas y después conecté la radio. A aquella hora solía emitir buena música, un pretendido «programa para el frente». Una orquesta sinfónica; probablemente la Gran Orquesta Filarmónica de Berlín iniciaba el último movimiento de los *Preludios* de Liszt. Hitler y Goebbels habían conseguido incluso estropear aquel conmovedor fragmento romántico al convertirlo en una música de propaganda para su cochina guerra. La U.F.A. lo utilizaba como fondo sonoro para sus noticiarios de actualidad sobre las incursiones de la Luftwaffe. Era la Luftwaffe preparando el camino para nosotros, las tropas blindadas. Era la Luftwaffe arrasando el ghetto de Varsovia en tres días y tres noches de espanto. Una vez renacida la calma y disipado el humo, nada en aquella enorme extensión rebasaba el metro y medio de altura. De varios centenares de miles de judíos, sólo un puñado salieron vivos entre los cordones formados por los regocijados SS. Un puñado de judíos y varios millones de ratas.

Al ritmo de los *Preludios* de Liszt.

—¿Y si cerraras esto? —surgió Úrsula—. Este fragmento me ataca los nervios.

Desconecté la radio y me desvestí.

—Qué día tan maravilloso. Y muy pronto volverá a amanecer. Casi da vergüenza dormir.

—Creo que también será maravilloso dormir un poco. Sólo unas horas. Estamos cansados, ¿no?

—Si la vida pudiese ser siempre tan maravillosa... Comer cuando se tiene hambre. Beber cuando se tiene sed. Sólo lo suficiente para sentirse ligero y espiritual. Abrir los ojos y encontrarse bien despierto porque un nuevo día está ahí, pidiendo ser vivido. Estar cansado con una buena fatiga como lo estoy en este momento. No deseo nada más en el mundo.

No era completamente exacto. Deseaba quitarle su collar. Y sus zapatos. Y su vestido. Esta cremallera, oh, esta cremallera... ¡Ahora!

—¡Cuan tranquilas son tus manos, amigo mío! ¡Tan seguras de sí mismas! ¿Y el otro zapato? ¿Es para mañana? ¡No, no, primero el zapato!

—No. ¡Primero las medias!

Le quité también el otro zapato.

—Cuidado con hacerme una carrera con las uñas; es el último par que me queda... Oh, ¿no decías que estabas cansado?

No contesté. Tenía mi muñeca para jugar y ella tenía la suya. Los dos estábamos dispuestos. Yo, dispuesto para ella. Ella, dispuesta para mí. Sin complicaciones, sin

impaciencia, sin reticencia. Con todo el tiempo del mundo ante nosotros...

Admitir unos ojos en cuyo fondo se mueven las olas. Ser tan buenos amigos que los dioses te prestan la agudeza de sus propios sentidos y te permiten notar una presión de un miligramo, un estremecimiento tenue producido por una fracción de milímetro. Unión total de los cuerpos y las almas.

—Sube un poco más, ¿quieres? Esto es. ¡Así!

Con un susurro:

—¿Sí? ¿Y qué más?

No había necesidad de contestar. El torbellino nos alcanzaba y nos arrastraba.

Úrsula descansaba ahora junto a mí. Un estremecimiento la recorría a intervalos regulares y yo me estremecía al unísono. Estábamos conmovidos hasta nuestra sustancia, vencidos los dos. ¿Para qué hablar? Nada había que decir. Subí el embozo para cubrimos, antes de que frío se apoderara de nosotros.

«... los ejércitos soviéticos utilizados para este ataque. Se ha desencadenado la ofensiva desde el océano Ártico hasta el mar Negro y empiezan a llegar informes sobre las ganancias del terreno y victorias conseguidas por fuerzas combinadas alemanas, italianas, rumanas...»

Había puesto la radio, el sonido. Llamé quedamente a Úrsula. Dormía. Gracias a Dios. Y gracias por haberme permitido, antes de escuchar estas noticias, lo que suele llamarse una felicidad total. Los que tienen ideas fijas sobre el alma y el cuerpo, el espíritu y la materia, y de la superioridad de lo primero sobre lo segundo, sonreirán sin duda. Dejadlos hacer. Dejadlos reír. Todo el mal que les deseo es que algún día consigan esta clase de felicidad, y tal vez entonces lo comprendan. ¡Quizá!

Nuestra boda tuvo lugar al día siguiente, en el pequeño monasterio. Paul Stege actuó como padrino de Úrsula. Le llevó un enorme ramillete de rosas blancas que le humedeció los ojos. El fraile de blancos cabellos no se sentía muy inclinado a casarnos, a causa de mi calidad de «disciplinario». Pero cuando supo que era un *Auslandsdeutscher* ^[1] de ascendencia austro-danesa y prácticamente naturalizado escandinavo, accedió en seguida.

—Pasé varios años de mi juventud en aquel pequeño país norteño. Un oasis en el corazón de Europa. Esperemos que la guerra lo respete y, si tal es el caso, vuelva a vivir en él así que sea posible...

Tesoros de origen rumano adornaron el «ajuar» de Úrsula: una camisa de noche, de seda, con encaje verdadero, dos tocados diáfanos, cinco pares de medias de seda y un anillo que Porta me había encontrado. Un anillo de oro con un grueso zafiro rodeado de diamantes minúsculos. El conjunto costaba una fortuna en el mercado negro.

Sólo guardo recuerdos fragmentarios del último día.

—¿Qué nos importa esta estúpida guerra? Ahora que somos el uno del otro...

—No, no, no, tienes que prometérmelo. Si ocurre algo, tienes que desembarazarte de todo esto tan aprisa como puedas. Hay que esperar el fin de la guerra para saber lo que será del país...

—¡Cariño! ¿Te acuerdas que en Viena no sabías decir más que «cariño»? Y ahora soy yo la que lo estoy diciendo a cada momento...

—Prométeme que te cuidarás mucho. Que nunca más te presentarás voluntario para lo que sea. Prométeme que escribirás muy, muy a menudo... ¡Oh, Sven, Sven!

—Vamos, vamos, no es momento para llorar. Vamos, vamos...

—Hasta la vista, Sven. Acuérdate...

Úrsula, Úrsula. Un rostro pálido que se vuelve borroso. Cada vez más aprisa. Úrsula, Úrsula. Tactactac... tactactac... El tren que avanza. Los postes telegráficos que huyen en sentido opuesto. En mal sentido. El compartimiento estaba atestado. La gente discutía interminablemente. Creía a machamartillo en la veracidad de los comunicados, y su estupidez decuplicaba mi propia depresión.

¿A cuál de aquellas criaturas insensatas, bien domadas, podría yo hacer comprender que la perfecta máquina militar montada por los generales alemanes rodaba a gran velocidad hacia un final miserable? ¿A quién podía explicar que su perfección era sólo aparente? ¿Que consistía sobre todo en una serie de reflejos condicionados perfectamente cultivados, y entre ellos, en primer término, la capacidad de mantenerse en posición de firmes? Capacidad tal vez espectacular, pero que sólo producía autómatas, máquinas. Y no enseñaba nada sobre la capacidad de reconocer y apreciar en su justo valor el sendero por el que progresaban los autómatas, al paso, al paso... Se les decía que siguieran ese camino, y los autómatas lo seguían...

La máquina cargaba a muerte contra un enemigo que poseía el único factor auténtico de victoria: la superioridad moral.

—Por mi parte —replicó el Viejo—, he pasado un permiso muy bueno con la mujer y los chicos. Muy bueno, pero, ¿qué diablos queréis hacer en menos de una semana? Mi mujer trabaja ahora como conductora de tranvías, en un 61. Siempre es mejor que ser cobradora. Así que gana lo bastante para llegar al final de mes. Es una lástima que haya que volver a toda esta mierda. Si al menos tuviese la suerte que se me cargaran una pata, entonces se habría acabado ya esta porquería de guerra nazi.

—Yo preferiría un brazo —opinó Joseph Porta.

Intervine:

—Aún no hemos estado verdaderamente en el lugar de los garrotazos, pero, vive Dios, tal vez logremos salir adelante.

El Viejo ocultó el rostro entre sus manos.

—Creo que ya hemos visto lo suficiente —cuchicheó—. Yo no pido más. No necesito victorias gloriosas. Lo único que querría es la paz. ¿Seguir adelante? ¿Quién nos agradecerá que hayamos seguido adelante? Nadie. Ni siquiera nosotros. Maldita porquería.

Porta metió su flauta en el estuche. Por una vez, no había tenido valor para tocarla.

EL PERMISO DE PORTA

—¡Pueden metérselo en el trasero su informe! Antes de que llegue estaré en el desierto, y me gustaría ver como vienen a buscarme sólo porque un desgraciado empleadillo de ferrocarriles ha recibido un sablazo bien merecido.

Porta se sonó con los dedos y escupió en la pared, a mitad de un letrero informándonos que estaba prohibido escupir.

—En este permiso no he tenido nada de suerte —propio amargamente—. Apenas allí, cuando llega de Spandau una especie de arpía con un cachorrillo cuya paternidad pretende atribuirme. Le digo con toda la cortesía que debe de tratarse de una confusión lamentable y que vaya a que la zurzan; pero que me nombren general brigada si aquella mala pécora no me arrastra ante un tribunal, donde una especie de muñeco vocinglero hace comedia detrás de un gran escritorio y me acusa de ser el padre del aborto de la dama en cuestión.

»Le digo con toda calma que hasta el más cegato puede darse cuenta de que se

trata de una imposibilidad flagrante, pues un joven atractivo como yo no puede engendrar un adefesio como aquél. Y helos que me embarcan en una historia de comprobación sanguínea, con un cretino que se cree médico y que asegura que puede aclarar el embrollo. Imaginad si yo estaría de acuerdo, porque estaba seguro que después de esto todo iría sobre ruedas. Pues bien, esto demuestra una vez más que uno no puede fiarse de los matasanos, puesto que éste va luego y declara que podía muy bien considerárseme como padre del cachorro.

—Veamos, Porta, si tu fascículo indica que no estuviste en Berlín en el momento crítico, no pueden...

—¡Que te crees tú eso! ¡Son capaces de todo! Y el último día, mientras me estoy despidiendo de mis queridos y ancianos padres, en medio de los gemidos y de la emoción general, se presenta otra yegua para comunicarme que va a partir.

»—Me alegro mucho por usted —le contesto—. Buena suerte, nuestro Führer será quien se alegrará más. Saludos a su esposo y que no se olvide de bajar el cubo de la basura todos los días...

»Desde luego, esto no me preocupaba en absoluto, pero se es cortés o no se es. Charlo un poco con la yegua y le hablo de la gran felicidad que le espera. Y, de unas cosas a otras, pasamos a la habitación vecina para comernos juntos unas galletas.

»Yo, como un idiota, estaba allí sin pensar en nada, cuando la yegua me desliza al oído:

»—Tú eres el padre, cariño. ¿Estás contento?

»—¡Contento! —le contesto—. ¿Es que te has vuelto loca?

»Y la he enviado a vestirse sin darle mi bendición. Parece que me persigue la fatalidad. No sé lo que os ocurrirá a vosotros, pero basta que una mujer se siente en mis rodillas, y zas, la catástrofe.

—Deberías probar de abrocharte la bragueta —le aconsejó *El Viejo*—. Sinceramente, Porta, ¿no fuiste en absoluto a Berlín hace unos meses?

—No tienes más que examinar tú mismo mi fascículo.

—Lo que aparece en el fascículo es una cosa. Lo que no aparece es otra.

—¡*Eh tu, Brutus!* —exclamó Porta, ofendido—. Sí, fui a Berlín hacia la época en cuestión, pero, vive Dios, sólo estuve medio día.

—¡Es más que suficiente, si ibas por el sendero de la pierna! —replicó *El Viejo* en medio de las risas.

Que me dejen nada más que cinco minutos cara a cara con él poeta que escribió no hace mucho tiempo que el Mediterráneo era azul, adorable y sonriente.

DESTINO: ÁFRICA DEL NORTE

Con las piernas colgando en el vacío a las puertas de los vagones de ganado, el 18.º Batallón atravesó así Rumanía, Hungría y Austria y desde allí bajó por la bota itálica, aullando y vociferando a todo lo largo del camino. En cinco ocasiones llamamos a Joseph Porta para enseñarle un campo de macarrones. Nunca quedó totalmente convencido de que los macarrones no son una legumbre.

En Nápoles recibimos tanques nuevos de trinca y uniformes tropicales. Porta rehusó cambiar su vieja boina de fieltro negro por un casco colonial, y a este respecto hubo entre él y el *Feldwebel* encargado de la indumentaria una agarrada que debió de oírse hasta el Vesubio. El resultado fue un compromiso: Porta aceptó el casco, pero el *Feldwebel* no tuvo su boina.

En vísperas del embarque, una epidemia causó tantos huecos en nuestras filas que tuvimos que quedarnos algún tiempo más a fin de esperar los efectivos de complemento enviados desde Alemania.

Cuando por fin nos embarcamos, éramos cinco batallones, cinco mil hombres repartidos entre dos antiguos trasatlánticos. Hubo los vítores acostumbrados mientras nuestro barco salía del puerto. Encaramados en el empalmetado, colgados del aparejo, hacíamos estremecer el cielo con nuestros clamores inmoderados.

Todos habíamos recibido nuestro chaleco salvavidas, con orden estricta de no quitárnoslo bajo ningún pretexto. Pero aquellos chismes eran unos almohadones demasiado buenos para que alguien respetara la consigna. Las lanchas salvavidas colgaban de sus amarras, dispuestas a todo. Había cañones gemelos en el puente e íbamos escoltados por tres torpedos italianos cuyas chimeneas rechonchas lanzaban torrentes de humo negro. Había una marejada de alivio y el olor a vómito era tan fuerte, impregnando el barco de proa a popa, que Porta, *El Viejo* y yo, nos habíamos extendido a pleno aire, envueltos en nuestros capotes y protegidos del viento por la pasarela. Ya no recuerdo de qué hablábamos, pero sí que nos sentíamos muy satisfechos de nuestra suerte. Creo que nos limitábamos a fumar, emitiendo opiniones de interés general, breves observaciones bien reflexionadas y pronunciadas a largos intervalos. Hablábamos más bien como zapadores sentados al borde de su trinchera

para tomarse el rancho. Provisionalmente, habíamos cesado de ser carne de horca, y el propio Porta se portaba normalmente y se abstenía de salpicar sus frases con expresiones obscenas. Yo pensaba en Úrsula, cuya sola presencia hubiera podido prestar plena realidad a la tregua de que disfrutábamos, tres compañeros aislados en un transporte de tropas pesadamente cargado de hombres y de material.

Porta experimentó la necesidad de hacer un poco de música, descubrió que su maleta se había quedado en tierra, en el almacén de la ropa, y cogió otra rabieta.

—¡Socorro! ¡Al asesino! ¡Me ha matado! ¡Tramposos! ¡Chorizos! ¡Cerdos de nazis! ¡Me han robado! ¡Me han birlado mi flauta!

Nada pudo consolarle, ni siquiera la promesa de comprarse otra flauta en Trípoli. Ninguna flauta de Trípoli valdría lo que la perdida.

Poco a poco, todo el mundo se durmió. Un ensordecedor ruido de motores encima de nuestras cabezas nos despertó sobresaltados. Lenguas de fuego bajaban hacia nosotros desde el aire. Chirridos y silbidos nos desgarraban los tímpanos y una granizada de acero crepitaba sobre los costados blindados del navío. Nuestros propios cañones de pequeño calibre sacaban sus rojas lenguas a los bombarderos asaltantes. Bum, bum, bum, y las ametralladoras ladraban a más y mejor.

Pegados a la pasarela, a la vez asustados y agradablemente excitados —¿no era aquél nuestro bautismo de fuego?—, tratábamos inútilmente de comprender lo que sucedía. Los aviones regresaban ya, picando hacia nosotros con zumbidos de rabia; luego, un silbido característico dominó la voz de los motores y *El Viejo* gritó:

—¡Cuerpo a tierra! ¡Esta viene por nosotros!

Se produjo la explosión y el barco se estremeció. Otras bombas ululaban ya, pero iban destinadas al otro transporte. Lo rodearon surtidores de agua y de fuego, que iluminaban nuestros rostros asustados. Unos segundos más tarde, el segundo barco era presa de las rugientes llamas. Su defensa antiaérea seguía disparando, enviando sus líneas rojas y amarillas a través de la espesa humareda. Un avión cayó sobre el castillo de proa, que pronto se vio devorado por las llamas. De repente tuve la impresión de que mis tímpanos acababan de estallar. Ya no oía nada. La banda sonora de mi película estaba estropeada. Me levanté para contemplar el mar ardiente, caí patas arriba y descubrí que volvía a oír. Géiseres de fuego y de agua ascendían hacia el cielo. Varias explosiones resonaron en las entrañas del navío. Una de nuestras tres chimeneas se elevó lentamente en la oscuridad. Espectáculo notable, irreal, inverosímil.

—¡Mierda, estamos volcando!

Un gran estrépito seguía surgiendo del interior del barco, de donde llegaba también el terror de centenares de compañeros aprisionados entre los entrepuentes. La inclinación se agravaba de segundo en segundo. Cruzamos una mirada indecisa. Luego saltamos.

La distancia que me separaba del agua era tan fantástica que me parecía imposible llegar alguna vez al mar. Y luego, de repente, éste se cerró sobre mí y seguí bajando, bajando, con la impresión de que mi cuerpo acababa de partirse en dos. Mis orejas zumbaban y algo me golpeaba en el interior de la cabeza, cada vez más aprisa, cada vez fuerte. Por fin no pude más. Abandoné. Estás listo. Aquí te quedas. Y en aquel momento preciso mi cabeza rompió la superficie del agua y mis pulmones doloridos aspiraron golosamente el aire que se les negaba. Pero una ola me sumergió al instante, y trabajé frenéticamente con los pies y las manos tratando de alejarme del navío que iba a hundirse de un momento a otro y a arrastrarme consigo.

Todos los colores del arco iris bailaban y centelleaban ante mis ojos. No sabía en qué dirección nadaba. Me limitaba a nadar. Luchaba por mi vida, pese a las protestas de mis músculos, que imploraban para que se les dejase saborear la tranquilidad de la muerte. A Dios gracias, mi instinto de conservación era más fuerte que mis músculos, más fuerte que mis pulmones jadeantes, más fuerte que mi voluntad. Era más fuerte que todo, y me hizo agarrar, riendo, sollozando, medio inconsciente, un flotador surgido bruscamente de la nada.

Me dejé llevar, con ambos brazos sobre el flotador. Las olas negras coronadas de espuma me elevaban como una flecha hasta que me encontraba colgado en la cima de una enorme montaña de agua, a punto de caer en un abismo hirviente que contemplaba subir hacia mí con un horror que bordeaba la demencia. Sabía que lanzaba aullidos histéricos, pero no los oía con el rumor de las olas. A lo lejos, en algún punto, el cielo estaba púrpura, pero en mi radio visual sólo había agua, agua negra, salvaje, poderosa, aterradora.

¡Y los tiburones! ¿Había tiburones en el Mediterráneo? ¡Claro que los había! Empecé a pegar patadas en todas direcciones, pero me agoté rápidamente y tuve que interrumpir mis esfuerzos. Luego pensé en *El Viejo*, en Porta, y los llamé en la oscuridad:

—¡VIEJOOOO! ¡PORTAAAA! ¡PORTAAAA!

Sólo me contestó el rugido de las olas, y empecé a sollozar desesperadamente, llamando en mi terror a mi madre y a Úrsula.

Bruscamente, me encontré ridículo y me insulté copiosamente.

—¡Conserva la sangre fría, maldita sea!

Estallé en risas gañendo como una hiena, emitiendo sonidos discordantes que apenas tenían nada de humano. Después, conseguí dominarme y seguí sollozando. Durante toda la noche me sacudieron las olas, cual pecio lamentable, vomitante y lloriqueante, pero aferrado obstinadamente a la vida.

¿Era una voz que gritaba en la oscuridad? Presté oído. Sí, era una voz. ¡Ea! Pero no. Ilusiones. Todos habían muerto. No quedaba nadie. Sólo yo. Que no tardaría en morir también. Completamente solo en aquel mar de tinta. Todo el mundo ha muerto.

Tienen otras cosas que hacer que ocuparse de ti. Son unos cerdos, una basura. Habría que estar loco para esperar de ellos el menor auxilio...

Sin embargo, bien debe de haber *alguien*. Sobrevivir de momento para reventar después de horas de sufrimiento y de esperanza sería completamente ridículo. Cuando hayan punteado sus listas y descubierto el número e identidad de los que faltan, organizarán la búsqueda...

¿Para buscar a quién? ¿A ti? ¿Un presidiario? ¡No me hagas reír!

El día se precisaba. Aquel objeto, allí lejos... ¿Un hombre aferrado a un flotador, lo mismo que tú?

Vamos, ves cosas que no existen, tomas tus deseos por realidades...

Pero era Porta. Con ancha sonrisa, sacó su vieja boina negra de un bolsillo interior, y se la puso en la cabeza para saludarme.

—¡Qué alegría volver a verle, amigo mío! ¿Usted también ha bajado a la playa? Un poco húmeda, ¿no le parece? Pero un baño nunca ha hecho daño a nadie.

—¡Porta! ¡Especie de viejo bastón mierdoso!

Yo estaba medio loco y sus ojos me decían que él se encontraba en el mismo estado.

—¡Porta! ¿No sabes dónde está *El Viejo*?

—Sí.

Hizo un amplio ademán.

—En la pecera, como todo el mundo... Con los morros por encima o por debajo de la superficie, éste es el misterio.

Después de atar juntos nuestros dos flotadores para no correr el riesgo de que la corriente nos separara, Porta prosiguió:

—¿Esperamos tal vez el mismo tranvía, querido señor?

Luego:

—Si por lo menos no estuvieses tan seco... ¡Con tu carcasa no hay ni para llenarse un diente careado! Pero de todos modos, será divertido, cuando, dentro de cien años, explique a mis queridos nietecitos de qué manera su abuelo Joseph salvó un día su preciosa existencia, gracias a un saco de huesos llamado Sven. ¿No te llena de orgullo terminar tu carrera heroica en el estómago del mejor soldado de nuestro Führer? Así que regrese a casa te haré erigir un monumento. ¿Lo prefieres de bronce o de granito?

De repente lanzó un rugido y, señaló en el horizonte la silueta de un barco:

—¡Nuestro tranvía!

Rivalizamos en ardor vocal, pero el barco desapareció.

—¡Vete, vete, cascarón! —terminó Porta con la voz ronca de tanto berrear—. Aunque hubiese venido, nos hubiésemos negado a subir en un chisme semejante, ¿verdad, Sven?

Transcurrió la mañana. El sol, cuando conseguía atravesar las nubes, era ardiente, embrutecedor. Yo estaba medio muerto de agotamiento, pero Porta seguía discursando ininterrumpidamente:

—Considera, por ejemplo, a las gaviotas: todo esto les divierte mucho. Siuviésemos alas sería una juerga tremenda; pero estamos con el culo en el agua y no hay nada que hacer. Llevas una vida laboriosa, evitando cuidadosamente acercarte al mar, y lo primero que hace este cochino ejército es lanzarte a él de cabeza sin preguntarte tu opinión. Como siempre digo, no hay porvenir en el oficio de soldado. ¡Prométeme que nunca serás general, hijo mío! Si por lo menos no hubiese tanta humedad...

—Porta... ¿Crees que saldremos de ésta?

—¿Salir de ésta? Estoy completamente seguro de que no saldremos, de modo que, hijo mío, inclina la cabeza, pero si te pones a lloriquear te pego un guantazo en la nariz que te vuelvo loco. Vas a hacerme el favor de conservar tus sucios hocicos fuera de este meadero de ballenas, ¿entendido? Ya te diré cuando puedas ahogarte. Y entretanto, alégrate de no estar en un cráter apestoso, con la artillería pesada para darte una serenata. Oh, desde luego, esos agujeritos de la tierra de nadie son estupendos para los que tienen tendencia a la diarrea, pero aquí, y es más de lo que mereces, no sólo puedes ensuciarte en tus calzones, sino encontrarte al mismo tiempo bien lavado y limpiito. Es un truco que no puedes hacer en el cráter de un obús...

La sed nos torturaba y acabó incluso por vencer el buen humor inagotable de Porta.

Poco después del amanecer del segundo día, un avión italiano nos sobrevoló y dejó caer una lancha neumática que amerizó a veinte metros de nosotros. Riendo y llorando, Porta vociferó:

—¡Gracias, viejo comedor de *spaghetti*!

Fue más difícil de lo que nos figurábamos recorrer aquellos veinte metros y trepar a bordo de la lancha. Nos colocamos cada uno a un lado. Yo debía probar primero, pero lo probé de tal manera que resbalé hasta debajo de la lancha y estuve a punto de ahogarme de tanto reír. Una risa convulsiva engendrada por el agotamiento físico y nervioso. Pero finalmente nos encontramos los dos en la lancha neumática, y nuestro primer impulso fue cambiar un solemne apretón de manos.

—¡Todo lo que nos falta es una baraja!

A bordo no la había, pero el compartimiento estanco contenía botes de leche, carne desecada, galletas y cuatro botellas de *schnaps*. Después de haber bien comido bien bebido, nos tendimos bajo el toldo y buenas noches. El frío nos despertó en mitad de la noche. Nos calentamos mutuamente a fuerza de mamporros, a más de un buen latigazo de *schnaps*, y otra vez buenas noches. Este nuevo sueño nos condujo hasta los alrededores del mediodía. Un segundo examen del compartimiento estanco

nos facilitó una caja de bengalas y un bidón de aceite amarillo que bastaba verter en el agua para que se extendiera por la superficie, formando una inmensa mancha dorada, muy visible desde el aire. Seguimos al pie de la letra las instrucciones, encendimos dos o tres bengalas, vociferando como unos locos; luego cantamos una canción alemana, una canción inglesa, una canción francesa, devoramos el resto de las provisiones —excepto unas cuantas galletas—, haciendo trampas, para reír, pero compartiéndolo todo como buenos hermanos, y finalmente empezamos a hablar de los otros, de los muchos que debían de haber muerto.

—Cuántas cartas habrá que escribir —suspiró Porta— a todas esas madres, mujeres, novias...

Úrsula.

Al día siguiente por la mañana bebimos el *schnaps* que quedaba y mordisqueamos las últimas galletas.

—Próximo menú: cuero de bota. ¿Cómo querrás el tuyo? ¿Con trufas o en salsa de vainilla?

Aquel mismo día encontramos un cadáver que mantenía en la superficie su chaleco de salvamento. Izarlo a bordo no fue cosa fácil. Era un suboficial con las piernas y el abdomen horriblemente quemados. Sus documentos nos informaron que se había llamado Alfred König, *Unteroffizier* en el 16.º Regimiento de Artillería, soldado desde hacía tres años, veintidós de edad, casado con Irma Bartelas, de veinte años, natural de Berlín. Su cartera contenía varias instantáneas en que aparecía él con una joven rubia bastante bonita.

Vaciamos sus bolsillos antes de restituirlo al mar.

—Y nuestro buen recuerdo para todos los que nadan entre dos aguas en esta porquería de acuario —dijo Porta—. Escribiré una hermosa carta a Irma para explicarle que has muerto como un héroe; instantáneamente, con una bala en el corazón, después de haber mantenido en jaque durante cuatro días a fuerzas enemigas superiores en número. Sí, conozco la fórmula idónea para que tu pequeña Irma pueda repetir con orgullo a sus compañeras que su Alfred se ha hecho matar en toda regla, combatiendo por su gloriosa y putrefacta patria. Ni hablar de haber sido asado como una oca y sumergido después en el caldo. Tal vez tu Irma esté en este momento tendida en su cama, releyendo tu última carta en la que le decías que te encontrabas bien, que pensabas mucho en ella, que le eras fiel y que no serías tú quien meterías la nariz o lo que fuera en las múltiples tentaciones de Nápoles. Tras de lo cual ella se secará una lágrima furtiva y dejará que el inspector del gas se marche sin haberle enseñado otra cosa que el emplazamiento del contador... ¡He aquí la vida de esa pobre Irma! Cada día se aprieta el cinturón porque el Führer le ha quitado lo que tenía para enviarlo al fondo del mar... Y muy pronto recibirá una postal del Ejército, sencilla, breve y ciento por ciento militar:

El suboficial Alfred König, del 16.º Regimiento de Artillería, ha caído el 30 de septiembre de 1941 luchando heroicamente por el Führer y por la patria.

»A continuación, el párrafo ilegible de algún cerdo de oficial, y un poco más abajo, en hermosas letras góticas, como un versículo de la Biblia:

El Führer le da las gracias. ¡Heil Hitler!

Porta expresó su indignación con un pedo vigoroso, y paseó su mirada por la inmensidad gris:

—Durante algunos días, la pequeña Irma andará con los ojos enrojecidos y su tarjeta postal en el bolso. Tal vez encuentre algunas personas que le tendrán lástima, pero no muchas, porque no es la única que se encuentra en este caso, y si hubiese que compartir todos los pesares, nunca se acabaría, y, ¿no sabría usted por casualidad, señora Fulana, dónde podría encontrar una libra de mantequilla? Y la próxima vez que el hombre del gas la visite, ella le enseñará mucho más que el emplazamiento del contador, y de esta manera, la desaparición de Alfred habrá tenido de todos modos su lado bueno, porque él sólo venía de permiso una vez al año, en tanto que el tipo del gas pasa cada dos meses y no corre el riesgo de caer por el Führer y la patria, porque tiene ya una pata de palo. ¿Quién sabe? Tal vez aterricemos en España. Una cosa bonita con cabellos negros y un clavel detrás de la oreja, para llevarse a la boca, si puede decirse...

La sed me atormentaba hasta el punto de que la volubilidad incesante de Porta se me hacía progresivamente insoportable.

—¿No podrías callarte de una vez, eh? ¡Pensar en las españolas cuando estamos reventando, lentamente, de hambre y de sed!

—¿Reventar? ¿Estás chiflado? Si te figuras que las Reales Fuerzas Aéreas Italianas nos han regalado esta encantadora embarcación para que reventemos... Sería un insulto para el rey de Italia. Y hablando del rey de Italia. Me gustaría saber si las testas coronadas tienen retretes de oro con asientos de terciopelo.

Risueño, se quitó el pantalón y se sentó con el trasero por encima del borde de la embarcación. De vez en cuando una ola se lo golpeaba.

—¡Uy! ¡Vive Dios, qué cosquillas! Pero es higiénico. Deberías probarlo. Es aún mejor que el retrete del rey de Italia.

—Porta, ya no me diviertes...

Su vitalidad me asombraba y agotaba; para mí era como una pared blanca

expuesta al sol del mediodía. Pero cada vez que me sentía a punto de saltarle a la garganta, sus miradas me frenaban en seco. Me decían que, pese a toda su locuacidad, los dos nos encontrábamos en el mismo estado.

Y luego, aquella situación acabó también por atacarme el sistema nervioso, y si poco antes de caer la noche no hubiésemos distinguido un barco en el horizonte, creo sinceramente que habría perdido todo control hasta el punto de tratar de estrangularlo. Pero gracias a nuestras bengalas pudimos señalar nuestra presencia y, menos de una hora más tarde, nos lavábamos bajo una ducha caliente, a bordo de un destructor italiano, el petróleo que nos impregnaba el cabello. Luego nos metieron en dos literas bien secas, bien calientes, nos sirvieron una montaña de *spaghettis* regada con vino tinto y nos dejaron dormir como leños.

Al día siguiente, los marineros nos dijeron que una proporción notable de los efectivos naufragados había sido salvada y reagrupada en Nápoles, hacia donde nos llevaban a nosotros. El médico de a bordo vino a vernos, preguntó cómo nos encontrábamos, nos miró con atención y se marchó tal como había venido. La conversación recayó en los otros compañeros, y Porta suspiró melancólicamente:

—Será muy divertido escribir a la mujer del *Viejo*. Fui a verlos cuando tuve permiso, y *El Viejo*, su mujer, su padre y yo estuvimos de acuerdo en decir que al cabo de seis meses nos reuniríamos todos porque la guerra habría acabado y la revolución se habría consumado. Vive Dios, espero que el «Real Club de Piratas comedores de *spaghettis*» le haya repescado a él también, y que ahora esté en una posada napolitana, manchando su reputación con mujeres de mala vida. Pero, ¿de qué estoy hablando? ¡Claro que habrán pescado al *Viejo*! ¿Qué haría Rommel sin él en África del Norte? Sin *El Viejo* no conseguiría salir adelante, incluso con nosotros para aconsejarle...

Una vez en Nápoles, armamos un buen jaleo.

—¡Comandante o no, nos importa un bledo! Para nosotros no hay más ejército hasta que sepamos dónde está *El Viejo*. No ha sido por gusto que nos hemos hecho torpedear y hemos coqueteado con los tiburones del Mediterráneo durante días y más días. *El Viejo* es nuestro camarada, y en tanto no sepamos si está muerto o vivo nos importa tanto el comandante o el coronel como lo que nos hemos encontrado hoy. ¡Nos quedamos aquí y no nos movemos! Que nos fusilen, que nos metan en chirona, lo mismo nos da.

Para poner las cosas de una manera moderada, nos faltaban por lo menos dos o tres tornillos. Era la reacción. No podíamos soportar nada más. Afortunadamente, se dieron cuenta de nuestro estado, y el comandante era un buen sujeto. Nuestras relaciones mejoraron, por lo demás, cuando nos explicó que él iba en el otro transporte de tropas y que, en cierto modo, también él había experimentado lo mismo que nosotros.

Cuando el *Feldwebel* del almacén de indumentaria reconoció a Porta, dirigióle una ancha sonrisa y le estrechó la mano. Le expusimos nuestra odisea, y cuando le pregunté si no había oído hablar de Willie Beier, llamado *El Viejo*, nos dejó para que buscáramos nosotros mismos lo que nos hacía falta de su almacén y desapareció en el interior de un despachito.

Al cabo de un instante nos hizo pasar. Esperaba tener noticias al cabo de pocos minutos. Nos ofreció *schnaps* y cigarrillos y nos preguntó detalles sobre el naufragio de los dos barcos, y Porta le contestó lo primero que se le ocurrió. Estábamos demasiado impacientes por saber a que atenernos, y los pocos minutos parecían durar horas. Teníamos la impresión de que *El Viejo* debía de estar allí, no muy lejos y que nos impedían adrede que fuésemos su encuentro.

Sonó el teléfono.

—Bien. ¿Sí, diga...? Sí... ¿Dónde...? Gracias.

El *Feldwebel* se volvió hacia nosotros. Aún me parece ver su sonrisa.

—Está en uno de los barracones de la Marina, allí, junto al puerto...

Espero que aquel *Feldwebel* comprendiera que no había ingratitud ni grosería en el impulso que nos lanzó Porta y a mí hacia la salida, sin tomarnos siquiera tiempo para darle las gracias. Pero en tiempo de guerra un camarada es algo muy precioso, muy especial. Algo que se descubre en la soledad apocalíptica del gran desorden, y que uno sabe que puede perder de un segundo al otro, por lo que se calibra plenamente todo su valor...

Los cuatro o cinco días siguientes discurrieron muy agradablemente. Sin hacer nada. Fuimos a visitar Pompeya, así como el Vesubio, cuyo cráter era una víctima ideal para la retórica de Porta.

Y luego, una mañana, nos cargaron en aviones de transporte, y adiós Italia. Doce aparatos del mismo tipo, volando en V, escoltados por cazas. El Mediterráneo se borró tras de nosotros mientras sobrevolábamos desde muy alto unas montañas negras. De vez en cuando distinguíamos un lago, una ciudad. Hicimos dos escalas antes de llegar a nuestro destino, la ciudad de Wuppertal, en Westphalia. Anduvimos a través de la ciudad hasta el cuartel de Elberfeld. Allí fuimos refundidos en tres compañías —era todo lo que podía hacerse con los sobrevivientes— y dirigidos a continuación hacia el frente ruso, para ser incorporados al 27.º Regimiento (disciplinario) Blindado.

El Viejo meneó despectivamente la cabeza.

—No seas cándido, Hans. En tanto queden oficiales que mantengan la disciplina, todo el mundo se callará la boca y seguirá marchando al paso. Fíjate cómo ocurrió en el año 1918. Sólo cuando toda la máquina se derrumbó, los muchachos de uniforme se rebelaron. Pero Dios nos libre de una revolución. Sobre todo, prematura. El comedor de salchichas alemanas les tiene tanto horror que ni siquiera se atreve a pensar en ella, y no es con hombres asustados que se hacen las revoluciones. Aquello terminó como debía terminar: los listos se largaron con las buenas tajadas. Los sinvergüenzas salieron indemnes y hoy están todos bien enchufados. Desde luego, toda la parada se hundirá. Esto es seguro. Pero podéis llamarme Adolfo si se produce una revolución. Volverá a suceder lo mismo. Los más listos se reconocerán entre sí y se cuidarán bien. Ayudarán a los sinvergüenzas a levantarse y les facilitarán bonitos látigos nuevos para que puedan hacerlos restallar sobre nuestras espaldas. Hasta que mis amados compatriotas empiecen a descubrir el intríngulis del asunto, no tengo ninguna confianza en ellos. Hitler y sus acólitos serán exterminados, cual corresponde, y cuanto antes mejor. Pero ¿qué son ellos sino unas vulgares marionetas? ¡Y no es hacer la revolución destruir las marionetas y dejar que quien las maneje se largue con toda la recaudación!

Así hablaba El Viejo en 1941.

TRES MUCHACHAS

Entre los numerosos hombres que vinieron a completar nuestra compañía, encontré un nuevo camarada, Hans Breuer. Había sido teniente de policía en Dusseldorf y debía el honor de pertenecer a nuestra querida pequeña unidad al hecho de que había rehusado alistarse voluntariamente en las SS, según las órdenes de Adolfo Hitler relativas a los policías. Estaba convencido de que Alemania perdería pronto la guerra, porque sabía de buena tinta (su hermano trabajaba en el Ministerio de Propaganda del doctor Goebbels) que el nazismo estaba en vísperas de la bancarrota.

Los nazis no podían fiarse más que de una pequeña fracción de las fuerzas armadas, y sólo era cuestión de tiempo el que los generales ajustasen las cuentas a Hitler y a su pandilla de chiflados. Hans y yo hablábamos de desertar de nuevo, pero *El Viejo* nos aconsejó que no lo intentáramos.

—Ni uno entre mil lo consigue, y si os atrapan, vais directos a la pared a recibir doce balas en el cuerpo. No, el único truco es una buena herida, pero, por el amor del cielo, no intentéis hacerlo vosotros mismos. Os examinan al microscopio en todos los casos en que el herido puede ser el autor de su propia lesión, y si descubren el menor síntoma sospechoso estáis listos. Lo mejor es el tifus o el cólera; de esta manera no pueden demostrar nada. La sífilis, cero. Os echan del hospital al cabo de quince días, después de un tratamiento que nunca olvidaréis. Nada de enfermedades venéreas. Si no es grave, os curan en un abrir y cerrar de ojos. Si lo es, os despellejan vivos para enseñaros la moraleja...

»También hay tipos que se beben el carburante de nuestros tanques, lo cual tampoco está mal; les da una peste bubónica que pueden hacer durar cuatro o cinco meses, con tal de conocer el truco. O podéis hacer pasar un cigarrillo por un tubo de escape y coméroslo a continuación; está bien, pero la fiebre que esto os causa no dura mucho tiempo, y os obliga a introducir en el hospital una botella de carburante y una bolsa de azúcar; un terrón impregnado de carburante todos los días y la fiebre se mantiene por los alrededores de 39.º. Pero el material necesario hace peligrosa la tentativa. Que os pesquen, y os fusilan por pérdida de la voluntad de combatir...

»Si conocéis algún enfermero militar digno de confianza, una pierna gangrenada os costará dos o trescientos cigarrillos. Os cortan la pata y la guerra ha terminado para vosotros. También puede procurar haceros coger el tifus. Pero siempre hay fallos en estas operaciones. O bien no resultan —Porta los ha probado todos, incluso ha comido perro muerto lleno de gusanos, pero en él le ha producido el efecto de una cura de salud—, o bien uno queda paralizado, o bien acaba en el cementerio. Les ha ocurrido a muchos tipos que se creían muy fuertes...

El domingo 12 de octubre nuestro tren franqueó la frontera polaca en Breslau. Mientras permanecíamos en la estación de mercancías de Czystochówa, nos distribuyeron nuestras «raciones de emergencia», compuestas por una caja de *goulasch*, varias galletas y media botella de ron. Nos estaba terminantemente prohibido tocar estas raciones antes de recibir la orden. En especial, el ron no debía ser consumido por ningún pretexto. Con su grandilocuencia acostumbrada, el Ejército llamaba a eso una «ración de hierro».

Desde luego, lo primero que hizo Porta fue beberse el ron. Cuando la botella se separó de sus labios, estaba vacía. La echó por encima del hombro con un ademán elegante, chasqueó la lengua y dejóse caer en la paja que cubría el suelo del vagón. Momentos antes de dormirse, soltó una sonora ventosidad y dijo riendo:

—Respirad a fondo, pequeñines, hay vitaminas en el aire.

Dos horas más tarde se despertó, eructó, se desperezó; luego, para nuestra estupefacción, sacó otra botella de su macuto y la vació sin pestañear, con una beatitud perfecta pintada en el rostro. Después nos reunió a su alrededor para la

clásica partida de cartas y todo anduvo sobre ruedas hasta que una autoritaria voz llamó desde el exterior:

—¡*Obergefreiter* Porta, salga de ahí!

Porta ni pestañeó, con los ojos fijos en sus cartas.

—¡Porta! ¡Salga inmediatamente!

—¡Calla, cerdo mierdoso! —replicó Porta sin ni siquiera volverse hacia la puerta—. Si me necesitas, ven a buscarme, desdichado, pero antes de entrar límpiate las pezuñas y la próxima vez trata de llamarme «*Herr Obergefreiter* Porta». Aquí no estás en tu casa, esto no es el cuartel, especie de piojoso congénito.

Un silencio mortal siguió a esta parrafada. Luego, todo el vagón estalló en risas, y cuando éstas se apaciguaron, la voz rugió con mayor encono.

—¡Porta, si no sale inmediatamente, le formo un consejo de guerra!

Porta nos miró abriendo mucho los ojos.

—Que me ahorquen si no es el capitán Meier —cuchicheó—. ¡El pobre Porta va a recibir para el pelo!

Saltó fuera del vagón e hizo chocar sus tacones ante Meier, que le esperaba con los puños en las caderas y las piernas separadas, con el rostro enrojecido por la furia.

—¡De modo que por fin se ha dignado venir, *Herr Obergefreiter*! ¡Yo le enseñaré a ejecutar las órdenes, desvergonzado! ¿Cómo me ha llamado? ¡Cerdo mierdoso y piojoso congénito! ¿Qué? ¡Firmes, vive Dios antes de que pierda la sangre fría! ¡Insultos a un oficial! ¿A qué viene todo esto? ¡Y además apesta a ron! ¡Está borracho como un cerdo! ¡Eso explica muchas cosas! ¡Se ha bebido su ración de hierro! ¿Sabe lo que es esto? ¡Insubordinación! ¡Y por Dios que no saldrá de rositas!

Rígido y mudo, con expresión increíblemente estúpida, Porta se mantenía en posición de firmes ante el capitán Meier que muy pronto acabó por perder todo el dominio sobre sí mismo.

—¡Contésteme, basura! ¿Ha bebido ron, sí o no?

—Sí, *Herr Hauptmann*, pero sólo un chorrito vertido en nuestro sucedáneo de té nacionalsocialista, ya por sí tan sabroso. Y era un ron que el cabo furriel me debía desde la campaña de Francia. Puedo recomendarle que pruebe la receta, *Herr Hauptmann*. Un poco de ron en el sucedáneo de té que nuestro Führer bienamado hace que nos distribuyan...

—¿Es que se burla de mí? ¡Enséñeme el ron de su ración de hierro!

Sacando una tercera botella de uno de sus enormes bolsillos, Porta la presentó sonriente al capitán estupefacto, para que éste pudiese ver por sí mismo que estaba llena.

Algún soplón debía de haber dicho a Meier que Porta se había atizado su ron. Efectivamente, descubrimos después que Meier había prometido quince días de permiso a un cabo, si éste le proporcionaba un motivo plausible para meter a Porta en

el calabozo.

—*Herr Hauptmann* no imaginará —prosiguió Porta hecho un puro almíbar— que yo creía hablar con *Herr Hauptmann* cuando he gritado todas esas cosas horribles. Nunca se me ocurriría decirle tales cosas a mi comandante de compañía, por quien siento la más viva admiración. Había creído reconocer la voz del *Unteroffizier* Fleischmann. Es verdad que su padre tenía piojos, y que se los contagié...

Meier, como siempre, acabó de ridiculizarse enviando a buscar a Fleischmann. El cual explicó muy serio que entre él y Porta existía una apuesta permanente sobre quién podía despotricar y vociferar con la máxima competencia. La presencia de piojos en su familia era un hecho auténtico e indiscutible. Se remontaba a la guerra del 14-18. Su padre los había pescado en Verdún y, desde entonces, toda la familia Fleischmann estaba infectada.

—Pequeños míos —empezó a decir Joseph Porta una tarde en que nos encontrábamos en una vía muerta, entre Kilsu y Czestochowa—, no sé cuántas semanas hace que vivimos en este palacio con ruedas, y seguimos sin saber lo que hay detrás de esta puerta.

Señalaba la puerta izquierda de nuestro vagón. Hasta entonces sólo habíamos abierto la derecha.

—Sabemos que más allá de esta puerta —prosiguió Porta, señalando esta vez la de la derecha— se extiende la inmensa Polonia. Pero ignoramos qué misterios nos oculta esta puerta cerrada. Tal vez encontraremos...

Al llegar a este punto empezó a hurgar en la cerradura de la puerta.

—Tal vez encontraremos a la propia Victoria..., que bien debe de ocultarse en alguna parte, ya que el Führer ha dicho que era nuestra. O quizá, detrás de esta puerta misteriosa y nunca abierta, quizá descubriremos una multitud de hermosas muchachas...

Había bajado la voz, pero por primera vez en su vida le faltó del todo cuando, con un ademán ampuloso, descorrió la puerta deslizante. Porque, efectivamente, allí había, no una muchedumbre, sino tres muchachas bastante bonitas que nos miraban con sonrisas inseguras. Nosotros babeábamos de gusto.

La mujer, para soldados en guerra, es un ser notable y notablemente complicado. Es la meta etérea, lejana y romántica de deseos torturantes, materializados por los sueños solitarios de una vida civil desaparecida, aplastada, convertida en irreal por el estrépito, el desorden, las imposiciones de la vida militar; y es también el objetivo muy concreto de la salacidad acumulada y concentrada en sí mismos por unos hombres sin mujer. Un soldado ya no es exactamente un hombre, sino un uniforme entre muchos otros, y así se lanza a expresar verdades de orden sexual que en la vida normal, entre personas normales, nunca osaría enunciar. Su uniforme es un escudo

contra la identificación, una garantía del anónimo. Le libra de todos sus complejos. El soldado es toda una compañía y se siente en seguridad mientras está acompañado por sus camaradas.

Todo el mundo saltó a tierra, lanzando frases escabrosas capaces de hacer erizar el cabello. No teníamos ninguna mala intención, ni ningún deseo de ofender a las tres jóvenes, y por lo demás he observado que a las mujeres les afecta bastante poco los desahogos más o menos escabrosos de un grupo de soldados. Cuando incluso Porta hubo agotado su repertorio, la mayoría de nosotros volvimos a subir al vagón, porque hacía un frío polar; pero Porta, Plutón, Hans y yo nos rezagamos. Mirábamos a las tres muchachas y las tres muchachas nos miraban, y no fue hasta entonces cuando calibramos en toda su amplitud el carácter insólito de la situación. Ciertamente, nosotros la habíamos calibrado perfectamente desde el principio, pero la sorpresa de encontrar mujeres en aquel lugar perdido, en el momento en que menos lo esperábamos, había producido el vacío en nuestros espíritus.

Las tres muchachas llevaban vestidos rayados de prisioneras, y entre ellas y nosotros se erguían sus buenos dos metros y medio de cerca de alambre de espinos.

Las tres venían de Francia y estaban en aquel campo desde hacía catorce meses. Una de ellas era judía. Cuando se enteraron de que nosotros nos dirigíamos hacia Rusia, nos pidieron que las lleváramos. En son de broma, naturalmente.

—No es posible, pequeñas —replicó Hans—. La Gestapo nos haría fusilar.

Una de ellas, una rubia alta, con mirada chispeante de inteligencia, replicó en tono de desafío:

—¿Tenéis miedo? Demostradnos que sois hombres.

Y bruscamente, sin que ninguno de nosotros lo hubiese deseado verdaderamente, nos dimos cuenta de que empezamos a tomarnos en serio la cosa.

—Más valdría que nos marcháramos —dijo Hans, nerviosamente—. Si los SS ven a estas tres pobres pequeñas charlando con nosotros, las estropearán a palos...

—¡Nos quedaremos aquí todo el rato que nos dé la gana! —replicó Porta.

Hans lanzó una ojeada a derecha e izquierda, buscando con ansiedad la silueta inquietante de algún guardián.

—¡De acuerdo! ¡Pero no seremos nosotros los más malparados, si alguna vez nos atrapan!

Tenía razón en lo que decía. Quedándonos allí exponíamos a las tres mujeres a represalias inútiles, bajo la forma de malos tratos que nosotros conocíamos sobradamente. Las contemplábamos, indecisos. Ellas nos miraban con resignación.

—¡Infierno y condenación! —blasfemó Plutón—. Tendríamos que llevárnoslas con nosotros. Estas pobres chicas están delgadas como clavos...

—Y, no obstante, son bonitas —añadí.

Ellas nos sonreían tristemente. Les tiramos cigarrillos y nos entretuvimos un

momento más, reflexionando, estudiando posibilidades, pero incapaces de adoptar una decisión constructiva.

Por una u otra razón, *El Viejo*, en compañía de Asmus, surgió en aquel momento de debajo de nuestro vagón.

—¡No le demos más vueltas al asunto! ¿Vienen con nosotros, sí o no? ¡Si es que sí, no hay que esperar quince días!

Estaba, como siempre, perfectamente seguro de sí mismo, y vivo cual una centella. En un santiamén nos hizo formar una pirámide humana junto a uno de los postes. Encaramado en los hombros de Asmus y del gigantesco Plutón, alargó a las tres jóvenes nuestros cinturones unidos y las izó sucesivamente por encima de la cerca de alambre de espinos. Hans, Porta y yo, estábamos allí, en el otro lado, para recibirlas en nuestros brazos. Luego, Asmus, Hans y Plutón regresaron a nuestro vagón, pusieron de patitas en la calle a los que no eran de la «casa» y cerraron la otra puerta. De esta manera pudimos embarcar a nuestras pasajeras protegidas de cualquier mirada indiscreta.

Pero las complicaciones, desde luego, apenas habían empezado. ¿En qué jaleo nos habíamos metido? Con el corazón acelerado, empezábamos a comprender que esa aventura era tal vez la más peligrosa que podíamos emprender. Algo nos había cogido por sorpresa. ¿La vida? De todos modos, si nosotros estábamos asustados por esta aventura a la que nos habíamos lanzado de cabeza, nos sentíamos también dichosos y orgullosos de haberlo hecho. Experimentábamos esa alegría que se siente cuando uno se descubre capaz de hacer mucho más de lo que supone. Me gustaría poder explicar esto sin parecer que nos colocamos en un pedestal, pero cada vez que oigo hablar actos heroicos, utilizo esta situación como criterio de que puede ser un acto verdaderamente heroico, y debo confesar que, en contacto con esta piedra de toque muchas hazañas sonadas sólo me inspiran, con la mejor voluntad del mundo, una admiración extremadamente moderada.

Esta historia puede ser considerada como una victoria de la solidaridad humana sobre el egoísmo engendrado la soledad.

—Volviendo a las cosas prácticas —terminó *El Viejo*, cuando nos hubimos casi recuperado de nuestra primera alegría de conspiradores—, no les podemos dejar encima estos uniformes de presidiarías. Hay que vestirlas de manea distinta. ¡Sacad todo lo que tengáis, muchachos!

En un abrir y cerrar de ojos, calcetines, ropa interior, camisas, pantalones, chales, gorros, zapatos, surgieron de cuarenta paquetes para ser sometidos a la elección de nuestras protegidas.

Y cuando ellas se quitaron con calma sus uniformes rayados de prisioneras, bajo los que iban desnudas, cuarenta soldados cochambrosos se volvieron al unísono y miran en dirección opuesta. Dios sabe que formábamos a condenada pandilla de

duros de pelar sin escrúpulos. Supongo que es la civilización la que nos había conducido a donde estábamos, pero con este ejemplo se ve que, a pesar de todo, no hay que ser demasiado pesimista en cuanto al grosor del barniz educativo, porque es su propia delgadez la que permite que la educación innata, la educación del corazón, se manifieste. Y, además, fue otra cosa la que nos impulsó a dejar que las tres mujeres se cambiaran en paz de vestido. Ofrecíamos al mismo tiempo un testimonio contra los guardianes del campo que, durante catorce meses, habían pisoteado y escarnecido toda decencia humana. Queríamos demostrar a aquellas pobres muchachas que la consideración, la dignidad y la humanidad existían además de en forma de palabras huecas. Incluso entre los soldados barbudos y desaliñados.

Las instalamos detrás de un montón de paquetes. Después, *El Viejo*, Porta y yo fuimos a enterarnos de si la alarma había sido dada ya en el interior del campo, mientras los demás se sentaban en el suelo del vagón, asomados a las puertas deslizantes, para impedir el acceso a los curiosos.

Nuestro tren arrancó antes de que la triple evasión hubiese sido descubierta. En los días siguientes, los mejores bocados de todo lo que podíamos encontrar fueron automáticamente a nuestras tres pasajeras clandestinas. La mayor, Rosita, era profesora de música y Porta se convirtió muy rápidamente en su defensor particular. Nunca conseguimos que nos explicara por qué había sido enviada a aquel inhumano campo de concentración.

Jeanne, la más joven —apenas si había cumplido la mayoría de edad—, seguía unos cursos en La Sorbona en el momento de su detención. Sus dos hermanos, tenientes del Ejército francés, estaban prisioneros en Alemania. Su padre era buscado por la Gestapo, que la había deportado a ella en calidad de rehén.

María, la judía, había sido detenida una noche, en plena calle, y enviada a Polonia sin más proceso. Su marido era un hombre de negocios de Lyon, y tenía un hijo de dos años y medio. Su segundo hijo —otro niño— había nacido tres meses después de la llegada de María a aquel campo de concentración, pero sólo sobrevivió quince días.

No había transcurrido aún la semana cuando estábamos todos desesperadamente enamorados de nuestras tres mujeres; pero, como unos muchachos que han descubierto un nido de pájaros, no teníamos idea sobre lo que íbamos a hacer con ellas. Pasábamos la mayor parte del tiempo estudiando y rechazando las sugerencias más fantásticas, más irrealizables. No obstante, estábamos de acuerdo en un punto: en ningún caso podíamos arrastrarlas con nosotros hasta primera línea y tratar de facilitarles una ocasión para huir con los rusos. Era demasiado aleatorio, y si tenían la desdicha de atravesar un sector ocupado por algún destacamento asiático de costumbres primitivas, serían violadas sobre el terreno por toda la tropa.

Fue el hermano de Fleischmann quien resolvió el problema. Fleischmann llegó

corriendo un día y nos dijo que su hermano era *Oberfeldwebel* a bordo de un tren blindado detenido a poca distancia de allí y que se disponía a regresar a Francia. Había metido en el ajo a su hermano y éste estaba dispuesto a hacer lo posible para repatriar a nuestras protegidas. Éstas no comprendieron inmediatamente lo que les ocurría. Creían que la Gestapo había encontrado su pista, y María se puso a llorar.

Pero Porta les explicó:

—Vamos, vamos, simplemente sois trasladadas a la Artillería pesada. Os marcháis a Francia en un hermoso blindado. El hermano de Fleischmann lo arreglará...

Atravesamos una cantidad de vías férreas, empujando y a veces llevando a las tres jóvenes medio muertas de ansiedad, y finalmente llegamos al gigantesco tren blindado, con sus gruesos cañones apuntados hacia el cielo. El hermano de Fleischmann lo tenía ya todo preparado, y dos de sus hombres montaban la guardia. Dedicó una sonrisa resuelta a María, Rosita y Jeanne, mientras les estrechaba sucesivamente la mano.

—Embarcad, chicas, al galope, y que después no se os vuelva a ver. Manteneos bien quietas en vuestro escondrijo; os llevaremos todo lo que necesitéis. Estaréis algo estrechas, pero os llevaremos a buen puerto, ya veréis...

Las ayudamos a instalarse. Disponían de un solo camastro para las tres, en el rincón más alto y más inaccesible de un vagón blindado lleno de armas y municiones. Las tres nos besaron en la boca. Porta, emocionado, las llamó sus tortolitas y recibió, como recompensa, un beso suplementario.

Un poco más tarde, y no sin sentir que se nos oprimía el corazón, contemplamos cómo el enorme convoy se ponía en marcha y desaparecía hacia el Oeste. Ignoro si nuestras tres mujeres llegaron a Francia, pero sí sé que el tren llegó a su destino sin demasiados entorpecimientos.

Seis semanas después de esta separación, un resistente francés mató al hermano de Fleischmann, en Le Mans, de un tiro en la nuca, y le quitó su revólver. Si ese patriota francés hubiese sabido la historia de las tres mujeres deportadas, nunca habría actuado de tal manera. Pero ésta es la guerra en todo su esplendor. Monstruosa hasta el absurdo.

Nuestro tren avanzaba hacia el Este, con destino a las estepas inmensas y a las negras selvas de Rusia. Conservábamos la estufa al rojo vivo en nuestro vagón, pero estábamos helados. Noche y día permanecíamos acurrucados en nuestros capotes, con los gorros hundidos hasta las orejas. Pero a pesar de atiborrar la estufa, de ponernos más y más piezas de lana y de apretarnos los unos contra los otros, estábamos siempre irremediable, miserablemente helados.

EN LA IGLESIA

Entramos en la estación de Pinsk en medio de una tempestad de nieve. En la cantina de la Cruz Roja nos sirvieron frijoles y por una vez había tal cantidad que todos pudimos lastrarnos confortablemente el estómago.

Una de las hermanas de la Cruz Roja recomendó al *Viejo* que fuese a ver la magnífica iglesia vieja que se erguía en las inmediaciones de la estación, y como no teníamos otra cosa que hacer, toda la banda se encaminó hacia allí.

Muy vieja e impregnada con el incienso de los siglos, la iglesia era verdaderamente magnífica, llena de columnas macizas y de columnas delicadas, de dorados suntuosos y de comodidad católica, de lamparitas, de velas y de rinconcitos adornados con santos familiares pintados de colores vivos y sencillos, y en el centro de la nave un espacio inmenso, lo bastante elevado para dejar subir sin entorpecimientos las almas de las criaturas del Señor hacia el divino reino para acogerlas.

Porta consideró ridículo ir a fisgonear en una iglesia y no dejó de reprochárnoslo.

Luego descubrió el órgano, y, sonriendo como un niño excitado, exclamó:

—¡Ahora oiréis algo bueno!

Encontraron la escalera que conducía a los teclados del gran órgano.

Porta nos pidió que pasáramos detrás del pupitre para manejar los soplillos, pero Plutón nos hizo ademán de que no nos moviéramos. Por sí sólo tenía la fuerza de tres hombres normales y se bastaba y sobraba para aquella tarea. Porta nos lanzó una nueva sonrisa y se sentó ante el teclado.

—¡Ahora, queridos, veréis cómo Joseph Porta toca el órgano!

Sentados en la barandilla de la galería, *El Viejo* apartó de sus labios la pipa que él mismo había construido.

—Tócanos aquel fragmento de Bach que una vez interpretaste en Yugoslavia.

Porta no sabía de qué fragmento se trataba, pero *Pulgarcito* le silbó algunos compases. Era la *Tocata y fuga* de Juan Sebastián Bach. Así que hubo identificado la melodía que se le pedía, Porta se iluminó. Luego ladró en dirección a Plutón:

—Pedalea, vieja carne de horca, y Joseph Porta, *Obergefreiter* por la gracia de Dios, os demostraré de lo que es capaz...

Inspiró profundamente y sus rasgos se vaciaron de toda expresión, como un vaso sucio del que se elimina un residuo de cerveza agria antes de recibir una ración de vino noble.

Y Porta empezó a tocar. Tenía aire de divertirse, de no conceder ninguna importancia a lo que hacía, pero las notas surgían en la iglesia como bandadas de pájaros, las unas minúsculas y vivas como libélulas, las otras majestuosas y removiendo el aire con sus alas. Cuando hubo terminado, un estallido de risas tradujo nuestro entusiasmo. Porta encendió un cigarrillo. Se sentó más cómodamente. *El Viejo* me dio un codazo y, sin apartar de él la mirada, cuchicheó:

—Ahora sí que oirás algo. Ahora que está verdaderamente en forma...

El Viejo era como un padre orgulloso cuyo corazón se llena de cariño ante el espectáculo del verdadero mérito. Y Porta cuidó mucho de no hacerle quedar mal. Por instinto, tocaba verdaderamente como un maestro. Al principio en sordina, acariciando ligeramente las teclas, ausente y como hipnotizado por su propia música. Fueron sucesivamente *Die Himmel rühmen des Ewigen Ehre*, de Beethoven; luego la canción de cuna anónima *Schlafe, Mein Prinzchen, Schlaf Ein*, que tocó con una dulzura tan inefable que los ojos se nos humedecieron y *el Viejo* y yo cruzamos una mirada que suponía una idéntica percepción repentina de las bellezas de la vida, y del pesar de vernos aquí encadenados a las fuerzas de las tinieblas.

Y luego, Porta se disparó. Rompió todas las barreras y barrió la iglesia con un huracán sonoro que era a la vez una danza y un himno de alegría, un coro de todas las cosas vivas y muertas unidas en un canto de gratitud. Una fanfarria titánica de un millar de heraldos. La danza de los copos de nieve en una noche de Navidad, en tiempo de paz. Los pájaros de los bosques y de los campos apuntando su pico hacia el cenit y trinando simultáneamente en un coro celestial.

Estábamos petrificados, transformados en estatuas. Aquel soldado asqueroso, repugnante; y nacido de sus dedos, aquel colosal *hossanna* de pura alegría, cautivadora, irresistible...

Por casualidad, dirigí mi mirada hacia la nave y, con gran sorpresa, observé que estaba medio llena de gente silenciosa, inmóvil. Junto al altar mayor había un sacerdote de elevada estatura y cabellos blancos. Un poco más lejos, había un grupo de paisanos con los rostros vueltos hacia la galería. El centro de la iglesia estaba lleno de soldados con capotes cochambrosos, sentados, en pie, recostados en las sillas, con los gorros echados sobre unos rostros demacrados por la mala alimentación. Distinguí

entre ellos a una o dos hermanas de la Cruz Roja, pero ni siquiera tuve a su respecto el acostumbrado pensamiento erótico. La música de Porta lo envolvía, lo purificaba todo. Finalmente cesó y, en el silencio absoluto, escuchamos como Plutón recuperaba ruidosamente el aliento detrás del órgano, por el esfuerzo realizado. Porta miró al *Viejo*, después a mí.

—No está mal para un concierto improvisado en una iglesia...

Pero lo dijo sin énfasis. Con sencillez. Se sentía feliz. Dichoso, con una especie de solemnidad que no le era habitual.

La voz del *Viejo* temblaba de emoción.

—¡Porta, especie de inútil! ¡Especie de tonto de pueblo!

En aquel momento llegó el sacerdote y besó a Porta ambas mejillas.

Luego compareció Asmus y nos informó que nuestro tren se disponía a marchar. El sacerdote sostuvo una cruz sobre nuestras cabezas.

—Dios os bendiga, hijos míos...

Después volvimos a encontrar la tempestad de nieve, el vagón de ganado y la paja sucia esparcida en el suelo. El tren-frigorífico por lo que a nosotros respecta, arrancó hacia su destino desconocido. No lo dejamos hasta Smolensko.

—¡Atrás, ATRÁS por Cristo! ¡Tiene el pie bajo la cadena!

La reacción de Porta fue casi instantánea.

El tanque retrocedió, Porta se me reunió de un salto y, cada uno por un lado, sostuvimos a Hans Breuer, que permanecía en pie, pálido como una sábana, agarrado al carro de asalto. Le transportamos al interior de la casita, donde El Viejo encendió un cigarrillo y lo metió entre los labios azulados de Breuer. Meneó la cabeza mientras cortaba el cuero en torno al pie aplastado de nuestro camarada.

—Muchachos, muchachos, ¿os habéis vuelto completamente locos?

ANTES DEL ATAQUE

Estábamos acantonados en casas requisadas en los arrabales de Smolensko. Así que hubimos recibido nuestras raciones, nos llegamos hasta la gran plaza del mercado, donde pululaban hombres de todas las armas y ejércitos posibles: SS con la calavera en el gorro; tropas paracaidista; caballería con calzones de cuero y largas botas con espuelas; infantería con guerrera de cuero «camuflada» con manchas pardas, verdes y azules; soldados húngaros y rumanos de caqui; hombres de todas las armas y ejércitos de Europa central reunidos en la plaza del mercado de Smolensko, desde los elegantes oficiales aviadores con monóculo hasta los infantes sucios y piojosos.

La mayoría de los paisanos rusos llevaban ropa acolchada, increíblemente rota y remendada, y zapatos de fieltro completamente informes. Encontramos media docena de viejas, cada una con un voluminoso saco al hombro, que charlaban cómo cotorras. Bruscamente, una calló, separó las piernas y al cabo de un momento se oyó un ruido de chaparrón, en tanto que un charco se agrandaba entre sus pies. Luego prosiguió tranquila su camino.

—¡Como una vaca vieja! —exclamó Porta atónito—. ¡Exactamente como una vaca vieja!

Los rusos daban la impresión de no sentirse nada afectados por el frío espantoso que tan perniciosos efectos causaba en nosotros.

Sólo estuvimos dos o tres días en Smolensko, y luego unos camiones nos condujeron a Bielev, donde estaba acantonado el 27.º Regimiento. Nuestra Compañía fue adscrita al 21.º Batallón, bajo las órdenes del *Oberstleutnant* Von Lingdenau, auxiliado por el comandante Hinka. Si nuestro comandante de compañía no hubiese

sido aquel cerdo de Meier, todo hubiese estado perfectamente.

Porta afirmaba que el Señor se le había aparecido en sueños para decirle que muy pronto se levantaría la veda para la caza del cerdo, y que la compañía cambiaría próximamente de comandante. Tales eran las revelaciones que el Señor había hecho al *Obergefreiter* Porta, amén.

En la compañía se hablaba mucho de la caza del cerdo. Meier se tomaba con nosotros las libertades más increíbles. Nos privaba de lo que era nuestro, en todos los aspectos, y no perdía oportunidad para restregárnoslo por las narices. Su gran triunfo era imponernos ejercicios y marchas, exactamente como si no estuviésemos en el frente. Todos los demás oficiales meneaban la cabeza y le consideraban loco, y fue en aquel momento cuando todo el mundo comprendió que Meier podía reventar sin que nadie se preocupara por adivinar en qué circunstancias exactas había muerto. Desde aquel momento, Meier nos pertenecía. Él no lo sabía aún, pero nosotros sí. Se dejó de hablar de la caza del cerdo y muchos prepararon balas «dum dum». La discusión había terminado.

Uno de los que más a pecho se tomaban las jugarretas e injusticias de Meier era Hans. Una o dos veces me habló de desertar juntos, pero yo no me atreví a intentar la aventura.

—Vive Dios, Sven, ¿es que no comprendes que hay que largarse de aquí, cueste lo que cueste?

Le miré escrutadoramente.

—Hans, te lo ruego, no hagas ninguna tontería.

Una tarde llegó la orden de preparar los tanques para la acción. Llenamos los depósitos de gasolina, y de aceite y de municiones: diez mil píldoras para cada una de nuestras ametralladoras, cien obuses de alta potencia explosiva, cien obuses blindados, cincuenta obuses especiales de gran poder perforante, más las granadas de mano, las bengalas de iluminación, municiones para nuestras armas cortas y carburante para los lanzallamas.

Porta estaba de bruces, hundido hasta las rodillas, a contar desde la cabeza, en el motor, y maldecía alegremente al ejército que transforma a personas ordinarias en cerdos perfectos. De vez en cuando, contenía una risotada y vociferaba entre los cilindros y las válvulas del motor.

—¡Eh, *Viejo*! ¡Creo que esta vez haré un buen blanco! Acaba de decírmelo Dios en persona.

—¡Si alguien no se te adelanta! Somos setecientos hombres en la compañía...

Por toda respuesta, Porta silbó entre dientes un himno de caza. Luego, *El Viejo* y *Pulgarcito* se metieron en nuestro alojamiento para preparar la cena, en tanto que Plutón iba a buscar nuestras raciones. Porta y yo debíamos aún estacionar nuestro tanque junto a la casa, y disimularlo con ramas y nieve para esconderlo a las miradas

de los aviadores rusos que nos sobrevolaban cada noche y nos lanzaban bengalas en paracaídas.

Hans Breuer se nos reunió mientras estábamos maniobrando y nos dijo que acababa de recibir una carta informándole que su mujer había sido transportada al hospital para sufrir una seria intervención quirúrgica en el abdomen. Estaba muy deprimido y aún hoy me reprocho el no haberle vigilado mejor. Conocía su estado de espíritu, y con aquellas malas noticias... Hubiese debido abrir más los ojos, pero uno no piensa en todo y cuando menos se espera es demasiado tarde.

Yo estaba delante del tanque, guiando a Porta con la voz y con las manos para permitirle estacionar el monstruo sin derribar la casa. Luego oí gritar a Hans Breuer y en seguida comprendí que había hecho lo que su actitud dejaba prever. Cuando llegué junto a él, se sostenía con un solo pie, mientras el otro estaba atrapado entre los rodillos y la cadena del tanque.

Después de la marcha de la ambulancia discutimos los términos del informe que *El Viejo* tendría que redactar. Nos pusimos de acuerdo para decir que había tratado de encaramarse en el tanque por un costado y que en aquel momento Porta había hecho marcha atrás, pensando que yo le había dado la señal convenida. Hans había resbalado, y un pie le quedó atrapado en la cadena. Era plausible, sin duda, pero no irrefutable, por la sencilla razón de que estaba terminantemente prohibido trepar a un tanque por el lado. Siempre había que subir por delante, bajo la mirada del conductor.

Y, desde luego, parecía extraño que le hubiesen aplastado el pie inmediatamente antes de una ofensiva.

—¡Extraño o no, nos importa un bledo! —declaro *El Viejo*—. Todos sabemos muy bien a qué atenernos, pero en tanto no puedan demostrar nada, todo irá bien. ¡Y no podrán demostrar nada mientras nos atengamos todos a esta explicación!

—Lo único que hay que desear —dijo Porta— es que esa pandilla de desalmados no le interrogue mucho.

Sueño de bestias. Despertar a la una. La hora del ataque.

Pulgarcito encendió un cabo de vela y, aún no bien despiertos, nos preparamos a su luz vacilante. Sentado en la paja, Porta se rascaba furiosamente su tórax estrecho, pelambrera roja apuntando a todos los puntos cardinales. *El Viejo* y Plutón cazaban piojos, que tiraban a la llama de la vela, donde las bestezuelas se desintegraban con una pequeña explosión, desprendiendo un olor oleoso, nauseabundo.

En menos de un cuarto de hora, estuvimos equipados y, temblando de frío, todo el mundo subió al tanque.

Habíamos anudado cuidadosamente nuestras bufandas grasientas, bajando los gorros hasta las orejas y colocado nuestras gafas de nieve. ¡Qué diferencia hay entre el joven héroe rubicundo derecho como un huso, cuya mirada altiva escruta

implacablemente las extensiones conquistadas, qué diferencia hay entre ese guerrero adorado por las mujeres, que aparece en los carteles de reclutamiento de todos los países del mundo, y el pobre diablo asustado, constipado, de rostro macilento y aliento cargado que constituye la realidad de la guerra! Si los artistas que dibujan esos carteles midieran la parte trágica que puede haber en la tarea que realizan con su arte ridículo, buscarían otro sistema de ganarse la vida. Pero sin duda no lo encontrarían porque, mirándole bien, en seguida se nota que sólo hay artistas de sexto y de séptimo orden para prostituir su «arte» en esas chapucerías subvencionales. Los carteles de reclutamiento militar son invariablemente producto de los talentos más mediocres del mundo entero.

Todos los motores del batallón rugían y zumbaban de un extremo a otro del poblado. De vez en cuando, un breve destello surgía de una linterna eléctrica, pero, aparte de estas luces efímeras, en todas partes reinaba una profunda oscuridad. Los «molinillos de café» —era el nombre que dábamos a los aviones rusos a causa de su ronroneo asmático— giraban invisibles por encima de nuestras cabezas, sobrevolándonos a veces desde tan cerca que por un instante percibíamos el ruido de sus motores, perdido entre el estrépito infernal de los nuestros.

Salimos del poblado por Compañías. La noche era de color negro opaco, y lo más difícil era no chocar con el tanque precedente. Para facilitar la tarea de Porta, que empuñaba los mandos de nuestro carro, Plutón y yo íbamos instalados en la torreta y le comunicábamos por teléfono nuestras instrucciones. Progresábamos a unos cincuenta y cinco kilómetros por hora. Bruscamente se produjo un ruido de cerillas rotas, aunque mucho más fuerte. Medio minuto después se reprodujo el ruido y gruesos pedazos de madera nos rozaron las orejas. Cuando este extraño incidente se repitió cinco veces consecutivas, comprendimos que estábamos derribando los postes telefónicos, e hicimos que Porta volviera a la calzada. Un poco más lejos, estuvimos a punto de chocar con el tanque de delante, que se había detenido junto a un puente que los carros sólo podían franquear de uno en uno. Era preciso que hubiera un hombre a cada lado del puente para guiar a nuestros conductores con ayuda de cigarrillos encendidos. Pocos centímetros a derecha o izquierda y las aguas del Upa se cerrarían sobre la presa que esperaban.

Hacia las cuatro de la madrugada, nos detuvimos en el lindero de un bosquecillo. Paramos los motores y un pesado silencio cayó sobre nosotros. Del corazón de la noche sólo surgía ya el tartamudeo cómico, intermitente, de los «molinos de café». De vez en cuando descendía una bengala en paracaídas que iluminaba el sector tan brillantemente como un sol en miniatura.

Mientras nuestros oficiales recibían las órdenes de batalla de las autoridades del regimiento, todo el mundo trató de dormir doblado en cuatro en el fondo metálico del tanque. Apenas habíamos cerrado los ojos cuando fue preciso volver a ponerse en posición. Nuestros jefes de sección nos distribuyeron las órdenes.

OPRETA DE GRAN ESPECTÁCULO

—El 27.º Regimiento Blindado, conjuntamente con las Divisiones números 4, 18 y 21, emprenderá el ataque contra las posiciones rusas de Serpuchow, al norte de Tula. Esas posiciones deben ser perforadas para permitir un avance en profundidad hacia Moscú. El regimiento de carros pesados de la 12.^a Panzer-División tomará la cabeza de la ofensiva, con la infantería SS como reserva en el flanco derecho. Nuestra compañía estará situada en el extremo del ala izquierda y deberá infiltrarse tras las posiciones enemigas para facilitar el paso de las compañías de reserva. La 3.^a Compañía será la que irá en cabeza.

—¡Honor a la memoria de la 3.^a Compañía! —dijo riendo Porta.

—Nuestro objetivo es un poblado en ruinas situado un poco más allá de la línea principal de combate. Los granaderos blindados del 104.º Regimiento de fusileros se reunirán con nosotros para ir al ataque bajo la protección de nuestros tanques.
Resumo:

»6.40 horas: los stukas atacan.

»6.48 horas: la 3.^a Compañía ataca.

»6.51 horas: nuestra Compañía sigue a la 3.^a

»A las 6.50 horas se desencadenará un violento fuego de barrera a tres kilómetros más allá de las líneas enemigas.

Era un espectáculo magnífico. proyectiles trazadores de todos los colores atravesaban silbando el cielo. Bosques y poblados llameaban en el horizonte proyectando hacia las nubes sus reverberaciones purpúreas. Los obuses estallaban por todas partes, salpicando la noche de resplandores blancos, pero estas explosiones dispersas no nos impedían sentir en la médula de nuestros huesos la profundidad de este silencio absoluto que precede al huracán. A veces, también, restallaba con rabia el sonido de una ametralladora, cuyas balas se esparcían entre las ruinas, a nuestro alrededor.

Sí, era un espectáculo magnífico... Porque una batalla organizada es el espectáculo por excelencia —y, si no, preguntad a los directores cinematográficos—, el ramillete de fuegos artificiales, la atracción cumbre, el gran final, la apoteosis del drama. La guerra con su aprensión prolongada, su suciedad, su hambre, su miseria por lo menos heroica, alcanza finalmente su paroxismo en un despliegue sobrehumano de esplendor y de barbarie.

El Viejo me había hablado a menudo de ataques de carros blindados, en el curso de los cuales veintenas de tanques eran incendiados por los cañones anticarros enemigos, cociendo como en un horno a sus tripulaciones aprisionadas dentro. Me habían dicho igualmente en muchas ocasiones que tomar la cabeza en una ofensiva era una empresa de la que pocos sobrevivían. Y, naturalmente, nosotros, los batallones disciplinarios, siempre seríamos los más indicados para pasar en primer término.

—Eh, Sven, ¿has escrito algunas frases de adiós para tu madre o tu enamorada?

Cortando el hilo de mis pensamientos macabros, la voz grave del *Viejo* me sobresaltó. Tracé unas palabras en un pedazo de papel, al resplandor del tablero de a bordo. Cuando estuvo hecho, Porta me alargó una botella y me dijo con su acostumbrada sonrisa de gárgola:

—Bebe un poco de valor, chico, y en seguida te olvidarás de que lo que nos lanzan no son obuses de fogeo. Te parecerá que estás participando en unos ejercicios.

El valor de Porta era alcohol de 96.º hurtado en la enfermería. Más tarde debía beberlo muy a menudo, pero nunca en estado puro. Porta soltó una carcajada al ver mi rostro.

—¡Discúlpame! ¡He olvidado decirte que te guardes tu glotis y que te lo tragues sin degustar!

Con gran estupefacción por mi parte, *Pulgarcito* cogió la botella y se bebió un largo trago, con tan pocos aspavientos como un bebé tomándose su biberón. Porta tuvo que arrancarle la botella.

—¡Ya basta, especie de agujero sin fondo! ¡Deja un poco para los compañeros!

Pulgarcito eructó ruidosamente.

—Gracias, Porta. Si llego allá arriba antes que tú, movilizaré todo un coro de ángeles para desearte la bienvenida.

—¿Les oyes? —intervino *El Viejo*—. Imaginan que irán al cielo. No, amigos míos, sí alguna vez tenéis plumas, olerán a chamuscado.

Órdenes sofocadas sonaron en el exterior y muy pronto varios granaderos subieron a nuestro tanque. Apuramos el último cigarrillo.

—¡Dispuestos para el ataque! Quinta Compañía... ¡De frente, marchen!

Entre el ronquido de sus motores, la Compañía atravesó el poblado en ruinas. Las escotillas de nuestras torretas seguían abiertas y, encaramados detrás de nosotros, los granaderos esperaban el inicio de los festejos para saltar a tierra. Con los ojos clavados en las estrechas mirillas del puesto de conducción, Porta empuñaba firmemente los mandos. Erguido en la torreta central, *el Viejo* escrutaba con fijeza las tinieblas a través del periscopio de puntería. Plutón estaba en su puesto, junto al cañón pesado, y *Pulgarcito* había abierto todas las cajas de municiones, preparado para recargar el cañón a medida que expulsara los cartuchos vacíos, puestos al rojo por la deflagración. Sentado ante el puesto de radio, me aseguré por vigésima vez de que mi ametralladora estaba en orden, y aparté ligeramente la larga cinta de cartuchos enrollada a mi alrededor como una gran serpiente de cuerpo plano.

Una voz que parecía reprimir un estallido de risa, resonó súbitamente.

—Quinta Compañía... Quinta Compañía... Aquí puesto de mando de la Compañía... ¡Orden a todos los tanques para que abran fuego!

Y el infierno se desencadenó, llenando nuestras cabezas con el estampido, el rugido, el estrépito de la energía liberada.

Largas llamas rojas y amarillas surgían como lanzas de fuego de la boca de cada cañón. El interior del tanque era un caldero ardiente, una olla infernal. El humo de las deflagraciones nos picaba en los ojos y nos quemaba la garganta. A cada nuevo disparo, una llamarada puntiaguda, surgida del cerrojo de nuestra pieza, atravesaba el aire denso. Los cartuchos expulsados se acumulaban y rodaban con enorme estrépito en el fondo metálico del tanque.

Yo contemplaba boquiabierto el paisaje que venía a nuestro encuentro. De repente divisé, justo ante nosotros, tropas de infantería rusa. Automáticamente, apunté por el visor; mi índice se contrajo sobre el gatillo, de acuerdo con las instrucciones y de manera reglamentaria... ¡Ahora! Con la mirada fría y los párpados contraídos, observé la trayectoria de mis balas trazadoras, corregí el tiro y ejecuté mi trabajo de asesino. Luego una violenta sacudida me lanzó hacia delante, y de no haber llevado el casco protector forrado de cuero, mi rostro habría quedado desecho por la culata de la ametralladora. *El Viejo* empezó a vociferar contra Porta, que acababa de meternos en un cráter de varios metros.

—¡Espera a que pueda tomar impulso y conducir este cacharro como hay que conducirlo! —vociferó Porta.

La artillería antitanque de los rusos reaccionaba poco a poco y los primeros carros inmovilizados ardían aquí y allá, masas de acero rodeadas de rojas llamaradas y vomitando hacia el cielo cascadas de humo negro, espeso, parecido al terciopelo.

Proseguíamos lentamente el avance, con nuestros granaderos emboscados tras nosotros, dispuestos a exterminar la infantería rusa tan pronto como hubiésemos perforado sus posiciones. Hacia mediodía, Iván se batió en retirada. Así que fuimos avituallados de municiones y de carburante, nos lanzamos en pos de ellos. De vez en cuando, Iván se atrincheraba en un poblado. Entonces nos deteníamos y, quince minutos más tarde, ya no quedaba poblado, sólo una gran hoguera contra la que nos lanzábamos de nuevo destruyéndolo todo: soldados, hombres, mujeres, niños y animales domésticos. Si ante nosotros aparecía una casa incendiada la atravesábamos de parte a parte entre un gran remolino de chispas, arrastrando a veces vigas encendidas que perdíamos un poco más lejos, con la impresión pasajera de que nosotros también ardíamos.

Los soldados rusos sabían morir. Más de una vez vimos a un puñado de ellos aferrarse a un lugar estratégico y retrasar nuestro avance hasta haber disparado el último cartucho o hasta morir aplastados bajo nuestras cadenas. Al principio causa una extraña impresión ver a alguien sentado, tendido o arrastrándose en el camino y no tratar de evitarlo, sino seguir derecho, dejando tras de sí un amasijo informe. Una extraña impresión. Extraña porque no se siente absolutamente nada. Simplemente, uno nota que, provisionalmente, es incapaz de experimentar cualquier emoción. Tal vez mañana, o dentro de una semana, un mes, un año, cincuenta años. Pero, de momento, nada. No hay tiempo para ello. Únicamente se sabe que ocurre algo, que uno registra mecánicamente sonidos e imágenes que inmediatamente son puestos a un lado para su análisis posterior.

Conocimos los tanques rusos más pesados, enormes mastodontes de noventa o cien toneladas equipados con un grueso cañón de veintidós centímetros. Sin embargo, eran demasiado lentos para inquietarnos seriamente. Los destruimos uno tras otro, sin

demasiada dificultad.

Después de ocho semanas de avance ininterrumpido, nuestro poder combativo se agotó y nos estabilizamos en Podolsk, al suroeste de Moscú. Desdichadamente, nos encontrábamos en pleno invierno ruso, cuya severidad no conoce límites. Millares de soldados alemanes murieron congelados. Tuvo que organizarse una interminable caravana para enviar a sus casas a todos los que la gangrena había amputado o un brazo o una pierna.

Nuestros suministros se agotaban. Ya no teníamos municiones ni carburante. Estábamos exiliados en el corazón de Rusia, con temperaturas de cincuenta y ocho grados bajo cero, y casi nadie tenía pieles u otro equipo de invierno con el que resistir las terribles tormentas. Nuestros pies y manos nos hacían padecer tanto que no era raro oírnos llorar o gemir como niños. Montar guardias durante más de diez minutos seguidos significaba una muerte segura. Todo hombre alcanzado por una bala quedaba inmovilizado por el hielo en la posición en que el proyectil le había encontrado. El descubrir un cadáver rígido como un poste apoyado en el tronco de un árbol o en el muro de una trinchera constituía un incidente cotidiano.

Correspondía a los rusos tomar la iniciativa, y sus tropas siberianas, habituadas a la guerra de invierno, no tardaron en inspirarnos un respeto ilimitado. Nos hostigaban noche y día, sin pausa y sin piedad. La carencia de carburantes paralizaba nuestros tanques; pero incluso si hubiésemos tenido a nuestra disposición toda la gasolina del mundo, nada habría cambiado, porque los motores estaban helados, agarrotados, inutilizados. Cuando se los tocaba, los mandos vibraban como si fueran bastones de vidrio.

El 22 de diciembre de 1941, después de tres semanas de ataques y nocturnos continuos, nos replegamos en medio de una tempestad de nieve. Habíamos volado todos nuestros tanques para impedir que cayeran en manos del enemigo. Agotados, cegados por la nieve, nos arrastrábamos trabajosamente hacia el Oeste.

Yo andaba entre Porta y *El Viejo*, y estaba tan enfermo de frío, de hambre y de agotamiento, que de vez en cuando debían llevarme prácticamente en volandas, para permitirme proseguir. Cuando me derrumbaba en la nieve, me injuriaban y me golpeaban hasta que volvía a levantarme. Gracias a su obstinación, *Pulgarcito* y yo no compartimos la suerte de millares de hombres que quedaron tendidos en la inmensidad blanca, simplemente porque resultaba tan sencillo no moverse más y esperar la muerte por congelación. Los rusos iban continuamente pisándonos los talones. El frío nada significaba para ellos. Siempre estaban a punto de combatir.

En nuestra calidad de regimiento disciplinario, formábamos naturalmente la retaguardia, como habíamos formado la vanguardia en el momento de la ofensiva.

Un poco al sur de Kalinin, recibimos la orden de cavar huecos en la nieve y de mantener la posición —se trataba del pequeño poblado de Goradnja— a cualquier

precio... Se sucedieron días intolerables durante los cuales la infantería rusa vino literalmente a aplastarse contra nuestras posiciones. Millares de muertos se amontonaban ante nuestras trincheras, pero tozudamente, obstinadamente, lanzaban cada vez nuevos efectivos a la batalla. Este episodio fue una de las más grandes matanzas de la guerra.

El Viejo había sido nombrado jefe de nuestra sección, que comprendía doce hombres. Una noche, los rusos consiguieron finalmente perforar nuestras líneas en una extensión de cerca de veinticinco kilómetros. Yo ocupaba un nido de ametralladoras junto a Asmus y Fleschmann, y diezmábamos sin interrupción las sucesivas oleadas de asalto, con la mirada bien atenta para no exterminar a nuestros propios hombres, pues, al igual que los rusos, nosotros llevábamos también capotes de nieve blancos, cuyas caperuzas recubrían nuestros cascos. Más que la vista era el instinto el que nos dirigía.

Bruscamente, resonaron a nuestras espaldas órdenes en idioma ruso. Entreteniéndonos sólo para recoger la ametralladora, las pistolas automáticas y las granadas, nos largamos a toda prisa, derecho ante nosotros, como ciegos...

El cretino de Asmus encontró el sistema de equivocarse de dirección y de correr a echarse en brazos de los rusos.

Fleischmann y yo habíamos escogido la buena dirección, hacia retaguardia, pero nuestra fuga acabó igualmente en brazos de los rusos, porque estábamos totalmente rodeados.

Con la mayor repugnancia escribo este capítulo relativo al período de mi cautividad. Sé que servirá probablemente para reforzar puntos de vista por los que no siento ninguna simpatía, mientras que el bando opuesto me tratará de mentiroso, de falso y traidor a la causa del pueblo.

Después de leer este capítulo, los fanáticos de uno de esos puntos de vista se apresuraran a subrayar con lápiz ciertos párrafos triunfalmente.

—¡Ahí tenéis! ¡Ahí tenéis cómo es aquello! Juzgad vosotros mismos. Según un testigo ocular. Leed el relato de un testigo ocular. ¡Escuchad estas verdades relativas a la Rusia soviética!

Si alguien me pregunta si es «así» o no la Rusia soviética, sólo podré contestarle con toda honestidad que no lo sé. La U.R.S.S. es inmensa. Permanecí allí poco tiempo. Sólo vi una pequeña parte. Y las circunstancias de mi estancia eran tales que me resultaba imposible entablar las relaciones necesarias, efectuar los sondeos indispensables para la elaboración objetiva de una cosa tan compleja como la manera como «va todo» en un país extranjero.

Era el enemigo de aquella gente. Poseían buenos motivos para maltratarme, odiarme y quedarse tan tranquilos ante todas mis desventuras. ¿No era yo, en suma, uno de los que habían contribuido a incendiar millares de poblados y a arruinar la existencia de millones de hombres y de mujeres?

No comparto la opinión ingenua de que el nazismo y la democracia popular eran similares, que Hitler y Stalin tenían el mismo temple. Una ojeada a sus fotografías yuxtapuestas os demostrará la estupidez de esta afirmación. Hitler era un histérico. Stalin, un individuo obstinado con el suficiente sentido común para no jugar con las revoluciones, sino seguir el camino previamente trazado, siempre alerta, con una competencia casi científica, una paciencia infinita y una infinita desconfianza. Stalin no era ni un imbécil ni probablemente un santo. No habiéndole conocido personalmente, prefiero no emitir ningún juicio a su respecto. Pero después de haber comparado los rostros de estos dos hombres, si queréis molestaros en comparar sus escritos, comprobaréis rápidamente que Hitler y Stalin eran tan distintos entre sí como es posible serlo.

Esta crónica de mi estancia con los rusos, en calidad de prisionero de guerra, no puede, ni debe, ser tomada y utilizada como argumento en pro o en contra del socialismo; pro o contra Stalin, pro o contra el «bloque del Este». En tanto que el Führer y sus asociados, los que han muerto y los que viven aún, vegetando esparcidos por casi todo el mundo, sigue ejerciendo la menor influencia, perderemos el tiempo y las energías yendo a Moscú a buscar las causas de los diversos temores que abruman este miserable planeta. En tanto que la libertad democrática no rebase

el estado de postulado teórico, no tenemos derecho a barrer en otro sitio que no sea nuestra propia casa.

Por otra parte, por lo que a mí respecta, podréis conservar vuestra libertad y hacer con ella todo lo que os plazca, en tanto se me deje en paz. Mi deseo de libertad no sigue la trayectoria de las balas de fusil. Habiendo saboreado la guerra en todas sus formas, me someteré de buena gana a las peores limitaciones, si es necesario, con tal de que podamos vivir en paz. No basta con levantarse y decir: «No queremos más guerras», y regresar a su asiento imaginando que se ha cumplido con su deber. Es preciso que las voluntades se afirmen; es preciso que todo el mundo tenga comida suficiente, y que todos los grandes programas y planes humanitarios pasen de la teoría a la práctica. Esto exigirá esfuerzos considerables, que tal vez se extiendan sobre varias generaciones. La construcción de la poderosa maquinaria que asegure la producción y reparto equitativo de bienes, exigirá mucha energía y alta disciplina. Exigirá la más dura de las limitaciones: la precisión de subordinar los intereses individuales a las necesidades de interés general. Del interés general, y no, como en el caso del nazismo, de cierta secta privilegiada. Exigirá la renuncia a ciertas comodidades, a ciertas satisfacciones personales. Exigirá el olvido de sí mismo y la liquidación de esta forma de individualismo que sólo reconoce los derechos del individuo, nunca sus deberes. Pero resulta tan molesto, tan combatido, tan gastado hablar de los deberes del individuo... Todos hablamos demasiado de la libertad, subentendiendo que nuestro único deseo es exterminar a los otros. O, lo que es el colmo de la infamia, impulsar a los otros a que se exterminen entre sí para gozar del espectáculo y llevarse los beneficios.

Sin embargo, dos motivos, por lo demás relacionados, me impulsan, pese a mi repugnancia y a mi temor de ser, voluntaria o involuntariamente, mal interpretado, a hablar de la época en que estuve prisionero en Rusia. El primero es que esta crónica de la guerra, tal como la he vivido, estaría incompleta sin este capítulo, y el segundo, que tal capítulo es necesario en un libro que se propone combatir la guerra, es decir, exactamente lo contrario de un panfleto que trata de demostrar que «así van las cosas» en la Unión Soviética, un enorme país que no conozco en absoluto, pero que en tiempo de paz imagino igualmente humano que cualquier otra nación del mundo, o, en otras palabras, perfectamente vulgar y abismado, como todos los otros, en las triviales preocupaciones de la vida cotidiana.

CAUTIVIDAD

Nada produce tanto desespero como ser hecho prisionero.

Fui encerrado junto con Fleischmann en una casa del poblado de Klim y colocado bajo la vigilancia de un soldado ruso. Patadas, puñetazos, injurias y maldiciones habían caído cual es el granizo sobre nuestros lomos a todo lo largo del camino que separaba el frente de aquel centro de reagrupamiento establecido en Klim. Fuimos interrogados por un oficial que quiso conocer la composición de nuestro regimiento y muchos otros detalles del mismo género. Cuando regresábamos a nuestra prisión provisional, vimos a los rusos ejecutar a una decena de SS hundiéndoles a martillazos en la nuca unos cartuchos vacíos. En otro sitio habían crucificado a un comandante contra una puerta. Otros SS habían sido reducidos a pulpa a fuerza de culatazos y latigazos.

La hora de la venganza había sonado para ellos.

Más avanzada la noche, fuimos reunidos en una larga columna de unos dos mil hombres, que emprendió la marcha hacia el Este con una buena escolta de caballería. Prohibición absoluta de abandonar las filas, de manera que teníamos que hacer las necesidades en los pantalones, sin dejar de andar. El látigo obligaba a levantarse a los que caían en la nieve. Si no podían eran exterminados a sablazos por la caballería. Tres días de marcha nos condujeron al poblado de Kimry, donde nos amontonaron en un inmenso cobertizo. No habíamos comido desde nuestra salida de Klim, pero el alimento que nos dieron olía tan mal que nadie pudo tragarlo.

Fleischmann y yo decidimos evadirnos. Estábamos autorizados para ir detrás del cobertizo a satisfacer nuestras necesidades, y con ocasión de una de estas salidas utilitarias, aprovechamos un momento en que no se nos vigilaba para lanzarnos a todo correr por la campiña helada. A trescientos metros de allí atravesamos un estanque cubierto por una gruesa capa de hielo, y seguimos con el mismo impulso, sin experimentar la menor fatiga. El miedo era la única sensación momentáneamente accesible para nosotros. Esta huida frenética duró toda la noche. Tiempo atrás, la astronomía había sido una de mis aficiones, y con ayuda de las estrellas me orientaba muy bien. Atravesamos un bosque enorme, llegamos a un lago helado. Alcanzábamos la orilla opuesta cuando un soldado cuyo abrigo de pieles doblaba su volumen, nos gritó el alto, sin más resultado que el de acelerar aún más nuestra carrera. Una docena de balas silbaron junto a nuestros oídos, pero, afortunadamente, todas se perdieron. Unos minutos después yacíamos jadeantes al amparo de unos espesos matorrales.

Aquella misma noche llegamos a un grupo de casitas y encontramos un escondrijo en un establo, donde descansamos durante veinticuatro horas. Una gallina imprudente nos sirvió de comida. Cruda, como es natural. No teníamos a mano los medios para cocerla. Otro establo nos acogió la noche siguiente. Estábamos estupendamente hundidos en la paja y no sentíamos ningún deseo de movernos.

Por la tarde del otro día, unos gritos nos alarmaron. Arriesgamos una ojeada a

través de las rendijas del techo. Cinco soldados rusos, acompañados por dos sabuesos. Después de una larga conversación con los habitantes de la granja, los soldados se retiraron. Aguardamos al crepúsculo para tratar de huir, pero un viejo nos distinguió y no pareció muy sorprendido de vernos surgir de su establo.

—¿Prisioneros de guerra? —preguntó en mal alemán.

Ademanes afirmativos.

Nos hizo entrar en la granja y nos dio de comer. En la sala común cenaban otro hombre y cuatro mujeres. Nos acogieron con calma y se apretaron para permitirnos ocupar un sitio a su mesa. No cesaron de observarnos a hurtadillas, mientras devorábamos su cordero y sus patatas hervidas. Pero nadie nos dirigió la palabra.

El anciano granjero nos dejó dormir en la sala para que pudiéramos descansar bien, y al día siguiente por la mañana nos entregó a cada uno una guerrera y un pantalón acolchados. Estos vestidos calientes y limpios tenían además la ventaja inestimable de ser anónimos. En lo sucesivo podríamos viajar a pleno día sin correr el riesgo de que nos traicionaran inmediatamente nuestros uniformes negros. Nos separamos de aquellas gentes amables y taciturnas cordialmente, con mucho pesar.

Durante cuatro días anduvimos hacia el Oeste. Después la suerte nos abandonó: al salir de un bosquecillo, nos dimos de narices con unos soldados rusos que materialmente salieron del suelo ante nuestra presencia. Nos pidieron la documentación. Traté de hablarles en danés. Sin éxito. Uno de ellos comprendía algo el inglés y conseguí explicarle que éramos daneses, que los alemanes nos habían metido en un campo de concentración y después alistado en un regimiento disciplinario, pero que habíamos preferido desertar. El comandante de la unidad rusa a la que nos habían presentado, había decidido enviarnos a Moscú, pero durante nuestra marcha hacia la estación del ferrocarril, nos habíamos perdido irremisiblemente...

Se consultaron en voz baja durante mucho rato. Yo no comprendía el ruso, pero era evidente que no me creían. Finalmente, nos condujeron ante su comandante. Por el camino, uno de ellos se fijó en mi reloj de pulsera y al cabo de unos momentos me había quedado sin él. Otro me confiscó la cadena de oro que Úrsula me había regalado. El comandante de su unidad nos trató correctamente y nos sometió a un prolongado interrogatorio. Nos preguntó si éramos comunistas y contestamos afirmativamente. ¿Miembros del partido? No. (No era imposible que pudieran verificar tal extremo.) El comandante nos reprochó el que nunca nos hubiésemos molestado en adherirnos al partido, pero lo esencial era que fuésemos buenos comunistas.

Al día siguiente tomamos el tren de Moscú, en compañía de dos soldados encargados de entregarnos en manos de la G.P.U., para una investigación complementaria. El viaje duró treinta y seis horas. Ya en Moscú, nos encerraron en

una gran sala cuyas ventanas enrejadas daban a un inmenso vestíbulo en el que pululaban soldados y paisanos rusos. Algunos se encaramaron en bancos o en sus equipajes para observarnos. Esperamos varias horas. Luego, cinco hombres de la G.P.U. armados hasta los dientes vinieron a buscarnos y se nos llevaron a toda marcha en un gran automóvil de la Policía.

—Estamos listos —me susurró Fleischmann—. Buenos para el paredón o para Siberia.

Este cuchicheo nos valió una granizada de culatazos que nos dejó desvanecidos más que a medias, pero algunas patadas en el vientre hicieron que nos recuperáramos rápidamente. El automóvil penetró en el portal de una inmensa prisión. Atravesamos un laberinto de patios interiores cerrados con reja: luego nos introdujeron a patadas en el despacho de un oficial de la G.P.U. cuyo puño estaba ya cerrado para recibirnos. Exactamente el tratamiento que los SS me habían dado a mi llegada al campo de Lengries.

Después de haber anotado nuestras declaraciones —los dos afirmamos que éramos ciudadanos daneses— el oficial nos hizo encerrar en un calabozo que contenía ya dos docenas de prisioneros. Nuestros compañeros de celda estaban allí por todos los delitos concebibles, tanto civiles como políticos. Un sargento del Ejército Rojo que había cortado el cuello a su esposa con un cuchillo para el pan, nos dijo con seguridad de experto:

—Dentro de dos o tres meses os enviarán a un campo de trabajo. Si os espabiláis, no lo pasaréis mal. Lo esencial es hacer lo menos posible. Tratad también de congraciaros con algún tipo de la G.P.U. «organizando» las cosas en su lugar, en el taller adonde os envíen; pero, desde luego, hay que actuar con mucho tacto y no cometer pifias...

Había igualmente un profesor titular de un premio Stalin, acusado después de actividades hostiles al Estado. Tarifa para esta clase de crimen: veinticinco años de trabajos forzados. Nos dijo que nunca saldríamos legalmente de Rusia, y nos aconsejó que huyéramos a la primera oportunidad.

Nos echábamos por turnos, porque el suelo de la celda era apenas capaz para recibir una decena de hombres. En un rincón destacaba un cubo «higiénico» sin tapadera, cuyo olor intolerable saturaba nuestra ropa. Reventábamos de hambre, estábamos llenos de piojos, pero no teníamos frío, al contrario: hacía tanto calor en el interior de la cárcel que transpirábamos día y noche como en el interior de un baño turco. Encaramándonos en los hombros de uno de nuestros «colegas», podíamos ver un enorme patio en el que cada noche ejecutaban docenas de prisioneros, hombres y mujeres. Los ruidos que en mi memoria han quedado asociados a las imágenes lúgubres de aquella cárcel, son los de las salvas nocturnas y los de los motores de los pesados camiones. Como todos los transportes utilitarios, el de los prisioneros,

muertos o vivos, sólo tenía lugar en Moscú durante la noche.

Fuimos nuevamente interrogados por un joven comisario. Durante cinco horas tuvimos que hablarle de nosotros mismos, de nuestras familias. Dos días después volvieron a hacernos exactamente las mismas preguntas, pero en distinto orden. Después de cuarenta y ocho horas de interrogatorio, prácticamente ininterrumpidos, empezamos a perder la serenidad y a contradecirnos. Entonces trataron, vociferando, de hacernos confesar que nuestras declaraciones anteriores no eran más que una sarta de mentiras y que éramos unos SS disfrazados.

A continuación nos dejaron tranquilos durante tres días. Luego fuimos sometidos a juicio. Un juicio que duró cinco minutos y que se saldó, para Fleischmann, con quince años de trabajos forzados, y para mí, con diez años de la misma pena. ¿Motivos de esta diferencia? Misterio. Ni siquiera sabíamos de qué se nos acusaba.

Un buen día nos condujeron a la estación en compañía de otros doscientos prisioneros de ambos sexos, que fueron amontonados al azar en vagones de mercancías. En cada vagón se designó un hombre para que ocupara el cargo de «prisionero en jefe». Esos «prisioneros en jefe» eran, desde luego, las cabezas de turco favoritas de los hombres de la G.P.U., y llegado el caso pagarían muy caro la desaparición de alguno de sus compañeros de infortunio.

Los ocupantes de nuestro vagón procedían de todas las clases de la sociedad. Un campesino burdamente calzado con trapos y provisto de ropa acolchada yacía junto a un hombre de cierta edad, vestido con un traje gris sucio y desgarrado, pero de buen corte, y provisto además de un par de verdaderos zapatos, patrimonio exclusivo de las clases superiores. Frente a mí estaba sentada una mujer envuelta en un abrigo de piel y con las piernas enfundadas en medias de seda. Junto a ella, una joven en ropa de trabajo. Había incluso, pese al frío penetrante, una o dos mujeres vestidas con ligeras ropas veraniegas.

Avanzábamos hacia el Este, pero nadie sabía cuál era nuestro destino exacto. Pasaron lista tres veces al día. El método habitual consistía en alinearnos formando una sola fila. Después un soldado pasaba por detrás y obsequiaba a cada prisionero con un buen latigazo mientras contaba en voz alta. Una mañana dio un latigazo menos que de costumbre. Después de investigar descubrieron que un antiguo oficial se había evadido durante la noche. El «prisionero en jefe» de nuestro vagón pagó esta fuga con su vida.

En Kuybyshev, a orillas del Volga, varias carretadas más de prisioneros fueron añadidas a nuestro tren. Cada día, varios de nosotros morían de frío, de inanición, de agotamiento, pero debíamos conservar sus cadáveres y sacarlos a cada lista, para que el número estuviera completo y ellos pudieran recibir el latigazo reglamentario. Con ocasión de un alto en Bogolowsk, en el corazón de los Urales, nuestros guardianes debieron de perder la cabeza, por algún motivo, porque abrieron bruscamente la

puerta y lanzaron una ráfaga de disparos hacia el interior del vagón en el que estábamos apretujados como sardinas en lata. Después la puerta volvió a cerrarse entre un concierto de carcajadas.

Dos de las mujeres se pusieron a aullar como perras con los ojos fijos y la boca espumeante. Yo me ocupé de la más próxima, con ayuda de Fleischmann, en tanto que otros dos soldados se ocupaban de la segunda. Una bofetada bien dada dominó su ataque de histerismo. Es lo que se hace en el frente cuando un soldado sufre una crisis así. Basta con pegar seca y precisamente. Y que la bofetada resulte totalmente imprevista. Las dos mujeres cesaron de aullar, se sobresaltaron convulsivamente y empezaron a llorar. Pero en silencio.

Nos desembarcaron en Tobolsk, cuyo campo nada tiene que envidiar a los campos de exterminio nazis. Los primeros días trabajamos en el bosque. El estado de debilidad que padecíamos hacía increíblemente penosa esta tarea de leñadores, y si se hubiese prolongado algo, no habríamos sobrevivido. Al cabo de pocos días, a Dios gracias, nos trasladaron a Fleischmann y a mí a una fábrica subterránea de lámparas de radio, lo que para nosotros fue una doble fortuna. Los prisioneros enviados a las fábricas de municiones caían, se decía, como moscas.

Estábamos autorizados a dormir cinco horas diarias, en una choza donde tres hombres debían compartir una litera estrecha, sin colchón, y provista de una sola manta. Nuestras tres comidas cotidianas consistían en una escudilla de sopa de pescado. Sin pan. Probablemente a causa de la pérdida de las ricas tierras trigueras del mar Negro, el pan era un lujo al que pocos podían aspirar ya.

Al cabo de cierto tiempo fuimos trasladados de nuevo a un campo de «prisioneros libres». Se trataba de una especie de centro administrativo, encargado de prestar mano de obra a las fábricas y talleres, colocados bajo el control muy indirecto de la G.P.U., donde reinaban condiciones mucho más humanas. Empezando por el sacrosanto desorden. Allí nos veíamos tratados correctamente e incluso algo remunerados. Maniobrando con habilidad, uno podía hacerse incluir en la lista de «especialistas», lo que equivalía a ser clasificado en la categoría de «indispensables».

Cinco días de marcha nos condujeron a Yenisseisk, a orillas del río Yenissei. Al pasar junto al lago Kalunda, nos apoderamos de una cantidad tal de pescado seco que estuvimos a punto de reventar. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que comíamos hasta hartarnos, y el resultado fue desastroso. Nuestros estómagos debilitados rehusaron una comida tan pantagruélica. Por lo demás, dudo mucho que cualquier estómago, incluso normal, hubiese podido aceptar más de una treintena de aquellos pescados. Afortunadamente íbamos sólo escoltados por hombres maduros de la G.P.U., y esta mala conducta sólo tuvo como consecuencia una monumental indigestión general.

El nuevo campo de Yenisseisk representaba para nosotros una mejora

considerable. Nunca éramos más de dos por litera, gozábamos de una libertad relativa, y no estábamos expuestos a malos tratos. Por el contrario, las relaciones entre prisioneros y guardianes eran todo lo agradable posible. Mañana y tarde debíamos presentarnos a pasar lista, ante un guardián de la G.P.U., que apuntaba nuestros nombres en una plancha, que seguidamente era rascada con ayuda de un cuchillo. No había que malgastar papel para tales cosas. Toda falta a la hora de pasar lista podía valemnos un par de bofetadas, pero en el interior del campo no se daba ninguna paliza. Muy a menudo, el G.P.U. de servicio se limitaba a preguntar a los otros si podían garantizar que el prisionero ausente seguía dentro del campo, y ante su respuesta afirmativa añadía con tono perentorio:

—¡Decidle que su nombre queda anotado en la tabla y que si no está mañana por la mañana me enfadaré seriamente con él! ¡Bien tiene que haber un poco de orden en este maldito campo!

Mi estancia en Yenisseisk constituye uno de los episodios más chuscos de mi existencia. He aquí cómo se seleccionaba a los «especialistas»:

—¿Qué sabes hacer?

Comprendiendo hasta qué punto era vital calificarse par el trabajo especializado, Fleischmann y yo contestamos fríamente que éramos «mecánicos especialistas».

Como el hombre de la G.P.U. apuntaba en su lista la indicación «especialista», se lo hicimos observar, pero él sonrió maliciosamente, nos lanzó una mirada y explicó:

—Supongamos que necesitamos un cocinero y que vosotros estáis calificados de «mecánicos especialistas». ¿Qué haríais en un caso así?

Aquel individuo era un buen sujeto al mismo tiempo que un hombre práctico.

Empezamos por fabricar palancas de madera. Nadie conocía su utilización futura, pero la fábrica empleaba veinticinco hombres en esta labor poco fatigosa. Al cabo de una docena de días fuimos trasladados a una sección que fabricaba brújulas y otras chucherías.

Ni en mis sueños más disparatados había imaginado nunca que el sabotaje y la incompetencia podían alcanzar aquel grado de perfección. El cincuenta por ciento de la producción debía ser rechazada regularmente. Y después hubo la historia del taller que se estaba construyendo. Se habían tomado todas las precauciones para que el taller nuevo fuese realmente un hermoso taller. Arquitectos y jefes de la G.P.U. medían varias veces diarias los progresos de la construcción y estaban consultando continuamente los croquis y los planos. Toda la población seguía la empresa con el mayor interés. Cuando el taller estuvo por fin terminado, recordaba irresistiblemente a la torre de Pisa, y todo el mundo —exceptuando los responsables directos de aquella obra maestra— rió hasta enfermar, incluidos nuestros amigos de la G.P.U.

En cuanto a las máquinas, tres cuartos de lo mismo. Continuamente se estropeaban, con gran alegría de los trabajadores, que se apresuraban a berrear:

—¡Máquina parada! ¡Máquina parada!

Por leve que fuese la avería, hacía falta invariablemente todo el día para repararla, en tanto que un puñado de arena en una dínamo nos aseguraba una tregua mucho más prolongada. Cuando se necesitaba una pieza, se le sustraía a otra máquina. El equipo de la máquina en cuestión obtenía la pieza desaparecida de la primera máquina disponible, y así sucesivamente, hasta que la última máquina era reparada a expensas de otra inmovilizada ya en espera de una pieza solicitada a Moscú y que todavía no se había recibido.

Un día, un potente motor se estropeó, paralizando todo el taller. Después de una consulta, nosotros, los especialistas, decidimos que la avería procedía ciertamente de las bujías. Como no teníamos reserva de aquel tipo se solicitó una caja a Moscú. La caja llegó tres semanas más tarde, pero al abrirla nos dimos cuenta de que estaba llena de tornillos. Se envió una nueva petición a Moscú. Al cabo de otras tres semanas llegó una nueva caja, y esta vez sí contenía las bujías. Pero, en el intervalo, el motor entero había desaparecido. De la enorme máquina sólo quedaba el volante de arrastre. El jefe del taller contempló aquel vestigio durante un buen rato, después meneó la cabeza, fue a ver al capitán Turgofski, jefe de la G.P.U., y vació una botella de vodka.

Sería abusivo deducir que en toda Rusia reinaba el mismo desorden y el mismo sabotaje, medio voluntarios, medio involuntarios, que en Yenisseisk. El ejército que se nos enfrentaba funcionaba perfectamente. Si su equipo no era superior al del Ejército alemán —lo que, por lo demás, sucedía alguna vez—, en conjunto era aproximadamente igual. Y, generalmente, menos complicado. El material humano era mejor. Más primitivo en promedio, pero también más digno de confianza, lo que en mi opinión no hubiese sido posible en un país carcomido hasta el tuétano. El que quiera creer que la Unión Soviética entera está tan podrida como el centro de Yenisseisk, hará bien en reflexionar antes de sacar tal conclusión. En Yenisseisk éramos treinta mil trabajadores forzados, de los que seis mil eran extranjeros, que sólo pensábamos en sabotear lo que hacíamos, o que, por lo menos, nos importaba un bledo la calidad final del producto conseguido. Relativamente bien tratados, sólo pensábamos en quedarnos allí todo el tiempo posible, y nos empequeñecíamos por miedo a que se fijaran en nosotros.

Los grandes canales, las estaciones generadoras, los trabajos de irrigación, el desarrollo de la industria pesada, la extensión de la educación general son otros tantos testimonios de que en ese vasto país existe algo más que vulgares saboteadores. Las distancias son tan desmesuradas que los errores y las faltas, de los que ninguna comunidad está totalmente exenta, resaltan necesariamente más a los ojos de los europeos occidentales. Añadid a esto el hecho de que Rusia estaba en guerra y comprenderéis que las condiciones de trabajo y de vida no podían ser normales.

Allí conocí a un comunista alemán, Bernhard Kruse, de Berlín-Lichterfelde. Había participado en los combates de las barricadas después de la Primera Guerra Mundial. En 1924 paso a la Rusia Soviética, donde los comunistas le acogieron con los brazos abiertos. Tenía el oficio de mecánico montador y había conseguido un cargo muy bueno en una fábrica de Leningrado, como instructor de varios centenares de obreros. Se ganaba bien la vida, gozaba de los privilegios del ciudadano soviético de clase superiores, incluso el derecho de comprar los artículos y, productos manufacturados que se vendían en los grandes almacenes del partido. Terminó incluso por casarse con una joven moscovita.

Y luego, en 1936, le detuvieron súbitamente y le encarcelaron en la Lubjanka, dejándole consumirse allí durante dos años, sin darle la menor explicación. Durante una inspección, había podido abordar a un oficial que, a petición suya, se había hecho traer el registro y había leído en voz alta:

—Se llama usted Bernhard Kruse, nacido en Berlín en 1902, casado con Katia Wolin, de Moscú. Es usted mecánico montador y ha trabajado como ingeniero instructor en varias fábricas del sector de Leningrado. Ha obtenido un diploma de honor por servicios prestados a los trabajadores rusos en su calidad de instructor, y es miembro del partido...

Cuanto más leía, más meneaba la cabeza el oficial.

—Evidentemente, su presencia aquí parece bastante extraña...

Pero de repente había exclamado:

—¡Ah, aquí está! En 1924 franqueó usted la frontera polaca para penetrar en la Unión Soviética. Su acto fue gravemente ilegal.

—Pero mi pasaporte estaba en regla. Todo el mundo sabe de sobra cuándo, como y por qué entré en la U.R.S.S., en la que estoy desde hace catorce años. ¡De los cuales, dos en la cárcel!

Encogimiento de hombros del oficial.

—Ha debido usted ocultar a la G.P.U. algo que ha acabado por descubrir...

Un año más tarde, Kruse supo que acababa de ser condenado a quince años de trabajos forzados por haberse introducido «subrepticamente» en la Rusia Soviética, contrariamente a las leyes en vigor y probablemente por cuenta de los servicios de espionaje alemanes. La sentencia le fue leída en su celda, sin que él llegara ni a vislumbrar la sombra de un solo juez.

Muchas historias análogas me fueron contadas de la misma manera. No puedo garantizar que sus protagonistas fuesen tan inocentes e ignorantes del motivo de su condena como pretendían. Sin embargo, un viejo ruso me afirmó:

—Si verdaderamente hubiesen hecho algo, habrían sido fusilados inmediatamente.

Unos lazos de buena amistad fueron creándose poco a poco entre el comisario

para el reparto de trabajo de los prisioneros y yo. Vino a verme varias veces a la fábrica para encargarme ciertos trabajillos personales. Un día le pregunté si no podría encontrarme un puesto mejor y me prometió que se ocuparía de ello. Al día siguiente estaba de regreso con una proposición aún más chusca que todo lo demás.

—Hablas inglés y alemán. ¿Qué te parecería convertirte en profesor de idiomas? Seguramente serías capaz de enseñar algo a los niños. Cuando haya una inspección, basta con que ofrezcas una copa al comisario, que se olvidará de inspeccionar lo que sea. Así se las arregla todo el mundo...

Solté una carcajada...

—No puede resultar. Chapurreo un poco vuestro idioma, pero no sé escribirlo en absoluto. Preferiría que me encontraras otra cosa...

Meneó la cabeza con estupefacción.

—Los niños te enseñarán el ruso a cambio de tu inglés y tu alemán. Estoy seguro de que todo saldrá al pelo...

Sin embargo, no me convertí en pedagogo, sino en especialista panadero. Si alguien me hacía alguna pregunta, debía contestar que había sido comisario de panadería en Escandinavia. Un joven ruso me hizo visitar el Molino número 73. Me mostró unos tamices que contenían la harina más blanca que nunca había visto. Una harina completamente imposible de obtener por medios legales. Después llenó un saco de siete kilos, lo ató, lo aplastó y me dijo que lo ocultara bajo mi chaqueta, adaptándolo a la forma de mi cuerpo, para que su presencia no resultase demasiado evidente.

—Y todas las mañanas podrás hacer esto —añadió—. Es lo que hacemos todos.

Fue gracias a esta preciosa harina «organizada» por mi mediación, según la frase consagrada, que entablé excelentes relaciones con los hombres de la G.P.U., a quienes se la revendía a un precio razonable, y rápidamente pude hacer que destinaran a Fleischmann a un puesto fuera del campo. Después obtuve para ambos permiso de salir libremente por la ciudad, bajo condición de estar siempre presentes a la lista de la mañana. Durante dos meses memorables nuestra vida fue semejante a la de cualquier ciudadano soviético. Una vez por semana íbamos al cine, y así vimos bastantes películas rusas, muchas de las cuales excelentes. Los noticiarios semanales, en cambio, eran siempre de una inverosimilitud, de una candidez inefables, a veces incluso francamente grotescos. Recuerdo uno que me dejó especialmente turulado. Se refería a un héroe de la campaña de Crimea, cuyo nombre he olvidado. La explosión de un obús le había reventado los ojos y amputado ambas piernas por debajo de las rodillas. Apenas le habían curado los médicos cuando saltó de la cama, se apoderó de un puñado de minas y regresó al combate sobre sus muñones recién vendados. Unos tanques alemanes pasaban por la carretera. Arrastrándose como un tigre, aquel lisiado ciego localizo un primer tanque enemigo, guiándose solo por el oído, se le acercó de

improvisto y lo hizo saltar. De esta manera destruyó una docena; y luego, ante este fondo titánico de tanques incendiados, el valeroso soldado ruso se dejaba finalmente llevar al hospital de campaña, donde los cirujanos le anesthesiaban y hacían lo imposible para salvarle, pero debían resignarse a verle morir —con una sonrisa feliz— entre sus manos competentes y devotas. Al término de esta película, un oficial subía al estrado y declaraba con entusiasmo:

—¡He aquí, camaradas, cómo el Ejército Rojo combate las acechanzas de la burguesía y del capitalismo internacional!

Todas las cosas buenas, desde luego, tienen su final, y cuando por uno de mis amigos de la G.P.U. me enteré que íbamos a ser sin duda desplazados de nuevo y tal vez devueltos al infierno de Tobolsk, decidí junto con Fleischmann tomar las de Villadiego. Nuestra intención era regresar a Moscú y colocarnos, si era posible, bajo la protección de la Embajada sueca. Una mañana prometí al G.P.U. de servicio un saco de harina gratuito si no reparaba en nuestra ausencia cuando la lista del día siguiente. Se rió mucho, murmuró algo respecto a las «hermosas muchachas». Yo no trate de desengañarlo, y en el molino solicité dos días de permiso para prestar al comisario ya no recuerdo qué servicio inventado. Metí en un saco vacío todo el dinero que había ganado en el mercado negro y después salí tranquilamente de la ciudad y anduve hacia el punto de nuestra cita.

Anduve sin la menor pausa durante aproximadamente veinticuatro horas. Cuando finalmente me dejé resbalar en un foso, estaba tan fatigado que me dormí instantáneamente. No existen en el mundo paisajes tan monótonos como los rusos. Los caminos rurales son largos, sinuosos, contruidos sólo con tierra y piedras. Por todos lados la estepa hasta donde alcanza la vista. Y como seres vivientes, un pájaro de vez en cuando. Ochenta o cien kilómetros entre dos poblados... Finalmente, una línea férrea, con toda probabilidad de Gorki a Saratov. Agotado, me tendí junto al terraplén y luché contra el sueño. Un sol ardiente y ni una pizca de sombra. La sed no tardó en torturarme. Mariposas negras volaban ante mis ojos. Ni siquiera tenía ya sueño. Había rebasado este estado. Estaba muerto, indiferente al tiempo que discurría, apenas sensible a las protestas de mi cuerpo mal tratado, deshidratado. Una sola emoción humana, inverosímil, surgida del fondo de mi letargo: deseaba una mujer. Nunca más volvería a ver a Úrsula. Creo que acabé por sollozar y maldecir el destino, la providencia, Dios; en resumen, fueron unas horas espantosas, interminables y abrumadoras las que pasé junto a aquel terraplén, en espera de un tren, algún punto entre Gorki y Saratov.

El primero que pasó era un tren de mercancías que iba a buena velocidad. Vas a coger ese tren, aunque tengas que romperte el cuello; el próximo tardará probablemente horas y horas. Así que la locomotora me hubo rebasado, empecé a

correr sobre el terraplén, atemorizado ante la idea de tropezar con una piedra y caer bajo aquellas ruedas numerosas. Me aferré a un vagón abierto. Por tres veces, cuatro veces, traté de izarme, de despegarme del suelo y fracasé, ideas locas me atravesaban el cerebro. Abandonarlo todo. Dejar que mis piernas se arrastraran. Y luego, bruscamente, tuve un ataque de rabia, apreté los dientes y salté. Un momento después estaba a buen recaudo, en la plataforma del vagón, y me deslizaba en el interior de la carreta cubierta con una lona que transportaba.

Un rostro desencajado apareció, de repente, por encima del borde de la carreta. Medio muerto de terror, lo miré fijamente por un instante, antes de recordar la existencia de la pistola que había conseguido procurarme. La saqué del bolsillo y la metí bajo las narices de la aparición que cerró los ojos y gimió:

—*Jetzt ist alles aus!*

—¿Qué historia es ésta? ¿Eres alemán?

Bajé el arma, estupefacto, y entonces un segundo individuo surgió lentamente de debajo de la lona.

Se habían evadido de un campo de prisioneros de guerra situado a más de ciento cincuenta kilómetros al norte de Alaty. Al principio eran cuatro, pero uno de ellos cayó bajo las ruedas del tren, y el otro se había precipitado en brazos de un trío de soldados rusos.

Con el mapa en la mano —lo había robado antes de abandonar el campo— estuvimos de acuerdo en declarar que no debíamos rebasar Saratov en dirección al mar Caspio. Lo mejor sería tratar de alcanzar la cuenca del Volga al noroeste de Stalingrado, adonde habían llegado ya nuestras tropas. Mis dos «compatriotas» habían sido pescados cuatro meses antes en Maikop, y desde entonces los ejércitos alemanes habían progresado aún más hacia el Volga.

En Saratov abandonamos nuestro tren para tratar de encontrar otro más favorable a nuestros deseos, en el caso de que éste prosiguiera su camino en mala dirección. Tropezamos con unas cajas de pescado crudo y comimos hasta hartarnos. El pescado crudo no tiene nada de repugnante. Basta, con haber alcanzado el grado de hambre conveniente. Varios gatos famélicos se disputaron los restos de este banquete y los tres últimos pescados que no habíamos podido devorar. Entretanto, nuestro tren se había marchado ya, y ni siquiera habíamos visto en qué dirección. Sin embargo, encontramos otro bajo la forma de convoy cargado de camiones y municiones. Había nueve probabilidades entre diez de que estuviera destinado al frente.

Fue entonces, y sólo entonces, cuando me di cuenta de que *regresaba al frente*. Hasta entonces nunca me había parado a reflexionar, pero aquellas cajas de municiones constituían un buen recordatorio. ¡Regresaba al frente! Con anterioridad, sólo había tenido una idea: huir de Rusia, puesto que la Unión Soviética era para mí una tierra de acechanzas. Pero si me interesaba verdaderamente salvar la piel, ¿debía

regresar al frente? ¿La vanguardia de todas las ofensivas y la retaguardia de todas las retiradas? La paradoja era deprimente. ¿Por qué era tan estúpida la vida? ¡Más valía meterme una bala en la cabeza sin pérdida de tiempo! Cosa extraña, inexplicable, me sentía mucho más deprimido que cuando otro tren me arrancó de los brazos de Úrsula al final de mi permiso. Tal vez aquel permiso representaba, precisamente, un período de mi vida perfectamente dichoso y satisfecho de mí mismo, hasta el punto de impregnarme con el sentimiento alentador de que si la existencia no debía reservarme ninguna otra dicha, al menos habría conocido aquélla. En tanto que aquí, en la U.R.S.S., no había constituido nada que formase en sustancia una experiencia completa y satisfactoria. Había vagado fugitivo en este inmenso país, solitario y perseguido, pero también auxiliado más de una vez, y, en lo más hondo de mis sufrimientos personajes, Rusia me había mostrado cuan vasto es el mundo, colorido, rico en posibilidades de aventuras. Había entrevisto algo que existía entre el tiempo y el espacio, en una escala infinitamente mayor que la pequeña Alemania cercada y en curso de estrangulación. Había conocido superficialmente una entidad más compleja que cualquier mujer, llevada por una alfombra de innumerables matices, digna de *Las mil y una noches*. Sin vacilación, me había dado lo que poseía, y la sabía capaz de darme mucho más. Pero este encuentro milagroso nunca podría reproducirse en las mismas condiciones. Una nación gigantesca iba a cerrar sus puertas a mi espalda, al final de una breve visita. Sentía unos deseos locos de retroceder, de ir al encuentro de aquellos peligros, aquellas sorpresas, aquella danza sobre un volcán. De buscar a mi princesa para terminar verdaderamente la aventura.

¿Fui tal vez un estúpido al no hacerlo? Hubiese tenido que estar loco para actuar así; pero tenía que estarlo también para volver a la extraña «seguridad» de un tanque de primera línea. Habiendo quemado los puentes con el mundo precario que había edificado a mi alrededor, podía escoger entre un regreso probable a las mazmorras rusas y mi puesto reservado en un carro de asalto alemán. Curiosa elección, en verdad. Tal vez podría, con mucha suerte, mantenerme apartado de las mazmorras rusas. Pero nunca escaparía al tanque alemán. En realidad, por otra parte, lo más probable era que no podía ya escoger. Me había metido en un engranaje sin fin que me trituraría por completo. ¿Volvería a encontrar al menos a Porta, al *Viejo* y a los otros? ¿Vería alguna vez a Úrsula?

Nos embarcamos en el tren de municiones, llevándonos otra caja de pescado crudo. El convoy arrancó, adquirió velocidad, nos meció con su tactactac monótono. Llovió a cántaros durante todo el día siguiente, pero nosotros estábamos bien secos bajos lonas que protegían los camiones.

Mis dos compañeros eran unos latosos de tomo y lomo. Nazis convencidos, seguían creyendo en la victoria de Alemania. ¡Seguían creyendo en la posibilidad de vencer a un gigante como Rusia! El uno se llamaba Jürgens, y el otro Bartram. Las

horas pasaban lentamente, durmiendo, mordisqueando nuestros pescados, escuchando insensateces.

En la estación de Uvarov, al este del Don, el tren se detuvo. Pudimos abandonarlo sin dificultad y el examen del mapa nos descubrió que debíamos estar a unos tres kilómetros al este de Voronesh. Tendríamos que avanzar hasta unos cien kilómetros al sur de esta ciudad antes de poder aspirar al encuentro de las tropas alemanas en nuestra orilla del Don, porque sabíamos que al norte de Voronesh los rusos ocupaban el oeste del río y dominaban todos los puentes, vados y demás puntos estratégicos.

La carretera hormigueaba de soldados, de cañones y de vehículos. La policía militar soviética estaba en todas partes, por lo tanto, en lo sucesivo sólo podríamos viajar de noche.

Cerca de Sakmanka, fuimos interpelados por un sargento ruso. El pesado camión en el que viajaba sólo estaba encallado en el barro. Le ayudamos a liberarlo. Luego me lo cargué y me puse su uniforme. Maquinalmente, sin saber bien lo que hacía. Era una cosa más entre otras muchas que debían hacerse. Mis dos compañeros disimularon el cadáver bajo unos matorrales y después treparon a la parte posterior mientras yo me instalaba al volante. En la cabina encontré varias granadas y una metralleta. Avanzamos a toda marcha, recorriendo cerca de doscientos kilómetros antes de quedarnos sin gasolina. Abandonamos el camión y seguimos a pie nuestro camino. Me llevé la metralleta. Nos acercábamos al epicentro del cataclismo.

Al día siguiente oímos ya el rumor del cañoneo. Extraña impresión escuchar de nuevo el cañón. Cuando cayó la noche, el horizonte estaba rojo. Nos ocultamos entre las ruinas de Yelansk. Sin embargo, fue imposible dormir. El frente estaba demasiado próximo. A menos de cinco kilómetros. Y habíamos perdido la costumbre de los grandes conciertos artilleros. Cuando nos pusimos en marcha, después del ocaso, para esta última etapa que nos conduciría hasta las líneas alemanas, teníamos los nervios completamente crispados.

Los obuses nos sobrevolaban, gimiendo, estallando con estrépito de trueno que nos salpicaba a lo lejos de tierra, de piedras y de esquirlas de acero. Necesitamos varias horas para alcanzar las trincheras rusas, donde acechamos desde un agujero el momento preciso para atacar por sorpresa a los dos servidores de una ametralladora pesada. A la señal convenida, les caímos encima y les rompimos el cráneo sin armar alboroto. Luego escalamos el parapeto de su refugio y nos lanzamos, con la cabeza gacha, hacia las trincheras de enfrente.

Nuestra aparición repentina en la tierra de nadie desencadenó, por una y otra parte, un nutrido fuego de armas de todos los calibres, con acompañamiento de bengalas de iluminación, tanto alemanas como soviéticas. Pasamos en un cráter, en medio de aquel huracán, un tiempo imposible de calcular. Después el tiroteo amainó, nos deslizamos fuera de nuestro agujero y proseguimos nuestra carrera frenética hacia

las posiciones alemanas.

Íbamos a alcanzarlas cuando una ametralladora alemana lanzó una breve andanada. Jürgens lanzó un grito y cayó, muerto en el acto. Lástima por él y tanto mejor para nosotros. Herido, hubiésemos debido transportarlo. Bertram y yo hicimos grandes aspavientos vociferando:

—*Nischt schiessen! Wir sin deutsche Soldaten!*

Sin aliento y temblando de miedo, nos dejamos caer en la trinchera. Nos condujeron inmediatamente a presencia del comandante de la Compañía, que nos interrogó brevemente y después nos envió al cuartel general del Regimiento, donde nos dieron de comer y paja para dormir.

LIBRO SEGUNDO

...y luego cometió la estupidez de confiarse a una enfermera incapaz de tener quieta la lengua y ya podéis imaginar el resultado. Una mañana, durante la lista, el comandante nos leyó esta romántica nota.

«El Gefreiter Hans Breuer, del 27 Regimiento Blindado, 51.^a Compañía, ha sido condenado a muerte él 12 de abril, por haber infringido gravemente los principios de la moral militar, al dejarse aplastar adrede el pie por un carro de asalto. La ejecución ha tenido lugar en Breslau el 24 de abril último».

Tal era aproximadamente, el contenido de este comunicado aleccionador. El Viejo chupó su pipa y Porta lanzó una risa breve sin alegría.

No, nunca da buenos resultados el hacérselo uno mismo.

Escribí a mi madre y a Úrsula para decirles que iba a tener un permiso de recuperación. Aquella misma noche fui llamado a presencia del comandante de la Compañía. Repantigado en su silla plegable, Meier me fulminó con la mirada, en silencio. Después se dignó abrir la boca.

—¿Cómo se ha atrevido a solicitar permiso pasando por encima de su comandante de Compañía?

—No lo he solicitado. El propio coronel ha dicho que me correspondía.

—Permiso anulado. En esta Compañía soy yo quien concede o rechaza los permisos. ¡Retírese!

Estaba de nuevo metido en él baño. Hasta él cuello.

MEIER EL CERDO

—¡Cuerpo a tierra, la nariz en el barro, carne de horca!

De repente sonaron unos gritos que inmediatamente cesaron entre un estrépito de muerte.

El tanque número 534 se había hundido en la tierra reblandecida, aplastando a los cinco hombres a quienes el capitán Meier había ordenado que se tendieran en el barro bajo el monstruo de acero.

Reinó un largo silencio que era literalmente el de la muerte. Después un rumor sordo surgió de la Compañía... Cuando los cinco cadáveres irreconocibles fueron arrancados de la tierra rusa, a la que no tardarían en volver, Meier los contempló un momento, con aire indiferente, como si aquel asesinato quintuple no le afectara en absoluto.

Para desenterrar las minas habíamos recibido una corta pala de infantería y estábamos preparados para salir hacia la tierra de nadie. Eran exactamente las nueve de la noche. Todos los objetos que, al chocar entre sí, podían descubrir nuestra presencia —gemelos, máscaras de gas, casco, linterna eléctrica— se habían quedado en nuestro petate. Nuestro armamento se componía de una pistola, un cuchillo-puñal y varias pequeñas granadas ovoides. Porta tenía además su carabina de francotirador soviético, de la que nunca se separaba si podía evitarlo, íbamos a abandonar la trinchera cuando Meier se nos acercó. El *Oberleutnant* Von Barring le acompañaba. Fiel a su costumbre, en vez de darnos aliento, Meier nos increpó insultándonos groseramente:

—¡Y tratad de hacer un buen trabajo, rebaño de cerdos!

Sin prestarle la menor atención, Von Barring nos estrechó la mano y nos deseó buena suerte. A una señal del *Viejo*, transpusimos el parapeto, atravesando rápidamente nuestras propias alambradas antes de llegar al ancho espacio descubierto por el que tendríamos que galopar a toda marcha. Habíamos cruzado aproximadamente la mitad cuando una bengala transformó las tinieblas en luz blanca, cegadora. Pegados al suelo, no movíamos ni un pelo. A la luz de esos ingenios infernales, el menor movimiento es localizado inmediatamente, y en la tierra de nadie el menor movimiento es considerado como una manifestación hostil. La bengala tardó un tiempo increíble en llegar al suelo.

Nueva carrera. Nueva bengala. *El Viejo* maldijo entre dientes:

—¡Si esta lata prosigue mucho tiempo, nunca saldremos vivos! ¿Qué mosca le ha picado a Iván para hacer todas estas granujadas?

Otras dos bengalas subieron y bajaron. Luego hubo una calma durante la cual alcanzamos por fin las alambradas soviéticas. Tendidos de espaldas, empezamos a manejar nuestras tenazas. Los alambres se enrollaban como resortes por encima de nosotros, lanzando tenues silbidos, demasiado ruidosos para nuestro gusto. Pero quedaba por hacer lo más difícil: arrastrándonos por debajo de un laberinto inextricable de alambre de espino, debíamos localizar las minas sondeando el terreno con ayuda de largas varillas metálicas. Las minas utilizadas en el sector eran de madera, lo que inutilizaban por completo los detectores de minas.

Aquel trabajo distaba mucho de corresponder a la tripulación de un tanque, y sólo lo debíamos a aquel cerdo de Meier y a sus ansias de conseguir la Cruz de Hierro. Había pedido al comandante del Regimiento que encargara a su Compañía de esta peliaguda misión. No sólo debíamos trazar un mapa de los campos de minas, sino también desenterrar una parte para enterrarlas en otro sitio, sobre las pistas habilitadas por los rusos, con vistas a posteriores ataques. De esta manera crearíamos nuestras pistas, que podríamos utilizar, en tanto que los rusos saltarían con sus

propias minas.

Como carecía de toda práctica con respecto a aquellos chismes, me entregaron la sonda y me dijeron que la hundiera oblicuamente en la tierra blanda. Casi inmediatamente tropecé con un cuerpo duro.

—Eh, *Viejo*.

Se me acercó a rastras.

—¿Has picado una?

—Creo que sí.

Cogió la sonda y la manejó delicadamente.

—Seguro. No vale la pena hacerle más cosquillas. ¡Estas bestezuelas son muy susceptibles!

Marcó en su mapa la situación de la mina. Después, los descubrimientos se sucedieron sin interrupción. Cuando todo el campo estuvo localizado, sacamos varias minas y las transportamos hasta un poco más lejos. El sistema nervioso pagaba una vez más el pato, porque el menor ruido podía provocar una catástrofe. Habíamos terminado casi cuando una nueva bengala estalló por encima de nuestras cabezas. Yo tenía una mina en los brazos, pero me agaché vivamente, con el rostro hundido en la tierra, y durante sesenta largos segundos permanecí así, inmóvil, con el chisme explosivo apretado contra el corazón.

Regresamos al amanecer. Indemnes. Durante cuatro noches sucesivas se repitió la misma comedia, pero era nuestra racha de suerte porque nadie perdió la piel.

Cuando presentamos nuestro informe afirmando que la topografía subterránea de nuestro sector de tierra de nadie estaba perfectamente explorada, Meier soltó una risa sarcástica.

—Perfectamente explorada, ¿eh? ¿Habéis dormido en un cráter, especie de cerdos? ¡He enviado bengalas en varias ocasiones y no he visto ni el rabo de cualquiera de vosotros! Pero a mí no se me engaña fácilmente. Presentaos aquí esta noche, con vuestros mapas, e iremos juntos a comprobar el trabajo. ¿Entendido?

—A sus órdenes, *Herr Hauptmann* —replicó *El Viejo* al tiempo que efectuaba una media vuelta que salpicó de barro las botas de nuestro glorioso comandante de Compañía.

La luna había salido cuando emprendimos la marcha hacia el campo de minas enemigo, en compañía de Meier el cerdo. Bajamos a un sector donde los rusos no podían vernos, pero donde las minas abundaban tanto como los arenques en un barril. Meier iba delante, siguiendo en su mapa el trazado de las pistas que habíamos formado. Detrás iba *El Viejo*, igualmente inclinado sobre su mapa, pese a que nos sabíamos de memoria todo el sector.

Meier se desvió hacia la izquierda. Nosotros nos detuvimos en silencio, tendiéndonos boca abajo. Avanzó una decena de metros, tal vez una quincena, antes

de darse cuenta de que no le seguíamos. Se volvió, sin atreverse a chillar por miedo a llamar la atención de los rusos.

—¿Qué significa esto, hatajo de sinvergüenzas? —chirrió en sordina—. ¡Todos conmigo, como os he ordenado, si no queréis que os someta a un consejo de guerra!

Incorporándose sobre una rodilla, *El Viejo* se echó a reír.

—¡Ya no más consejo de guerra para el gran *Herr Hauptmann* Meier! ¡Dentro de cinco minutos no quedará de él más que un poco de picadillo!

Meier bajó la mirada asustado, hacia su mapa, y Porta dijo riendo:

—¡Eso es, contempla tu mapa, especie de basura! Sólo hay una pequeña diferencia entre el tuyo y los nuestros. En tu calidad de oficial, necesitabas un mapa especial, ¿no es cierto? De modo que sólo hemos desplazado algunos puntitos rojos, para que haga más bonito. ¡Después de esto no tendrás la vergüenza de afirmar que no te animamos!

Todo el mundo rió durante uno o dos minutos, después Porta se echó al hombro su carabina de precisión y gruñó:

—¡Y ahora, más que cerdo, a bailar, si no quieres que te pegue un balazo en las tripas!

Mortalmente pálido, Meier dio un paso hacia nosotros, pero iniciaba apenas el segundo cuando la carabina de Porta lanzó un seco estampido. Meier tenía una *dum dum* en el hombro. Se detuvo en seco, vacilante y gimiendo en voz baja, en tanto que la sangre surgía a borbotones de su hombro roto.

—¡Baila, basura, baila! —prosiguió Porta, con los dientes apretados—. ¡Báílanos un valsecito! Te marcaremos el ritmo con estos juguetes que nos has enseñado a manejar. ¡Tú y tus semejantes!

El Viejo desenfundó su pesada pistola de reglamento y situó una bala entre los pies de Meier, que inició un primer paso de baile. Stege, Plutón, yo y los otros hombres de la sección, participamos en el fuego vaciando cargador tras cargador en torno a las botas del oficial que bailaba y daba traspiés.

Su primera caída hizo estallar una primera mina que le proyectó por los aires. Y cuatro veces, cinco veces consecutivas, su aterrizaje provocó una nueva explosión.

Las granadas empezaron a estallar sobre nosotros, porque las deflagraciones habían puesto en conmoción todo el sector. Las ametralladoras crepitaron entre el rumor sordo de los morterazos ocasionales. De una y otra parte se lanzaron bengalas, ordenando tiros de barrera. Alemanes y rusos creían al adversario a punto de lanzar un ataque.

La tempestad cayó sobre nosotros como un ciclón y la tierra tembló bajo nuestros pechos. Permanecimos dos horas en un cráter antes de que se apaciguara el dúo. Así que hubo terminado, regresamos a las trincheras y *El Viejo* presentó su informe al Oberleutnant Von Barring.

—¡Herr Oberleutnant! El *Unteroffizier* Beier regresa con su compañía de un reconocimiento efectuado en los campos de minas enemigos. El reconocimiento se ha desarrollado según el plan previsto, bajo el mando del capitán Meier. El capitán ha muerto, porque, pese a las repetidas advertencias de la sección, se ha obstinado en penetrar en el campo de minas, a pesar de no conocer suficientemente el terreno.

Barring nos contempló pensativamente. Sus ojos se encontraron con los de cada uno de nosotros, deteniéndose un momento en cada rostro. Nunca he visto ojos más profundamente humanos y graves que aquéllos.

—¿El capitán Meier ha muerto? Son cosas que ocurren en tiempo de guerra. *Unteroffizier* Beier, haga que su grupo rompa filas. La sección 2.^a ha hecho un buen trabajo en ese campo de minas. Enviaré mi informe al comandante...

Nos saludó llevándose dos dedos a la visera de su quepis, y regresó a su alojamiento.

El Viejo sonrió:

—Mientras él viva, nunca más se cazarán el cerdo en esta Compañía.

—¿Habéis visto los saltos peligrosos que daba ese cerdo cada vez que nuestras queridas minas le reventaban en el culo? —observó Porta—. ¡Ha sido algo que hubiese calentado los viejos huesos de su profesor de gimnasia!

Tal fue la oración fúnebre del capitán Meier, burgués alemán, embriagado con su propio poder, pero demasiado insignificante para ir a la guerra y conseguir algo.

—¿Qué? ¿Es que no son dos?

Con un rugido, Plutón se lanzó en pos de Porta y de las dos gruesas mujeres. Desaparecieron de nuestra vista, pero seguimos escuchando las risitas satisfechas de las exuberantes hembras.

—¡No volveremos a verles antes de dos horas largas! —exclamó El Viejo, risueño.

Los demás muchachos se tendieron entre las altas hierbas, formando corro. Soñando; contemplando el humo de nuestros cigarrillos. Evocando vagamente el recuerdo de los compañeros desaparecidos.

A DORMIR, MUCHACHOS

Cuando al amanecer se pasaba del aire fresco del exterior a la atmósfera cerrada de la casita superpoblada, la pestilencia era casi suficiente para hacerle caer a uno de espaldas, pero uno se acostumbraba, como a todo lo demás, y no tardaba en dormirse, arrullado por los ronquidos y las conversaciones cuchicheadas de los campesinos rusos. De sobra sabíamos que la mujer estaba tuberculosa en último grado, pero, ¿qué nos importaba? Se aceptaban los bacilos lo mismo que los piojos, las ratas y la porquería.

Apenas nos habíamos dormido cuando los rusos nos despertaban al levantarse. Porta los injuriaba, pero *El Viejo* ruso le contestaba con tranquila firmeza:

—¡Cierra el pico, Herr soldado, y a dormir!

Porta se había nombrado profesor de argot de toda la casa.

Una hora más tarde, entraba una gallina con todos sus pollitos detrás. Pero cuando empezaban a picotear el rostro de Porta, a éste le entraba un arrebató de cólera; surgía de la paja como un proyectil a reacción; agarraba la gallina por el cuello, la abofeteaba con el índice y vociferaba:

—¡Lárgate de aquí, especie de gallina vieja, con todos tus retoños ilegítimos!

Luego lanzaba el ave por la ventana y perseguía por toda la casa a los pollitos llenos de pánico. La abuela acudía al quite, lanzando agudos chillidos. Porta vociferaba:

—¿Queréis dejarme en paz?

Y la insultaba hasta que ella perdía la paciencia y le atizaba en la cabeza un golpe con un cucharón. Todo el mundo se moría de risa, lo que tenía la virtud de decuplicar

la rabia de Porta. Se lanzaba en persecución de la campesina, en camisa, con los faldones flotando al viento en torno a sus piernas de zancuda. La perseguía hasta el campo en tanto que los rusos se retorcían de tanto reír. Poco después regresaba sin aliento, cerraba la puerta con una violencia que hacía temblar toda la casa, asomaba la cabeza por la ventana y mugía:

—¡Quiero dormir, y el próximo que me moleste, me lo cargo, pam, pam, listo, muerto!

Nos levantábamos un poco antes de mediodía y yo iba a la cocina a buscar la comida. Por entonces teníamos una alimentación casi decente. Sopa de judías. Nuestras escudillas estaban casi llenas y devorábamos su contenido en cinco segundos, como animales. Cuando habíamos lamido hasta el último rastro, nos metíamos con el último paquete que Stege o algún otro había recibido la víspera de su casa. Había galletas crujientes, pastelillos, un pedazo grande de jamón ahumado. Lo extendíamos todo en la mesa, que habíamos fabricado junto a las letrinas. Porta tenía siempre una botella de vodka.

Nuestras letrinas estaban dispuestas de tal manera que podíamos sentarnos frente a frente, con la mesa entre nosotros. Una vez instalados, sacábamos una baraja grasienta y empezábamos interminables partidas mordisqueando galletas, bizcochos y jamón. La botella pasaba de boca en boca. Vasos, tazas, jarros: otros tantos lujos que considerábamos desde hacía mucho tiempo superfluos y afeminados. Sentados tranquilamente los cinco con el pantalón bajado en las rodillas, en paz con nosotros mismos y con todo el mundo, comíamos, fumábamos, charlábamos, jugábamos a las cartas y hacíamos lo que teníamos que hacer. Nuestras nalgas descubiertas se ofrecían alegremente a las miradas del pueblo, porque las letrinas estaban construidas en una loma desde cuya cumbre podíamos admirar toda la campiña que nos rodeaba, del mismo modo que la campiña nos podía admirar a nosotros. Un pájaro cantaba en los árboles, y junto a nosotros dormía un perro, perezosamente tendido al calor del sol de otoño. Unas campesinas cantaban una canción rusa mientras trabajaban en las tierras circundantes... Y sólo hacia el anochecer, cuando los campesinos empezaban a regresar de los campos, abandonábamos nuestro pedestal idílico para arrastrarnos perezosamente hasta la casa.

Una tarde, *El Viejo* y todos los demás jefes de tanques, fueron convocados a presencia del jefe de la compañía. Cuando regresó al cabo de una hora escasa, nos anunció triunfalmente:

—Chicos, nos vamos de expedición. Hemos de establecernos en la llanura, a veinticinco kilómetros al sur de Nowji, y hacer un agujero que deje sólo la torreta del tanque por encima del nivel del suelo. Estaremos como reyes, tranquilos y sin problemas, a cincuenta kilómetros detrás del frente. Nada de obuses en el coco; sólo cuidar de nuestra preciosa salud hasta que los rusos perforen nuestras primeras

líneas... Cuando esto ocurra, tendremos que destruir sus tanques a medida que lleguen y resistir en nuestras posiciones cueste lo que cueste. Así que el cacharro esté enterrado, la consigna es tirar la llave de contacto.

Porta se echó a reír:

—¿Has dicho la llave de contacto?

El Viejo sonrió:

—Sí. Es lo único que hemos de tirar.

—¡Perfectamente! Respetaremos la consigna.

Nos importaba un bledo. Teníamos cuatro llaves de recambio.

Antes del alba ocupábamos nuestras nuevas posiciones. En mitad de la llanura, donde la hierba era tan alta que a veces había que ponerse de puntillas para descubrir el horizonte. Hacía frío y llevábamos capote, gorro de piel, mitones y pantalón de cuero por encima del pantalón negro del uniforme. Como en nuestro tanque sólo teníamos dos palas y un azadón, sólo podíamos trabajar tres a la vez, y era maravilloso ver con qué abnegación cada uno suplicaba a los compañeros que le dejaran trabajar —una verdadera escena para película de propaganda alabando el espíritu de sacrificio de nuestros queridos combatientes—, pero era únicamente porque el viento cortaba como una navaja, y hacer ejercicio seguía siendo el mejor sistema para calentarse.

Levantando una mano, *El Viejo* declamó con tono lírico:

—Hijos míos, queridos pequeños, ¿no es maravilloso estar aquí al aire libre y hacer este hermoso agujerito? Fijaos, el sol está surgiendo y ya no necesitamos tener miedo del Padre Flagelador. Quedará encantado, pequeños míos; los pajaritos del buen Dios nos cantarán sus canciones cristianas, y si somos muy, muy buenos, *El Viejo de las estepas* tal vez venga a contarnos una historia bien verde. ¿Sentís el beso del viento fresco de la estepa en vuestras mejillas sonrosadas y en vuestros tiernos labios?

A medida que ascendía el sol, bajaba rápidamente el nivel, no del agujero, sino de nuestro ardor. Sudor, maldición. Pingajos tirados al suelo uno tras otro. Muy pronto estuvimos todos en calzoncillos y el sudor seguía empapándonos, en tanto que las ampollas empezaban a brotar en nuestras blancas manéalas. Ya no estábamos acostumbrados a estos trabajos penosos y la tierra de la estepa era dura, dura...

—Decidme —preguntó Porta—, ¿somos soldados o topos? Os pregunto esto en relación con la tarifa sindical...

Medíamos el tanque a cada momento, para ver si nos acercábamos al final de nuestras penas, pero al mediodía —cuando llevábamos horadando durante más de siete horas— sólo habíamos llegado hasta medio camino de la base de la torreta. *El Viejo* empezó a lanzar invectivas contra el Ejército, y Porta preguntó inocentemente si no sentía el beso del viento fresco de la estepa y si su corazón no se alegraba ante los

cálidos rayos del sol y el profundo valor didáctico del trabajo de la tierra.

El Viejo le tiró su pala a la cabeza y dejóse caer pesadamente a la sombra del tanque.

—¡No saco ni una palada más! ¡Ya se han hecho bastantes agujeros así desde el principio de esta cochina guerra! Buenas noches.

Porta, Stege y yo seguimos cavando durante media hora, al término de la cual Plutón y *El Viejo* debían relevarnos. Casi tuvimos que llevarles para que se metieran en el agujero. Nos fuimos relevando así durante dos horas, y después el tiempo de trabajo efectivo quedó reducido a un cuarto de hora, hasta que finalmente todo el mundo se quedó tendido de espaldas, con los ojos perdidos en las nubes, incapaces de seguir ahondando.

Sin embargo, el agujero debía hacerse, tanto si queríamos como si no. Después de una hora de descanso, Plutón y *El Viejo* volvieron a trabajar y nosotros seguimos el movimiento. Finalmente, a las cinco, el agujero era lo bastante profundo, y metimos en él a nuestro tanque. Después, nadie se hizo de rogar para montar la tienda; todo el mundo tenía prisa para dormitar. Pero como se decía que el sector estaba infestado de partisanos, alguien tenía que velar el sueño de los demás. Y nada de voluntarios, como es lógico, para tener el primer turno de guardia.

En medio de una animada discusión, *El Viejo* declaró repentinamente:

—Un *Unteroffizier* no debe hacer guardias. ¡No seréis tan ignorantes como para no saber esto!

Tras lo cual se envolvió en su manta y al cabo de un segundo dormía profundamente.

—Esto me recuerda que soy *Stabsgefreiter* —exclamó Plutón—. Buenas noches, pequeños.

—Y todo el Ejército me lo echaría en cara, si yo, Joseph Porta, *Obergefreiter*, condescendiera en realizar esta tarea de subalterno. ¡Que os divirtáis mucho, queridos!

Quedábamos Stege y yo.

—Es una patraña —dije con firmeza—. ¡En este sector nunca ha habido partisanos!

—¡Nunca! —afirmó Hugo Stege, virtuosamente indignado.

Un momento después dormíamos los cinco.

Fue Stege quien primero se levantó al día siguiente. Queríamos tomar en cama nuestro café, y el azar le había designado para que se encargara de la tarea de hacerlo y servirnoslo. Pocos minutos después de haber abandonado la tienda, volvió y vociferó desde lo alto de la torreta:

—¡Salid en seguida de ahí, válgame Dios! ¡Ahí llega el comandante!

Era el momento de apresurarse, porque eran las once, y si el comandante nos

sorprendía en delito flagrante de holgazaneo, podíamos salir mal parados. Pero sólo se trataba de una manifestación de humor del sinvergüenza, llamado Hugo Stege, y en un santiamén todo el mundo regresó a su tienda reclamando el café a voz en grito.

Stege acababa de salir con nuestros cazos y perolas, cuando sonó de nuevo su voz angustiada:

—¡Eh, moveos! ¡El capitán y el coronel! ¡Arriba, por Dios! ¡Os aseguro que esta vez va de veras!

Risas, injurias y cuchufletas saludaron esta continuación de su broma, pero nadie se movió y cuando el concierto hubo amainado, Porta vociferó:

—Bautista, si el comandante quiere verme, díglele que hoy no es mi día de recepción...

Puntuó su observación con un sonoro pedo, y *El Viejo* imitó su ejemplo.

—¿Quieren salir de ahí dentro? ¡Bonitas cosas suceden en esta Compañía!

O era verdaderamente el coronel, o Stege acababa de descubrirse sorprendentes facultades de imitador.

Renuncio a describir nuestra carrera hasta fuera de la tienda. Cuando estuvimos todos alineados en posición de firmes ante la torreta de nuestro tanque, ni siquiera el suboficial más indulgente hubiese podido calificar de reglamentaria nuestra vestimenta. El comandante parecía a punto de estallar. En cuanto al *Oberleutnant* Von Barring, su expresión era perfectamente insondable. Parecíamos un chiste recortado de un periódico humorista; *El Viejo* iba en calzoncillos, calcetines y camisa sucia; Porta se había metido dentro de los calcetines las perneras del pantalón y alrededor del cuello llevaba una bufanda de seda de color rojo vivo; la camisa de Plutón merecía doblemente el nombre de bandera al restallar al viento de la estepa, y si su bufanda era de un verde algo más discreto que el rojo de la de Porta, en desquite la llevaba anudada como un turbante en su cabezota redonda.

—¿Es usted el jefe del tanque? —rugió el comandante, fulminando al *Viejo* con su monóculo.

—¡Sí, *Herr Oberst*!

—Entonces, ¿a qué espera para darme la novedad?

El Viejo corrió hasta el coche del comandante, entrechocó sus calcetines y, según el reglamento, vociferó en el silencio de la estepa:

—¡*Herr Oberst*! El *Unteroffizier* Beier, de la Sección 2.^a, tanque número 1, declara que no hay ninguna novedad digna de mención.

El rostro del coronel amenazaba hacer la competencia a la bufanda de Porta.

—¡Ah, no tiene nada digno de mencionar! Pues yo sí tengo algo especial que decirle...

A lo que siguió un rapapolvo tremebundo.

Más avanzado el día, Von Barring regresó a vernos. Esta vez solo.

—¡Sois verdaderamente la pandilla de frescos más grande de todo el Ejército alemán! —dijo meneando la cabeza—. Por lo menos podríais haber tenido el caletre suficiente para haber montado guardia el primer día. ¡Ya podríais figuraros que el comandante vendría a inspeccionar el trabajo hecho! Ahora, cada uno cumpliréis tres días de calabozo cuando seáis relevados. Y el agujero que habéis cavado no es satisfactorio. Tenéis que hacer otro diez metros más atrás. ¡Y puedo garantizaros que el comandante pasará a última hora, de modo que más vale que empecéis en seguida!

Un silencio consternado saludó su marcha. ¿Cavar un segundo agujero? ¡Nunca más! Pero, ¿qué hacer?

Esta vez fue Stege quien salvó la situación.

—Pandilla de cretinos embrutecidos por el alcohol —nos dijo amablemente—. Tenéis una chamba monumental al contar entre vosotros con un sujeto inteligente que sabe hacer funcionar sus meninges en los momentos graves. Y espero que tengáis la decencia de dar gracias al Señor... Todo lo que hemos de hacer es darnos un paseíto hasta Skol con el cacharro, darle las buenas tardes a los rusos e invitarlos a hacer un bonito paseo a cambio de sus fuertes palas y de su aceite de brazo.

El estrépito de nuestras orugas despertó al poblado sumido en su sopor dominical, y no tuvimos ninguna dificultad para encontrar más voluntarios de los que necesitábamos. Y emprendimos el camino de regreso con un cargamento de cuarenta hombres y mujeres. Los rusos estaban encantados de traquetear a campo traviesa sobre un carro de asalto, y pese a que a cada momento dejaban de trabajar para ponerse a bailar, cantar y reírse, nuestro nuevo agujero quedó hecho en dos horas, en medio de una atmósfera increíblemente alegre —e increíblemente polvorienta— de coros melodiosos, de desahogos bucólicos y de risas. Estábamos tan absortos en estas festividades fraternales que ni siquiera vimos llegar al *Oberleutnant* Von Barring. Observó un instante el espectáculo y luego, de nuevo, meneó la cabeza y murmuró:

—¡Bueno, lo menos que puede decirse es que tenéis espíritu de organización!

Más entrada la tarde, acompañamos a aquellas criaturas sencillas y felices por vivir en su poblado, momentáneamente respetado por la guerra. Porta tenía dos muchachas colgadas del cuello y no fue fácil reunir todo el grupo para podernos marchar.

Al ayudarnos así a expensas de sus propios compatriotas, ¿no habían cometido los rusos, por lo menos de una manera teórica, una especie de traición?

Supongo que puede llamársele así.

Pero no estoy demasiado seguro.

Porque estos actos de confraternización hicieron mucho más, en mi opinión, que los ataques de los partisanos para asquear al sencillo soldado alemán de aquella cochina guerra. Conozco muchos que quedaron curados para siempre de su estúpida fe en este mito ridículo de «Raza Superior», gracias al descubrimiento fortuito de que

el enemigo no era su enemigo, y que en ningún aspecto les era inferior. El sencillo soldado alemán amplió su conocimiento de las gentes y de los pueblos, y esos contactos sembraron en él la semilla de la solidaridad con las gentes sencillas semejantes a él. Lentamente, pero con seguridad, se derrumbaron los ideales hinchados de aire, los personajes inconscientes del Führer histérico, de los generales inhumanos llenos de orgullo. Aprendió a detestar *activamente* a los SS, que hasta entonces le habían inspirado un temor sordo, humillante. No se experimentan deseos de disparar contra personas con las que se ha bailado la víspera, y esto tanto si hay guerra como si no. Ésta es una de las razones por las que tantas balas se pierden y tantos obuses fallan su objetivo en ciertas batallas. Disparar al aire es a la vez una cosa agradable y fácil, un sistema para escamotear su presa a la guerra. A menos que haya un oficial allí, a tus espaldas, observándote sin cesar.

Sonriente, Van Barring nos alargó nuestros permisos.

—Si os espabiláis un poco, os llevaré a vuestro tren. Tenéis catorce días de permiso más otros cinco para el viaje.

Cantos y saltos de alegría, que bordeaban la demencia. Nos metimos en la casa sin dejar de bailar, luego empezó el alboroto para apoderarse de la vieja hoja de afeitar que ya nos había servido a todos por lo menos cincuenta veces. Porta besó a la vieja abuela rusa en su boca arrugada, y bailó un vals con ella con tanto ardor, que a la anciana se le cayeron las zapatillas. La vieja cloqueaba como una gallina y se sujetaba los costados de tanto reír.

—¡Sois peores que los cosacos! —dijo.

988.º BATALLÓN DE RESERVA

Llegamos a Gomel con veinticinco horas de retraso. El tren de los que aquel día se marchaban con permiso había salido ya. Había que esperar al del día siguiente. Un suboficial nos informó que en el frente había vuelto a armarse jaleo. Aparentemente, los rusos se lanzaban al asalto de nuestras posiciones en una distancia que iba desde Kalinin hasta la cuenca del Don, e incluso se decía que, en algunos puntos, habían perforado nuestras líneas.

—Nos hemos largado a tiempo —dijo Porta—. Menuda suerte...

Con aire preocupado, El Viejo meneó la cabeza.

—Pero dentro de una quincena volveremos a las andadas. ¡Y mucho me extrañaría que entretanto se arreglara las cosas!

—¡Oh, cállate de una vez, pesimista! —interrumpió Hugo Stege—. No nos des más la lata con tus sombríos augurios. Una quincena en casa es una eternidad. De aquí a entonces tal vez la guerra haya terminado...

Toda la noche dimos vueltas y analizamos nuestros proyectos maravillosos. Yo pensaba en las curvas firmes y llenas del cuerpo de Úrsula, imaginaba la presión de brazos sobre mis espaldas y el movimiento de sus dedos a lo largo de mi columna vertebral. La deseaba con todas mis fuerzas y me callaba.

Nuestro tren no debía salir hasta las dieciocho cuarenta, pero desde las cinco de la tarde estábamos ya en la estación. Nos sentíamos poderosos como reyes al alargar nuestros permisos a los policías militares. Encontramos un compartimiento vacío. Porta y Plutón se instalaron en los portaequipajes para dormir a gusto. Nos quitamos

las botas y tomamos todas las medidas con vistas a la noche inmediata. Gradualmente, todo el tren se llenó de soldados con permiso que vociferaban e iban ocupando el suelo de los pasillos y de los compartimientos. Por todas partes circulaban botellas de *schnaps*, y de todos los vagones surgían canciones y tonadillas.

Porta sacó su flauta y tocó el estribillo de una canción prohibida, que todos nos apresuramos a repetir a coro. Todo nuestro repertorio de canciones obscenas salió a la luz. Incluso las más asquerosas. Nadie tuvo el menor inconveniente. Nosotros, los veteranos, cantábamos lo que queríamos. Si algún mala sombra hubiese tratado de hacernos callar, lo habríamos tirado por la ventana sin ninguna explicación. Cuando el tren se puso en marcha una ovación inmensa hizo temblar los pocos cristales que quedaban en la estación.

En algún momento de la noche, el tren se detuvo en la estación de Mogilev. La agitación había cesado. La mayoría de los soldados dormían soñando en sus permisos. Para muchos de ellos, era el primero desde hacía años.

Con una sacudida, el tren arrancó otra vez. Recorrió unos pocos metros y volvió a detenerse. Poco después, grandes gritos rompieron el silencio de la noche y casi simultáneamente se abrieron las portezuelas de nuestro vagón. Varios policías militares con casco subieron vociferando:

—¡Todo el mundo fuera con equipo y equipaje! Los permisos quedan anulados. La ofensiva rusa ha roto nuestras líneas. ¡Se os agrupará en un batallón de reserva provisional y volveréis a la línea de fuego!

Surgió un clamor espantoso, que arrastraba por el fango a aquellos bromistas y les aconsejaba que fuesen a otra parte a gastar chanzas pesadas. Oyéndose por doquier los más sabrosos comentarios.

Pero no se trataba de una chanza. Somnolientos, furibundos, tuvimos que evacuar el convoy y formarnos en dos grupos en el terraplén de la estación de Mogilev. A la izquierda, artillería y tanques. A la derecha, todos los otros: infantería, aviación, marina, cualquier cosa. Nos quitaron nuestros permisos; luego resonó la orden fatal:

—¡Columna... derecha... AR! ¡De frente... MARCHEN!

Anduvimos toda la noche. Llenos de fatiga, de rabia y de decepción. Entre la nieve y el viento que nos cortaba el rostro. No llegábamos a creer del todo que nos hiciesen aquella jugarreta. A los soldados no se les gastan bromas así. No se los precipita a tierra desde el tren que los conduce hacia un permiso difícilmente ganado. No se les quita su paraíso, su tierra prometida, para enviarlos otra vez al frente, a sus lanzallamas, a sus cañones y a los cañones del enemigo. Era un golpe capaz de destruir lo poco de fuerza moral y de espíritu combativo que algunos de nosotros podíamos aún tener.

Seis días de marcha por la nieve, la nieve y la nieve. Un primer encuentro con fuerzas enemigas, un poco al norte del poblado de Lischwine. ¡Resultaba curioso oír

cómo los obuses se hundían en la nieve con un extraño y apagado ruido! Lentamente, el frente cedía bajo la presión constante de la infantería rusa, que progresaba inexorablemente sin preocuparse de las pérdidas. Lenta, seguramente, nuestras formaciones provisionales se disolvían y caminaban hacia el aniquilamiento. Nosotros, que nada se nos había perdido en Rusia, no podíamos contener el empuje de aquella gente determinada a limpiar su país de nuestra presencia. Tenían de su parte el derecho moral, en el sentido de que verdaderamente se defendían contra un agresor. Hitler pretendía también que nosotros nos defendíamos de un agresor. ¡Ataque preventivo! Pero esto no era más que un artificio propagandístico. En cambio los rusos sabían que rechazaban una ofensiva bien caracterizada.

Nuestra unidad se llamaba 988.º Batallón Territorial de Reserva, y lo gracioso era que comprendía representantes de todas las armas, desde la flota hasta la aviación pasando incluso por la guardia cívica, pero un solo, un único territorial. Todos los uniformes se codeaban, todas las insignias figuraban, todos los escudos, todos los emblemas. Sin embargo, teníamos una cosa en común: el odio que nos inspiraba el 988.º Batallón de Reserva. Todos ardíamos en deseos de regresar a nuestras propias unidades.

Un nuevo y muy duro encuentro tuvo lugar al este de Volkov, encuentro al que los rusos lanzaron numerosos tanques y cazas bombarderos. En una casa derruida encontramos un gato rubio maullando de frío, de miedo y de hambre, encaramado a una carretilla. Le hicimos beber a la fuerza un sorbo de *schnaps* antes de darle de comer. Cuando dejamos la casa, nos acompañó. Como tenía el pelo rojizo, le bautizamos *Stalin*.

Stalin hizo toda la campaña de Volkov sentado sobre la mochila de Porta. Plutón y Stege le fabricaron un uniforme completo, pantalón, guerrera y quepis, este último sujeto mediante un delgado cordel para que no lo perdiera durante el jaleo. Perteneciendo a un regimiento disciplinario, *Stalin* no tenía evidentemente derecho a llevar el volátil nazi sobre el pecho. Al principio, trató de librarse de su uniforme. Después debió de darse cuenta de que le calentaba, o sencillamente acabó por acostumbrarse, como se habituó a su ración cotidiana de *schnaps*. De esta manera pescó algunas cogorzas memorables. Tal vez calificuéis esto de crueldad hacia un pobre animal indefenso, pero *Stalin* nunca se apartaba de nosotros, su pelo se volvió brillante al cabo de poco, engordó y recuperó la impudicia y descaro propios de los gatos cuyo universo es estable y perfectamente ordenado.

A las proximidades de Navidad, del 988.º Batallón de Reserva apenas quedaban los hombres suficientes para formar una Compañía, que por lo demás fue inmediatamente desmembrada. Nosotros cinco recibimos órdenes de traslado a Godnjo, sobre el Worskla, donde estaba el 27.º Blindado. Tres días más tarde nos presentábamos en el cuartel general de nuestra vieja unidad, y al día siguiente

salíamos hacia el frente. Antes, sin embargo, nos habían entregado nuestro correo. Yo tenía un montón de cartas de Úrsula y de mi madre. Cada uno devoró las suyas, las releyó una y otra vez y finalmente las repitió en voz alta, en beneficio de los demás, para mejor soñar e impregnarse de ellas, y beberlas con todo el ardor de un alma que tiene sed de presencia y debe contentarse con las palabras escritas en el papel. En una de sus cartas, Úrsula me decía:

Munich, 9 de diciembre de 1942

Querido:

Sufro contigo por esta horrible injusticia que se os ha hecho a ti y a tus camaradas. Pero no te dejes abatir porque te hayan robado tu permiso. Confía en el porvenir, pese a todas las bajas inventadas por esos perros. Muy pronto terminará la pesadilla y el águila nazi habrá perdido todas sus plumas.

Ruego a Dios para que extienda su mano sobre ti y te proteja de los horrores cotidianos del frente. Pese a que te calificas de «pagano» y que aseguras no creer en Él, sé que te ama tanto y aun más que al mejor de sus sacerdotes, y cuando la guerra termine sabré convencerte de ello y quebrar esa dura corteza de cinismo en la que os replegáis tú y todos esos pobres diablos de las unidades sin emblemas en el pecho. No olvides, querido, que tarde o temprano llegará la paz y que entonces todos nuestros bonitos sueños se convertirán en realidad.

De aquí a entonces pienso que podré abrir un consultorio en Munich o en Colonia, y mi mayor alegría será verte efectuar estudios especiales de dentista o de algo por el estilo. Pero prométeme que no permanecerás en el Ejército, incluso aunque se te ofreciera la ocasión de realizar una brillante carrera.

Dentro de seis meses terminaré mi formación profesional de cirujana, y podré empezar a ahorrar para construir nuestro hogar. Tal vez preparado con vistas a tu regreso.

Pero no, ¿de qué estoy hablando? Quiero que regreses mucho antes. Quisiera que volvieras hoy mismo. En seguida.

Papá y mamá se han acostumbrado ya a la idea de tener un yerno. Al principio, desde luego, no reaccionaban, y me hubiera gustado que vieras la cara de papá cuando le dije que eras un antiguo presidiario y que estabas sirviendo en un regimiento disciplinarlo. De momento me creyó loca, pero después lo adivinó y cuando le dije que tu «crimen» era únicamente de carácter político, te aceptó sin reservas diciendo que, si nos amábamos, lo demás no importaba.

No puedo decirte gran cosa de la evolución política que estoy segura debes

conocer, porque ahí, en primera fila, debéis estar bien informados. Me consuelo repitiéndome que puesto que muy pronto estaremos reunidos para el resto de nuestras vidas, un permiso suprimido no tenga tal vez demasiada importancia.

Además, un permiso a estas alturas sería igualmente una forma de tortura, porque pensaría incesantemente en tu regreso al frente, y en esta nueva separación inevitable, y a ti te ocurrirá lo mismo, estoy segura.

En este mismo sobre te envío una crucecita de oro. La he llevado colgada del cuello, directamente sobre la piel, desde mi infancia y quiero que tú la lleves de la misma manera. Ella te protegerá de todos los males que puedan acecharte. Bésala cada noche, lo mismo que yo beso el anillo que me diste. Cariño, mi Sven adorado, te amo hasta el paroxismo y lloro de alegría al pensar que pronto nos reuniremos, que nunca más te separará, de mí. Eres mío, sólo mío, nada más que mío. Incluso aunque te enamores un poco de vez en cuando de una muchacha rusa, o de alguna de las mujeres alemana que acompañan a las tropas. Porque sé que nunca podrás amar a otra tanto como a mí. Y te perdono anticipadamente que beses a otras mujeres y que en sus brazos encuentres un momento de olvido. No te pido que vivas como un monje. Pero sí que nunca te embarques en algo que no te atreverías a explicarme.

No puedes imaginar cuánto lloré cuando ese maravilloso compañero que has encontrado ahí —El Viejo— me escribió para decirme que habías muerto. Era la carta más hermosa, aunque la más triste, que he recibido. Y, sin embargo, no era nada en comparación con lo que experimenté cuando, once meses más tarde, recibí tu propia carta informándome de tu cautiverio. Por primera vez en la vida me desvanecí. Mi temperatura subió bruscamente y tuve que pasar una semana en cama. ¡Vaya hundimiento! Pero en lo más fuerte de mi fiebre era feliz, feliz...

Dices que no crees en Dios, pero sé que es Él quien nunca ha cesado de velar por ti, porque eres un buen sujeto, lo mismo que tus compañeros. Tienes tus defectos y debilidades, pero eres más humano, más puro de corazón y de alma, y más honesto en tus pensamientos que la mayoría de los hombres. Y comparto tu odio por la hipocresía, bajo todas sus formas, y por esos sacerdotes que no son más que esbirros serviles a sueldo de los amos no reconocidos por Dios ni por los verdaderos cristianos. Pero Aquel que predica la misericordia no puede impedir la existencia de esos hipócritas y tú no debes pensar nunca que, escuchando lo que Él tiene que decirnos, haces causa común con esos curas indignos. Es lo que quiero hacerte comprender a toda costa, y estoy segura de que algún día lograré convencerte.

Ahora tengo que terminar, amor mío, mi esposo amado, y te pido que te cuides mucho. Sé que es difícil, pero te suplico que no te dejes contaminar

demasiado por esa indiferencia cínica que caracteriza a los soldados de primera línea. Sigue creyendo que también hay bondad en algún lugar del mundo. Haz cuanto puedas para conservarte intacto, para mí. Quiero recuperarte vivo. Y entero. De cuerpo y alma. Y ojalá el nuevo año que se aproxima nos traiga la suerte y la felicidad, a nosotros y a todo el mundo.

*Tu fiel esposa,
ÚRSULA.*

Esperábamos el relevo para la Nochebuena, pero nuestras esperanzas no se cumplieron. Y aún peor, fuimos adscritos a la infantería por necesidades de los combates de primera línea.

La noche de Navidad me sorprendió en algún punto de la tierra de nadie, en el fondo de uno de los agujeros excavados a intervalos regulares de una cincuentena de metros. La finalidad de estos puestos avanzados era dar la alarma en el caso de que patrullas enemigas se adentraran en nuestras líneas. Pero por concienzudamente que se montara guardia, el enemigo se infiltraba y, por lo general, se retiraba sin haber sido descubierto. Era sólo al amanecer cuando nos dábamos cuenta de ello... al descubrir a varios de nuestros centinelas degollados. O bien al encontrar algún agujero vacío, cuyo ocupante había sido hecho prisionero por los rusos.

Aquella noche habíamos sorteado los diferentes turnos de guardia. Von Barring no había querido en Nochebuena distribuir órdenes a quienquiera que fuese. Horarios y emplazamientos habían sido anotados en pedazos de papel y metidos todos juntos en su casco. Toda la compañía había sacado un número y no sólo los soldados rasos, sino también los mandos, incluido el propio Von Barring. De esta manera, uno de nuestros tenientes debía montar guardia desde las veintidós horas hasta la una de la madrugada.

Pasé, pues, mi Nochebuena en una trinchera individual en plena tierra de nadie. Ante mí, en el borde del agujero, estaban mis granadas y mi fusil ametrallador.

En estos casos, el peor enemigo es el sueño. No sólo la atención permanente necesaria para captar e interpretar los sonidos tenues, las imágenes reales o ficticias vislumbradas en la oscuridad, agota por encima de toda definición, sino que la propia soledad actúa como un soporífero. Se está solo. Uno se siente solo. Y lo que precede y domina a todo lo demás en una especie de nostalgia, de deseo tenaz de morir. La idea de dormirse y de terminar de una vez por todas, la idea de aceptar el sueño y de no despertarse nunca más, se presenta con colores peligrosamente seductores. Todo parece sencillo. Indoloro. Las cosas que podrían reanimar la voluntad de vivir, la

imagen de los seres que te atan a la vida, parecen disolverse en una irrealidad fantasmagórica. Objetivos lejanos, posibilidades vagas cuya reconquista exigiría demasiados esfuerzos...

Bruscamente, un minúsculo choque metálico, acero contra acero, me sacudió de pies a cabeza. El ruido había sido casi imperceptible, pero a partir de aquel segundo todos mis sentidos estuvieron alerta. Mi mano se crispó alrededor de una granada, presté oído.

Nada.

Luego, la sangre se me heló en las venas. Algo acababa de deslizarse junto al borde de mi agujero. Empecé a temblar convulsivamente imaginando ya sentir el frío del cuchillo en mi garganta. Me mordí los labios hasta hacerlos sangrar. Escruté las tinieblas hasta que mis ojos se convirtieron en dos ascuas, ardientes, ineficaces...

Creí percibir el deslizamiento de esquíes sobre la nieve. ¿Debía tirar una bengala? Si no había nada, no quería cubrirme de ridículo. Los convencionalismos tienen tanta fuerza que frente a ciertos dilemas, incluso mortales, se prefiere arriesgar la piel antes que sufrir una herida en el amor propio. El hombre está hecho así; que lo entienda quien pueda... Y, además, lanzar una bengala hubiese revelado mi posición a todo soldado ruso que estuviera en las cercanías, con su largo cuchillo a punto.

Después resonó un grito penetrante seguido de un rumor macabro. Simultáneamente, otra voz aulló:

—¡Socorro! ¡Iván me ha cogido! ¡Soc...!

La manera como esta llamada se interrumpió sugería una mano aplicada bruscamente sobre la boca del hombre atacado. Sentí que se me erizaban los cabellos de la nuca y cuando creí distinguir siluetas negras ya no vacilé. Lancé mis granadas y disparé una ráfaga de metralleta. Luego lancé las bengalas y, unos momentos después, todo el sector estaba iluminado.

Habíamos tenido nueve centinelas en la tierra de nadie. Seis no regresaron. Cinco aparecieron degollados. Del sexto no encontramos rastro.

Nuestro correo de Navidad no había llegado y cuando sonó la hora del nacimiento de Cristo, a medianoche justa, los altavoces rusos nos facilitaron en alemán la explicación de esta anomalía:

—¡Oíd, oíd, 27.º Regimiento Blindado! ¡Felices Navidades a todos! Si queréis vuestros paquetes y vuestros mensajes de Navidad, no os retengáis, venid a buscarlos. Los tenemos aquí, lo mismo que a vuestro cartero. Los hay para...

Siguieron los nombres de aquellos a quienes iban destinadas las cartas y los paquetes. Así que el orador hubo terminado la lectura de la lista, prosiguió:

—Camaradas del 27.º. Ahora os leeremos vanos párrafos de estas cartas, para que sepáis más o menos lo que ocurre en casa. He aquí, por ejemplo, un mensaje dirigido a Kurt Hessner... Querido Kurt, etc... Anoche hubo un bombardeo... Una bomba

destruyó... Nuestro padre está... Pesar tremendo, etc... Si Kurt Hessner quiere enterarse del resto de la carta, que venga, que le acogeremos con compasión.

Prosiguieron así leyendo pequeños fragmentos de cartas confiscadas, haciendo creer a cada uno que los suyos estaban muertos, heridos, mutilados, sin hogar, o bien muriendo de hambre. La ansiedad, la incertidumbre, hizo vacilar bastantes cerebros y, aquella misma noche, cinco hombres atravesaron la tierra de nadie para irse con los rusos y leer su correo.

Cuando amaneció, vimos a tres soldados soviéticos tendidos en la nieve, en las cercanías del agujero que yo había ocupado. Las huellas de esquíes se extendían, paralelas, a menos de un metro de su borde.

Un buen día, Porta se esfumó.

Quince de los veteranos más curtidos de la compañía solicitaron —obtuvieron— autorización para efectuar un reconocimiento en un intento de obtener alguna aclaración sobre esta extraña ausencia. El propio teniente Holler insistió en acompañarnos. Limitóse a quitarse todos sus galones y condecoraciones.

Empezamos por localizar los centinelas rusos. Después les caímos encima, lanzamos a su trinchera dos o tres granadas y luego la rociamos con los lanzallamas y las metralletas. En pocos minutos el asunto quedó zanjado. Tras lo cual emprendimos el camino de regreso llevándonos dos prisioneros, entre los que había un músico, un corneta. Así que les describí a Porta se pusieron a reír a carcajadas.

—Está completamente chiflado —explicó el corneta—. En este momento está compitiendo con nuestro comisario quien es el primero en rodar bajo la mesa. Quiere comprar un abrigo de piel de oso y una caja de vodka. Tiene cinco mil cigarrillos para pagar sus compras.

A nuestras preguntas ansiosas, el corneta repuso después que Porta había sido capturado por una patrulla.

Dos días más tarde, cuando llegó el relevo, seguíamos sin noticias de nuestro Joseph Porta, y empezábamos a deplorar sinceramente su pérdida.

Y después, al cabo de una semana, se presentó en nuestros cuarteles de descanso, a retaguardia, ataviado con un abrigo de pieles de oficial ruso y una cartera de cuero que parecía muy pesada.

—¡Bonito tiempo hace hoy!

No añadió nada más, pero nos sonrió con indulgencia mientras le rodeábamos boquiabiertos.

—Espero que no llegue tarde para la cena. Sería lastima porque he traído un poco de schnaps.

En su cartera había seis botellas de vodka, además de los cinco mil cigarrillos que tenía cuando se marchó.

—¡Los comisarios rusos no saben jugar a las cartas! —declaró con tono dogmático.

Y eso fue todo lo que consintió en decirnos sobre su extraña incursión por los dominios de Iván, de manera que no puedo facilitar ninguna explicación racional.

Seis botellas de vodka, un abrigo de oficial, nuevo de trinca, y una magnífica cartera de cuero.

¡Qué cosa más extraña es la guerra!

A causa de las graves perdidas sufridas por el 27.º Blindado, se husmeaba ascensos para nosotros, los veteranos. Al haber muerto el comandante, el Oberstleutnant Von Lindenau fue nombrado Oberst. El comandante Hinka pasó a Oberstleutnant, con las funciones de comandante de batallón, y Von Barring se convirtió en Hauptmann de nuestra compañía. El Viejo fue nombrado Feldwebel y su jefe de pelotón. Teníamos un nuevo tanque del tipo «Pantera», que en lo sucesivo sería el jefe de fila del pelotón número 3.

Porta debía ser ascendido a suboficial, pero negóse rotundamente. Hubo un jaleo memorable que, sin embargo, acabó por anegarse a gusto de todos.

—¡Está bien, especie de viejo simio pelirrojo! —gruñó él Oberstleutnant Hinka. No te nombraremos Unteroffizier, sino Stabsgefreiter. ¿Te parece bien?

Porta asintió. Un Stabsgefreiter es un soldado de primera clase, no un suboficial.

Stalin, nuestro gato, que poseía ahora su cartilla en miniatura, fue nombrado Obergefreiter, y cosimos los dos galones reglamentarios en la manga de su nueva guerrera. También él pescó una curda fantástica para celebrar dignamente su ascenso.

LA MUERTE SIEGA

—Bébetelo, Sven. Echa un buen trago... ¡Los muy cerdos! ¡Los bichos asquerosos! ¡Espera a que llegue el día en que podamos echarles la mano encima!

Porta quiso saber lo que había sucedido.

—Voy a leerte la carta —le dijo El Viejo—. Saca el schnaps, para que Sven pueda emborracharse y olvidarlo. ¡Y para que nosotros nos emborrachemos con él, vive Dios!

Desdobló la carta del padre de Úrsula:

Munich, abril 1943

Mi querido hijo:

Debo darte una noticia terrible. Te pido que la recibas con toda la serenidad posible, y que me prometas que no cometerás ninguna tontería cuando te enteres.

Nuestra querida Úrsula ha muerto. Los nazis la han asesinado. Cuando vengas a Munich te daré todos los detalles. Hasta entonces sólo puedo contarte lo esencial.

Un destacado Gauletier debía arengar a los estudiantes de la Universidad, pero su discurso fue interrumpido por una manifestación de hostilidad declarada. Numerosos jóvenes estudiantes fueron detenidos y entre ellos nuestra querida hija. Varios días más tarde comparecieron ante «el Tribunal del Pueblo» y fueron condenados a muerte. Cuando se pronunció la sentencia Úrsula contestó: «Se aproxima el día en que vosotros, nuestros jueces y acusadores, ocuparéis a vuestra vez el banco de los acusados, mientras que nuestros camaradas serán vuestros jueces. Y estad seguros de que, ese día, también vuestras cabezas rodarán bajo el hacha».

Esto replicó a sus jueces nazis y el tiempo le dará la razón si es que aún queda justicia en el mundo.

Pude visitarla la víspera de su asesinato y me pidió que te dijera que moriría con tu nombre en los labios y la certidumbre de encontrarte algún día en el cielo, y que rogaba a Dios para que te diera fe.

Su valor impresionó a los guardianes de la prisión, que durante los últimos días le llevaron una serie de cosas prohibidas, pese a que ella rehusara aceptar el más pequeño favor de los hombres que llevaban el uniforme aborrecido.

Un amigo mío fue testigo de la ejecución de aquéllos jóvenes y me dijo que habían cantado varias canciones prohibidas, que los demás prisioneros coreaban inmediatamente desde todas las ventanas de las celdas. Ni los golpes ni las amenazas pudieron reducirlos al silencio, y cuando el último hubo sido ejecutado, toda la cárcel gritó: ¡Venganza, venganza!, y empezó a cantar *Wedding Rojo* ^[2].

Quema esta carta así que la hayas leído. Te la envío por mediación de un viejo amigo que debe ir al frente hacia el sector de tu regimiento. Adjunto un medallón con la foto de Úrsula y un mechón de sus cabellos.

Mi querido yerno, la mamá de Úrsula, cuyo corazón está destrozado para siempre, y yo, te pedimos que nos concedas tan pronto como nos sea posible, él consuelo de conocerte. Te consideramos como nuestro propio hijo y nuestra casa será tuya. Te abrazamos afectuosamente y deseamos que todo siga saliéndote bien hasta el final. ¡Ojalá podamos verte aquí muy pronto!

De todo corazón.

Cuando *El Viejo* hubo terminado de leer, reinó un prolongado silencio mientras que la oscuridad se acentuaba en la sala del chalet semiderruido. Yo me estremecía

incesantemente, porque veía la cabeza de Úrsula caer en el cesto lleno de serrín, la sangre surgir a chorros del cuello seccionado, ensuciando sus maravillosos cabellos negros y sus ojos abiertos de par en par, fijos, inexpresivos, contemplando ese cielo en el que ella había creído. Veía el último sobresalto de su cuerpo cálido y dulce, su caída anónima en alguna fosa común.

¡Oh, de sobra sabía cómo había sucedido! Había asistido tantas veces a tales espectáculos que conocía todos sus detalles.

Antes de que mis compañeros pudieran impedírmelo, quité el seguro de mi revólver y pulvericé el crucifijo de madera y la efigie de la Virgen fijos en la pared. Después me llevé a los labios una botella apenas empezada y la vacié sin respirar. *El Viejo* trató de calmarme, pero estaba loco, loco furioso. Tuvo que atontarme de un puñetazo en la barbilla.

Cuando recuperé el conocimiento, seguí bebiendo. Bebí como si nunca en mi vida hubiese bebido. Durante días enteros no salí de la borrachera. Apenas me despertaba cogía la botella y bebía hasta volver a caer embriagado por completo. Finalmente, *El Viejo* consideró que la comedia había durado bastante. Él y Porta me cogieron, me sacaron al aire libre y me metieron en el abrevadero de la granja, hasta que recuperé un asomo de lucidez. Durante los días siguientes, no me dejaron ocioso ni un solo segundo. Cuando por la noche me iba a acostar, estaba agotado y lleno de cardenales, y así que me despertaba por la mañana volvían a lanzarme al agua fría del abrevadero. Consiguieron sacarme de mi estupor. Progresivamente, mis ideas se aclararon. De nuevo estaba verdaderamente lúcido. Frío como un cadáver. De hecho, era un cadáver.

Me convertí en cazador de hombres. Pese a toda mi lucidez, estaba loco. Pasé muchas horas al acecho, en la trinchera, con la carabina de precisión con visor telescópico, complaciéndome en matar a los rusos en sus propias trincheras. Cada vez que veía a uno de ellos saltar por el aire con una de mis balas en el cuerpo, experimentaba una especie de placer. Un día, Von Barrington me sorprendió en esta ocupación. Le descubrí de repente. Ignoraba cuánto rato hacía que me observaba. Me puse a reír y le dije que había derribado a siete en media hora. Sin una palabra, me confiscó la carabina y se marchó. Lloré como un niño a quien acaban de quitar su juguete favorito y, durante mucho rato, permanecí allí, inmóvil, con la mirada perdida. Naturalmente, Von Barrington tenía razón.

Recuerdo el día siguiente con perfecta claridad. El furriel estaba llenando de sopa mi escudilla —sopa de vaca vieja— cuando resonó una explosión, muy próxima, y algo ardiente me golpeó la pierna. Bueno, ya sólo tienes una pata, pensé con una indiferencia total. Pero no experimentaba ningún dolor y seguía estando en pie. Era la mitad de un cuarto trasero de la vieja vaca lo que la explosión me había lanzado entre las piernas. La cocina estaba hecha añicos y cinco o seis cadáveres yacían bañados en

su sangre y en la sopa esparcida.

Me eché al hombro el pedazo de carne y me reuní con los compañeros, que inmediatamente organizaron un banquete.

—La desgracia de unos hace la dicha de otros —observó Porta filosóficamente.

En mi lugar, todos hubiesen reaccionado lo mismo que yo: recogiendo el cuarto de vaca y marchándose a festejarlo con los compañeros. No fue el cinismo lo que me impidió socorrer a los heridos, sino la guerra. La guerra es así. Había personal especializado para cuidar o rematar, según los casos, a los muchachos heridos. Aparte de sus compañeros más íntimos, el soldado en guerra no conoce a nadie.

La primavera nos trajo de nuevo el jaleo. Campos y caminos estaban ya suficientemente secos y firmes para esta clase de actividad.

La botella de vodka pasa de boca en boca por última vez. *El Viejo* me mete entre los labios un cigarrillo encendido y aspira golosamente el humo, con la frente oprimida contra el visor de caucho de mi periscopio.

—¡Orden a todos los carros! ¡Abran fuego!

Y el infierno tumultuoso renace de sus cenizas. El calor se hace intolerable en el interior del tanque. Nos lanzamos como una avalancha hacia las trincheras rusas. La estepa rebosa de carros incendiados, volcanes diminutos que lanzan su humareda negra hacia el cielo sonriente. Los blindados no hacen prisioneros. Aplastan y matan. Ya no somos seres humanos, sino autómatas que efectúan los varios movimientos condicionados por las diversas combinaciones de sus lámparas y sus engranajes.

Contraofensiva de los T-34. Ya no se trata de exterminar a la infantería en la retirada. Ahora hay que combatir para salvar la propia vida. La torreta gira, apunta su largo cañón. Los obuses llueven sobre el T-34 amenazador.

Estoy al borde de la asfixia. Unas tenazas invisibles me aplastan lentamente la cabeza y el pecho. Dentro de un momento no podré resistir ya más. Abriré la escotilla de la torreta y saltaré como un diablo fuera de este horno ambulante. Un estrépito ensordecedor. El tanque se estremece, se detiene con una última sacudida. Una llamarada roja y azul surge de uno de los costados del monstruo de acero. Como en sueños, veo a Plutón y a Porta saltar a tierra por la escotilla anterior y a Stege lanzarse por la escotilla lateral. Todo esto sólo ha durado un segundo. Después vuelvo a ser yo mismo, yo, el autómata bien regulado, y a mi vez abandono el tanque de un brinco inverosímil.

Llamas colosales envuelven el vehículo. Y, bruscamente, se hincha como un globo, estalla lanzando esquirlas de acero enrojecido.

Regresamos a nuestra unidad encaramados en otro carro. *Stalin* está a buen recaudo bajo el brazo de Joseph Porta. Su pelambrera está un poco chamuscada, pero no lo bastante para contrariarle. A nuestra llegada, lame su vodka con satisfacción

evidente.

Vamos a Dniepropetrovsk a buscar tanques nuevos. Dos días más tarde, estamos otra vez en pleno ajetreo, que prosigue sin interrupción y sin calma, pese a que dura ya hace diez días. Todas las fuerzas disponibles son lanzadas al combate y consumidas rápidamente. Las reservas llegan de retaguardia, en columnas interminables, y desaparecen al alcanzar el frente. Como el carbón en el hogar de una caldera.

De Senkow, antaño poblado, ahora brasero, surge un T-34 a toda velocidad. Rápido como un rayo, el autómatas que soy, enfoca y apunta. El vencedor es el que lanza el primer disparo. Apunto al collar de rodamiento, en la base de la torreta. Es el punto débil de la coraza de los T-34. Las cifras del periscopio bailan ante mis ojos. Luego, los puntos opuestos del mecanismo de puntería coinciden, y casi simultáneamente dos obuses surgen del morro del cañón. La torreta del T-34 vuela por los aires. La tripulación no tiene tiempo de abandonar el aparato. Todo estalla. Uno más en nuestra lista de caza.

Combates furiosos, encarnizados, entre las casas llameantes. Atrincherada en una de ellas, una ametralladora rusa dispara contra nuestra infantería. Porta hace girar nuestro tanque. Una nube de ladrillos y de yeso vuela en todas direcciones, mientras aplastamos la fachada. Los rusos se aprietan contra la pared opuesta, locos de miedo. Nuestra ametralladora los derriba, nuestras cadenas los convierten en papilla. Volvemos a salir en medio de una nube de polvo y de cal. Varios cadáveres más en nuestra lista de caza.

Un poco más lejos, una docena de soldados tratan de esconderse. Se tienden en el suelo, nos ven, se incorporan y corren hacia la casa más próxima. A uno de ellos se le mete el pie en un agujero. Antes de que pueda sacarlo surge como una papilla sangrienta de debajo de nuestras cadenas. Un hombre más en nuestra lista de caza.

Lamentable cosecha para los autómatas que somos.

Derribamos los árboles, pulverizamos las paredes, aplastamos hombres en uniforme caqui. Ha de haberse estado en el interior de un tanque alcanzado por un proyectil para saber lo que es un impacto. El cañón, demasiado mezquino para nuestro blindaje, que trata de destruirnos, está atrincherado junto con sus sirvientes, detrás de una pared de gruesas piedras.

—¡Una rociada del lanzallamas y un obús especial de postres! —ordenó *El Viejo*.

Preparo apresuradamente el lanzallamas y el obús especial de calibre 105 alcanza el cañón al mismo tiempo que la lengua de fuego. Cuando pasamos por allí tres minutos más tarde, sólo queda una masa atormentada, negra, irreconocible, sobre la que aún bailan algunas llamas.

Adelante, adelante, adelante. La hierba no vuelve a crecer por donde han pasado

los tanques. Cuando se ha asistido a las hecatombes de aquella primavera de 1943, uno se da cuenta de hasta qué punto la calavera es el emblema que más cuadra a las divisiones blindadas. De vez en cuando, debemos efectuar una pausa para reabastecer nuestros depósitos y nuestros pañoles de municiones. También para revisar rápidamente nuestros motores. Todo carro que sufre una avería durante una batalla se encuentra, en menos de tres minutos, convertido en un colador.

Los rusos nos oponen importantes formaciones de T-34, poderosos, rápidos, de una capacidad de maniobra sorprendente. Sólo con nuestros tipos de carros más modernos, «Pantera» y «Tigre», podemos resistir su desafío. La infantería rusa y alemana se mantiene aparte durante esa gigantesca batalla de acorazados terrestres, la mayor batalla de blindados de este segundo conflicto mundial. Cae la noche, pero pese a las pérdidas espantosas de hombres y de material, el combate prosigue en la estepa ucraniana. Unas horas de sueño, mientras los equipos de avituallamiento llenan depósitos y pañoles. Luego, los abastecedores nos sacuden, nos empujan, apenas despiertos hacia nuestro tanque, nos ponen nuestro equipo, nos ayudan a trepar a la máquina. Veo vagamente como un *Feldwebel* entrega *Stalin* a Porta. Después el motor arranca con su rugido habitual.

Cuando, después de otros cuatro días de batalla, renace por fin la calma, el 27.º Blindado ha dejado prácticamente de existir. Los restos retorcidos de nuestros carros jalonan la estepa. Todavía nos quedan dos. De cuarenta. Y dieciocho supervivientes. De cuatrocientos. La mayoría de las tripulaciones han ardido dentro de sus máquinas. Por todas partes en cuatro o cinco kilómetros de profundidad, arden también los T-34.

Los que han escapado de la muerte, más o menos quemados, más o menos mutilados, tienen por delante meses, tal vez años, para aullar de dolor.

Nuevos tanques, nuevas tripulaciones llegan cada noche. Los carros aún utilizables deben estar prestos para servir, con los de los otros regimientos. De los otros residuos de regimientos. Tratamos de dormir cada vez que se presenta la ocasión, con la cabeza apoyada en la culata de un cañón, en el visor de un periscopio. Al día siguiente, la batalla de tanques se reanuda, y así sucesivamente. Durante días y más días.

Los batallones de reserva estacionados en Alemania, los almacenes establecidos en los países ocupados, siguen volcando día tras día una corriente continua de carne fresca, de hermosa carne de cañón, en su mayoría muchachos de diecisiete a dieciocho años, con seis semanas de instrucción a sus espaldas. Saben hacer el ejercicio y saludar marcialmente, y caen como moscas sin haber hecho nada más. Hay también hombres de cincuenta y más años, salidos de los campos de concentración. Hitler rebaña el fondo de sus cajones, y también los hospitales deben suministrar su tributo: heridos febriles, escuálidos, anémicos y pálidos, declarados aptos de un día para el otro. Todo pasa por la enorme máquina de triturar carne.

Incluido los vendajes.

En Kubiansk, junto al Holkol, duelo entre un T-34 y nosotros. Dos disparos a quemarropa. Pero el tanque ruso se incendia inmediatamente, decapitado de su torreta, en tanto que nosotros nos libramos con cinco eslabones de la cadena y dos rodillos rotos. Sin embargo, es una situación grave, porque la compañía inicia un repliegue, lo que significa que quedamos librados a nuestros propios recursos a retaguardia de las líneas rusas.

Nos ocultamos entre la maleza hasta la caída de la noche, y entonces empezamos a sustituir los eslabones arrancados de la cadena, así como los dos rodillos defectuosos. Labor fantástica, capaz de volver loco a gente menos aguerrida que nosotros, porque incesantemente hemos de vigilar la hilera ininterrumpida de tanques rusos que pasa por la carretera a menos de cien metros de allí. Hacia medianoche, el tanque está a punto de marcha, pero debemos esperar una oportunidad. Porta y yo permanecemos al descubierto, en la torreta, tocados con gorros rusos, dispuestos a contestar en ruso a cualquier pregunta indiscreta. Hemos tapado con barro nuestros signos distintivos.

En el momento propicio, arrancamos siguiendo la estela de tres T-34. Kilómetro tras kilómetro, nos acercamos a la línea de fuego. Allí, nuestros tres colegas se desvían hacia un poblado y nosotros seguimos hacia delante, a toda marcha. Hay un obús en el interior de nuestro cañón, presto a fulminar al primero que trate de interceptarnos, y Stege no perderá tiempo en lanzar unos cuantos más a continuación del primero. Ametralladoras y lanzallamas escupirán también a la primera alarma. Pero llegamos a nuestro regimiento sin contratiempos.

Al amanecer, nos lanzan en pos de varios T-34 y KW-2 que han perforado nuestras líneas y siembran el desorden en nuestra retaguardia. Ya han desorganizado todo un batallón que descansaba en Isium, y se portan como osos salvajes escapados del zoológico.

Como sabuesos, seguimos las huellas características, más anchas que las nuestras, dejadas por los tanques rusos. Desde lo alto de una loma los descubrimos, junto a un poblado que, según el mapa, debe ser Svatov. Tres T-34. Los KW-2 están sin duda divirtiéndose en otro sitio. Así que han desaparecido entre las casas, descendemos la colina, rodeamos un estanque y un bosquecillo que tal vez nos permita acercarnos sin que nos descubran. Nuestro segundo tanque toma posición tras un largo edificio, una escuela o algo semejante, y se queda inmóvil, emboscado. Entonces, nosotros nos lanzamos. Enfrente aparecen dos T-34.

El Viejo se me acerca a rastras, se asegura de que el cañón está bien apuntado, porque un golpe en falso, en estas condiciones, nos condenaría a muerte. ¡Fuego! La culata retrocede hacia Stege, quien introduce el segundo proyectil. La torreta gira. Tengo el segundo T-34 en mi periscopio. ¡Fuego! A esta corta distancia, el obús

arranca literalmente la torreta del carro ruso. Los dos T-34 arden cuando nos metemos entre la maleza para volar en socorro del compañero que, a creer por la violencia de los disparos, debe de encontrarse en apuros.

Sin embargo, aún no hemos recorrido doscientos metros cuando tropezamos con uno de los KW-2, que son enormes masas de noventa toneladas, armados con cinco ametralladoras, un lanzallamas y un cañón de ciento cincuenta milímetros colocado en una gigantesca torreta. Éste se ha detenido en plena calle principal del pueblo y lanza ráfagas de ametralladora al azar, rociando las casas circundantes para divertirse. Su cañón de grueso calibre suelta igualmente un proyectil de vez en cuando, y su paso hace zumbir nuestros oídos como un viento violento.

Stegé introduce un obús «S» en el cañón; es el único tipo capaz de perforar la espesa coraza del KW-2. Con una gran llamarada, el obús parte hacia su destino. Horror, he apuntado demasiado bajo. El obús ha estallado en las cadenas del monstruo. Porta y *El Viejo* me lanzan las injurias más groseras de su repertorio, y la torreta del mastodonte gira lentamente hacia nosotros. A Dios gracias, la torreta de un KW-2 no se maneja como una peonza.

—¡Tira, vive Dios! —vocifera *El Viejo*—. ¿Qué esperas?

El segundo obús estalla un poco más alto, en mitad del costado del tanque. La torreta se inmoviliza, luego vuelve a girar.

—¡Porta! ¡Toda la goma, por Dios!

El Viejo me arranca el aparato de puntería y se instala en mi sitio. En un santiamén desplaza la torreta, apunta el cañón. Cinco obuses seguidos. Una explosión enorme sacude el monstruo, que, cosa extraña, no se incendia, pese a que su torreta ha quedado arrancada. Tres hombres surgen de las entrañas del titán vencido. Nuestras ametralladoras los derriban. *El Viejo* obsequia al KW-2 con una pareja de obuses «S» suplementarios, y por fin se produce la apoteosis de llamas y de humo.

Transcurre el día. Cuando llega la noche estamos sin tanque y hemos de regresar a nuestras líneas en el vehículo de Von Barring. Setenta y dos horas después, tras ocho días de combate ininterrumpido, los vestigios de nuestro regimiento, muchas veces reformado, son retirados de la batalla y enviados generosamente a descansar en el pequeño poblado de Achtyrka...

Tal vez ciertas personas encuentren este resumen de la batalla excitante y romántico. Todo duelo con la muerte resulta dramático, esto es un hecho, y te transporta más allá de ti mismo, de la vida cotidiana. Pero uno puede enfrentarse a la muerte de muchas otras maneras que haciendo la guerra. Por ejemplo, tratando de salvar otras vidas. El efecto «liberador» será mucho menos discutible y el objetivo más conforme con el sano juicio.

Sólo unos pocos viciosos encuentran la guerra excitante y romántica. A los ojos de la mayoría, no es más que la realidad: suciedad, barro, sufrimiento, miedo,

monotonía. La guerra es un mal sistema de alcanzar las cumbres de la existencia humana. Te deja decepcionado, vacío. Y, cuando regresas, en seguida descubres que no tenías ningún objetivo, que lo has hecho todo por nada y que has perdido contacto con lo que era tu vida. Te has vuelto inestable, según la expresión consagrada. Ya no se tiene seguridad, equilibrio interior. Y eso tanto si resultas vencido como vencedor. ¿Tal vez incluso la tragedia es aún más grande para el vencedor? Ha obtenido, la victoria, pero, ¿sobre quién y con qué intención? Lo que tiene ante sí carece de pies y cabeza. En principio, cuando menos, había tenido fe en alguna verdad elemental. Pero al surgir del envoltorio de palabras altisonante, con que se la habían presentado al principio, se ha vuelto tan compleja, tan rica en apéndices tentaculares apuntando en todas direcciones, que es totalmente incapaz de reconocerla.

Después que los rusos fueron rechazados hasta Bielgotod, en el Donetz, la ofensiva de primavera alemana se detuvo, ahogada en sangre, y desde el océano Ártico hasta el mar Negro, todo el frente se estabilizó. E incluso la aviación permaneció inactiva.

Fue un verano magnífico.

—Para empezar —dijo Porta—, me haría instalar un cuarto de baño, con una ducha concebida de manera tal que el agua cayese como suave lluvia veraniega sobre mi cuerpo de nácar; y cuando ya estuviera harto de la lluvia, un equipo de hermosas muchachas curvilíneas me recogería para llevarme a uno de mis treinta y siete dormitorios. Todas estarían locas por mí y se relevarían amablemente para hacerme compañía y jugar con mi servicio de tres piezas. Después vendría el equipo siguiente, igualmente variado, igualmente delicioso, que me traería un centenar de pipas llenas con los tabacos más finos del mundo. Las vírgenes —al menos las que aún lo serían— encenderían mis pipas y las pondrían a mis labios, para que yo pudiese fumar, extendido, sin tener que mover ni un miembro. Todas mis huríes irían perfumadas con esencia de violeta. Cuando expresara él deseo de comer, me cortarían los alimentos en pedacitos fáciles de tragar, y soplarían alternativamente los platos demasiado calientes. Los que necesitasen ser masticados, ellas lo harían primero para que yo no tuviese que gastar mis energías en inútiles actividades físicas.

—Y supongo que el equipo siguiente estaría encargado de limpiarte el trasero cuando fueses al retrete —preguntó El Viejo con el mismo tono refinado.

—¿Habéis leído la última carta de Asmus? —intervino Plutón—. Si es cierto la mitad de lo que dice, estoy dispuesto a que me corten en seguida un brazo y las dos patas. Además, dice que desde hace tiempo ya no le duele. Pero, ¿os dais cuenta? ¡Puré, jamón y dos huevos los domingos! No cabe duda, ¿eh? ¡Los heridos son los que han encontrado el filón!

—Sí. ¡Vaya suerte la de ese Asmus!

PAZ POR SEPARADO

Los rusos nos rociaban con octavillas y panfletos de propaganda. Uno de ellos afirmaba que el Führer había muerto y que Stalin estaba gravemente enfermo. Hitler había sido asesinado la semana anterior por un general antinazi, pero sus acólitos guardaban celosamente el secreto de su muerte, en tanto que el Politburó ocultaba no menos cuidadosamente la enfermedad de Stalin. El panfleto terminaba con el llamamiento siguiente:

Soldados de los Ejércitos y de las Flotas rusas y alemanas, uníos para edificar codo a codo una Rusia y una Alemania libres. Volved vuestras armas contra vuestros verdaderos enemigos, los SS y las ratas de la Gestapo, los asesinos que guardaban las prisiones en Alemania y que procuran prolongar la guerra, los monstruos que quieren la guerra. ¡Soldados alemanes, libraos del yugo de la esclavitud! No esperéis a que sea demasiado tarde. ¡Y vosotros, soldados de la santa Rusia atávica, matad sin piedad a los comisarios, y a los hombres de la G.P.U.! ¿Por cuánto tiempo seguiréis dejándoos conducir por esos brutos que violan a vuestras mujeres, a vuestras hermanas, a vuestras novias, mientras vosotros derramáis vuestra sangre en el frente? ¡Soldados de los Ejércitos rusos y alemanes! ¡Terminad estos combates fratricidas y volveos, dirigid vuestras armas contra los asesinos de las SS y de la G.P.U.!

EL EJÉRCITO DE LA LIBERTAD

Este panfleto fue objeto de discusiones apasionadas. Estábamos dispuestos a aceptar cualquier declaración, por dudoso que fuera su origen, con tal de que anunciara la muerte de Adolfo y la llegada del gran ajuste de cuentas. Para nosotros la revolución era inminente, y la idea de un fracaso ni siquiera se nos ocurría.

—Ante todo —dijo pensativamente Porta—, habrá que limpiar un poco todo este barullo para devolver a Iván algo un poco limpio. Desescombrar las calles, amontonar los ladrillos, para que no tenga que tirar el fusil y coger la paleta. Reconstruir algunos puentes, también, para que no tenga todo tan mal aspecto cuando nos vayamos...

—¿Y en casa? —preguntó *El Viejo*, sarcástico—. ¿Quién crees tú que va a encargarse de amontonar nuestros ladrillos? ¿Los ingleses y los americanos?

—¡No hay que ser tan pesimista! —replicó Porta con tono convencido—. No falta mucho para que nos pongamos de acuerdo con Iván y les enseñemos a vivir. Pero después será preciso que nuestros aviadores vayan a limpiar lo que han estropeado. Es lo justo...

Plutón habló de Francia y de todos los demás países en los que habíamos ocasionado enormes destrucciones, que habría que reparar. Porta reflexionó un momento.

—Sí, en lo futuro próximo no nos faltará trabajo, pero hay algo seguro: los oficiales, los generales, todos los mandos, a limpiar y a desescombrar con la pala en la mano. Goebbels, Goering, Adolf, Himmler, Rosenberg y el resto de la pandilla, a

limpiar el ghetto de Varsovia. ¡Que lloren lágrimas de sangre...!

Estas bellas ilusiones sólo duraron pocos días. La guerra proseguía y su final no estaba a la vista. Transformada en batallón de infantería, nuestra unidad iba a relevar al 14.º de Cazadores, a orillas del Donetz. Este «relevo» tuvo lugar en medio de una gran calma. Ni un disparo turbaba la cálida quietud de la noche.

Encaramado en la mochila de Porta, con su nuevo uniforme de tela blanca, *Stalin* mostraba la expresión satisfecha del viajero que saborea intensamente los múltiples descubrimientos de la existencia cotidiana. *Stalin* era el único *Obergefreiter* de todo el Ejército alemán que llevaba en Rusia el uniforme tropical, pero el *Kommandofeldwebel* había extendido la oportuna autorización en la cartilla de modelo reducido que el felino llevaba, según el reglamento, en el bolsillo superior derecho de su guerrera. Los soplonos nada tenían que hacer. Todo estaba en regla en la situación militar del *Obergefreiter Stalin*, del 27.º Blindado, 51.ª Compañía.

A nuestra llegada, los hombres del 14.º de Cazadores nos hicieron esta recomendación:

—¡Sobre todo, no tiréis contra Iván! ¡Son unos tipos de primera! Nos entendemos de perilla...

¿Les habría reblandecido la sesera el sol ruso?

Pero apenas se había levantado ese famoso sol cuando la fiesta empezó en casa de Iván. Gritos, risas y canciones alegres. Sólo al oírlas, en seguida se comprendía que no engendraban melancolía. Después, varios de ellos aparecieron sobre el parapeto de sus trincheras, nos gritaron «¡Buenos días!» y «¡Hola, muchachos!»; nos preguntaron muy cortésmente si éramos los nuevos, si habíamos dormido bien y si su perro no nos había molestado mucho ladrando a la luna. Un momento después, salieron todos de su trinchera, completamente desnudos, corrieron hacia la orilla opuesta del Donetz y se lanzaron de cabeza hacia sus límpidas aguas, mientras nosotros les contemplábamos con ojos desorbitados.

Desde el río nos llamaron chillando y mojándose entre sí:

—¡No perdáis tiempo! ¡Hoy está formidable!

Con el tiempo justo para quitarnos la ropa, todos nos lanzamos, con Porta en cabeza, hacia el agua tentadora. *Stalin* participaba en la fiesta y los rusos estuvieron a punto de ahogarse de risa cuando se enteraron de que nuestro minino se llamaba Josep Vissarionovitch Stalin.

—¡He aquí cómo yo entiendo la guerra! —nos vociferó un suboficial soviético.

Sobre aquello estábamos todos de acuerdo, y lanzamos tres hurras por Rusia. Los rusos, desde luego, lanzaron a continuación tres hurras por Alemania.

El Viejo exultaba, con los ojos trinantes de placer.

—¡Esto es la caraba! ¡Cuando lo expliquemos en casa, nos tratarán de mentirosos!

El día nos reservaba muchas otras sorpresas. Había, por ejemplo, un acuerdo con los rusos. Ellos disparaban varios obuses cada tarde, entre las cuatro y cinco y media, en tanto que nosotros disparábamos los nuestros entre las tres y las cuatro y media. Todos los proyectiles caían, modosamente, en la tierra de nadie. Esto no causaba daño a nadie y los generales estaban satisfechos. Cuando disparábamos la ametralladora o la carabina, era al aire, cual correspondía. Un cohete rojo con cuatro estrellas significaba que los rusos tenían a un jefe de visita y que tendrían que acosarnos un poco. Un cohete verde señalaba el fin de la inspección. De esta manera teníamos toda clase de señales que contribuían a hacer agradable la existencia de todos y cada uno, y, naturalmente nos visitábamos, nos invitábamos mutuamente a cenar y a beber vodka. El trueque y los negocios funcionaban a toda marcha: *schnaps*, tabaco, conservas, armas, mantas, relojes, diarios y revistas. Las ilustradas iban muy buscadas, y cuando encontrábamos fotografías especialmente interesantes, íbamos a pedir a los rusos la traducción de los textos y los pies. Y a la recíproca, desde luego.

Cuando estábamos en nuestros cuarteles de Achtyrka, teníamos desgraciadamente el deber de instruir a los reclutas que seguían llegando de Alemania. Instruir reclutas es un trabajo pesadísimo, sobre todo cuando no se ve para qué puede servir.

Nuestro mejor golpe fue el del camión de donde birlamos dieciocho botellas y un barril de cincuenta litros de excelente coñac francés. Con esta base asegurada, organizamos un banquete. Treinta huevos, tres pollos, cinco kilos de patatas, ciruelas y tomates enlatados sólo nos costaron cinco botellas de coñac. Rellenamos los pollos con las ciruelas, los tomates y muchas otras cosas, rociamos el conjunto con una botella de coñac, cocimos y catamos. Ñam, ñam... (Comentario personal de *Stalin*.)

Otro día, Porta pidió prestado el caballo de uno de los cosacos del regimiento de voluntarios que combatían a nuestro lado. Como Porta nunca había subido a caballo, el penco acabó con el cuello roto. El cosaco nos buscó jaleo, pero le atamos junto con su caballo muerto en una balsa que la corriente del río que atravesaba el pueblo se llevó suavemente.

Hubo también la caza del gato. Un gato detestable que robaba las gallinas a uno de nuestros compañeros rusos. Porta organizó expertamente la expedición. El gato salió indemne, pero cuando terminó la caza, al acabarse las municiones adecuadas, Porta se había cargado un perro y tres gallinas, herido una vaca y una cabra y agujereado de un balazo el sombrero del propietario del gato. Nuestro compañero ruso le consoló diciéndole que se trataba de un gato verdaderamente muy, muy difícil de alcanzar.

Una noche birlamos una marrana de doscientos kilos al 89.º Regimiento de Artillería, acantonado en la población vecina. Después de aquello, comimos manteca hervida durante días y más días, sentados en las letrinas jugando a los naipes y

bebiendo vodka.

Y la historia de los dientes de Porta... Uno de ellos le dolía mucho desde hacía tiempo, pero Porta no se atrevía a ir al dentista. Habíamos probado el viejo truco que consiste en atar el diente al pomo de una puerta, mediante un hilo, y luego cerrar violentamente la puerta, pero el hilo se había roto. Un día, *El Viejo* encontró unas tenazas usadas. Atamos a Porta y *El Viejo* arrancó el diente deteriorado. Por mala suerte, no fue el que correspondía. Arrancó también el otro molar, lo que sólo dejó a Porta con un único incisivo negro. Pero *El Viejo* declaró que sería absurdo detenerse a medio camino, y lo arrancó igualmente, antes de que soltáramos al «paciente» vociferante.

Tuvimos que mantenerlos separados bastantes días, pero finalmente Porta obtuvo su desquite. Consiguió atar al *Viejo*, por sorpresa, le descalzó, le ató los pies a dos postes, se los frotó con sal gruesa y después invitó a dos cabras a aquel banquete particular. Mientras *El Viejo* bramaba, sollozaba y se reía convulsivamente, Porta bebía tranquilamente cerveza, y nos prohibía que nos aproximáramos con ayuda de un largo látigo cosaco.

¡Sí, fue un verano magnífico!

Muy lejos, en Prusia Oriental, había un gran conciliábulo de todos los comandantes de cuerpo de ejército alemán. Allí había Generaloberst y Generalfeldmarschall con hermosos pantalones bien planchados y orlados de rojo. La trencilla dorada de sus hermosos cuellos rojos rivalizaba en brillo con los diamantes de esas cruces de caballero que suelen colgar del cuello de esos apuestos caballeros... Con el monóculo en un ojo, estudiaban los inmensos mapas del inmenso frente, y se pasaban horas desplazando banderitas multicolores montadas en alfileres. Cada banderita representaba una división de dieciocho a veinte mil hombres que ellos desplazaban entre el pulgar y el índice. Destacar ante el pequeño Führer histérico, ser objeto de su satisfacción significaba siempre más poder, más honores, más gloria.

«... y os pido que transmitáis mi saludo a los millares de hombres a quienes corresponderá la gloria de morir luchando por la patria y el honor de nuestro Ejército».

Así habló nuestro comandante de cuerpo a los comandantes de la división de que formaba parte nuestro 27.º Regimiento Blindado. Después, el orondo asesino en masa, con medallas, con monóculo, lleno de dorados, saludó con aire marcial y regresó a su cuartel general. Lejos, muy lejos de primera línea, mientras los comandantes de división se dirigían a sus propios cuarteles generales divisionarios para preparar la ofensiva, a fin de que los cerdos con medallas, con monóculo, con dorados, pudiesen seguir jugando ante sus hermosos mapas de estado mayor con las banderitas, los lápices y los alfileres.

GLORIOSO DESTINO

—¡Fuera, fuera! —aulló *El Viejo*—. ¡Moveos, vive Dios! ¡Es el final del 27.º Blindado!

Veinte minutos más tarde, nuestros seiscientos tanques no eran más que seiscientas masas de chatarra retorcida y abrasada por el fuego. Después llegó en su auto el coronel Von Lindenau, echó una ojeada a los carros destruidos y dijo, con tono cansado:

—Todos los hombres útiles deben replegarse a nuestras antiguas posiciones. El 27.º Regimiento ya no cuenta, ahora que la Luftwaffe lo ha convertido en papilla.

Porque los aviones habían sido nuestros. A consecuencia de no sé qué confusión

deplorable, habíamos sido bombardeados en picado por nuestros propios «Stukas».

Varios días después estábamos de nuevo en el jaleo, con nuevos tanques y nuevas tripulaciones traídas apresuradamente de Karkov.

Fue en aquel momento cuando descubrí con horror profundo hasta qué punto la guerra puede envenenarte el espíritu.

Siempre he detestado la guerra, y sigo odiándola; y, sin embargo, hice lo que nunca debía haber hecho, lo que odiaba y condenaba, y siempre lamentaré haberlo hecho y nunca comprenderé cómo pude hacerlo...

Por mi periscopio veo a un soldado ruso que salta de un agujero y se lanza elegantemente hacia el cráter siguiente. Automáticamente, le apunto y le lanzo una corta ráfaga de ametralladora. Las balas remueven la tierra a su alrededor, pero ninguna le toca. Al acercarse nuestro tanque, sale del segundo agujero y alcanza el siguiente, corriendo como una liebre. De nuevo las balas hacen hervir la tierra a su alrededor. Plutón participa también en la partida pero tampoco le da. Riendo hasta llorar Porta levanta a *Stalin* hasta una de las mirillas de observación, para que pueda gozar del espectáculo.

El soldado ruso debe de estar medio loco de terror, porque ahora corre describiendo círculos. Nuestras ametralladoras disparan. ¡Sigue corriendo! Imposible. Y, si, embargo, cierto.

El Viejo y Stege ríen casi tan sonoramente como Porta, y Stege exclama:

—¡Válgame Dios, no seréis capaces de cargaros a este tío!

El sujeto acaba de zambullirse en otro cráter. Apunto el lanzallamas y lanzo un chorro de fuego a ras del suelo. Luego me vuelvo hacia *El Viejo* y digo riendo:

—Si después de esto se levanta...

—¿Tú crees? —replica *El Viejo*—. Mira por el periscopio.

Nunca he visto cosa semejante. Negro de grasa, pero indemne, el soldado corre con nuevos ánimos y se mete en una casa. Porta, Stege, Plutón y *El Viejo* ríen con todas sus fuerzas. Ahora se ha convertido en una cuestión de honor para mí el suprimir a aquel pobre diablo. Rocío la casa hasta que se incendia...

Cuestión de honor. ¿Cómo pude hacer tal cosa? ¿Cómo pude encarnizarme en un hombre para satisfacer mi amor propio, mi vanidad?

Pero lo hice, y siempre tendré remordimientos. La guerra, con su estrépito, sus llamas, sus asesinatos rutinarios, me había podrido insidiosamente, envenenado como a los otros.

Incluso el nazi más fanático debía admitir que la gran ofensiva alemana era un fracaso, porque preparábamos un repliegue de gran envergadura. Un último esfuerzo sobrehumano se hacía en todo el frente para tratar de invertir, *in extremis*, la suerte de las armas. Nuestra compañía llegó hasta Biriutsk, sorprendió a una unidad de caballería en reposo, y la aniquiló. A quemarropa en pocos minutos, transformamos

hombres y caballos en una masa vociferante, sanguinolenta, de seres aterrorizados y de animales que coceaban al azar. Después nos retiramos, porque fuerzas considerables de T-34 acababan de ser aviadas a nuestro encuentro.

Por todas partes ocurría lo mismo. Duros combates. Pérdidas inimaginables.

Diezmamos un regimiento cercado que, lo mismo que el 104.º de Granaderos, no había podido, o querido, rendirse. Tres horas de riego metódico. Sus gritos eran espantosos. Cuando llegó la orden de cruzar el pueblo, el espectáculo era apocalíptico: armas y camiones pulverizados, soldados increíblemente mutilados, y entre esos soldados ni un solo hombre, sólo mujeres, muchas de las cuales habían sido jóvenes y bonitas, con adorables dientes blancos y manos pequeñas y cuidadas. Esta magnífica hazaña tuvo lugar a menos de dos kilómetros al este del pueblo de Livny.

El rostro del *Viejo* estaba verdoso.

—Debemos jurar que aquel de nosotros, o aquellos, que sobrevivan a esta carnicería, escribirán un libro sobre esta infamia en la que participamos. Un libro que haga comprender a los pueblos, alemán, ruso, americano, a todos los pueblos, la infame inmundicia que es la guerra. Un libro que haga imposible la existencia de todos esos cerdos portadores de medallas y de sables...

Al replegarnos, teníamos orden de destruirlo todo. El resultado —la famosa táctica de la «tierra calcinada» es casi imposible de describir—. Puentes, poblados, carreteras y vías férreas eran dinamitados. Las reservas de víveres que debíamos dejar eran regadas con gasolina, con alquitrán o con el contenido de las letrinas. Los enormes campos, los maravillosos campos de girasoles, ardían o quedaban aplastados bajo los tanques y los tractores. Los cerdos y demás animales domésticos eran muertos y puestos al sol, donde se pudrían en pocas horas. Por todas partes se instalaban trampas. Por ejemplo, una casa parcialmente intacta saltaba cuando se abría su puerta. Allí donde se posaba la mirada, sólo había desolación, destrucción y muerte.

De acuerdo con la tradición, nuestro 27.º Blindado acercóse en pocas semanas a su punto de volatilización total, porque evidentemente formábamos la retaguardia y luchábamos de continuo con fuerzas rusas muy superiores en número y en material. Una sola diferencia con las retiradas precedentes: ya no recibíamos efectivos de remplazamiento. ¿Se habría agotado finalmente el manantial? En pocas semanas, tal vez pocos días, la unidad acabaría de disolverse.

La circulación por las carreteras se hacía a veces imposible, tan densas eran las columnas de caballería, de infantería, de artillería y de blindados en desbandada. Colas interminables de camiones, de tanques, de cañones de caballos y de hombres, sufrían desesperadamente por los caminos arenosos, donde el polvo y el calor convertían la vida, lo que quedaba de vida, en una pesadilla delirante. En los campos,

a ambos lados del camino, pasaban columnas no menos interminables, no menos heterogéneas de hombres y de bestias, pero esos hombres eran paisanos. Así desfilaban los vehículos más extraños, arrastrados por un caballo viejo, por una vaca, o por ambos a la vez, por un asno, un perro, una persona. A menos que los refugiados se limitaran a llevar sobre los hombros todas sus posesiones. Pero todos tenían una idea común: largarse.

Cosa curiosa, la aviación rusa permanecía inactiva. De lo contrario, la guerra habría terminado un año antes. Cuando un vehículo sufría una avería, tanto si se trataba de un tanque, de un camión, o de un vehículo cualquiera, inmediatamente no podía pensarse en repararlo. Un carro de asalto lo empujaba hasta la cuneta, para que no interrumpiera la circulación. Innumerables soldados al borde del agotamiento, yacían igualmente en las cunetas, implorando que les llevásemos con nosotros. Pero no estábamos autorizados para hacerlo, y partía el corazón oír sus súplicas sin poder, aunque fuera por acallar la voz de nuestras conciencias, recoger a uno cuando menos. Pero nadie se detenía, nadie podía pararse para recogerlo. Junto a ellos pasaban tanque tras tanque, con estrépito ensordecedor, acabando de asfixiarlos en una nube opaca de polvo caliente y de desespero. También los refugiados caían a centenares y permanecían allí desmayados, moribundos o muertos, en todo caso incapaces de ir más lejos, en el calor abrasador de la estepa. Y nadie tampoco pensaba en ocuparse de ellos.

Desde el puesto de mando, en lo más hondo del tanque, Porta gritó:

—¡Esto sí que es una retirada, pequeños míos! Me recuerda la campaña de Francia, cuando todo el mundo se largaba ante nosotros, pero en aquellos tiempos nuestros cacharros no eran tan rápidos. Ahora sí que podemos permitirnos superar todas las marcas y de buena gana me comeré la pierna izquierda si Goebbels habla alguna vez de nuestra magnífica hazaña. Si esto sigue así, estaré en Berlín para mi cumpleaños. Y tú, *Stalin*, viejo amigo, tendrás un hermoso traje de paisano en lugar de esta porquería de uniforme que te ves obligado a llevar, y te haré pegar un buen arañazo de honor en el trasero de ese cerdo de Adolfo. Estáis todos invitados, muchachos. Haremos puré de verdaderas patatas, tocino hervido y pastel de patatas, con azúcar, mermelada y todo lo que podáis comer. E iremos a buscar a esa acémila de Asmus, con sus patas de madera y todo.

Después nos alargó una botella y todos bebimos por la próxima derrota de las fuerzas armadas nazis.

Antes de abandonar definitivamente Karkov, las tropas de zapadores lo destruyeron todo. Karkov era una gran ciudad, tan vasta como Copenhague, y poblada en vísperas del conflicto por ochocientos cincuenta o tal vez novecientos mil habitantes. Karkov era una de las ciudades más hermosas de la Unión Soviética, y poseía un prestigio igual al de Moscú, al de Odesa. Trescientos mil de sus habitantes

murieron. Según anunció orgullosamente el general Zeitzler en una orden del día, Karkov fue *restlos vernichtet*.

Implacablemente destruido.

—Lo sé, mi querido Beier, de sobra lo sé.

Von Barring meneó desesperadamente la cabeza y apoyó una mano en el hombro del El Viejo.

—Es imposible, y todos lo sabemos, no es una guerra, sino un suicidio colectivo. Debemos luchar con ayuda de niños y viejos. Pero debéis comprender que para ellos, pobres diablos, no resulta divertido el que se los envíe aquí, sin entrenamiento previo, a lo más fuerte del combate. Por eso os pido que seáis amables con ellos. Si se tratara de vuestro propio padre o de vuestros hermanos menores, les tendríais cierta consideración. ¡A los quince o dieciséis años vosotros también habríais cometido pifias! De modo que, si queréis hacer algo por mí, os lo repito, protegédlos. Ayudadlos a encontrar su aplomo, en la medida de lo posible. Las cosas son ya terribles para ellos, no las empeoremos aún más con nuestra excesiva brusquedad. Todos estamos hartos, lo sé, pero no es culpa de ellos, no han merecido esto... Lo único que me consuela es que ya se habrá llegado hasta lo más hondo de las reservas y que la guerra no podrá seguir por mucho más tiempo, por falta de hombres para hacerla.

Porta se puso a reír.

—No lo crea, capitán. Muy pronto nos enviarán mujeres. ¿No podríamos pedir un buen surtido de coristas? Me ofrezco voluntario para instruir las. Conozco varios ejercicios muy estimulantes, en posición horizontal.

—Porta, le nombraré instructor de la sección cinematográfica femenina si las cosas llegan a este punto —le interrumpió Von Barring, sonriendo—. Entre tanto, pensad en lo que acabo de decir. No es más que una sugerencia mía, pero sé que no estáis tan encallecidos como para no poderla seguir.

EL TREN BLINDADO

Después de la evacuación de Karkov, los restos del 27.º Regimiento fueron enviados a Dniepropetrovsk, para ser dedicados al manejo del tren blindado «Leipzig». Así que estuvimos instalados, nos llegamos, en compañía del otro tren, hasta Kharol, a cien kilómetros al oeste de Poltava, donde hicimos algunos disparos de ejercicio para acostumbrarnos a nuestros nuevos cañones. Evidentemente, los cinco íbamos en el mismo vagón, mandado por *El Viejo*. Porta estaba a cargo de las ocho ametralladoras y los tres cañones automáticos. Stege ocupaba la torreta número

1 y yo la torreta número 2, equipadas cada una con un largo cañón de 120 milímetros. Plutón se cuidaba de la radio y las comunicaciones. Disponíamos de un personal formado por veinticinco reclutas, poseedores de cuatro semanas de instrucción acelerada. El más joven tenía dieciséis años, y el más viejo sesenta y dos. Entre todos formaban un cuadro lamentable.

Nos dirigimos hacia el frente sin conocer bien nuestro destino. Cerca de Low, nuestros cañones pulverizaron un pueblo y entablaron un duelo con la artillería rusa. Luego, corrimos hacia el Suroeste, cubriendo noche y día centenares de kilómetros de vía férrea, deteniéndonos sólo para cargar agua y combustible, o para dejar pasar un tren que venía en dirección opuesta. Podíamos tendernos y dormir en nuestro vagón y éramos felices como nunca. A condición de poder dormir de vez en cuando, la guerra, después de todo, no es tan terrible. ¡Es la continua carencia de sueño lo que la hace intolerable y acaba por atacarte los nervios!

En Kremenschug nos paseábamos por las vías de la estación clasificadora cuando una mujer empezó a gritar:

—¡Sven, Sven!

Estupefacción general. Allí había un tren hospital parado y, asomada a una de sus portezuelas, una enfermera me hacía grandes ademanes...

—¡Sven! ¡Ven a decirme cómo te va!

Era Asta. Me abrazó con fuerza y me besó. Me costaba reconocerla, no sólo a causa de su uniforme, sino también porque, cuando nos conocimos en Gothemburgo, se había mostrado reservada y algo aburrida, aunque bonita. Evidentemente, la guerra la había transformado. Ya no había ninguna muestra de vacilación en sus ademanes, en su mirada. Me atrajo al interior del tren, mientras dos de sus compañeras se ocupaban de Porta y del Viejo.

Asta se había casado con un hombre veintidós años mayor que ella. Después se había divorciado. Luego se había alistado en la Cruz Roja con una de sus amigas. Y más tarde, más tarde... Dios, qué delgado me encontraba. Dios, qué delgada estaba ella. Nos mirábamos, sin atrevernos a decir lo que deseábamos. Luego, otra enfermera se acercó a Asta y le murmuró algo al oído.

Entonces Asta me dijo:

—Ven.

Pasamos a otro vagón. Asta corrió un cerrojo, tiró de una cortina. Se desvistió en un santiamén. Antes que yo hubiera podido medir la enormidad de mi suerte, estaba desnuda ante mí y me hacía signos de que me acercara al camastro inferior del compartimiento. Inútil pronunciar una sílaba. Deseábamos lo mismo y lo deseábamos con igual intensidad. Qué regalo del destino, qué maravilla caída del cielo... Una mujer de carne firme, de formas aún llenas pese a su delgadez, bien limpia, bien lavada, oliendo a mujer y a jabón. Una muchacha que sabía que un cuarto de hora

pueda significar una eternidad cuando no se pierde el tiempo en preámbulos y en cosas superfluas.

Es curioso que la vida, la vida desnuda y sin vergüenza estúpida, se hubiese molestado así para recordar su existencia, su existencia muy próxima, a tres soldados cochambrosos, en una estación de ferrocarril, una estación cualquiera, no importa cuál. Tal vez para mostrarnos que siempre se puede encontrar alguna cosa bella, noble y buena, incluso cuando menos se espera.

Me parece ver aún, y no sin sonreír, el cuadro algo cómico de aquellos tres individuos orgullosos como pavos reales cuando regresaban a su tren blindado, dando obstinadamente la espalda a un tren sanitario que se marchaba. Yo tampoco traté de mirar hacia atrás, pero sigo imaginándome, detrás de un cristal roto, tres muchachas de rostro conmovido, lleno de ternura. No tres enfermeras, sino tres mujeres que habían satisfecho a tres hombres con el don de sí mismas, y recibido tanto como habían dado. Había ocurrido tan aprisa, pero con tanta plenitud...

Con ojos risueños, regresamos a nuestro vagón.

Incluso Porta se callaba, lo que demuestra que la sagacidad puede retroceder a veces ante otros valores.

El Viejo se puso a tararear un estribillo y Porta desenfundó su flauta. Después nos pusimos a reír, mientras los demás nos miraban con ojos muy abiertos.

—Esas pobres chicas —dijo *El Viejo*—. La de piojos que habrán pescado...

Y Porta tocó la canción del príncipe que tenía una pulga...

No había sido un contacto furtivo, a hurtadillas, sino un milagro poético, tan natural, tan sorprendente, como cuando al despertarse de una siesta en el bosque, uno descubre a una liebre al alcance de su mano.

El tren blindado penetró al día siguiente en la zona de combate. En Bachworat, junto a un afluente del Donetz, recibimos instrucciones, íbamos a apoyar una ofensiva y luego a progresar cuanto nos fuese posible por la línea Lugansk-Karkov, y tratar de sembrar el desconcierto en la retaguardia enemiga. Después debíamos replegarnos, destruyendo tras de nosotros puentes y vías. Si el tren quedaba inutilizado, debíamos volarlo y los sobrevivientes tratar de regresar a nuestras líneas.

La voz del *Oberstleutnant* Hinka resonó en todos los vagones, de un extremo a otro del convoy.

—¡Preparados para la acción!

Quitamos las fundas de los cañones, alineamos los obuses y cada hombre ocupó su puesto. Lentamente, el tren adquirió velocidad, zumbando y aullando a veces en una curva. Luego, los altavoces volvieron a funcionar:

—¿Preparados para la acción? ¡Disponéos a abrir fuego!

Los cerrojos se deslizan y se abren, reciben cargas y obuses. El acero choca contra el acero. Los rodamientos de las torretas giran en silencio. Las armas

automáticas están cargadas. Al mismo tiempo, nos ponemos nuestros cascos cubiertos de amianto. Mi periscopio explora el paisaje. Ante nosotros se extiende oblicuamente el río, amarillento, ancho y sinuoso como una serpiente, con el flanco cubierto de terraplenes grises. A todo vapor atravesamos un pueblo abandonado, pasamos como un huracán por un puente metálico. Lejos, por debajo de nuestras ruedas, el río es como un inmenso techo de plancha ondulada pintada de amarillo.

Hemos recorrido cinco o seis kilómetros más allá del río cuando establecemos contacto con el enemigo. Los rusos disparan los primeros obuses, que fallan. El tren lanzado a toda velocidad. Luego los timbres de alarma suenan en todas las torretas, seguidos por la orden de abrir fuego. Se asigna un blanco a cada comandante de vagón, quien a su vez transmite las instrucciones necesarias a sus jefes de torreta. Los largos cañones dirigen sus bocas redondas hacia los bosques y los campos inundados de sol.

—¡Fuego!

Los treinta cañones pesados del convoy escupen la muerte en el rostro de este paisaje sonriente, estival, en medio de un estrépito inconcebible. Muy pronto estamos rodeados de polvo y de humo. Cada vez que los cañones, que apuntan hacia un lado, disparan una salva, todo el tren se balancea tan violentamente que tenemos la impresión de que va a volcar. Los rusos contestan, pero sus obuses de pequeño calibre se aplastan, inofensivos, sobre nuestro blindaje. Sin embargo, muy pronto llegan cañones de doscientos ochenta milímetros, cuyos proyectiles pasan sobre nosotros y a veces nos alcanzan como un huracán. Cambiamos de objetivo y castigamos la artillería rusa. Bruscamente, el tren se detiene y corre la voz de que uno de los vagones de cabeza ha recibido un impacto directo que lo ha inutilizado. Los mecánicos deben salir y, bajo la protección del tren, desenganchar el vagón y volcarlo fuera de la vía. Tarea urgente, porque un tren blindado inmóvil es una presa fácil para la artillería enemiga. Sin embargo, antes de que dicha tarea esté completada, otro vagón salta con todos sus ocupantes...

La violencia de esta barrera artillera nos obliga a retroceder hacia el puente. Hacemos saltar la vía tras de nosotros. Luego, nuestro cuartel general nos envía, desde el otro lado del río, la orden de detenernos a un kilómetro del puente, para proteger a la infantería que va a atravesarlo. Después lo atravesaremos nosotros y los zapadores destruirán el puente. Otro tren blindado, el «Breslaw», viene como refuerzo, y así que ha tomado posiciones cerca del puente, recibimos orden de efectuar una incursión de hostigamiento hacia la línea Rostov-Voronesh. Hinka piensa que podemos llegar hasta una pequeña ciudad, situada a veinte kilómetros de distancia, en la que «funciona» el cuartel general divisionario soviético. Apostado cerca del puente, el «Breslaw» dispara con todas sus fuerzas contra el enemigo, esperando impedirle descubrir que el «Leipzig» se mueve por su retaguardia.

Y durante varios kilómetros avanzamos a toda marcha sin recibir ni un solo obús, pero después vuelven hacia nosotros su artillería más pesada, y en el espacio de un cuarto de hora varios vagones nuestros son averiados, pero siguen en condiciones de combatir. Luego nuestra locomotora encaja varios golpes serios; debemos batirnos en retirada, retrocediendo con lentitud desmoralizadora.

Tanques pesados son lanzados contra nosotros y bajamos nuestros cañones para recibirlos. Constituye un espectáculo fantástico ver cómo nuestros obuses de 120 milímetros hacen añicos esos monstruos, lanzando muy alto placas de blindaje que parecen elevarse con la ligereza de las plumas de un almohadón reventado.

Los obuses llueven alrededor de la locomotora, que pierde vapor por agujeros cada vez más numerosos, y si progresamos aún es a saltos y con sacudidas convulsivas, irregulares. Todo el mundo empieza a dudar de que el tren blindado «Leipzig» regrese alguna vez a su base.

Cuando pienso en la suma fantástica de material, alemán y ruso, que he ayudado a destruir, sólo las cifras monetarias que entran en el juego hacen vacilar mi razón. Por lo demás, no creo que pueda pensarse en ello mucho rato sin ponerse a reír —una risa estridente y sin rastro de alegría— para no estallar en sollozos y meterse una bala en los sesos. ¿Es que los pueblos no comprenderán nunca? Tú, que lees esto, ¿te das cuenta de que si las riquezas fabulosas consumidas y malgastadas por las organizaciones militares fuesen empleadas en provecho de la humanidad, podrías gozar de una posición material y cultural veinte veces mejor? Podrías comer bien, vivir bien, tener tu automóvil, viajar por todo el mundo, aprovechar la existencia sin ansiedad ni temores. Hay suficiente de todo, y más que suficiente para todo el mundo.

Pero nadie cree en ello. O, más exactamente, nadie se atreve a creer. ¿Qué maldición es esta que nos vuelve inertes, apáticos, hasta el punto de que nunca encontramos el valor necesario para arrancar sus privilegios a los generales? La mayoría somos asnos, unos asnos perezosos y abúlicos que asienten estúpidamente con la cabeza cuando oyen alguna parrafada solemne sobre «El equilibrio de fuerzas», «La interpretación de poderes» y otras tonterías sensacionales. Equilibrio de fuerzas. ¡Dejémonos de absurdos! Si cada Pedro, Pablo y Juan, si la masa unánime exigiera que el dinero consagrado al armamento y a la guerra se empleara en su progreso, no habría más guerra. Pero Pedro, Pablo y Juan sólo piensan en pegar puñetazos sobre la mesa y en comunicar al punto quién posee el poder y cómo ese poder debe utilizarse. Esto, porque Pedro, Pablo y Juan no están bastante evolucionados, bastante educados, y se basan únicamente en sus emociones que son cosas inestables de las que no es posible fiarse. Si decís a Pedro, a Pablo o a Juan que podrían tener un auto muy barato y sin pagar impuestos; si les decís que la gasolina podría muy bien costar sólo unos céntimos, se ríen, porque no saben nada de nada. Y si tratáis de demostrárselo sobre el papel, se enfurecen, porque es una manera como

otra cualquiera de demostrarle que son unos estúpidos al dilapidar así, sin ninguna necesidad, el dinero ganado con el sudor de su frente.

Pocas horas bastaron para convertir en chatarra un tren blindado cuyos cañones sólo, con su mecanismo de precisión, representaban una fortuna. Estábamos prisioneros en un infierno ululante de artillería pesada, y pese a que destruíamos tanque tras tanque, nos iban cercando gradualmente, como fantasmagóricos insectos de brillante caparazón.

Luego, el puesto central de control calló. Febrilmente, Plutón trató de restablecer contacto con los otros vagones, pero estábamos completamente aislados. En lo sucesivo, *El Viejo* era el único responsable de nuestra parte del combate. Distábamos sólo ochocientos metros del puente y del «Brelaw», pero éste ardía desde la locomotora hasta el furgón de cola, y todas sus piezas guardaban silencio.

Una explosión enorme sacudió nuestro vagón y varios miembros del equipo empezaron a lanzar gritos muy poco adecuados para calmarnos los nervios, mientras que las llamas y el humo penetraban en el interior del vagón, procedentes de la torreta número 1. Impacto directo. Dominamos el incendio con ayuda de nuestros extintores e hicimos inventario de los daños: cuatro muertos, siete heridos. Afortunadamente, Hugo Stege se había librado con unas quemaduras superficiales en las manos.

Mi cañón era el único que podía aún disparar. Chorreábamos sudor cada vez que se disparaba un proyectil. Uno tras otro, todos los vagones iban callando y el convoy se inmovilizó por completo, entregado a los golpes certeros del enemigo.

Luego hubo otra explosión formidable. Una llamarada blanca iluminó la torreta. Recibí un golpe violento en el pecho y casi perdí el conocimiento. Oí mi propio gruñido. Tenía la impresión de que mi cuerpo acababa de ser aplastado. Incluso respirando muy lentamente, me parecía que me hundían afilados cuchillos en el pecho. No podía moverme. Estaba atrapado en un cepo compuesto por el cañón — caído de su soporte — y la pared de acero de la torreta.

Estaba cubierto de sangre de pies a cabeza. Mi sangre o la de algún otro, no lo sabía. Junto a mí yacía uno de los servidores del cañón, con la parte superior del cráneo pulcramente cortada como un huevo pasado por agua. Su cerebro me había salpicado el rostro y los hombros y un olor insoportable me inundaba el olfato: sangre y tripas reventadas, dominando el olor acre de las municiones.

Vomitó.

Otra explosión titánica, y el vagón fue literalmente invadido por las lenguas de fuego. Empezó a volcarse, pero algo lo detuvo en su lento movimiento y lo mantuvo inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Este nuevo impacto directo había desplazado ligeramente el cañón, de modo que yo podía mover las piernas y el brazo izquierdo. Aparté los restos de cerebro que me tapaban la vista. Detrás de mí vi a Schultz, un muchacho de dieciséis años, con las dos piernas reducidas al estado de

pulpa rojiza. Encima de mi cabeza colgaba un brazo arrancado, con un anillo de oro provisto de una piedra azul en el dedo anular. Sentí que iba a desmayarme y empecé a gritar. Sin embargo, reaccioné bastante aprisa y pronuncié los nombres de mis compañeros: Stege, Porta, *El Viejo*. Poco después oí una voz sofocada procedente del exterior que me decía que golpeará los blindajes para indicarles mi posición. Después reconocí la voz desconcertante del *Viejo*:

—¡Resiste, Sven! Ya vamos...

Con un soplete hicieron un agujero en la pared metálica, por el que muy pronto asomó el sucio hocico, el buen hocico tres veces bendito de Porta.

—¿Qué? ¿Qué? —bromeó—. ¿Ahora nos negamos a salir?

Con prudencia me liberaron. Nueve miembros del equipo vivían aún, y mientras nos ocupábamos de uno de los heridos, un nuevo obús de grueso calibre nos encerró a todos en el interior.

Porta y Plutón atacaron la pesada puerta blindada con mazas cogidas del cajón de herramientas del vagón, y conseguimos apartarla lo suficiente para deslizarnos hasta el aire libre. Armados con nuestras granadas y nuestras metralletas, nos lanzamos hacia el puente, bajo la protección del terraplén de la vía. Varios tanques rusos nos descubrieron y avanzaron para cortarnos la retirada. Todos los que aquel día efectuaron aquella espantosa carrera contra la muerte, no la olvidarán en toda su vida. Por lo menos los que la han conservado. Llegamos los primeros. Las cargas de explosivos fueron preparadas en un santiamén y las mechas encendidas. Luego vino la travesía del puente, rociado por los rusos con obuses y balas. Los hombres alcanzados seguían con el impulso que llevaban y caían volteando al agua amarilla, espumeante de proyectiles perdidos. Habíamos alcanzado casi ya la otra orilla cuando saltó el puente. La violencia de la explosión nos dejó sin aliento mientras que el sector en que nos encontrábamos, empezaba a caer lentamente.

—Agárrate al pretil —chilló Porta.

La mayor parte del puente cayó al río. Columnas y largueros metálicos caían como hojas muertas en una borrasca de otoño. Lo rotura de los tirantes que habían quedado sujetos a la orilla, proyectó en todas direcciones tornillos y tuercas provistos de una potencia de choque temible. Sin embargo, si alguno fue alcanzado por aquellos pedazos de hierro, debió creer sin duda que había sido una bala.

Poco a poco, el estrépito cesó. Con ayuda de los cables metálicos que colgaban, Porta y yo alcanzamos la última pilastra del puente, y luego, por traviesas vacilantes, llegamos por fin a la orilla.

Von Barring había sufrido terribles quemaduras en el rostro y padecía un martirio. Una esquirla había arrancado la nariz y una mejilla del coronel Hinka.

Así que hubimos llegado a nuestro acantonamiento, nos dejamos caer, profundamente dormidos.

Colocamos sobre nuestros ojos las gruesas gafas protectoras y anudamos nuestros pañuelos de seda. Von Barring entregó Stalin a Porta. Luego, la voz del Viejo sonó, transmitiendo por radio las órdenes a todos los demás vehículos blindados.

—Poned en marcha los motores. ¡Preparados para la acción!

Las armas automáticas estaban cargadas, las largas cintas de cartuchos a punto de desenrollarse. Los jefes de vehículo se manifestaron preparados para partir. La voz del Viejo resonó de nuevo.

—Primer pelotón blindado de reconocimiento... ¡En marcha!

Los motores rugieron. La grava se aplastó bajo los gruesos neumáticos reforzados de los autos blindados.

CALENTAD EL ENGRUDO

Conseguí susurrar:

—¿Es grave, Viejo?

—Varias esquirlas en la barriga y las patas. No es demasiado daño. Tómalo con calma, por Dios. Te llevamos al centro de clasificación junto con Stege. Stege sólo ha recibido en la pierna.

El vehículo, al saltar en un bache, me hizo gesticular.

—Me duele mucho Viejo. Dame un sorbo de agua...

—No debes beber hasta que te haya visto el médico —replicó El Viejo acariciándome el cabello—. Ya sabes que está completamente prohibido en las heridas en el vientre.

—¿No quieres darme? Creo que voy a volverme loco...

—Te hemos hecho una primera cura. Nada más puede hacerse hasta que el médico te coja por su cuenta.

El auto se detuvo. El Viejo saltó a tierra y Porta se me acercó.

—Y ahora, compañero, aprieta bien los dientes, ¿eh?, porque voy a levantarte con Plutón para pasarte a Pulgarcito y al Viejo. Después, lo más difícil habrá pasado ya. Piensa en todas las bonitas enfermeras que te mimarán y limpiarán cuatro veces por día, como le ocurre a ese viejo chambón de Asmus.

Cuando por fin me encontré en tierra, con una caja de máscaras antigás bajo la cabeza, a manera de almohada, me sangraban los labios. De repente se había

convertido en muy importante el mostrarse valeroso y estoico y no gritar. Cuando bajamos a Hugo Stege, gruñó brevemente porque su pierna herida había tocado la rueda del vehículo. Nuestros compañeros se inclinaron sobre nosotros para despedirse. *El Viejo* rozó contra mi mejilla su barbilla hirsuta y balbuceó:

—Procura mantenerte aparte hasta que la guerra termine.

Porta nos estrechó la mano y nos acercó a *Stalin* para que él también pudiera despedirse; en el momento de subir al vehículo blindado, Porta nos gritó:

—¡Pandilla de afortunados! Besad a todas las chicas de mi parte, y decidles que cada día cuido mi tez de lirio y de rosa para seguir estando tan guapo cuando ellas me encuentren.

Después desapareció y el vehículo blindado se alejó, con *El Viejo*, *Pulgarcito* y Plutón agitando los brazos por la escotilla de la torreta abierta. La nube de polvo que provocaba su paso los ocultó bien pronto a mi vista.

Dejando aparte mis sufrimientos, me sentía solo y lleno de aprensión. Me alegraba de tener conmigo a Hugo Stege, para compartir mi soledad.

Dos camilleros nos transportaron hasta un enorme vestíbulo con el suelo cubierto de paja y ésta cubierta de soldados heridos, con uniformes sucios y desgarrados. Nos colocaron juntos y Stege me cogió la mano y murmuró:

—¿Te duele, viejo? Ya verás, todo irá mejor después, cuando el médico te haya examinado y puesto una inyección en el brazo. Hemos de arreglárnoslas para permanecer juntos hasta el final.

—¡Ya lo creo! Ocurra lo que ocurra, no hemos de separarnos. ¡Caramba, cómo duele! Parece como si me arrancaran las tripas. Pero, ¿y tu pata? ¿Es cosa seria?

Mostró una pálida sonrisa.

—Oh, me duele. Sobre todo, el pie. Pero una pata puede cortarse. Tú eres quien está peor...

Llegó un médico en compañía de dos enfermeras que llenaban la ficha para cada paciente, al dictado de su jefe. Lanzó una ojeada indiferente a la pierna de Stege y dijo:

—Esquirlas de obús en la pierna izquierda. Transporte seis. Vendar inmediatamente y tres centímetros de antitetánico.

Rehízo personalmente el vendaje de mi vientre y dictó:

—Esquirlas de obús en la pierna izquierda, el pie derecho y el abdomen. Transporte uno. Tres centímetros de antitetánico, dos de morfina inmediatamente, y lo mismo antes de la marcha.

Apreté los dientes y le pregunté si Stege y yo podíamos permanecer juntos.

—Que reventéis aquí o en el tren hospital no tiene mucha importancia —replicó secamente—. Pero los heridos en el vientre salen en el convoy uno, y ése con el convoy seis. Nada puedo hacer.

Después se alejó, con la blusa blanca flotando al viento. No pienso que aquel médico fuese especialmente arrogante o brutal. Sólo estaba sobrecargado de trabajo. A cambio de una buena pipa inglesa, de nuestro tabaco y cigarrillos, el *Feldwebel* del centro de transporte nos prometió que vería lo que podía hacer. Las dos inyecciones me amodorraron, y dormí con un sueño espasmódico hasta que los enfermeros me cogieron para meterme en una ambulancia. Ésta contenía cuatro camillas superpuestas. Stege ocupaba la de debajo de la mía. El *Feldwebel* había cumplido su promesa.

Cuando la ambulancia saltaba en un bache o giraba bruscamente, golpeábamos con la frente la camina superior, o, en el caso del individuo que ocupaba la más alta, el techo del vehículo. El espacio exiguo que separaba las camillas te daba la impresión de que ibas a asfixiarte. El individuo del piso superior tenía una fractura múltiple de pelvis. Gritaba incesantemente y nos pedía que llamáramos. Temía desangrarse hasta morir. Stege apretaba el botón del timbre que sonaba en la cabina del conductor, pero ni él ni su ayudante hacían el menor caso de nuestras llamadas. Cuando llegó el momento de cargarnos en el tren hospital, el individuo en cuestión — un artillero — había muerto. Los camilleros lo dejaron en tierra, y lo cubrieron con un pedazo de lona.

El «tren hospital» era uno de los célebres «auxiliares», es decir, un interminable convoy de vagones de mercancías con el suelo cubierto de paja y cuarenta hombres en cada vagón, burdamente clasificados por tipos de heridas. Se detenía a cada momento y luego arrancaba con una serie de sacudidas como si trataran de despedazar el convoy. Once de los cuarenta ocupantes de nuestro vagón murieron durante el transporte. Yo estuve a punto de enloquecer de dolor y de sed, pero Stege mantuvo siempre fuera de mi alcance la cantimplora de agua. Si hubiese bebido, al llegar el tren habría habido un cadáver más.

Aquel viaje duró tres días y tres noches de pesadilla. Después nos alinearon en un andén de la estación de Kiev, sobre unas lonas, cubiertos con un capote y con la eterna caja de máscaras antigás bajo la cabeza. Pasamos la tarde en esta posición, mientras otros cuantos pobres diablos morían por aquí y por allí, de un extremo a otro del andén. Yo sólo percibía muy vagamente lo que sucedía en mi alrededor. Stege seguía a mi lado y estábamos cogidos de la mano como unos novios, no como unos veteranos acostumbrados a ver cómo la gente moría aullando como animales.

Al atardecer, camilleros y prisioneros rusos nos recogieron para conducirnos al 13.º Hospital de campaña, instalado en el barrio de Pavilo. Allí fuimos conducidos directamente a un sótano y sometidos a un minucioso despiojamiento. También eran prisioneros rusos los que se encargaban de este trabajo, y nunca he tenido enfermera más dulce y más hábil que aquellos grandullones siempre de buen humor. Nos manejaban con tanta prudencia y destreza, horrorizados ante el menor gemido, que

apretábamos los dientes y procurábamos no exteriorizar nuestros sufrimientos. Todos los heridos estaban de acuerdo en eso, y testimoniaban su agradecimiento a los rusos entregándoles sus cigarrillos. Aquellos sujetos habían conocido el fuego de las trincheras, como nosotros, y pese a ser de otra raza y de otra nacionalidad, pese a que los gobernantes hubiesen decretado que éramos enemigos, entre ellos y nosotros existía una simpatía mayor que todos los decretos del mundo. Decretos que, por otra parte, nunca tienen absolutamente nada que ver con las realidades accesibles al simple soldado.

En la sala auxiliar de operaciones éramos cinco los que esperábamos turno, observando al compañero de infortunio atado sobre la mesa, bajo la luz cegadora. Los cirujanos estaban amputando un pie y trabajaban con la rapidez de un rayo. En un santiamén el pie cayó en un cubo blanco que contenía ya una pierna, aserrada un poco por debajo de la rodilla, y un brazo cuyo extremo sanguinolento asomaba por el borde. Aquel espectáculo me mareó espantosamente, y vomité, o, más exactamente traté de vomitar, porque lo único que me subió a la boca fue un poco de sangre y de bilis.

El siguiente era un joven con la espina dorsal rota que parecía desvanecido. El jefe de los cirujanos, un hombre ya maduro, con monóculo, hostigaba sin piedad a sus colegas, sus enfermeros, sus pacientes, pero parecía trabajar con una habilidad maravillosa, rápido y seguro, sin un ademán inútil. Bruscamente, exclamó con voz furibunda:

—¡Pero si está muerto, válgame Dios! ¡Estoy perdiendo el tiempo! ¡Quitadlo de aquí y traed al siguiente, maldita sea! A ver si os movéis un poco.

Antes de comprender lo que me sucedía estaba atado en la mesa de operaciones. Una inyección en el brazo, otra en el abdomen. Luego, uno de los cirujanos me palmoteo un hombro.

—Aprieta los dientes, viejo. No será muy largo, pero probablemente te dolerá, porque sólo podemos administrarte anestesia local... De modo que valor, y en un abrir y cerrar de ojos te dejaremos como nuevo...

Poco después me di cuenta, vagamente, de que me abrían el vientre y oí un ligero tintineo de instrumentos metálicos. Al segundo siguiente tuve la impresión literal de que me sacaban todas las tripas mediante unas pinzas enrojecidas. Nunca hubiese creído que pudiesen existir tales sufrimientos. Aullé como un loco, con los ojos desorbitados.

—¿Quieres callarte de una vez? —rugió el viejo cirujano—. ¡Apenas hemos empezado! ¡Conserva el aliento para cuando tengas verdaderos motivos para gritar, muchacho!

No sé en qué momento de la operación empezaron los «verdaderos motivos para gritar», pero sí sé que cuando hubieron terminado conmigo había alcanzado un

mundo de torturas que no deseo que nadie conozca. Estaba roto, aniquilado. Me llevaron a una sala, me metieron en una cama, me dieron una inyección y caí como una masa en un sueño cataléptico.

Sólo guardo recuerdos extremadamente vagos y fragmentarios de la primera quincena. Recuperaba las fuerzas muy lentamente. La cama vecina estaba ocupada por un aviador gravemente quemado que se llamaba Zepp. Después había seis heridos graves, de los que dos murieron en pocos días. Ignoraba dónde había ido a parar Stege y nadie parecía podérmelo decir.

Tres semanas después de la operación, el matasanos declaró que podía movérseme sin peligro. Me evacuaron en un verdadero tren hospital, con verdaderas literas y grandes ventanas que permitían a los ocupantes de las literas centrales observar el paisaje. Como mis vendajes debían ser cambiados con frecuencia, me asignaron una de esas preciosas literas con vistas al exterior. Encima de mí estaba mi nuevo amigo Zepp, cuya moral a toda prueba me ayudó en varias ocasiones.

Fuimos desembarcando en Lwow, donde Zepp y yo tomamos el camino del Hospital de reserva número 7. El médico dijo que mi herida no tenía mal aspecto, y subrayó con una sonrisa su declaración. En aquel sitio el ritmo de trabajo era mucho menos enérgico. Los médicos tenían tiempo de sonreír y de tratarnos como a seres humanos, no como a pedazos de carne más o menos dañados. Me sacaron dos o tres esquirlas de la pierna y después la enfermera me vendó de nuevo. Mi régimen alimenticio se componía exclusivamente de diversas cosas hervidas, y llegué a detestarlas tanto que creí perder el juicio. Consultado sobre este extremo el médico me palmoteo amistosamente un hombro diciendo:

—Después, pequeño, después, cuando hayas crecido lo suficiente para digerir algo más sólido...

Zepp y yo estábamos de nuevo en una sala de heridos graves. Noche y día sonaban gritos, gemidos, gruñidos, y el olor a pus y a podredumbre era frecuentemente espantoso. Un día, un muchacho que se sabía condenado y que padecía el martirio desde hacía tres semanas, bajó de la cama y se arrastró hasta el pasillo para lanzarse escaleras abajo. Fue tanto más horrible cuanto que ninguno de nosotros podía levantarse para impedirlo. Zepp tuvo el valor de probarlo, pero cayó inmediatamente, a pocos pasos de su cama, mientras todos tirábamos frenéticamente de los cordones de nuestros timbres... Aquella escena fue verdaderamente un episodio de pesadilla.

Yo padecía horriblemente del estómago, y tampoco constituyó ninguna broma cuando los médicos tuvieron que hurgar en los músculos de la pierna para encontrar los últimos pedacitos de metralla. Mi temperatura aumentaba en lugar de descender, pero, sin embargo consideraban que «iba progresando», y de buena gana me los habría comido a bocados.

Una noche me desperté sobresaltado. Tenía los vendajes húmedos y pegajosos. Pedí a Zepp que llamara, y al cabo de un momento llegó a toda velocidad una enfermera.

—¿Qué ocurrencia es ésta? —cuchicheó—. ¿Se ha vuelto loco al llamar así a estas horas de la noche?

—Mi herida ha vuelto a abrirse, enfermera. Lo noto claramente...

Estaba loco de terror y me parecía ver a mi madre caer desmayada en el suelo al recibir la clásica postal del Ejército.

«Ha muerto como un héroe por el Führer y la patria...»

La enfermera apartó la sábana. En consideración a los demás enfermos, no encendió la luz, sino que utilizó una linterna eléctrica. Con habilidad y rapidez deshizo mi vendaje. El silencio de la sala sólo se veía turbado por los murmullos de un joven herido que hablaba en sueños. Zepp se había sentado en la cama, pero la enfermera, con firmeza, le obligó a tenderse.

—Quédese tranquilo y duerma —le dijo—. Éste es un asunto entre Sven y yo... No se mueva, voy a buscar una cubeta.

Lancé a Zepp una mirada de temor, que él me devolvió con creces. La enfermera regresó y, sin pronunciar una sílaba, me lavó. Sonreía ligeramente, y, por fin, ante mi expresión extraviada, murmuró:

—No hay que poner esa cara...

—¡Usted puede decirlo! No es usted la que tiene una hemorragia...

Ella no contestó, pero su sonrisa se acentuó. Por fin tuve valor para preguntar:

—¿No... no es tal vez... demasiado grave?

—¡Aja! ¡No es grave en absoluto!

Cuando hubo rehecho mi vendaje, me cubrió de nuevo y me miró:

—No era sangre, Sven.

—¿No era sangre? Pues yo bien sentí...

Nunca olvidaré su sonrisa cómplice. Después enrojecí hasta la raíz del cabello, completamente confuso.

—Ha soñado usted, amigo mío. ¡Es un síntoma excelente!

Me dio un golpecito en la barbilla y se dirigió hacia la puerta con su palangana.

—¡Y seguramente estaría soñando con usted! —le gritó Zepp.

—¡A ver si se duermen de una vez ustedes dos!

Y después se eclipsó, siempre sonriente.

Pasé con Stege una parte dé mi convalecencia. Para él ya era cuestión de regresar al frente. Pasaba las noches muy agitado y a menudo debía pedirle que callase. Pero apenas habían transcurrido unos minutos cuando volvía a las andadas.

—Sven, ¿duermes?

Yo trataba de cubrirme la cabeza.

—Sven, ¿duermes?

—Sí. ¿Qué te sucede?

—Margaret dice que al final de la guerra habrá cursos especiales de doce meses para los desmovilizados. ¿No has oído hablar de esto? OYE, Sven, ¿por qué no nos fumamos otro cigarrillo? ¿No encuentras que Margaret es una muchacha como...?

—Oh, por el amor del cielo.

Debía estar saturado de nicotina hasta la medula. A cada momento, Stege saltaba de su cama para venir a sentarse en el borde de la mía y explicarme todo lo que haría Margaret y él cuando la guerra hubiera terminado.

TODOS MIS DESEOS PARA UNA LARGA ENFERMEDAD

Un jueves de diciembre de 1943, el matasanos firmó mi hoja de curación y me anunció que el sábado siguiente debía reincorporarme a mi unidad.

—Lamento hacerle esta jugarreta, pequeño. En buena lógica, debería usted quedarse aquí otras cinco o seis semanas. Ahora tendrá que arreglárselas lo mejor que pueda. No sé si allí tendrá mucho que comer, pero trate de obtener lo máximo posible. Sólo así podrá resistirlo, o por lo menos eso espero...

Así me habló el médico jefe del hospital militar de Truskawice. Era un médico excepcional que siempre trataba de conservar a sus pacientes el mayor tiempo posible. Pero las órdenes del alto mando estipulaban que, por lo menos, un cincuenta por ciento de los heridos y enfermos en curso de tratamiento debían considerarse aptos para el servicio, y enviados prontamente a sus unidades. Sin embargo, de creer el reglamento, todo médico culpable de haber ordenado el alta de un enfermo insuficientemente restablecido, podía ser juzgado por un consejo de guerra. ¡Tales son los milagros de que son capaces en lo alto! (Tan en lo alto, que allí no respiran el mismo aire que la masa del rebaño...) Un certificado de curación, un sello de goma,

un consejo de guerra; he aquí los ingredientes con los que se obtienen soldados en forma. El que la mayoría de estos soldados en forma fuesen una carga catastrófica para sus unidades, obligando a sus compañeros a cuidarlos y sostenerlos, además de todo el resto, es algo que nunca se les ocurre a los que están sentados en lo más alto.

El médico jefe meneó la cabeza con aire apesadumbrado al decirme adiós, y Bárbara se puso a sollozar cuando le di la noticia. Yo mismo me sentí tan deprimido y lleno de amargura que no experimentaba ningún deseo de consolarla, ¿No hubiese resultado hipócrita fingir que consolaba a la mujer que me amaba y a la que quería? Por lo menos, esto pensaba de momento, y me limité a ahogarlo todo en una sensualidad desenfrenada. La puerta no estaba cerrada con llave, pero creo que ni ella ni yo nos hubiésemos preocupado aunque Alemania entera hubiese invadido la habitación. Estábamos en nuestro derecho. El pueblo había exigido tanto de nosotros —o, lo que es lo mismo, había permitido que nos exigieran tanto, en su nombre— que teníamos derecho a exigir al menos aquello, en compensación. Permanecí tendido en la cama de Bárbara mientras ella se vestía rápidamente para regresar a su puesto. Después encendí un cigarrillo y me esforcé en aclarar la situación...

Pero no había nada que aclarar. A menos, naturalmente, que me decidiera a desertar por segunda vez. No tenía miedo de nada, había sobrepasado el miedo y no experimentaba más que un odio feroz, helado, hacia lo que todos odiábamos, con la denominación unánime de «esta porquería de guerra». Habiendo dejado muy atrás el miedo, tanto daba regresar allí para estudiar el fenómeno desde el punto desinteresado de una amargura objetiva... Había llegado a este punto de mis pensamientos cuando Margaret penetró en la habitación y, sollozando convulsivamente, echóse sobre su cama, a ciegas, sin haber observado mi presencia. Tenía una carta en la mano, e inmediatamente comprendí que Stege había muerto.

Me lo repetí mentalmente y sin sorpresa. No necesitaba leer la carta. Hugo había muerto.

Silenciosamente, le alargué mis cigarrillos. Se sobresaltó violentamente y me miró.

—Oh... ¿está aquí? No le había visto...

—Ya sé... Cierre la puerta con llave mientras me visto, ¿quiere? Terminaré en dos minutos.

Me vestí, pues, mientras ella sollozaba con más fuerza. Después abrí la puerta y leí la carta:

Frente del Este, noviembre de 1943

Feldpostnummer 23645.

Feldwebel Willie Beier.

Mi querida señorita Margaret Schneider:

Le escribo, como buen compañero de Hugo Stege, para comunicarle la triste noticia de su muerte. Nos había explicado tantas cosas bonitas de usted que demasiado bien comprendo la inmensa pena que esta carta ha de causarle.

¿Tal vez estos pocos detalles sobre las circunstancias del terrible acontecimiento podrán consolarla hasta cierto punto?

Íbamos de patrulla, en nuestro vehículo blindado, cuando una descarga lo alcanzó bruscamente. Tocado en plena sien, su novio murió instantáneamente. En la muerte había conservado esa sonrisa simpática que tanto queríamos todos, lo que constituye la mejor prueba de que no tuvo tiempo de sufrir.

Le suplico que no se abandone al desespero. Es usted joven y tiene que prometerme que olvidará esta tragedia tan aprisa como pueda. Estoy seguro de que la vida le reserva muchos otros momentos de felicidad, e incluso si mi consejo la sorprende de momento, creo que lo mejor que puede hacer es encontrar muy pronto otro buen muchacho al que amará, tarde o temprano, tanto como ahora ama a Hugo. Por el amor de su bienamado y de mi buen compañero desaparecido, no llore. Sólo conseguiría entristecerlo, si es que puede verla. Sonría, por el contrario, pensando en todo lo que se ha ahorrado. No sabemos lo que ocurre a nuestros muertos, pero en las circunstancias actuales sabemos por lo menos que están mucho mejor que los vivos.

*Suyo de todo corazón,
WILLIE BEIER.*

Esta carta presenta una imagen conmovedora del Viejo y de su amabilidad paternal. En el mismo correo había una carta para mí:

Querido granuja:

Gracias por tus cartas. Hemos recibido cinco a la vez. No hay tiempo para escribirte muy extensamente, porque estamos metidos en mierda hasta las orejas. Cuando no ataca Iván, somos nosotros. Un verdadero, infierno. Haz

cuanto puedas para prolongar el máximo tu estancia en la retaguardia.

Hugo ha muerto y Pulgarcito ha desaparecido sin dejar rastro durante un ataque. Escribo a Margaret para decirle que murió instantáneamente de un balazo en la sien, pero ya sabes cómo los soldados de los tanques abandonan este valle de lágrimas. Al pobre Stege se le quemaron las piernas hasta el hueso. No fue divertido oírle agonizar durante diez o doce horas. ¿De dónde sacan fuerzas para gritar tanto tiempo?

Antes que esta porquería haya terminado, es probable que todos la diñemos, y sólo quedarán los jefazos del partido, los generales y toda la pandilla para cosechar los laureles... o las espinas.

Estamos a punto de salir, mi viejo Sven, de modo que espabílate para quedarte donde estás, que al menos haya un buen sujeto que consiga librarse y no olvides nuestra promesa común de escribir un libro sobre toda esta salvajada.

Con saludos afectuosos de ese cochino de Porta, de Plutón y naturalmente de tu

VIEJO.

La última noche, cenamos mermelada de fabricación casera, a los acordes de un concierto de música suave, difundido por la radio. Bárbara había conseguido librarse de su servicio nocturno, pero la reunión no acababa de arrancar. La tempestad mugía fuera y la lluvia azotaba los cristales con ráfagas intermitentes.

—Hay momentos en que casi me alegro de mi parálisis —dijo Zepp, contemplando tristemente su vaso—. ¡Imaginad la vida en las trincheras con un tiempo como éste!

Margaret se fue a dormir con Elizabeth para dejarnos a Bárbara y a mí, para nuestra última noche, el pleno disfrute de la habitación. En el momento de marcharse con sus cosas, Margaret retrocedió, me rodeó el cuello con ambos brazos y, con los ojos llenos de lágrimas, me dijo gravemente:

—Cuídese mucho, Sven. Que *El Viejo* no tenga que escribir a Bárbara de aquí a unas pocas semanas...

Después me besó y marchóse rápidamente.

Al día siguiente por la mañana, volví a ponerme el uniforme aborrecido y el largo capote gris. Mi mochila estaba llena de cosas sustanciosas que las mujeres habían preparado: dos enormes pasteles hechos por Bárbara, dos botes de mermelada de parte de Elizabeth, jamón ahumado regalo de Margaret, y una lata de peras en almibar separada por Zepp de su último paquete. Las lágrimas me anudaban la garganta, y ni con la mejor voluntad del mundo veía cómo podía llegar a sentir deseos de comerme

todas aquellas golosinas. Después me ceñí al cinto mi pesada pistola militar, me eché al hombro la máscara antigás y, en último término, me puse el gorro negro.

Las tres me acompañaron hasta la estación. Enjugue con mis labios las lágrimas que brotaban de los ojos de Bárbara.

—¡No llores, Babs! Es un hasta pronto, no un adiós...

—Sven, prométeme que serás prudente...

Cuando sonó el silbato, las tres me besaron igualmente, como última prueba de amistad, de amor.

¡Adiós, Truskawice! Adiós, oasis mío. Adiós, habitaciones apacibles con camas frescas y limpias. Adiós, mujeres de largos cabellos perfumados.

Apoyé la frente en el cristal empañado del compartimiento y dejé que las lágrimas corrieran libremente por mis mejillas.

Una mano helada me oprimió el corazón cuando vi lo mucho que había cambiado. Su cabello era gris, su piel amarillenta, y profundas ojeras negras subrayaban sus ojos fatigados. Estaba delgado e iba encorvado, el uniforme colgaba flácidamente de su cuerpo depauperado. ¡Pobre, pobre Viejo!

Plutón tenía exactamente el mismo aspecto que El Viejo.

Von Barring se les parecía de una manera extraordinaria.

Todos tenían el mismo aire.

¿Todos?

Los que quedaban, desde luego.

Al principio éramos seis mil.

Ahora éramos siete. Siete hombres. Siete supervivientes.

LA GUERRA PROSIGUE SEGÚN EL PLAN PREVISTO

Se sentaron alrededor del pastel y lo contemplaron largamente, como si se tratara de una cosa sublime. Sagrada. Finalmente, Porta alargó la mano, pero *El Viejo* le atizó un golpe de cuchara en los dedos.

—Un pastel hecho por verdaderas mujeres debe ser saboreado según todas las reglas del arte. ¡No con las uñas negras y las manos puercas!

Todo el mundo aprobó esta profesión de fe y la mesa fue dispuesta, con dos servilletas limpias a guisa de mantel, y las tapaderas de nuestras escudillas en lugar de platos. Fregoteo, limpieza de uñas, cepillado del cabello y de los uniformes, e incluso una pasada a los zapatos, requirieron una veintena de minutos. Tras de lo cual nos sentamos «a la mesa» y comimos con recogimiento el pastel de Bárbara.

—¿Se estaba bien allí?

—¡Formidablemente!

Esperaban de mí un relato detallado, rico en perfumes, en colores, en sonidos olvidados. Pensé vagamente: «Ahora es cuando hay que darles lo mejor de ti mismo», reflexioné por un momento y finalmente empecé:

—Sus vestidos eran los más limpios que nunca hayáis visto. Cuando se inclinaba para rehacer la cama o alisar una sabana, se percibía este olor de ropa recién planchada, ligeramente almidonada, que acaba de sacarse del armario. Un olor

completamente ajeno a toda suciedad, un olor «seco», como ligeramente quemado. Cuando no estaban de servicio, llevaban sus propios vestidos, no menos inmaculados, y que olían a algo ligero, a algo cálido y fresco al mismo tiempo. Tenían muchos vestidos. Recuerdo uno, de seda azul pálido, con pájaros blancos y gris claro. Tenía las mangas cortas y muchos plisados alrededor del cuello, plisados que se desplegaban por la espalda y el pecho. Cuando se tiraba de un cordón de seda blanca se descubrían los hombros, pero había también que desanudar los cordoncitos de las mangas. Era el vestido de Bárbara. De mi Bárbara. Margaret —la de Hugo— tenía un vestido de un hermoso color rojo fuego de tejido ligero de lana, que se ceñía a su cuerpo como una capa de pintura. Cuando giraba sobre sí misma, se hubiese dicho que era una llama. Y luego había otra que llevaba una falda plisada, que se abría en torno a ella y que siempre llevaba un ligero retraso respecto a sus movimientos...

Cerré los ojos para ver mejor a Bárbara y proseguí con un tono que era casi un cántico de gloria:

—La que tenía el vestido azul pálido..., la mía..., Bárbara... Una vez estaban deshechos los cordones y encontrados los dos cierres y el ganchito que había en un costado, todo el vestido resbalaba hasta el suelo, y ella permanecía allí, en pie, sobre una especie de nube azul esparcida alrededor de sus tobillos... Iban tan limpias, tan maravillosamente perfumadas como sus vestidos...

—¿Perfumadas?

—Sí, Porta, déjame que os explique... Iban tan limpias como un fusil antes de la inspección, en el cuartel. Sus cabelleras brillaban como el Danubio en una noche de invierno, cuando los rayos de luna hacen brillar en el hielo millones de diamantes. Y sus cuerpos tenían el perfume de los grandes bosques del Beresina, una mañana de primavera, después de haber llovido. ¿Podéis imaginarlo?

Durante horas tuve que describirles así las maravillas del mundo en el que había vivido. Nunca se saciaban y no daban crédito a lo que oían.

—Hay algo que no comprendo —dijo Plutón—. ¿Cómo es que después de haber llevado una existencia de príncipe oriental con pasteles, pato asado, vino y todo, con un harén para mimarte y mecerte por las noches, te nos presentas más delgado que un alambre?

Entonces tuve que explicarles como Stege, yo, Zepp y otro individuo, habíamos comprado por trescientos cigarrillos, después de la curación de nuestras heridas, dos botellas de agua contaminada, la una con gérmenes de tifoidea, la otra con microbios de cólera.

—¿No os lo contó Stege? Los cuatro estuvimos a punto de morir, Zepp sigue paralizado hasta la cintura y el cuarto individuo murió. Yo permanecí en el fregado durante diecinueve días, y después, imposible comer. Bárbara y una ayudante polaca me alimentaron a la fuerza, a cucharadas, durante quince días largos. Por cinco veces

el matasanos me desahució. Me inyectaron toda clase de porquerías, glucosa, suero fisiológico, y no sé que más. Y ahora me largan seis semanas demasiado pronto. ¡Heil Hitler!

—¿Tenían también medias con refuerzos en los talones?

—¡Desde luego!

Meneando la cabeza, cruzaron unas miradas de desesperación.

—Eh; Sven, ¿sabías que todos los permisos están suprimidos? —dijo Porta, como si esta aclaración hubiese explicado algo.

—Muchachos —replique—, hay una cosa que no entiendo.

—¿Qué?

—Si lo supiese... Os ha sucedido algo, pero no sé qué. Las habéis pasado moradas durante mi ausencia, esto lo comprendo, pero debe de haber alguna cosa más. He tenido la misma impresión con Von Barring, cuando me he presentado a él. ¡Pero si ni siquiera dices ya palabras obscenas, Porta!

Me miraron. Después se miraron entre sí. O, más exactamente, evitaron mirarse, como hace la gente cuando delante de ellos se habla de algo prohibido. Bruscamente, la atmósfera se hizo irreal en aquella casa semiderruida. Irreal y, para mí que los conocía tan bien, aterradora. Porta se levantó, colocóse ante la ventana, con la espalda vuelta hacia el interior de la habitación. Insistí desesperadamente:

—¡Viejo! Tú, por lo menos, dime lo que no marcha. Cualquiera creería que venís de enterrar a vuestra abuela ¡Parece que estéis todos muertos!

Esta última palabra produjo un chasquido en mi cráneo. No soy supersticioso, y lo que de repente ocurrió en el interior de mi cerebro no tiene nada de notable ni de inexplicable.

Bruscamente me di cuenta de que estaban muertos. Muertos sin ninguna alharaca, sin ningún misterio. Habían abandonado toda esperanza de sobrevivir. El mundo que yo les había descrito, y sus propias vidas, ya no tenían ninguna existencia real. La utopía del gran hundimiento no se había cumplido. La revolución que borraría todas las pizarras y ajustaría todas las cuentas no era más que una simple quimera, una nave fantasma en el océano negro de la muerte. Incluso el punto de atraque más firme de Joseph Porta en la existencia, su refugio favorito, el vientre cálido de la mujer, había perdido todo significado. No era que se portara de modo menos inmoral y dejara alguna vez de pellizcar toda nalga redonda accesible a su mano, pero, como él mismo declaró varios días más tarde, cuando acababa, de tener una aventura con la hija del granjero y la describía con su precisión y gracejo acostumbrado:

—Resulta curioso, pero tiempo atrás me gustaba, como si dijésemos, verme actuar. Ahora permanezco al margen mientras el señor Porta, por la gracia de Dios, fornicaba sobre la paja. Pero lo que sucede al otro lado ya no me interesa. Si aún se viese a los bomberos hacer ejercicio o a Adolfo afeitándose la mitad del bigote, antes

de ir a berrear uno de sus discursos... Pero no hay nada interesante que ver, pero incluso aunque hubiera algo creo que no me interesaría... No lo entenderéis, naturalmente, pero no tiene importancia porque yo tampoco lo entiendo.

Traté obstinadamente de alejar de mí la condición macabra de que todos eran unos muertos ambulantes. ¡No podía discutirlo con ellos mismos! Y luego, un día, a quemarropa les pregunté si era cosa de mi imaginación o si estaban tan totalmente pasivos, tan totalmente resignados como parecía. Incluso aunque, aparentemente, siguiéramos pasando el tiempo igual que antes...

—Verdaderamente, no sé qué puedo contestarte —dijo *El Viejo*.

—Todos los permisos han sido suprimidos —replicó Porta.

—Somos siete, de seis mil que éramos en 1941 —dijo *El Viejo*—. Von Lindenau, Hinka, Von Barring, además de los honorables sobrevivientes de esta compañía. Alá es grande, pero la lista de mutilados, muertos y desaparecidos es más grande aún.

—Escuchad...

Mi voz era aguda, jadeante, y el miedo me oprimía el estómago.

—No os podéis olvidar del libro que hemos prometido escribir...

Me miraron, y el pánico se apoderó de mí. Ya no parecían conocerme, o, mejor dicho, me conocían mejor que yo mismo, y experimentaban hacia mí una simpatía tranquila y profunda porque me obstinaba en acariciar esperanzas estúpidas y seguía poseyendo un corazón ansioso que latía con vehemencia y sobre el que soplaba el viento.

—Cuando escribas tu libro —dijo Porta, contemplando su flauta—, abraza de mi parte a todas las chicas. No habrá nadie que lea tu libro, porque no ofrecerá al público la historia de la bonita telefonista y del elegante hijo del amo, bloqueados por la casualidad en una habitación con dos camas. O de la enfermera y del gran cirujano. Di todo lo que se te ocurra, pero no de unos soldados cochambrosos y repugnantes. ¡Nunca te enriquecerás con un libro así! A la gente le importa un bledo. Si quieres un consejo, emborráchate bien, en memoria nuestra, el día que acabes de escribirlo.

Hicimos un esfuerzo para improvisar unas Navidades de 1943 todo lo dignas posible. Incluso habíamos plantado un tejo en una vieja caja de municiones.

PROPAGANDA SOVIÉTICA DE PRIMERA LÍNEA

En el terreno de la propaganda, los rusos mostraban una inventiva fantástica. A veces nos contaban absurdos tan enormes que ningún ser normal se los hubiese tragado, pero nosotros no éramos seres normales, e incluso las patrañas más burdas producían su efecto. Activaban la fermentación de nuestras dudas y nuestros rencores, aumentaban nuestra depresión de modo que sus autores soviéticos podían obtener ricas cosechas.

Y no aludo a los hombres que se pasaban al otro lado o se dejaban capturar voluntariamente, a veces por unidades enteras escoltadas por sus suboficiales. Éstos aún podían ser fácilmente reseñados. Por lo que concernía a la mayoría, la disciplina prusiana y la propaganda de Goebbels sobre los horrores del «Paraíso soviético», nos mantenían la cuerda al cuello; e incluso sin eso, los últimos restos de nuestro sentido común nos hubiesen recordando —considerando la manera como los ejércitos alemanes habían devastado Rusia—, que los rusos tenían que ser unos pedazos de pan para recibirnos con los brazos abiertos, según prometían los oradores. Lo que quiero decir, sobre todo, es que la propaganda soviética tenía un efecto paralizante en los hombres que parecían no desertar. Les dejaba con el espíritu desgarrado, incapaz de todo razonamiento sensato.

Además, tenían una gracia especial para encontrar argumentos contundentes. Era inútil repetirse que se trataba de pura y simple propaganda; en todos los casos era una propaganda bien fundada: tenían sus «pruebas».

He aquí un ejemplo, difundido por docenas de altavoces:

—¡Camaradas alemanes! ¡Reunios con vuestros amigos rusos! ¿Por qué permanecer helados en vuestras trincheras? Con nosotros encontraréis buena comida y buen alojamiento. Atractivas y devotas muchachas cuidarán de que no os falte nada. Recibiréis raciones tres veces superiores que las que los nazis se dignan daros. El cabo Freiburg se pondrá ahora al micrófono para confirmaros la verdad de nuestras afirmaciones. Lleva con nosotros dos años. Ha visitado todos nuestros campos de

prisioneros de guerra y ha podido comprobar que no se parecen en nada a lo que uno imagina generalmente. Nuestros campos están instalados en grandes hoteles o enormes colonias de vacaciones, y nunca una habitación está ocupada por más de dos parejas a la vez; dos hombres y dos mujeres. Pero he aquí al cabo Freiburg, que nos hablará personalmente de su existencia en la Rusia Soviética...

A continuación, otra voz habló alegremente:

—¡Salud, camaradas del 27.º Regimiento Blindado! Aquí el cabo Jürgens Freiburg del 309.º de Granaderos. Nací el 20 de mayo de 1916 en Leipzig y viví en el n.º 7 de la Atlerstrasse, en Dresde. Fui hecho prisionero por los rusos en agosto de 1941 y desde entonces vivo mejor de lo que nunca viví en Alemania. He visitado casi todos los campos de Rusia, y puedo afirmaros que cada soldado dispone de lo que todo hombre puede desear...

Durante una hora larga, describió ese Edén en el que vivía, leyendo, entre otras cosas, los menús de toda semana, menús que comprendían manjares como el caviar, el asado de cerdo, de oca y de paloma, cuya enunciación nos llenaba la boca de agua.

Una noche irguieron una enorme pantalla cinematográfica sobre el parapeto de su trinchera, y proyectaron en nuestro honor una película que nos volvió medio locos o enfermos a todos. Dos soldados alemanes habían sido capturados. En su seguimiento penetramos en hermosas habitaciones donde nos esperaban inmensas mesas cubiertas de comida fotografiada en primer plano y bajo todos los ángulos imaginables. Muchos de nosotros salivaban y masticaban en el vacío, sin darse cuenta de lo que hacían, y creo que, si la proyección se hubiese prolongado, todo el 27.º Regimiento Blindado se habría lanzado al asalto de la pantalla.

La escena siguiente sucedía en un dormitorio lujoso dominado por la presencia de una enorme cama. Una atractiva muchacha se desvestía lentamente ante un soldado alemán. Se quitaba prenda tras prenda, ondulando y pirueteando graciosamente ante el militar. Cuando estuvo completamente desnuda, desvistió al soldado, y a continuación hubo una sesión de pornografía cuya perversidad sería muy difícil de igualar. Un silencio extraño reinaba las trincheras alemanas. Muchos suspiraban o lanzaban inconscientemente sonidos estrafalarios. Era a la vez horrible y lamentable.

—¡Bravo, Iván, bravo! ¡Vuelve a pasárnosla! ¡Más, más!

Toda la trinchera vociferaba y aplaudía rítmicamente.

Luego los altavoces crepitaron y todo el mundo calló:

—¡Camaradas! No os dejéis asesinar por una causa que no es la vuestra. ¡Que las SS y los héroes de guardarropía de Goering, que se dan la vida padre en los países ocupados, vengan a combatir en lugar de vosotros por Hitler y su camarilla! Vosotros, veteranos auténticos del Ejército alemán, merecéis algo mejor que esta ignominia. ¡Unios a nosotros, venid! Los que deseen alistarse en el Ejército rojo y combatir por sus verdaderos derechos, serán incorporados en nuestras filas con su grado actual...

¡Pero para eso deben venir ahora! No esperéis a que sea demasiado tarde...

Otras veces nos demostraban objetivamente y sin comentarios de qué manera Hitler había roto, una tras otra, todas sus bellas promesas. O bien un médico ruso nos explicaba cómo simular, e incluso contraer verdaderamente, ciertas enfermedades.

—¡Camaradas, arrojad las armas y uníos a nosotros! Seguir la lucha sería un absurdo. Los cerdos nazis se aprovechan de vosotros. ¿No sabéis que un tercio de la Wehrmacht se da la vida padre en los países ocupados, por cuarto año consecutivo, y come hasta hartarse mientras vosotros estáis aquí muriendo de hambre y de frío? ¿No sabéis que el segundo tercio de la Wehrmacht permanece tranquilamente en Alemania, durmiendo con vuestras mujeres y vuestras amigas, mientras que vosotros sufrís todas las privaciones posibles en la patria de vuestros camaradas rusos?

—¡Escuchad, escuchad eso!

Y todos los cascos alemanes volaban por el aire para demostrar nuestro acuerdo entusiasta con una declaración tan verídica.

Toda una división de Sajonia cambió de bando, bajo el mando de su coronel. En el sector contiguo al nuestro, un regimiento de reserva, procedente de Turingia, cruzó la tierra de nadie con todos sus oficiales.

Por lo demás, también ocurría que desertores rusos viniesen hasta nosotros o que prisioneros alemanes regresaran a nuestras líneas, después de haberse evadido, como yo mismo había hecho. En su relato, desde luego, ni hablaba de los grandes hoteles ni de las enormes colonias de vacaciones. La mayoría de ellos, lo mismo que yo, las habían visto de todos los colores, a veces habían sido tratados humanamente y otras increíblemente brutalizados. En ciertos campos, los rusos habían tratado verdaderamente de realizar el objetivo de su propaganda y convertir a los prisioneros de guerra al ideal y a la doctrina del socialismo. En otros, no habían realizado el menor esfuerzo de esta clase, y en otros se habían mostrado verdaderamente bárbaros, animados frecuentemente por un deseo de venganza que no me atrevo a condenar. Por ejemplo, la manera como los rusos eran aniquilados cuando las SS entraban en acción desafiaba a todo razonamiento, toda descripción, y cuando para el nazi vencido llegó la hora de pasar por caja, los vencedores duramente tratados tuvieron que resarcirse de una suma considerable de sufrimientos y de torturas múltiples. No trato de embellecer ciertas tragedias ni de encontrar excusas o explicaciones. Quiero señalar, sencillamente, que no es difícil acumular pruebas de lo que se llama, por eufemismo, las «costumbres rusas», pero, con esa clase de pruebas se llegaría a demostrar que las «costumbres rusas» han ocurrido, en una escala más o menos grande, en todos los países trastornados por la guerra.

A veces éramos testigos de cosas que nos dejaban boquiabiertos de estupefacción. Durante un asalto, por ejemplo, varios de nuestros últimos «soldados» de dieciséis y diecisiete años, habían sido capturados por los rusos. Al día siguiente nos los

devolvieron, después de haberles cortado las perneras de los pantalones, para que parecieran ataviados con pantalón corto.

En la espalda de uno de ellos, había sujeto este mensaje:

El Ejército no lucha contra los niños; os devolvemos éstos para que podáis entregarlos a sus madres, las cuales podrán terminar de criarlos mucho mejor que nosotros.

Y aquella historia del viejo suboficial...

En la tercera Compañía tenían un suboficial de cierta edad. Un día, el pobre diablo recibió un telegrama informándole que su mujer y sus tres hijos habían muerto durante un ataque aéreo a Berlín. Fue a pedir permiso a su comandante de Compañía, pero, pese a que éste hizo todo lo que estaba en su mano, el permiso fue finalmente rehusado.

En su rabia y desesperación, el viejo suboficial desertó, pero con gran estupefacción por nuestra parte, regresó al día siguiente diciendo que el comandante de división ruso del sector de enfrente le había concedido personalmente el permiso, que sus superiores le habían negado. De momento creímos que había perdido la cabeza, pero nos enseñó una carta sellada, dirigida a nuestro coronel, y un juego completo de órdenes de permisos rusos, debidamente llenos y firmados, valederos para quince días, sin incluir el viaje de ida y vuelta a Berlín. Los rusos incluso habían anotado en los papeles los horarios exactos de los trenes que debía tomar. Von Barring me comunicó más tarde el texto de la carta dirigida al Oberts Von Lindenau. Helo aquí:

Querido coronel:

Estamos profundamente sorprendidos de que las cosas vayan tan mal en el Ejército alemán para que les sea imposible conceder un permiso a un pobre suboficial que, como éste, lo ha perdido todo. El Ejército ruso concede a su prisionero quince días de permiso, y al mismo tiempo le dispensa de volver.

No ignoro, mi querido coronel Von Lindenau, que probablemente castigue a este suboficial por haber «confraternizado» con el enemigo. Pero permítame que le sugiera por una vez, que cierre los ojos ante lo que ha pasado, y que vele para que este desdichado pueda ir efectivamente a su casa con permiso. ¿No está ya suficientemente castigado por la pérdida de toda su familia, muerta durante ese ataque aéreo a Berlín?

Teniente general
Comandante de la 61.^a División
de Infantería del Ejército Rojo

Esta carta, y las órdenes de permiso rusas, fueron entregadas a nuestro propio comandante de división, el general *Leutnant* Von Rechnagel, para que decidiera el curso que había que darle al caso del suboficial alemán que había ido a las líneas rusas a buscar un permiso. Cada noche, los rusos nos preguntaban por los altavoces si el suboficial había obtenido finalmente su permiso, y cada vez debíamos contestar negativamente. Se hacían apuestas. La mayoría de nosotros pensábamos que el hombre sería fusilado. Se verían obligados a castigarlo. ¡Sólo podría evitarse si se volvía a escribir todo el Código Militar!

Finalmente, nuestra ansiedad fue satisfecha, el viejo suboficial obtenía su permiso, y tres días de arresto por haber abandonado su puesto sin autorización, castigo que cumpliría cuando regresara del permiso.

No es necesario decir que los rusos poseían también otros medios mucho más sólidos para hacer propaganda. Había, por ejemplo, lo que llamaban las «emisiones radiofónicas», que empezaban con una parodia de algún programa de radio alemán, a menudo bastante grosera, pero eficaz y a veces espiritual... Seguidamente venía el «Concierto para el auditorio». Una voz experimentada de locutor radiofónico, anunciaba con suavidad:

—Y ahora, para complacer las numerosas peticiones recibidas, vamos a radiar una primera composición especial para instrumentos ligeros...

Tras lo cual, dos docenas de pequeños morteros y ametralladoras, destrozaban el parapeto de nuestra trincheras salpicándonos de tierra y de piedras.

—Y ahora, querido auditorio, he aquí una fantasía para órganos de Stalin...

Y entonces se producía un estrépito apocalíptico, mientras los proyectiles cohete de los famosos «órganos» llovían sobre nosotros cual una tormenta de deflagraciones ensordecedoras.

—Y para terminar apoteósicamente este festival, ofrecemos un popurrí de melodías variadas, por el junto de nuestra orquesta sinfónica...

¡Oh, aquella voz sonriente, insinuante!

Todo el sector temblaba de miedo durante la duración del huracán que entonces caía sobre nosotros. Acurrucados en el fondo de las trincheras, no perdíamos de vista a nuestros vecinos más próximos, prestos a dejarlos sin sentido al primer síntoma de demencia.

En el ejército alemán había varias unidades de voluntarios rusos. Además de la célebre división de traidores del general Vlasov, teníamos también varios regimientos

de cosacos que realizaban atrocidades aterradoras en la persona de los rusos que el azar de las batallas hacía caer en sus manos. Sin embargo, la unidad más horrible de todas era un batallón femenino. Aquellas harpías desnudaban a sus prisioneros, los excitaban hasta que estaban en situación, por grado o por fuerza, de satisfacer los apetitos sexuales de sus atormentadoras. Luego, al término de la orgía, en general cortaban el pene de su víctima para metérselo en la boca, o le aplastaban a martillazos los testículos. Porta fue testigo de una de esas escenas, y la misma noche mató a siete de las horribles bacantes con ayuda de su carabina de francotirador.

Cuando los rusos atrapaban a uno de esos cosacos o a una de esas *Flintenweiber*, les devolvían con creces los malos tratos. Los ejemplos de sadismo más horribles florecían y ganaban terreno como una invasión de hongos venenosos. También había numerosos ucranianos alistados en batallones independientes de SS y otros incorporados individualmente en las unidades alemanas, y conocidos con el nombre de «Hiwis», abreviatura de «Hilfswillige»: voluntarios. Y cuanto más se acercaba la guerra a su final previsto, y para ellos especialmente espantoso, más salvajes y difíciles de manejar se volvían esos individuos. Por cálculo o por convicción, habían apostado por el mal caballo, y el descubrimiento tardío de su error los transformaba progresivamente en animales rabiosos.

Sucedía, naturalmente, que algunos de esos desertores rusos, hartos de la disciplina alemana, trataran de reincorporarse a las filas del Ejército soviético. Nunca conseguimos descubrir lo que era de ellos. Sin duda eran ahorcados, por alta traición. Luego, los rusos terminaron radicalmente con este tráfico. Nos devolvieron a todos los desertores rusos y ucranianos sobrevolando las líneas alemanas y lanzando a los indeseables, pero sin paracaídas. En el bolsillo de todos ellos había un sobre de reglamento conteniendo un «albarán de entrega» así redactado:

La sección de policía militar n.º 174, devuelve junto con la presente.

Al voluntario SS Boris Petrovitch Turgoiski, nacido en Tiflis el 18 de marzo de 1919 y que ha:

Desertado en 27 de diciembre de 1943, en Lebed, del 18.º Batallón SS.

Capturado por el 192.º Regimiento de fusileros del Ejército Rojo.

Este desertor es devuelto al Ejército Alemán por mediación del teniente Barovitch, piloto de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo.

RECIBÍ.

Este recibo confirma la entrega del desertor.

Graduación...

Nombre...

Unidad...

Se ruega cumplimentar y devolver este recibo a la unidad más próxima del Ejército Rojo.

Tales atrocidades causaban en nuestra moral el efecto de un soporífero. Yo mismo me sentía invadido rápidamente por la opaca resignación de mis compañeros, su convicción de que estábamos todos fastidiados, y de que ya nada importaba, puesto que todos los hombres, sin excepción, eran unas bestias feroces.

El capitán Von Barring empezó a beber.

Sólo habían desmontado las ametralladoras.

Buscamos al granjero y le preguntamos cómo diablo aquel tanque había podido penetrar en su granja. Encantado, nos enseñó un papel en el que había escrito en lengua alemana.

»Nosotros, tripulación del vehículo, hemos vendido esta lata de sardinas al granjero Peter Alexandrovitch, a cambio de una vaca estando los dos bichos en perfecto estado de funcionamiento.

»¡Heil Hitler!

»Anda y que te zurzan, querido miembro del Partido.

En casi todas las granjas de Ucrania grandes o pequeñas, podía esperarse descubrir un auto o un vehículo alemán de uno u otro tipo.

LA RETIRADA DE KIEV

El motivo que adujeron fue que un *Untersturmführer* de las SS había sido asesinado en las proximidades del villorrio. A manera de advertencia a los demás habitantes de la región, el comandante SS había ordenado que ahorcaran a todos los hombres y mujeres entre los catorce y sesenta años. Fueron cargados en camiones, que se situaron, en marcha atrás, bajo una serie de nudos corredizos. Los SS pasaron las cuerdas alrededor de los cuellos. Después los camiones arrancaron...

Un rumor agresivo surgió de nuestras filas cuando descubrimos este espectáculo, por lo demás terminado ya. Los SS nos observaron nerviosamente y oprimieron sus armas con mayor fuerza, mientras nuestros oficiales nos hacían acelerar la marcha para evitar una pelea.

El antagonismo que oponía el Ejército a las SS estaba transformándose en conflicto abierto. Himmler había aplastado toda tentativa de crear un «maquis» organizado, hostil al régimen del que él era perro guardián, pero su represión había sido inútil a pesar de todo, porque no había identificado a su enemigo. De hecho, había aniquilado a inocentes. Su verdadero enemigo —pese a que, evidentemente, él no podía saberlo— era ese terror que creía poder utilizar a su antojo. Empleado sin método, al azar, acabó por ocasionar su pérdida. Porque fue eso lo que creó la resistencia alemana, hasta convertirse en un «maquis» cuyas crónicas no serán nunca escritas, por la sencilla razón de que en ninguna parte existe el menor informe sobre sus actividades. No se trataba de un movimiento organizado, sino de un conjunto de

iniciativas dispersas, tan poco ostensibles, tan fortuitas en apariencia como había sido la nuestra cuando liquidamos a Meier el cerdo.

Los rusos ocupaban ya la mitad de Kiev cuando llegamos como refuerzo. En el interior de la ciudad nos separamos en pequeños grupos de combate que penetraron independientemente en Kiev por diversos itinerarios. Mi tanque avanzaba inmediatamente detrás de los de Porta y *El Viejo*. Bajamos por la Wosduchffotskoje, luego atravesamos una línea férrea y bordeamos la calle Djakowa, en la que todas las casas estaban ocupadas por los alemanes; finalmente, nos dirigimos hacia Pavolo, en el extremo norte de la ciudad. Deslizándonos por un dédalo de callejuelas y de pasajes estrechos, al llegar el alba alcanzamos una vieja fábrica.

Dieciocho T-34 y seis KW-2 estaban alineados en el patio principal, con sus tripulaciones formadas por la lista de la mañana. La aparición brusca de nuestros tanques, a menos de veinte metros, los paralizó totalmente.

Aparté a nuestro suboficial inexperto del aparato de puntería y cañón, lanzallamas y ametralladoras entraron simultáneamente en acción en los otros dos tanques. Porta y *El Viejo* actuaron con la misma prontitud automática. Los soldados rusos cayeron como moscas y en el espacio de pocos minutos incendiábamos y destruimos las docenas de tanques. Después nos alejamos a todo gas por calles laterales: encontramos una compañía de infantería y la pasamos al lanzallamas y después a la ametralladora, encargándose nuestras cadenas de aplastar a los supervivientes.

Y la fiesta prosiguió. Incendios, destrucciones, matanzas. Una batería antitanque inmovilizó el carro del *Viejo* con un impacto en las orugas. Rodeé una manzana de casas a toda velocidad, para coger por retaguardia la batería antitanque. Inútil desperdiciar municiones. Cañón y servidores, en número de ocho, apenas frenaron mi carrera. Pero ya habían incendiado el tanque del *Viejo* y matado a dos de sus hombres. *El Viejo* se me reunió en mi tanque, y los otros dos subieron en el de Porta.

Todo el día discurrió así. Agotador, monótono, en una tensión permanente que casi nos enloquecía. Cuando regresamos a nuestra base de operaciones, la 5.^a Compañía había perdido todos sus tanques y el *Oberst* Von Lindenau había muerto. Quemado.

Todo Kiev ardía.

No hay forma de combate más susceptible de conducir rápidamente a la demencia, que la lucha callejera. Progresando o retrocediendo de puerta en puerta, nunca se sabe lo que puede ocurrir de un segundo al otro ni qué ventana puede ocultar a un enemigo dispuesto a derribarte de un balazo, a lanzarte una granada, o simplemente arrojarte a la cabeza un bloque de piedra. Silban balas de las que no se puede localizar el punto de origen, y que uno se ve obligado a dejar pasar estoicamente oculto detrás de un delgado farol.

En varias ocasiones tuvimos que evacuar una casa porque se había derrumbado

bajo nuestros pies, provocando caídas a través de techos y suelos de tres o cuatro pisos. Incluso llegábamos ocasionalmente a duras luchas cuerpo a cuerpo, a breves escaramuzas de extremada brutalidad, con el cuchillo, con la pala de trinchera, y entretanto la ciudad ardía, estallaba, aullaba con sus millares de voces perdidas, en una temperatura ambiente que iba de los cuarenta bajo cero a los cincuenta grados.

El inmenso puente sobre el Dnieper había saltado. Sólo surgían del río varios erizos gigantescos de chatarra retorcida. El orgullo de la ciudad, la potente emisora de radio, con sus antenas de acero, no era más que una masa de vigas y de cables inexplicablemente enredados. En los enormes mataderos yacían millares de carcasas rociadas con ácido. Generosamente regadas con gasolina, llameaban como enormes braseros centenares de toneladas de grano de girasol y de aceite de mijo. Los talleres de montaje de locomotoras parecían cementerios de elefantes.

Durante la retirada, nuestro odio por las SS estalló y se expresó a menudo de manera tangible, hasta el punto de que ninguna unidad SS se atrevía ya a desplazarse durante una ofensiva cuando había tropas ordinarias a su retaguardia. Ocurrió más de una vez que rusos y alemanes, atrincherados en un lado y otro de la misma calle, cesaran de tirotearse a la llegada de una unidad SS para que los alemanes pudiesen exterminar con toda tranquilidad a los portadores del detestado uniforme. El combate proseguía después, entre soldados «honrados» de dos ejércitos regulares.

Una mañana, poco antes de amanecer, llegamos a un sector próximo a Berdishev, donde la batalla era inminente. Allí estaba ya un regimiento de infantería de reserva. No quedándonos ni un solo tanque, nosotros actuábamos igualmente como infantería.

Nuestro sitio, como siempre, era en vanguardia, en la tierra de nadie. Excavamos estrechas trincheras individuales, sobre las que pudiesen pasar los tanques rusos sin demasiado peligro para nosotros. El truco consistía en que, una vez los tanques hubiesen rebasado nuestros puestos avanzados, estaríamos en primera fila para diezmar a su infantería con nuestros lanzallamas, nuestras ametralladoras, incluso nuestras armas de combate cuerpo a cuerpo: bayonetas y palas de trinchera.

Tras de nosotros, nuestros granaderos estaban sometidos a un violento martilleo artillero. Transcurrieron horas, mientras el duelo de artillería aumentaba de intensidad incesantemente. Luego, a las tres, hubo una breve calma, los tiros se alargaron y la barrera retrocedió hasta más allá de nuestras líneas, reanudándose con igual virulencia. El espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos estuvo a punto de hacernos perder el sentido. En medio de la niebla, que se arrastraba junto al suelo, avanzaban hordas de T-34, y detrás de ellas se movían, con la bayoneta calada, masas compactas de infantería.

Bruscamente, mi agujero se oscureció y recibí una pequeña avalancha de tierra. Un sudor helado me empapó la frente. Me temblaban las rodillas. Luego un nuevo

tanque me pasó por encima de la cabeza y después otro. Seguidamente, las ametralladoras empezaron a disparar, acompañadas por el retumbar de los cañones. Esto significaba que se había iniciado el combate entre los tanques rusos y nuestros granaderos y cañones anticarro.

Vacilé aún en asomar la cabeza por el borde del agujero, temeroso de ser decapitado por un T-34 rezagado, pero cuando oí crepitar la ametralladora más próxima a la mía, me incorporé lentamente.

A menos de cincuenta metros de allí una ametralladora pesada se había puesto en batería con una docena de soldados rusos tendidos a su alrededor. Apunté mi lanzallamas y apreté el gatillo. Un rugido sordo saludó la proyección de la roja llamarada. Dos soldados soviéticos se incorporaron a medias y cayeron inmediatamente ardiendo como antorchas. Otra ametralladora abrió fuego en mi dirección y me metí vivamente bajo tierra, dejando de utilizar el lanzallamas.

Esta vez actué con más prudencia, asomando la boca de mi aparato por el borde del agujero y apuntando con ayuda de mi periscopio. Apreté el gatillo. La segunda ametralladora calló.

Después vino la segunda oleada de tanques, y en esta ocasión la cosa no resultaba divertida porque ahora sabían que estábamos allí, en los agujeros. El método de la lucha cuerpo a cuerpo entre un soldado de carne y hueso y un tanque de setenta toneladas, es el siguiente: el soldado, sin miedo y sin vacilar, según exige el reglamento, salta de su agujero, carga contra el tanque de frente, se lanza sobre el, agarrando con una habilidad reglamentariamente infalible su grueso gancho de remolque sin por eso soltar, como es evidente, la bomba magnética que sostiene en la otra mano.

El esfuerzo violento necesario para izarme sobre el enorme monstruo que avanzaba a toda velocidad me cubrió de sudor de pies a cabeza. A Dios gracias, la tripulación de un T-34 no puede ver nada en absoluto en un radio de una decena de metros alrededor de un tanque. Varias veces estuve a punto de caerme. Mis manos sangraban, mis uñas se rompían. Pero el guerrero indomable resistió valientemente y colocó su bomba al lugar prescrito, contra el collar de acero que se extiende por la parte posterior de la torreta. Luego tiró de la cuerda del detonador, bajó de un salto a tierra firme y se zambulló en un cráter donde había ya una docena de granaderos y una ametralladora. Cinco segundos más tarde sonó una explosión sorda y el tanque se inmovilizó con la nariz metida en un agujero de obús. Toda la tripulación había muerto instantáneamente por la poderosa deflagración de la bomba magnética.

Cuando vino el T-34 siguiente, el soldado sin miedo cogió una de las bombas que los granaderos tenían en sus agujeros y saltó ágilmente sobre el tanque, arrancándose y rompiéndose las demás uñas. Este género de ejercicio convirtióse prácticamente en una rutina como todo lo demás. Hasta qué punto esta rutina podía ser eficaz no lo

comprendí verdaderamente hasta que un fragmento de torreta después de describir por el aire una graciosa trayectoria, se hundió en tierra a treinta centímetros de mí. No debía pesar mucho menos de media tonelada.

Nuestra artillería antitanque rechazó los carros enemigos, hostigados por las minas y las bombas magnéticas. Después los cañones rusos intervinieron de nuevo y todos nuestros granaderos, todos los nuevos reclutas del 27.º, pusieron pies en polvorosa y huyeron hacia retaguardia. Incluso nosotros, los veteranos, contagiados por tanto ardor, seguimos el ejemplo. La infantería rusa se lanzó en pos nuestro, vociferando: «¡Viva Stalin, viva Stalin!»

Un viejo comandante trató de detenernos, de obligarnos a hacer frente a la infantería soviética, pero su pistola automática le fue arrancada de las manos y las botas de los soldados enloquecidos le pisotearon y mataron. Ignoro lo que nos hizo detenernos y retroceder. Pero nos detuvimos, plantamos cara a los rusos y les combatimos cuerpo a cuerpo. Cogí con las dos manos el rifle de un mogol y traté de arrancárselo. Resistió y yo insistí, gruñendo los dos como animales, porque sabíamos que uno de nosotros debía morir. Impulsado por un frenesí homicida finalmente me apoderé del rifle y, rápido como el rayo, hundi la bayoneta en la espalda del soldado ruso desequilibrado. Cayó al suelo, gritando, arrancándome el fusil en su caída. Tuve que empujar con el pie para sacar la bayoneta. Luego me lancé, aullando como un demente, con la bayoneta ante mí, en posición horizontal como una lanza. Ensarté a un ruso con tanta fuerza que la hoja le asomó por la espalda. Gritó, con la boca desmesuradamente abierta. Sólo se oían esos gruñidos y gritos de bestias feroces que surgían de labios contraídos en rostros convulsos.

De repente, la sangre se me heló en las venas. Boquiabierto, contemplé el cielo, por el que se aproximaba un denso enjambre de cohetes ululantes incandescentes, con sus largas colas de llamas, silbando y rugiendo más fuerte que todos los demonios del infierno, en un estrépito inconcebible que parecía arrancarme lentamente todos los nervios. Pegados al suelo, gritábamos y sollozábamos de miedo. Eran los órganos de Stalin, el instrumento de destrucción y desmoralización más terrible de todos los tiempos.

Después de treinta y seis horas de combates encarnizados, la ofensiva rusa amainó, cesó. Al final de la batalla, tanto los rusos como nosotros volvíamos a ocupar nuestras posiciones primitivas.

Siguió un espantoso duelo artillero, un huracán de seis días y seis noches que hizo zozobrar numerosos cerebros. Un bosquecillo fue arrasado en dos horas y de tal manera que nada indicaba ya, al término de la sesión, que alguna vez hubiese existido un bosque en aquel sitio. Nosotros permanecemos agazapados en nuestros hoyos, con la mirada perdida y los ojos inyectados en sangre. Ni pensar en hablar. Incluso vociferando junto al oído del vecino, era imposible hacerse oír.

Una vez más, fue la visión de Porta y del *Viejo* lo que impidió perder el juicio. Me bastaba con mirarlos, impasibles en medio de aquel infierno ensordecedor, para recuperar inmediatamente la calma. *El Viejo* chupaba su pipa y Porta tocaba la flauta con el gato *Stalin* acurrucado en su regazo. Nadie, ni siquiera Porta, podía oír ni un compás de lo que tocaba, pero él seguía, con recogimiento concentrado, sin prestar la menor atención, al estrépito. ¿Había alcanzado tal vez un punto tal de abstracción que podía escuchar realmente lo que tocaba?

La tarde del cuarto día Von Barring apareció a la puerta de nuestro refugio. Tenía un aspecto más enfermizo que nunca. *El Viejo* me había dicho que padecía disentería perniciosa y que debía pasar la mayor parte del tiempo con el pantalón enrollado a las rodillas. Además, sus riñones funcionaban cada vez peor. Según las apariencias no llegaría a viejo.

El papel que nos entrego llevaba estas palabras:

«Tenemos que dar de comer a los hombres. He enviado a cuatro equipos, pero no han regresado. Vosotros sois mi última esperanza».

Cruzamos una mirada y observamos a Von Barring, que se había derrumbado sobre una caja, con la cabeza entre las manos. *El Viejo* se encogió de hombros, e hizo un ademán afirmativo. Von Barring le dio también un informe para ser entregado, informe comunicando a nuestro cuartel general que el dispositivo telefónico estaba hecho añicos.

Con los recipientes para la comida sujetos a la espalda emprendimos la marcha por un paisaje lunar cubierto de cráteres irregulares. Una lluvia de hierro y de fuego caía incesantemente del cielo negro. Las nubes bajas eran amenazadoras, densas. *El Viejo* meneó la cabeza con aire preocupado. Porta asintió, con rostro inexpresivo, y proseguimos incansablemente.

Necesitamos seis horas y media para atravesar la zona bombardeada, que ocupaba una profundidad de cuatro kilómetros, y siete horas para regresar con los recipientes llenos de habas y de cerdo hervido.

Comimos junto a la cocina de campaña, antes de emprender el regreso, atiborrándonos hasta que los propios cocineros sintieron ciertos escrúpulos. Afirmando que había que pensar en la cena, Porta se metió en los bolsillos de su guerrera pedazos de cerdo humeante, tembloroso. Los recipientes llenos pesaban una tonelada cuando nos los sujetaron de nuevo a la espalda. Porta metió a *Stalin* en el bolsillo especial que había cosido para él en un faldón de su capote. Siempre tan satisfecho de su suerte, el minino pelirrojo observaba el paisaje, asomando apenas la cabeza, tocada con un quepis, por el borde del bolsillo.

También combatí bajo tierra. Los rusos habían empezado a minar nuestras posiciones. Pegando el oído al suelo de nuestros refugios, podíamos oír el toc...

toc... toc de sus picos. Lógicamente, nuestra tarea consistió en horadar otras galerías, aniquilar a sus zapadores y minar las posiciones rusas.

Tendidos en una galería, escuchábamos el martilleo exasperante de los picos. Toc... toc... toc...

De repente, silencio. ¿Habían terminado la tarea? ¿Percibiríamos al cabo de pocos minutos un estampido sordo que nos enterraría vivos?

Aguardamos un cuarto de hora, que resulta endiabladamente largo cuando se acecha con el oído atento y en un silencio de muerte, un ruido determinado, un ruido que no acaba de llegar.

Aguardamos una hora.

Y luego, los toc, toc, toc se reanudaron, concediéndonos una nueva prórroga de vida. Oí que, detrás de mí, *El Viejo* lanzaba un suspiro de alivio.

Nos preparamos para la acción.

En sordina, *El Viejo* cuchicheó, dirigiéndose a los que eran jóvenes e inexpertos:

—No tratéis nunca de apuñalar en las costillas, resulta demasiado inofensivo. Golpead en la garganta o en el vientre, oblicuamente en la ingle y de arriba abajo, si es posible, despanzurrando de abajo arriba cuando retiréis la hoja.

Prudentemente, avanzamos por los pasadizos, tan estrechos en algunos trozos que debíamos arrastrarnos boca abajo. Al doblar un recodo, tropezamos prácticamente con cuatro rusos que cavaban activamente a tres metros de distancia. Nos acercamos a ellos, sin ruido, y los cuchillos entran en acción. Por todo el sector, en los túneles de comunicación, nuestros hombres acechan a los zapadores rusos que parecen olfatear algo. *El Viejo*, Porta, yo y seis jóvenes reclutas sorprendemos a un equipo de ocho excavadores trabajando en el fondo de un túnel. Mientras los otros se ocultan, Porta grita en excelente ruso.

—Ya podéis salir, camaradas, ha llegado el relevo.

Los rusos se vuelven, pero no pueden vernos en los del túnel. Uno de ellos interroga:

—¿Hemos de salir todos?

—Sí, sí apresuraos. Los otros están ya fuera. Os esperan.

Nuestros cuchillos relampaguean a la luz de sus linternas desfallecientes. Uno de ellos consigue hundir su pico en el vientre de uno de nuestros muchachos, que empieza a aullar tan fuerte que nos obliga a rebanarle el cuello.

Tratan de enterrarnos vivos, lanzándonos cargas explosivas.

Un día enterramos al buenazo de Plutón. Fue imposible encontrar su cabeza, pero era él, no había error posible.

Una vez más, correspondió a nuestro 27.º el permanecer en retaguardia en un sector evacuado, de ciento veinte kilómetros de ancho, para cubrir una retirada de gran envergadura. Durante veinticuatro horas al menos, las estufas debían

permanecer encendidas, las chimeneas habían de seguir echando humo, las ametralladoras disparar una andanada de vez en cuando.

Y asimismo teníamos el encargo de preparar trampas. Los doscientos hombres de nuestra compañía debían guarnecer un frente de veinte kilómetros. Teníamos la orden estricta de no abandonar nuestras posiciones bajo ningún pretexto a menos que los rusos invadieran materialmente nuestras trincheras.

A Dios gracias, los preparativos nos mantenían ocupados. Atar cada puerta de las chabolas a minas que estallarían así que se les empujara. Disponer un tronco inofensivo de manera que hiciese estallar un paquete de cartuchos si alguien quería cogerlo para echarlo a la estufa. Instalar bajo una tabla suelta un dispositivo que haría saltar, en cadena, cincuenta minas antitanques enterradas a cien metros de allí. ¿Por qué preparar efectivamente esas trampas en vez de dejarlo correr todo? Ya lo he dicho, así se pasaba el tiempo. Y, por el contrario, abstenerse de prepararlas hubiese sido igualmente absurdo...

La tarde transcurrió rápidamente. Los rusos no parecían sospechar que frente a ellos ya sólo había un puñado pobres diablos sarnosos, llenos de amargura. La noche fue muy desagradable. No nos atrevíamos a dormir. De cincuenta a cien metros nos separaban de nuestros vecinos más próximos, y nada nos protegía contra los ataques de las patrullas. ¡De aquellas famosas patrullas siberianas! Con la cabeza llena de ideas pesimistas, permanecí sentado toda la noche, junto a un montón de granadas y un par de metralletas cargadas, escrutando desesperadamente las tinieblas.

Al amanecer, los rusos empezaron a olerse la tostada. Lanzamos varias ráfagas, pero se fueron envalentonando más y más, hasta llegar a observarnos abiertamente por encima de los parapetos de sus trincheras. Me acerqué al Viejo y le dije:

—¿No crees que más valdría largarnos antes de que fuese demasiado tarde? Que sean veinte horas en lugar de veinticuatro no representa una gran diferencia.

El Viejo meneó la cabeza.

—Sven, una orden es una orden. Y, sobre todo, los otros cuentan con nosotros para disponer de veinticuatro horas de ventaja. Incluso así ya les irá bastante justo. Más vale darles una posibilidad de salir con bien.

Porta opinaba lo mismo que yo, pero *El Viejo* se mostró inflexible, diciendo que, si nos parecía, podíamos largarnos, pero que él se quedaba. Si era necesario, solo.

—¡Oh, está bien, viejo testarudo! —vociferó Porta, furibundo—. Sabes muy bien que no vamos a abandonarte. ¡Pero después no digas que no te hemos avisado!

Echando pestes, regresamos a nuestros puestos respectivos. Encaramados en sus parapetos varios rusos nos hacían ademanes interrogadores. Una serie de ráfagas los envió a sus trincheras, pero un momento después volvían a estar allí.

Bruscamente, con profundo horror, vi aparecer un rostro barbudo por encima de mi parapeto, a menos de diez metros de allí. Mecánicamente, lancé una granada y el

hombre murió en el acto. Luego las cosas se animaron. Los rusos venían a investigar, en grupo, y *El Viejo* reconoció por fin que ya iba siendo hora de abandonar las posiciones.

Huimos en nuestros esquís por la estepa nevada. De vez en cuando algo estallaba detrás de nosotros. Una de nuestras pequeñas bromas. Pero, aparte de eso todo estaba silencioso, desierto. A veces, tanques rusos pasaban por la carretera a dos kilómetros de allí. Después de cinco días de búsqueda, encontramos los restos del 27.º, que eran retirados de la batalla para su reorganización.

Fui nombrado *Fahnenjunker*, lo que no me gustó en absoluto. Hasta entonces había permanecido bien disimulado entre la masa. Ahora tendría que colocarme entre los otros y recibir el informe del *Kommandofeldwebel* que la víspera aun era mi superior. Tenía la impresión de ofrecerme en espectáculo, desnudo a los ojos del mundo entero. En cuanto a mis compañeros, se divertían de lo lindo.

Un momento después, dijo con la misma voz gangosa.

—Cuando hagáis la revolución contra los nazis y los generales, no olvidéis de pegar dos buenos pescozones de mi parte a Adolfo.

—Prometido, Porta —replicó El Viejo—. Se los daremos tan bien dados que si hubieses tenido que hacerlo tú mismo te habrías cansado enormemente.

—¡Bien!

Hubo un silencio. La pipa del Viejo chisporroteaba furiosamente.

—Eh, Viejo, ¿llevas tu instrumento?

El Viejo sacó su armónica del bolsillo.

—Tócame la canción de la muchacha que peina su cabellera rubia sentada en una roca.

El Viejo obedeció y yo canté en sordina las palabras mientras Porta contemplaba fijamente el techo.

Llorábamos. Porta murmuró:

*Ich weiss nicht, was soll es bedeuten,
Dass ich so traurig bin;
Ein Märchen aus alter Zeiten,
Das kommt mir nicht aus den Sinn.*

—Y ahora, Joseph Porta, Stabsgefreiter por la gracia de Dios, va a reunirse con su Creador. Resulta un poco duro. Prometédme que cuidaréis de Stalin. Me gustaría verlo otra vez antes de levar anclas.

El Viejo acercó el minino al rostro de Porta.

—¡No os olvidéis de mis castañas en el hocico de Adolfo y de Himmler! Hasta la vista.

Un líquido negruzco, amarillento, resbaló lentamente por la comisura de sus labios, y sus manos oprimieron con más fuerza las nuestras. Luego la presión se aflojó. Joseph Porta había muerto.

TENDIDO SOBRE UN LECHO DE ALAMBRADAS

Pese a que de momento no tuviera ni la menor idea, mi segunda estancia en el hospital señaló un cambio en mi existencia. Caí en la tierra de nadie, enredado en las alambradas, pero, sin embargo, me habían recuperado y enviado al taller de reparaciones. Después de mi curación, me remitieron a la escuela de tanques de Wünschdorf, Berlín, para infligirme una formación acelerada de oficial antes de destinarme de nuevo al 27.º. Fue allí, en Berlín, donde por un extraño designio de la Providencia fui mensajero de la conspiración organizada contra el Führer. Pero ésta es otra historia...

Una mañana, mientras estaba aún en el hospital de Franzenbad, un tipo pequeño y rechoncho, de unos veinticinco años, penetró en la sala, se detuvo ante mi cama y dijo con el acento vienes más remarcado que nunca había oído:

—¡Salud, hermano! Me llamo Ernst Stolpe, del 7.º Alpino. Tengo una araña en el pecho, V-2 en la estratosfera e incluso un certificado para demostrarlo. ¡Mira esto!

Me alargó un certificado que representaba, en esencia, el sueño de todo soldado sano de cuerpo y de espíritu.

El Obergefreiter Ernst Stolpe, del 7.º Batallón de Cazadores Alpinos, debe ser considerado como un herido grave, a causa de tres lesiones serías en la cabeza. En ninguna circunstancia debe ser sometido a trabajos u obligado a llevar un equipo pesado, en especial un casco de acero. En caso de ataque debe ser enviado inmediatamente al Hospital Militar más próximo.

Standortlazarett 40 París.
Doctor WAXMUND, Oberstabsartz.

—¿No es esto, Heil Hitler? —prosiguió—. ¿Y tú no estás chiflado? Si lo estás, debes callarte, porque no está bien hacerse la competencia. Llevo cartas y mensajes a otros chiflados, en los cuarteles generales y en las guarniciones, pero éstos están en libertad. Cuando necesito vacaciones, le pego un puñetazo a un oficialucho, le dedico mi sonrisa más dulce y le enseño mi certificado. Entonces me envían al hospital. Cuando te sostengas en pie, te llevaré a visitar Franzenbad, Eger y Praga. ¿Te gustaría saber como he ido a parar a esta fábrica de saltos peligrosos?

—¡Desde luego!

Hacía varias semanas que no sonreía. Había enviado un telegrama a Bárbara, la cual había venido y se había hecho trasladar a Franzenbad para poder permanecer

junto a mí, pero mi moral no había mejorado gran cosa. Tan abatido y desesperado estaba. Bárbara se preocupaba por mí.

—Entonces, abre bien las orejas, pajarraco, y presta atención —prosiguió—. La primera vez que me abrí el coco fue en Francia, en un vagón de ferrocarril. Porrazo contra un tronco de árbol. Fractura del cráneo. Hospital. Convalecencia. Salida. Quince días después, enseño a un fulano cómo hay que manejar una moto. Suelto el manillar y, mala suerte, algún granuja ha colocado una verja en el sitio adonde quiero ir. Salgo en cohete hacia la luna y aterrizo en un abrevadero. El abrevadero resiste mi impacto, pero mi cráneo no. Fractura de cráneo, más una clavícula a la miseria. Hospital. Convalecencia. Salida. Sin certificado de curación. Seis semanas, y vuelta a las andadas. Esta vez contra un poste. Entonces voy y me digo: ahora sí que hay que ir en serio. Bueno, viejo, no tienes idea de lo difícil que es que te reconozcan como chiflado. Que certifiquen, negro sobre blanco, que te falta un tornillo. ¡Sin duda es porque a la mayoría de los buenos soldados alemanes les faltan varios!

»“Amiguito —me digo—, tendrás que ayudar un poco, ¡Hasta conseguirlo!” Empiezo por aplastar la napia del matasanos de servicio. Estaba tan orgulloso de su rostro, el fulano, que se puso a llorar. “¿Le ha gustado? —le preguntó—. Me llamo Ernst Stolpe” Cero. Una tarde me voy a buscar a la madre superiora, una virgen de lo más marchito que hay, de por lo menos cincuenta primaveras, y le digo: “Bájate las bragas, Cleopatra, que tengo que hablarte.” Tampoco da resultado. Supongo que, de momento, creyó que era verdad. ¡Debió de tomar sus deseos por realidades!

»“Bueno —me digo—, un verdadero soldado alemán nunca abandona. Lo que necesito es un martillo.” Obtengo uno y espero la ocasión. Y luego, un día, entro en la habitación de un comandante. Le saludo cortésmente, admiro su hermoso cuchitril. Luego quedo extasiado ante su reloj. Un reloj estupendo, de oro, una verdadera joya. Le pregunto si es fuerte. No me contesta. No hace más que hablar de los galones de general. Le guiño un ojo, sacó mi martillo, y ¡zas!, sobre el reloj. “Como ve, no era muy fuerte”, le explico. Y froto la cabeza del martillo mientras que él se cuelga del cordón de un timbre. “Era una baratija”, prosigo. Y le doy diez pfennigs aconsejándole que se compre un billete de lotería.

»Alborota la mitad del hospital, pero yo me las piro tranquilamente, voy para la cocina y sonrío a mi alrededor. “Aquí tienen demasiado calor, señoras —dije a las chicas—. Os voy a abrir una ventana.” Vuelvo a sacar el martillo y me cargo ocho cristales. “Ahora se está mejor —les digo—. Así se tiene un poco de aire fresco.” Después meto los calcetines, tres pañuelos y un pedazo de tela en la sopa y les digo: “¿No les molestará lavarme esto mientras están haciendo la colada?” Y entonces acabaron por entregarme mi permiso de divertirme...

Nunca pude determinar en qué proporción exacta Stolpe estaba realmente chiflado; pero su apreciación de lo útil y de lo agradable era muy clara y Bárbara se

sentía inmensamente feliz de que me hubiese tomado bajo su protección, y me reanimara con sus ideas absurdas, que tenían la curiosa costumbre de terminarse con el hurto de alguna botella de alcohol medicinal en la enfermería.

Cuando pude levantarme de la cama, me dieron un sillón de ruedas, porque estaba aún casi paralizado, y Stolpe se complacía en pasearme por los alrededores. Era extremadamente práctico, sobre todo cuando íbamos al teatro o algún otro sitio donde era preciso hacer cola; Stolpe me empujaba directamente hasta el interior de la sala, y después se sentaba tranquilamente a mi lado; asiento tenía la anchura justa para dos personas.

Pasábamos también horas de regocijo haciéndonos pasear por algún primo por las calles elegantes de Eger o de Praga, sentados los dos y recogiendo con una sonrisa las miradas compasivas de las señoras. De esta manera fuimos invitados una noche a una recepción muy elegante a la que asistían varios antiguos oficiales de guarnición alemanes y eslovacos. Lo mismo que las hermosas damas del mundo elegante de Praga, casi se les saltaron las lagrimas ante el espectáculo de aquel cazador en uniforme gris verdoso, con su *edelweis* en la gorra, y aquel tanquista de negro uniforme, con su boina inclinada coquetamente sobre una oreja, instalados fraternalmente en el mismo sillón de ruedas. Lo que estaban dispuestos a hacer por nosotros no tenía prácticamente límites, y muy pronto nuestros bolsillos se vieron atiborrados de golosinas de todas clases que después compartimos con los demás compañeros del hospital. Incluso nos hicieron fotografiar para conservar un recuerdo de «la vez que el cazador y el tanquista estuvieron sentados juntos en un sillón de ruedas».

Desdichadamente, dos de aquellas caritativas matronas nos sorprendieron un día mientras participábamos en una carrera de sillas de ruedas. Stolpe no iba sentado a mi lado, sino que empujaba el sillón por una calle desierta, con toda la velocidad que le era posible. Después de este desafortunado encuentro, ya no se nos volvió a invitar a ninguna otra recepción.

Cuando necesitábamos dinero y distracción, Stolpe telefoneaba a su amiguita, esposa de un SS *Standartenführer* de Nuremberg.

La primera vez que la llamó así, en mi presencia, atrajo la atención de todo el mundo en la central de teléfonos, vociferando por el aparato:

—¿Qué hay, vieja prostituta? ¿Cómo va el otro granuja? ¿Está en casa? ¿No? Atrapado en Rusia, ¿eh? ¡Buen trabajo! Oye, vieja, he aprendido una nueva posición, de modo que, si te interesa, harías bien en venir antes de que la pruebe con otra potranca. ¡Pero aguarda! Es una posición muy fatigosa, de modo que si no tienes algún tónico para traernos, no vale la pena que te molestes. Y, sobre todo, guárdate para ti esa porquería de oporto; siempre he dicho que el otro tipo se había dejado timar. No quiero volver a oír hablar del oporto hasta que te hayas terminado ése...

Bueno, hay más, pero no puedo quedarme aquí hablando todo el día. Te espero en el tren de las 2.32. ¡Treinta y dos, como las posiciones!

Tras lo cual dejó colgado del cordón el auricular, de modo que seguía riendo y protestando en la cabina abierta mientras nosotros íbamos ya hacia la salida. En la central todo el mundo reía disimuladamente. Stolpe hizo cola ante una de las taquillas y compró un sello que, al salir, pego en la frente de un policía. Éste meneó la cabeza con aire indulgente y se lo tomó con una sonrisa.

Con gran sorpresa mía, la mujer del *Standartenführer* llegó efectivamente en el tren de las 2.32, con un gran paquete de provisiones compradas en el mercado negro. Ernst pasó varias horas con ella en una habitación de hotel y después la envió a Nuremberg, pretextando que no podía entretenerse más. Cuando se hubo marchado, toda la sala pescó una cogorza con los vinos que ella había traído.

Un día, Stolpe desapareció de mi horizonte. Le habían enviado a un establecimiento psiquiátrico especial. Una semana más tarde, recibí esta tarjeta postal:

*Fábricas de Saltos Peligrosos,
Nuremberg, 18 abril 1944*

Mi querido Sven:

¡En qué mierda he ido a aterrizar! Prohibido fumar. Prohibido salir. Voy al retrete con gran sigilo, porque temo enterarme uno de esos días de que también esta prohibido. Hasta las comidas de noche las hacía bajo la cama, pero una enfermera me explicó que no estaba prohibido comer. Todas las puertas están cerradas, excepto la del retrete, que está abierta de par en par. Hay rejas de hierro en todas las ventanas, pero no sé si es para impedir que nos larguemos o para protegernos de los ataques exteriores.

*Salud y fraternidad,
ERNST, el chiflado.*

—¡Cariño!

—¡Amor mío! ¡Oh, qué alegría volver a verte, Sven! Te he añorado tanto.

—Yo también te he añorado muchísimo, Bárbara. Dame esa maleta, fuera tengo un automóvil. ¿Tienes apetito?

—¿Qué si tengo apetito? Ya verás.

Después de comer, la acompañé a su hotel, donde tomó un baño y descansó media hora de las fatigas de aquel nuevo desplazamiento. Cosa curiosa, no aprovechamos nuestra soledad para caer el uno en brazos del otro. Estábamos tan bien así, tan seguros de nosotros mismos... Y teníamos tantas cosas que explicarnos... Lo demás podía esperar. Cenamos en Potsdam antes de irnos a pasear, cogidos de la mano, por entre los parterres del parque Sans-Souci.

Un nuevo ataque aéreo en masa se cernía sobre Berlín. Bárbara se apretó nerviosamente contra mí mientras observábamos las llamas y el humo que ascendía en Neuköln. Oleada tras oleada, los bombarderos sobrevolaban la ciudad y soltaban su cargamento.

De súbito, un gemido agudo... Con ademán veloz, tumbé a Bárbara en el suelo y me tendí a su lado. Otra bomba llegaba, ululando. Presa de pánico, Bárbara se levantó de un salto y echó a correr, gritando. Me puse en pie y me lancé en pos de ella.

—¡Bárbara! ¡Al suelo, Bárbara! ¡Bárbara...!

Otros silbidos me hicieron zambullir en una cuneta. Sobre mí cayó una lluvia de tierra, y al cabo de pocos segundos me levanté trabajosamente. Bárbara había desaparecido.

La encontré doscientos metros más lejos, tendida en un charco de sangre.

Yo no veía nada, no sentía nada. No oí cómo las sirenas señalaban el final de alarma. Un automóvil se detuvo. Un hombre uniformado me llevó consigo. Envolvieron una manta el cuerpo de Bárbara.

Me desvistieron. Un médico habló de «conmoción». Una mano me palpó el pulso, una mano que sujetaba mi muñeca de la misma manera suave, competente, que Bárbara... Bárbara, que ellos me habían matado.

COMANDANTE DE COMPAÑÍA

Me reintegré a mi Regimiento con el grado de *Oberleutnant* y las funciones de

comandante de mi vieja compañía. Von Barring había sido ascendido a *Oberstleutnant* y mandaba el batallón. De la primera promoción sólo quedábamos Von Barring, Hinka, *El Viejo* y yo. *El Viejo* era ahora *Oberfeldwebel*.

Una mañana gris y fría, una triste mañana lluviosa, *El Viejo* y yo regresábamos del frente. Nos acercábamos a nuestro poblado, siguiendo una de las vías férreas. Estábamos a punto de alcanzar la estación provisional, donde había un gigantesco depósito de municiones, cuando en el aire sonó un silbido familiar. *El Viejo* me dio un empujón que me envió a una cuneta, y se me reunió de un salto.

Durante media hora, aquello fue uno de esos fines del mundo a que estábamos ya acostumbrados. Las explosiones se sucedían en rápida cadencia, con gran estrépito, entre un concierto inimaginable de aullidos, silbidos y deflagraciones titánicas. Inmensas llamaradas de blancura cegadora restallaban en el aire como látigos. Cajas de obuses estallaban durante su vuelo, esparciendo su contenido en todas direcciones. Dos vagones de ferrocarril abandonaron el suelo para caer ciento cincuenta metros más lejos, en las tierras de labranza. El chasis entero de un pesado vagón de mercancías perforó el techo de un cobertizo y fue a caer no lejos de nosotros. Dos altas chimeneas de fábrica se derrumbaron. Una de ellas pareció romperse simultáneamente por varios sitios. La otra se inclinó lentamente, de una pieza, y desapareció en medio de una enorme nube de polvo. De todas las casas situadas a una buena distancia de la estación no quedó piedra sobre piedra.

El silencio que siguió a este apocalipsis tenía algo de macabro e inverosímil. Me moví, me sacudí, salí de la cuneta, miré a mi alrededor.

—¿Vamos, *Viejo*? De buena nos hemos librado, ¿eh?

No hubo respuesta.

Las dos piernas aplastadas, la cadera izquierda convertida en papilla, el hombro también.

Me senté en tierra, coloqué su cabeza sobre mis rodillas, le limpié la frente con mi bufanda. Después cuchicheé:

—¡*Viejo*! ¡Eh, *Viejo*! ¿Crees que podrás resistir hasta el centro médico, si te llevo? Abrió los ojos.

—*El Viejo* está fastidiado, Sven. Quedémonos aquí y dame la mano. No será largo. Enciéndeme un cigarro, si es que tienes...

Encendí un cigarro, se lo puse en los labios. Cada palabra que pronunciaba le hacía sufrir.

—Cuando haya terminado, escribirás a la mujer y a los hijos, ¿eh, Sven? Ya conoces el cuento: un balazo en la sien y no ha sufrido nada... Por lo demás, no es terrible... Sólo cuando hablo me tira la espalda... Quédate mi vieja pipa y mi cuchillo... Lo demás, envíalo a casa, junto con las dos cartas que tengo en la cartera y que todavía no había podido mandar...

Permaneció silencioso un momento, con los ojos cerrados y el cuerpo agitado por prolongados espasmos. Le acerqué mi cantimplora a los labios.

—Un sorbo de *schnaps*, *Viejo*. Trata de beber sólo un poco...

Consiguió tragar un poco de alcohol y volvió a abrir los ojos murmurando trabajosamente:

—Lo más triste es dejarte solo así... Espero que puedas regresar... a ese pequeño país en el que te encuentras como en tu casa... Me has explicado... tantas cosas bonitas de él...

Cuando hubo terminado, me lo llevé en hombros, tropezando y resbalando en el barro, apretando los dientes y llorando como un niño, mientras el sudor resbalaba por mi espalda y la respiración silbaba y sollozaba en el fondo de mi garganta.

Los rusos me contemplaron, estupefactos, mientras depositaba en una cama a mi camarada muerto. Me volví, me acerqué a Von Barring.

—¡Ahora también él...! —gruñó—. No puedo soportarlo por más tiempo...

Me cogió por los hombros y vociferó:

—¡Me vuelvo loco, Sven! Cada vez que he de transmitir una orden de ataque, tengo la impresión de que soy un carnicero.

Sollozando convulsivamente, se dejó caer en un sillón cojo y apoyó la cabeza sobre sus dos brazos extendidos en la mesa.

—¡Oh, Dios del cielo, haz que esto termine! ¡Que termine pronto...!

Después llenó dos vasos de vodka. Dos vasos grandes. Hasta que se desbordaron. Cogió uno, me alargó el otro y lo apuramos de un trago. Los llenó por segunda vez, pero detuve su brazo a medio camino de su boca.

—Erik —le dije—, esperemos hasta haber enterrado al *Viejo*. Tenemos que hacerlo nosotros, porque le conocíamos. Después beberemos todo lo que pesquemos, pero sólo después...

Arrancamos la cruz gamada de la bandera en que lo envolvimos...

Mientras me aprieto el barboquejo y me ajusto el casco, paseo la mirada por la Compañía de la que ahora soy comandante.

En ese espacio, justo delante de mí, estaba tiempo atrás el sargento mayor Edel. Muerto de unas fiebres tifoideas cogidas en el frente, en 1943.

Detrás de él estaba entonces el sargento Bielendorf, muchachote siempre de buen humor, enterrado vivo junto con el pelotón número 4, cuando los combates por la cabeza de puente del Kubán.

A la derecha del segundo pelotón se colocaba *El Viejo*, aplastado anteayer durante el bombardeo de un convoy de municiones.

Detrás de él, el *Stabsgefreiter* Joseph Porta, que marchó hacia el reposo eterno con el vientre abierto por un cuchillo ruso.

Junto a él, *Pulgarcito*, desaparecido.

Y Plutón, decapitado por una bomba en el bosque de Rogilev.

Hugo Stege, suboficial, quemado y despanzurrado en su tanque.

Asmus Braun, el siempre alegre, dos piernas y un brazo arrancados por la explosión de un obús en febrero de 1942.

Benhard Fleischmann, desaparecido en la región de Moscú, después de haberse escapado de un campo de prisioneros de guerra.

Hans Breuer, teniente de policía degradado por haberse negado a servir en las SS, luego ejecutado por haberse dejado aplastar un pie por un tanque.

Junto al pelotón número 5, el teniente Huber, 19 años, un verdadero camarada para sus hombres. Las dos piernas arrancadas en abril de 1943 y muerto en las alambradas después de una larga agonía durante la que no cesó de llamar a su hermana Hilde.

Artillero Kurt Breiting, 16 años, muerto con las angustias del infierno después de que un obús de fósforo le estalló en las manos, en el tren blindado, en junio de 1943.

El pequeño Willy Pallas, siempre sonriente, muerto en esa misma ocasión.

Ernst Valkas, artillero, cuyo cerebro me había cubierto el rostro.

Oberleutnant Von Sandra, que murió despanzurrado por un obús.

Teniente Bruno Haller, treinta y cinco años, que saltó fuera de un tanque incendiado con su hermano, el suboficial Paul Haller, en brazos. Muertos los dos en medio de atroces sufrimientos. Quemaduras de fósforo. Enterrados con las manos unidas en Berditchev. Juntos habían pasado por los campos de concentración y los batallones disciplinarios de Adolfo Hitler; juntos reposan en la tierra helada de la estepa rusa.

¡Dios, si es que existes, haz que este innumerable ejército de muertos desfile eternamente ante los ojos de los mariscales responsables! ¡Haz que los pasos lúgubres de esos soldados muertos no les dejen ni un momento de paz! ¡Oblígalos a mirar de frente esos centenares de miles de miradas acusadoras! Que las madres, las esposas, las hermanas desfilen ante ellos y les lancen eternamente al rostro la lista de los crímenes que han cometido, ellos y sus oficiales de estado mayor, que han organizado esas matanzas horribles para complacer a un burgués sin talento, a un pintor de brocha gorda medio histérico...

Con un sobresalto, me doy cuenta de que el sargento mayor acaba de darme la novedad. Saludo y tomo el mando:

—Quinta Compañía... ¡Armas al hombro!

Los movimientos de esos hombres mal instruidos son de una torpeza increíble. La mayoría de ellos sólo han recibido tres semanas de «formación acelerada».

—Compañía... ¡Media vuelta! De frente... ¡Marchen!

Hundiéndose en el barro hasta los tobillos, doscientos pedazos de carne de cañón

avanzan por la carretera hacia las posiciones que les han sido asignadas.

El Oberstleutnant Von Barring y yo estamos emborrachándonos a la luz parpadeante de un candil, en la chabola de mi Compañía.

Ante nosotros hay una batería de botellas de coñac y de vodka, las unas vacías y las otras medio llenas aún.

Los nervios de Von Barring están tan de punta que no puede ya soportar los períodos de lucidez. Cuando no está ebrio, le dan tales arrebatos de ira que debemos atarlo para impedirle que se hiera o hiera a algún otro. El único medio de tenerlo más o menos dominado, es bebiendo con él. Hinka y yo nos relevamos en esta tarea, porque no nos sería posible seguir su ritmo de consumición. Mantenido perpetuamente en una especie de embriaguez comatosa, parece casi normal y razona coherentemente.

—Sven, esta porquería rebasa todos los límites.

Llena un vaso de vodka y lo vacía como si se tratara de cerveza.

—¡Cuando se piensa en todo lo que esos cerdos de Adolfo y de Goebbels nos han metido en la cabeza, parece inverosímil! ¿Soñamos, o es posible que toda una nación haya tragado y digerido tantas mentiras y contradicciones? ¿Qué nos ocurre a nosotros los alemanes? ¡Todos sabemos que vamos directos hacia el infierno y siempre lo hemos sabido! ¿Es que queremos suicidarnos? ¿Es que podemos ser verdaderamente tan estúpidos como parecemos? ¿Tan ciegos y ávidos de poder? Creo que todos estamos locos... Yo sé que lo estoy, y no de hoy, precisamente.

VON BARRING

—¿Te acuerdas cuando Adolfo vociferaba por la radio: «Si quiero conquistar Stalingrado, no es porque me guste el nombre, sino porque es necesario que este importante centro nervioso del tráfico fluvial soviético sea arrebatado al enemigo, y tomaré Stalingrado cuando considere que ha llegado el momento»? Y varias semanas después, tras la captura del Sexto Ejército, nuevos berridos del muy cerdo, ante las aclamaciones histéricas de esos cretinos miembros del partido: «Cuando me he dado cuenta de la inutilidad de ocupar Stalingrado, que no tiene ningún significado para la victoria final de nuestras tropas, he ordenado una retirada temporal». La gente ha coreado este discurso con una ovación. ¡Pero ciento ochenta mil hombres no pudieron ser sacados de Stalingrado! ¡Ni siquiera temporalmente! Ciento ochenta mil hombres aniquilados en la batalla por Stalingrado, la ciudad «sin significado...»

—Sí —repliqué—. Nosotros vemos claramente el engaño. Pero, ¿qué puede hacer un regimiento disciplinario contra sesenta o setenta millones de cotorras que no ven nada, porque no quieren verlo? Antes morir que perder la guerra, he aquí lo que dicen hoy cuando la guerra está ya perdida... Lo que piensan en realidad es: «Más vale dejar que mueran los demás antes que perder nuestras preciosas existencias». He oído a una mujer, en Berlín, diciendo que, aunque en el frente sólo quedase un regimiento, Alemania ganaría aún, con tal de que ese regimiento fuese el del *SS-Leibstandarte*.

—Las mujeres son aún peores —gruñó Von Barring—. ¡Dios nos libre de las mujeres fanáticas!

—¡Pero al diablo con todo! Hitler ha perdido la guerra, esto es un hecho. Pero, ¿veremos tú y yo el día del glorioso hundimiento? Ésta es otra cuestión. Pronto nos tocará a nosotros pasar por la cazuela. ¡Es curioso vivir con la esperanza de ver que todo se hunde lo más pronto posible! ¡Bebamos, Sven, es lo único que nos queda...!

—Bebamos por el próximo encuentro con una muchacha atractiva. ¡Incluso fanática! Con tal de que sea amable...

—Sí. Una vez de espaldas, todas son iguales. Si por lo menos supieran hablar de algo... ¿Has encontrado alguna vez que hayan tenido opiniones personales?

El timbre del teléfono de campaña nos interrumpió. Era para anunciarme que iba a ser enviado a Lwow, para recibir cuarenta preciosos carros de asalto. ¿Tal vez los últimos que el Ejército sería capaz de reunir?

Sin embargo, ese viaje a Lwow tuvo que ser aplazado, porque los rusos escogieron aquel momento para pasar a la ofensiva y nos acosaron sin tregua durante toda la semana siguiente.

Un día Von Barring penetró en mi chabola, durante su gira de inspección. Permaneció inmóvil un momento, mirando a su alrededor con aire ausente.

Después dijo:

—¡Estoy harto y más que harto!

Y salió como un demente.

Me apresuré a correr en pos de él. Había cogido cohetes de todos los colores y los tiraba al buen tuntún, de manera que nuestros artilleros debían nadar en un mar de confusiones. Hubo que dominarle, atarle y entrarle en la chabola. Gritaba continuamente, con voz ronca, vacilante, mirando fijamente ante sí, con los ojos desorbitados por el miedo; un miedo que sólo él experimentaba, pero cuya magnitud los demás podíamos adivinar fácilmente.

—¡A sus órdenes, Majestad! ¡Majestad Hitler, ja, ja, ja! El *Oberstleutnant* Von Barring, del Regimiento de la Muerte, presente para el servicio del Infierno! ¡El asesino Von Barring se presenta, Majestad! ¡Majestad Hitler, ja, ja, ja, ja, ja!

Me hundí los pulgares en los oídos para no escuchar su risa. Pero cuando vi que estaba a punto de provocar un pánico general entre los ocupantes de la chabola, que

le observaban fascinados, hice acopio de valor y le dejé sin sentido.

Ya sólo quedábamos dos. Hinka y yo. Von Barring, tan joven y bondadoso, que antaño nos había protegido contra Meier, el cerdo, acababa de ceder a la tensión, a la presión permanentes.

Algún tiempo después, durante un breve viaje por necesidades de servicio, Hinka y yo nos detuvimos en Giessen, para llegarnos hasta el hospital psiquiátrico del Ejército, adonde había sido transferido Von Barring.

Atado a su cama, sonreía estúpidamente y no nos reconoció. La saliva le resbalaba por la barbilla, e incluso para nosotros, sus amigos, el espectáculo era repugnante. Esta visita nos trastornó tanto que, de regreso en nuestro tren, permanecimos mucho, mucho rato sin atrevernos a abrir la boca. Finalmente, Hinka emitió una risa nerviosa —no: una risa desesperada—, y declaró:

—No estamos tan encanecidos como queríamos creer, ¿verdad, Sven?

Suspiré.

—No. Era horrible.

—Si alguna vez nos ocurriera una cosa así, a nosotros, ¿no deberíamos prometernos mutuamente que el que quedara adoptaría la decisión más adecuada?

Sellamos el pacto con un enérgico apretón de manos.

Fin



SVEN HASSEL, (nacido en Frederiksborg, Dinamarca, el 19 de abril de 1917) es el seudónimo del escritor danés Boerge Villy Redsted Pedersen. Es hijo del oficial austriaco Peder Oluf Pedersen, y Hansinge Hassel (danesa), más tarde el joven Boerge tomó el apellido de soltera de su madre y desde entonces se llamó Sven Hassel.

La crisis generalizada de 1930 le obliga a emigrar a Alemania en busca de trabajo. En 1931, a los 14 años de edad, se enrola en la marina mercante como mozo de cabina, dando la vuelta al mundo. En 1937 se alista en el ejército alemán y es destinado al 7º Regimiento de Caballería, donde se le obliga a nacionalizarse para permanecer en filas. En cuanto lo hace, es trasladado al Panzerregiment 2 (2º Regimiento de Carros de Combate) en Eisenach. Su regimiento participó en 1939 en la invasión de Polonia. En 1941 sirve como Gefreiter (Cabo) de su regimiento cuando deserta y es condenado a rehabilitación en una prisión militar. Tras su paso por un campo de trabajos forzados, es reincorporado al ejército en el 27º Regimiento de Panzers, un Batallón Disciplinario. Hasta el final de la guerra, Sven participó en todos los frentes del ejército alemán a excepción de África (debido a que su barco es hundido en el trayecto a África). Herido múltiples veces, llega a recuperar sus galones y acaba la guerra como Leutenant (Teniente), recibiendo la Cruz de Hierro de 1ª y 2ª Clase, además de otras condecoraciones Finlandesas e Italianas.

Al finalizar la guerra, se rinde a los rusos en el Parque Tiergarten de Berlín, a un paso del búnker de Hitler en la Cancillería y es internado en varios campos de prisioneros. Mientras está en prisión, comienza a escribir su historia, como un

homenaje a sus camaradas muertos en combate. Al ser liberado en 1949, ingresa a la Legión Extranjera donde conoce a Dorthé Jensen con quien se casa en 1951, luego de cambiarse el nombre por Villy Arbing, en 1950. Consigue trabajo en una fábrica de automóviles y luego su esposa lo anima a publicar su primer libro, apareciendo así "De Fordometes Legion" (La Legión de los Condenados), en 1953.

En 1957 una enfermedad que contrajo durante la guerra le postra en cama durante casi dos años. Al recuperarse continúa escribiendo sus novelas. En 1964 se muda a Barcelona donde sigue viviendo hasta la fecha. En total ha vendido más de 50 millones de copias en 18 idiomas.

En sus apasionantes libros narra la historia de seis soldados alemanes que viven siempre al borde del reglamento, algunos de ellos provenientes de batallones de castigo. Es un equipo de compañeros y camaradas en el frente, que viven el horror del combate en varios escenarios (Messina, Stalingrado, Francia, ...) donde con una imaginativa y apasionante narrativa describe las vivencias del soldado alemán común, representadas en sus personajes, y de como salvan, presencian o viven situaciones que afectaron al combatiente alemán en los más difíciles escenarios de guerra.

Un aspecto peculiar destaca de este grupo de soldados y es que están en contra del antisemitismo que normalmente mantenían muchos soldados de la Wehrmacht, en algunos capítulos incluso llegan a ocultar judíos perseguidos por las SS.

La canción que tararean en los labios antes del combate es: —" Ven, dulce muerte, ven a mi..."—

Sus personajes:

El legionario: Soldado de vasta experiencia en el frente, con un sin fin de ardidés y tretas que usa para su beneficio. Sirvió en la Legión Extranjera francesa. Un cigarrillo Caporal permanentemente encendido en sus labios es su seña de identidad.

El viejo: El combatiente alemán de mayor edad, es el jefe de la sección (sargento). Por su experiencia y humanidad representa un seguro de vida para todos los demás miembros de su sección. El frente de combate es su refugio para ocultar una tragedia personal, sin guerra él no existe.

Hermanito: Es el soldado bruto del equipo, gigantón de fuerza hercúlea, pero de cerebro minúsculo, que actúa casi por instinto. Compañero de aventuras de "Porta" y habitual saqueador de cadáveres, su especialidad son los dientes de oro y las reyertas de taberna.

Julius Heide: Es el típico soldado nazi fanático, que aplica el reglamento hasta en

las situaciones más inverosímiles, lo cual no es obstáculo para que sea un soldado insuperable en combate. Terminó siendo un alto oficial de Alemania del este.

Porta: Es el típico soldado buscavidas, juerguista y mujeriego, frío para actuar en combate, pero que cohesiona el grupo con su cálida amistad y camaradería. Es, además, un consumado trompetista y cocinero. Su característica es usar un sombrero alto de copas amarillo cuando no hay oficiales presentes. Muchas de las historias orbitan en torno a sus vivencias.

Barcelona: Sargento, al igual que "el Viejo", ha participado en la Guerra Civil Española. De ella proviene su apodo, muchas expresiones en castellano y una vieja naranja arrugada que siempre tiene en el bolsillo.

Gregor Martin: Chofer del mariscal de campo Von Kluge en "General SS". Amigo y compañero de aventuras, sobrevivió a la guerra.

Sven: Sven Hassel se representa a si mismo en este personaje que es como el joven soldado granadero adjunto al grupo.

El más extraño personaje de todos es sin duda alguna, el Stabsgefreiter Albert Mumbuto, por ser de raza negra. Antes que comenzara la Segunda Guerra Mundial en Alemania había unos doscientos mil negros procedentes de las ex colonias alemanas en África, las cuales les fueron quitadas a Alemania por el Tratado de Versalles. Algunos otros habitantes de raza negra procedían del Sarre, descendientes de miembros de la Legión Extranjera que vivieron en esa zona francesa que luego volvió a ser parte del territorio alemán. En unas entrevistas realizadas por la televisión inglesa a personas de raza negra, que vivieron en Alemania durante la época hitleriana, manifestaron que inicialmente fueron rechazados en el servicio militar, pero que al final fueron aceptados. Ninguno mostró fotografías o alguna evidencia de que efectivamente hubieran prestado servicio.

La vida de estos personajes en el frente es la esencia de los libros de Sven Hassel. En el punto de vista de Hassel, la guerra es brutal. En sus libros los soldados sólo pelean para sobrevivir, la Convención de Ginebra es un papel inútil para ambos bandos. Personas son asesinadas sin justicia ni razón. Pequeños eventos pacíficos y encuentros amistosos pueden ser rotos en segundos. Antipáticos oficiales prusianos constantemente amenazan a sus hombres con ejecutarlos sin ninguna provocación. Enfadados soldados en ocasiones asesinan a sus propios oficiales.

Su obra hizo que mucha gente en todo el mundo se interesara por la II Guerra Mundial desde el punto de vista alemán, un punto de vista en principio poco conocido.

Sus detractores:

El polémico periodista danés Erik Haaest ha estado años intentando rechazar la bibliografía de Sven Hassel. Según él, Sven Hassel es realmente un nazi danés que nunca peleó en el frente ruso. De acuerdo a Haaest, el autor estuvo la mayor parte de la guerra en la Dinamarca ocupada, y su conocimiento de la guerra viene de veteranos de las SS daneses que encontró después del conflicto.

De acuerdo con Haaest, Sven pasó la época de la guerra desempleado en Dinamarca, vestido con uniformes robados de oficial pretendiendo ser Himmler o algo por el estilo. Según Haaest, Hassel también robaba bicicletas en Copenhagen y las donaba al Partido Nacionalsocialista Danés. Después de ingresar a un cuartel vestido de oficial comenzó a dar órdenes a los reclutas hasta que fue descubierto y encerrado en una prisión por impostor y robo de uniformes.

En 1941-1942 fue arrestado nuevamente por intimidar a una mujer, vestido con uniforme y fingiendo ser un oficial. Episodios similares a este se cuentan por docenas, según Haaest. En 1944 Hassel viste un verdadero uniforme como miembro de la HIPO (Nacionalsocialistas daneses), en apoyo de la policía alemana, para desactivar a la Resistencia danesa. Siempre según Haaest, el autor pasó un tiempo en prisión después de la guerra, donde conoció a muchos ex combatientes daneses que lucharon en divisiones de las Waffen-SS.

Según Haaest, con esos testimonios, Hassel inventó cientos de historias sobre la guerra. Luego se buscó un escritor (probablemente su esposa, porque él es incapaz de escribir una línea, según Haaest) para que le ayudara a escribir "sus" historias en la primera novela. "Legión de los Condenados" fue un éxito rutilante y fue traducida a muchos idiomas lo que le aseguró a Hassel los medios para sobrevivir con comodidades y escribir sus siguientes obras.

Fue en esos días, dice Haaest, que Sven Hassel se casó. Según el periodista, la esposa de Hassel se vio involucrada en un enorme negocio de pornografía en toda Europa, actividad que le dio muchos dividendos.

Los profesionales nunca han considerado seriamente su obra como auténtica. Por ejemplo, había un regimiento 27 en el ejército alemán, pero no era un batallón de castigo. No había muchos tanques Tiger, y estaban organizados en batallones especiales, unidos a unas pocas divisiones de élite. No eran entregados a batallones de castigo.

Por esos fallos foros históricos y militares en internet, como Feldgrau.com y AxisHistory.com, no consideran sus obras como auténticas.

Verdad o no su biografía, lo cierto es que estamos ante un personaje que ha sabido transmitir "su historia" a través del punto de vista de un puñado de soldados alemanes y que estas historias se han traducido a varios idiomas, vendiéndose

millones de ejemplares en todo el mundo.

Sus libros:

La legión de los condenados (1953)

Los panzers de la muerte (1958). *Llevada al cine en 1988 International, filmada en Belgrado, Yugoslavia.*

Camaradas del Frente (1960)

Batallón de castigo (1962)

Monte Cassino (1963)

Gestapo (1963)

¡Liquidación París! (1967)

General SS (1969)

Comando Reichsführer Himmler (1971)

Los vi morir (1975)

La ruta sangrienta (1977)

Ejecución (1979)

Prisión GPU (1981)

El comisario (1985)

Notas

[1] Alemán del exterior. [Volver](#)

[2] Canción revolucionaria. [Volver](#)